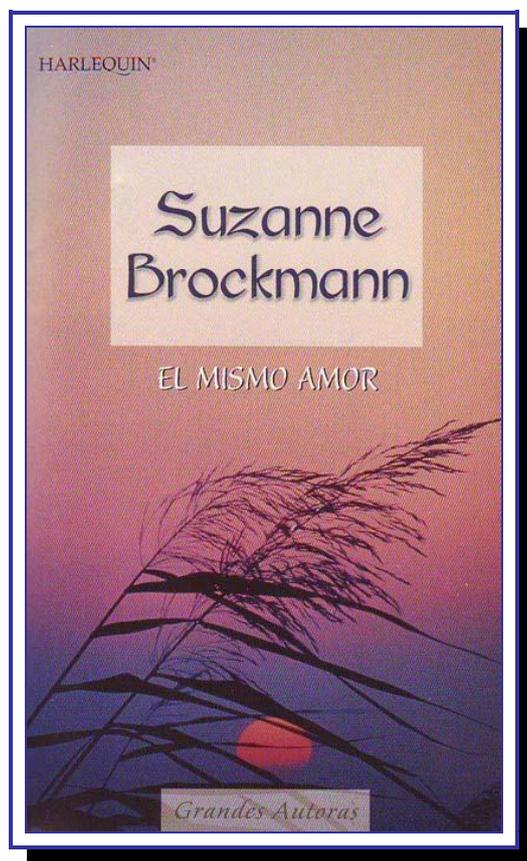


El mismo amor

Suzanne Brockmann

2º Serie Altos, oscuros y peligrosos



El mismo amor (2007)

Título Original: Forever Blue (1996)

Serie: 2º Altos, oscuros y peligrosos

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Grandes autoras 68

Género: Contemporánea

Protagonistas:

Argumento:

Lucy Tait llevaba soñando con Blue McCoy desde la adolescencia. Ahora que el guapo integrante de la Marina estadounidense estaba de vuelta en la ciudad, Lucy se daba cuenta de que nada había cambiado, sólo que ella se había convertido en agente de policía y Blue estaba acusado de asesinato. A medida que la investigación se iba haciendo más profunda, lo mismo ocurría con su relación. Tenían que luchar juntos por el futuro de Blue antes de que ambos perdieran el corazón en el intento.

Prólogo

El teniente Blue McCoy era el hombre punta del pelotón Alfa, un comando de siete miembros pertenecientes al equipo diez de la unidad de operaciones especiales de la Armada; en aquel momento, Blue guiaba a sus seis compañeros a través de terreno pantanoso. Avanzaba por la oscuridad de forma meticulosamente lenta, centímetro a centímetro, tocando y palpando la tierra blanda y lodosa, asegurándose de que no hubiera trampas ni minas terrestres antes de apoyar su peso en el suelo.

Observó las sombras y la vegetación, memorizando la posición de cada hoja vagamente silueteada, de cada rama, alerta al más mínimo movimiento mientras los ruidos de la noche lo rodeaban; entre el zumbido de los insectos se oyó el ladrido de un perro a lo lejos, y el ulular de un búho proclamándose señor de sus dominios, rey de aquel mundo nocturno.

Blue pertenecía a ese mundo; podía guiar a un grupo de hombres a través de la oscuridad de forma tan silenciosa e imperceptible que ni siquiera los grillos a sus pies notaban su presencia.

Habían tardado más de una hora en cruzar el campo abierto; faltaban tan sólo cinco metros para llegar a la cubierta protectora de la maleza, y luego podrían avanzar más rápido, aunque con la misma cautela.

Blue escuchó con atención, en una sintonía tan perfecta con lo que le rodeaba, que él mismo había pasado a formar parte de la noche. Su corazón latía lentamente, acompañado con el silencioso y ancestral ritmo de la tierra; el único pensamiento que había en su mente era la supervivencia. Hacía mucho que se habían desvanecido los ruidos de la base aérea donde el pelotón Alfa había estado diez horas antes, y sólo quedaban los sonidos de la noche.

Había seis hombres tras él, pero no oía nada que delatara su presencia. Sabía que estaban allí por la plena confianza que tenía en ellos, y tenía la total certeza de que sus compañeros le cubrían la espalda; sabía que morirían para protegerle, de la misma manera que él daría su vida por ellos.

Blue olfateó el aire y se quedó inmóvil al notar un ligero olor almizclado; sin embargo, al volver a inhalar se dio cuenta de que sólo se trataba de un animal, seguramente algún roedor que se movía con sigilo en la oscuridad, como él. Pero no era el olor de una persona, y aquella noche lo que estaba cazando era bestias humanas.

A unos treinta y cinco metros en línea recta a través de la vegetación había una cabaña. Según los agentes de información de la FInCOM, la Comisión Federal de Inteligencia, dentro estaba Karen, la hija de quince años del senador de Estados Unidos Mike Branford. Las últimas fotografías con infrarrojos tomadas por satélite revelaban que cuatro miembros del grupo terrorista que la había secuestrado estaban dentro con ella. Había diez personas más durmiendo en una segunda construcción, unos veinte metros al nordeste, y dos unidades compuestas por cinco terroristas cada una patrullaban la zona. Minutos antes, una de aquellas unidades había estado a escaso metro y medio del pelotón Alfa; el terrorista al mando había encendido un

cigarro y había tirado la cerilla humeante a escasos centímetros de la mano de Blue antes de ordenar a sus hombres que reemprendieran la marcha.

Con el rostro camuflado con pintura verde y negra, y gracias a su exhaustivo entrenamiento, a su experiencia y a su disciplina, el pelotón Alfa se fundía con la oscuridad y, envuelto en el manto de la noche, era realmente invisible.

Mientras los miembros del equipo tomaban posiciones en la maleza que rodeaba la cabaña, Blue se volvió a mirar a su oficial en jefe y buen amigo, el teniente Joe Catalanotto. Apenas podía distinguir su cara en la oscuridad, pero lo vio asentir.

Era hora de pasar a la acción.

Por el rabillo del ojo, Blue vio cómo Cowboy, Lucky, Bobby y Wes se movían sigilosamente en dirección nordeste; se dirigían hacia la segunda construcción, para neutralizar a los terroristas que había dentro. Mientras, Joe Cat y Harvard vigilarían el exterior de la cabaña principal y él entraría en busca de la chica.

Harvard se quedó haciendo guardia mientras Joe y él hacían un reconocimiento del exterior de la cabaña, prestando especial atención a la ventana que sería su punto de entrada.

No había ningún sistema de seguridad, ninguna protección especial. Una de las razones que lo explicaba era que la zona que rodeaba el edificio estaba plagada de trampas y alarmas, y protegida por patrullas de vigilancia; la otra razón era que Aldo Fricker, el líder de los terroristas, había olvidado la regla principal: no dar nada por sentado. El tipo había dejado desprotegido su punto clave, porque creía que nadie podría superar la protección del perímetro exterior.

Pero se había equivocado, y Al Fricker estaba a punto de conocer al pelotón Alfa, de la unidad de operaciones especiales de la Armada.

Después de que Joe Cat cortara el vidrio de la ventana sigilosa y rápidamente, Harvard ayudó a Blue a subir, y éste estuvo dentro en cuestión de segundos.

Escaneó rápidamente la habitación con sus gafas de visión nocturna y no tardó en localizar a la hija del senador. Estaba acurrucada en un viejo camastro, en la esquina sudeste de la habitación, y parecía que aún estaba viva; antes de despertarla tendría que quitarse las gafas, porque no quería que se asustara aún más al encontrarse de repente con alguien parecido a un extraterrestre.

Los cuatro terroristas estaban en sacos de dormir, tumbados en el suelo cerca de la puerta y, tras sacar cuatro jeringuillas, Blue avanzó sigilosamente y le inyectó a cada uno de ellos una sustancia que haría que siguieran durmiendo toda la noche. Tapó las jeringuillas y las metió en una bolsa etiquetada como residuo de riesgo biológico. Volvió a escanear la habitación y, tras asegurarse de que no había nadie más, fue hacia la hija del senador.

Encendió la linterna y, escudando la luz con la palma de la mano, bajó la vista hacia la chica. Estaba enroscada en una posición fetal, con las rodillas contra el pecho; tenía un brazo levantado, con la muñeca esposada al cabezal del camastro. Su pelo estaba completamente enmarañado, y tenía la cara, las piernas y los brazos desnudos

cubiertos de suciedad, sangre y rasguños. Llevaba unos pantalones cortos azules y una camiseta sin mangas. Ambas prendas estaban rasgadas.

Esos malnacidos le habían hecho daño. Karen, se llamaba Karen Branford. La habían golpeado, era posible que incluso la hubieran violado. Dios, sólo tenía quince años.

Lo invadió una furia ardiente y mortífera, que penetró por su piel y recorrió su cuerpo entero. La emoción le resultaba muy familiar debido a su trabajo, y normalmente aceptaba su presencia con satisfacción, pero aquella noche su tarea no consistía en luchar. Tenía que sacar de allí a aquella pobre niña, y llevarla a un sitio seguro.

Cuando se colocó bien los auriculares y se acercó el micrófono a la boca, su voz sonó completamente controlada.

–Cat –susurró casi imperceptiblemente a su oficial en jefe–, está herida.

Joe Catalanotto lanzó una maldición y preguntó:

–¿Está muy mal?

–Bastante.

–¿Puede andar?

–No lo sé –dijo Blue.

Se volvió hacia la muchacha y, por el cambio en el ritmo de su respiración, se dio cuenta de que estaba despierta... y aterrorizada. Se apresuró a arrodillarse junto a ella, e iluminó con la linterna su propia cara llena de pintura de camuflaje.

–Señorita, soy el teniente Blue McCoy –dijo en voz baja–; pertenezco a los SEAL, un cuerpo de operaciones especiales de la Armada de Estados Unidos. He venido para llevarla de vuelta a casa.

Ella se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, observando su uniforme y su pistola, y Blue se dio cuenta de que no lo entendía.

–Karen, soy un marine –dijo–. Soy amigo de tu padre y te voy a sacar de aquí.

Cuando oyó que mencionaba a su padre, en los ojos marrones de la chica apareció un brillo de comprensión y esperanza; soltó su camiseta desgarrada, que había estado aferrando en un intento inútil de cubrirse, y tapó la linterna de Blue.

–Chist –susurró–. Despertarás a los guardias.

–No te preocupes, tardarán bastante en despertarse –dijo Blue–; y cuando lo hagan, estarán entre rejas.

Sacó una gancha de una funda impermeable que llevaba, y en tres segundos abrió el cierre de las esposas. Mientras Karen se frotaba la muñeca, se quitó la mochila y el chaleco y se desabrochó la camisa de camuflaje que llevaba. Estaba húmeda de sudor y probablemente no olía demasiado bien, pero era lo mejor que podía ofrecerle en aquellas circunstancias.

Ella aceptó la prenda en silencio, se la puso y se la abrochó hasta el cuello.

Blue tuvo que admitir que la chica tenía agallas; después de la sorpresa y el miedo iniciales, lo miraba sin parpadear con una expresión directa y cargada de valentía. Había visto antes unos ojos marrones como los suyos, hacía ya mucho tiempo; la chica en cuestión también tenía quince años...

Lucy, la pequeña Lucy Tait. Vaya, era la primera vez en años que se acordaba de ella.

Blue miró su reloj y se encajó bien la mochila. Según el plan, las maniobras de distracción estaban a punto de empezar. Respiró hondo, miró a Karen y le preguntó en voz baja:

– ¿Puedes caminar?

Ella se levantó. Allí de pie, con la camisa de camuflaje que le llegaba casi a las rodillas, dijo con firmeza:

– Aún mejor: puedo correr.

Blue sonrió por primera vez en lo que parecían horas.

– De acuerdo. Vamos.

Estaban entre la maleza cuando oyeron los primeros disparos. Joe Cat y Harvard estaban justo detrás de ellos, y Blue supo que se habían girado hacia la escaramuza, preguntándose qué hombres del pelotón Alfa estarían implicados, deseando poder ir a ayudar a sus compañeros.

– Vamos por el camino equivocado – dijo Karen. Se zafó de él, y miró frenéticamente a su alrededor.

Blue volvió a agarrarla del brazo.

– No, no es...

– ¡Sí que lo es! – insistió ella –; intenté escaparme en esa dirección, pero sólo hay acantilados. No hay forma de bajar hasta el océano, ¡estamos atrapados!

Había intentado escapar. Blue se sintió maravillado por su coraje; no había duda, aquella muchacha era dura de pelar. Volvió a acordarse de Lucy Tait. Él era estudiante de último curso y ella, una novata, y la primera vez que la vio, una pandilla le estaba dando una buena tunda. Ella estaba ensangrentada y tenía las de perder, pero levantaba la barbilla en un gesto desafiante y en sus ojos brillaba una mirada que decía «no vais a poder conmigo».

De repente, oyó la voz de Cowboy a través de los auriculares.

– ¡Cat! Se han escapado unos cuatro Tangos, ¡van hacia vosotros!

– Recibido – contestó Cat. Se volvió hacia Blue, y dijo –: Adelante.

– Vamos a bajar hasta el agua en paracaídas – informó Blue a Karen –; hay un barco esperándonos.

Ella no lo entendió.

– ¿En paracaídas?

– Confía en mí – dijo él.

Después de vacilar sólo una décima de segundo, Karen asintió.

Volvieron a echar a correr, pero aquella vez ni Cat ni Harvard los siguieron. Cuando dejaron la vegetación atrás y llegaron a campo abierto, Blue se sintió vulnerable y expuesto; si alguno de los terroristas conseguía superar la emboscada de sus compañeros... Pero ninguno lo conseguiría.

– Machacarlos por mí – dijo al micrófono, y oyó la risa de Joe.

– Eso está hecho, colega.

Blue se detuvo al borde del acantilado y ajustó su mochila para que Karen se apretara contra él y así poder descender hasta el agua juntos. Ella no protestó, no dijo ni una palabra, aunque él sabía que la cercanía de su cuerpo contra ella debía de recordarle las brutalidades que había soportado durante los últimos cuatro días.

Pero no podía pensar en aquello; no podía preguntarse lo que habría sufrido, no podía centrarse en el dolor de la chica. Tenía que fijar su atención en el barco que los esperaba en la oscuridad, invisible en medio de la noche.

Encendió el aparato de localización que llevaba y oyó los pitidos que confirmaban la presencia tranquilizadora de la nave.

– Agárrate – dijo a Karen, y saltó.

Blue estaba en la cubierta de la fragata Franklin cuando llegó el helicóptero con el resto del pelotón Alfa. Lo contempló con atención, intentando hacer un recuento rápido; era algo que solía hacer desde que Frisco había caído, años atrás. No había muerto en combate, pero el resultado había sido prácticamente el mismo. Aún no se había recuperado de sus heridas; había faltado poco para que le volaran una pierna por los aires, y todavía iba en silla de ruedas, cosa que lo sacaba de quicio.

Frisco era el embajador de buena voluntad extraoficial del pelotón Alfa, un hombre simpático y afable al que no le costaba hacer amigos. Tenía un gran sentido del humor y un gran ingenio, y adondequiera que fuera no tardaba en conseguir que todo el mundo sonriera. Además, su cordialidad era sincera; el tipo era una auténtica fiesta ambulante y siempre lo pasaba bien, fuera cual fuese la situación.

De hecho, Alan Frisco Francisco era el único SEAL al que Blue había visto disfrutar de la Semana Infernal, una prueba de resistencia que formaba parte del entrenamiento básico de la unidad de operaciones especiales.

Pero cuando le habían dicho que no volvería a andar, Frisco había dejado de sonreír. Para él, perder la movilidad de la pierna había sido lo peor que podía haberle pasado; peor, quizás, que la misma muerte.

Blue observó a sus compañeros bajar del helicóptero. Joe Cat llevaba aquellos días el pelo más largo y atado en una coleta, y desde que se había casado su rostro adusto no dejaba de sonreír relajadamente. Harvard tenía un aspecto amenazador que daba miedo, y su cabeza afeitada brillaba como una bola de billar color café. Bobby y Wes parecían gemelos aunque fueran completamente diferentes; uno era alto y corpulento y el otro, bajo y delgado, pero se movían al unísono y completaban las frases el uno del otro. Lucky O'Donlon... Frisco y él eran uña y carne. Y el nuevo, Harían Cowboy Jones, que había sido primero el reemplazo temporal de Lucky en la misión en que Frisco había resultado herido, y luego había pasado a ser el reemplazo temporal de éste. Pero habían ido pasado los años, y se había convertido en miembro fijo del pelotón.

Todos estaban allí, todos respirando y caminando.

Joe Cat levantó la mirada y, al verlo, fue hacia él.

– ¿Todo bien? – preguntó.

Blue asintió, y juntos se dirigieron hacia las escaleras que llevaban a la cubierta inferior.

– El médico ha examinado a la chica, en este momento está con el psiquiatra y el personal de apoyo – dijo. Sacudió la cabeza, y añadió –: Cuatro días, Cat. ¿Por qué tardaron tanto en darnos luz verde para ir a rescatarla?

– Porque los mandamases y los chupatintas no tienen ni idea de lo que puede hacer un equipo de los SEAL – Joe Cat se quitó la chaqueta y fue directamente hacia el comedor.

– Así que una chica de quince años tiene que pasar por un infierno mientras nosotros nos quedamos sentados con los dedos metidos en el...

Cat se detuvo y se volvió a mirarlo.

– A mí tampoco me gusta, pero ya ha acabado. Olvídalo.

– ¿Crees que Karen Branford va a poder olvidarlo?

Blue vio en los ojos oscuros de su comandante en jefe que la respuesta a aquella pregunta no le gustaba nada.

– Está viva – dijo Joe –. Eso es mucho mejor que la alternativa.

Blue respiró hondo, consciente de que aquello era cierto, y exhaló con fuerza.

– Lo siento – dijo.

Cuando volvieron a emprender la marcha, añadió:

– Lo que pasa es que... Kate me ha recordado a alguien de Hatboro Creek. Una chica que se llamaba Lucy, Lucy Tait.

Joe Cat lo miró con fingido asombro mientras doblaban la esquina y entraban en el comedor.

— Vaya — dijo —. ¿He oído bien?, ¿conocías a otras chicas aparte de Jenny Lee Beaumont en Hatboro Creek? Creía que el sol salía y se ponía con ella, y que el resto quedaban eclipsadas por su resplandor.

Blue hizo caso omiso de su tono burlón.

— Lucy no era una chica, era una niña — dijo mientras se servía café en un vaso de plástico.

— Podrías intentar encontrarla mientras estás allí para la boda.

— No creo que sea buena idea — contestó Blue, negando con la cabeza.

Cat tomó una taza y lo miró con expresión especulativa.

— ¿Estás seguro de querer ir a esa boda? — preguntó —. Si necesitas una excusa para no ir, puedo arreglarlo para que el pelotón tenga que intervenir en alguna misión de entrenamiento.

— Es la boda de mi hermano.

— Gerry es tu hermanastro — puntualizó Cat —. Y resulta que va a casarse con Jenny Lee, tu novia del instituto, la única chica de la que te he oído hablar..., aparte de esa tal Lucy Tait a la que acabas de mencionar.

Blue tomó un sorbo de café. Estaba muy caliente y fuerte, y sintió cómo le ardía la garganta.

— Le dije que sería el padrino.

Joe Cat apretó los dientes; cuando lo miró, un músculo se movía espasmódicamente en su mandíbula.

— No debería haberte pedido algo así — dijo —. Quiere que estés allí, dándole tu aprobación, para dejar de sentirse culpable por haberte robado a Jenny Lee.

Blue estrujó en la mano el vaso vacío y lo tiró a la papelera.

— No me la robó, ella estaba enamorada de él desde el principio.

Uno

Iba a ser la boda del año, incluso de la década, y Lucy Tait iba a estar allí.

No la habían invitado..., no, no iba a recibir una de aquellas elegantes invitaciones con letras doradas; iba a ir a trabajar. Primero controlaría el tráfico en el exterior del exclusivo club de campo de Hatboro Creek, y después iría al salón de baile a vigilar la pila de caros regalos de boda.

Lucy se ajustó el cuello de su uniforme de policía mientras avanzaba por la calle principal en el coche patrulla, buscando un sitio donde aparcar cerca del Grill de Bobby Joe.

Por supuesto, sabía bien que no la invitarían a la boda de Jenny Lee Beaumont; nunca habían pertenecido a los mismos círculos, ni siquiera en el instituto. Pero en el pasado, cuando ella era una novata flacucha y la hermosa, rubia y futura reina del baile, Jenny Lee, una alumna de último curso, deseaba desesperadamente entrar en su exclusivo club.

Nunca lo habría admitido, igual que nunca habría admitido la verdadera razón por la que quería acercarse a Jenny: Blue McCoy.

Según los rumores. Blue iba a volver a la ciudad para asistir a la boda de su hermanastro.

Blue McCoy.

Con su pelo rubio oscuro y unos intensos ojos azules que quitaban el aliento, había sido el objeto de todos los sueños de adolescencia de Lucy, su ídolo; era un chico solitario, calmado y peligroso, capaz de lograr cualquier cosa..., incluso ganarse el corazón de la hermosa Jenny Lee Beaumont.

Pero no era Blue con quien Jenny Lee iba a casarse el sábado por la tarde, sino con el hermanastro de éste, Gerry. Era dos años mayor que Blue y tenía una sonrisa deslumbrante, el aspecto de una estrella de cine y una actitud despreocupada. Algunos lo consideraban el más atractivo de los dos hermanos y, al parecer, Jenny Lee compartía esa opinión.

Lucy logró aparcar cerca del Grill y apagó el potente motor del coche patrulla; sin embargo, tras unos segundos volvió a ponerlo en marcha y accionó el mando de los elevadores eléctricos para cerrarlos. El cielo de verano amenazaba tormenta, seguramente empezaría a llover antes de que acabara de comer.

Mientras andaba a paso rápido por la acera, comprobó que la pistola estuviera correctamente asegurada en su funda del cinturón. Ya llevaba diez minutos de retraso, y el horario de trabajo que su amiga Sarah se había impuesto sólo le dejaba una hora para comer.

Como siempre, el Grill estaba abarrotado, pero Sarah estaba guardando una mesa; cuando se sentó, Lucy dijo:

– Perdona que llegue tarde.

– Habría pedido ya, pero Iris aún no se ha acercado – dijo Sarah con una sonrisa.

Lucy se reclinó en el respaldo de plástico de su asiento y dejó escapar un suspiro que le levantó el flequillo de la frente.

– No he parado desde las siete de la mañana – dijo. Al mirar con más atención a su amiga, se dio cuenta de que parecía cansada y acalorada; tenía el pelo apartado de la cara con una coleta, y unas profundas ojeras bajo sus ojos castaños—. ¿Cómo estás?

– Estoy embarazada de nueve meses y, obviamente, mi hijo ha decidido que no saldrá hasta que tenga edad para votar – contestó Sarah con sequedad—. La temperatura es de unos treinta y seis grados a la sombra, me duele la espalda cuando me tumbo, el nervio ciático se resiente cuando me siento, no tengo el trabajo listo para la fecha estipulada porque me he pasado los últimos tres días cocinando en vez de escribir. Mi marido ha estado de guardia en el hospital y ha pasado cuatro horas en casa en las últimas cuarenta y ocho, mi suegra llama cada cinco minutos para preguntarme si he roto aguas, echo de menos vivir en Boston, y ésta es la primera oportunidad que tengo para quejarme en casi una semana.

– Pues no te pares, sigue haciéndolo – dijo Lucy con una sonrisa de oreja a oreja.

– No, ya he acabado – contestó Sarah mientras se abanicaba con una servilleta.

– Buenas tardes – Iris sacó el lápiz de detrás de su oreja y se preparó para tomarles nota—. ¿Qué os traigo?

– Quiero mazapán – dijo Sarah.

Iris suspiró pacientemente, y se colocó en su sitio un rizo rojizo que se le había escapado del moño.

– Cielo, ya te he dicho otras veces que, si no está en el menú...

– Necesito comer mazapán – dijo Sarah casi desesperada—. Pasta de almendras o un trozo del pastel de frutas de mi madre. Llevo días sin poder pensar en otra cosa...

– Dos bocadillos de pavo – dijo Lucy con tranquilidad—. Con pan integral, mostaza, sin mayonesa, y extra de pepinillos.

– Lo siento, cielo – dijo Iris a Sarah antes de ir a otra mesa.

– Mi vida es una cadena interminable de decepciones – dijo Sarah con dramatismo.

Lucy se echó a reír.

– Estás casada con el hombre más bueno de la ciudad, vas a tener un hijo, te acaban de dar un premio por tu música... ¿Cómo puedes estar decepcionada?

– Estoy muy celosa de ti – dijo Sarah, inclinándose hacia delante—. Puedes verte los pies sin estirar el cuello, puedes... – se detuvo de repente, con la mirada fija en la puerta –; no mires, pero creo que nos están invadiendo.

Lucy se volvió y vio entrar a un hombre con el uniforme verde del ejército y un pesado petate al hombro. Estaba claro que era un soldado, aunque su ropa no habría pasado una inspección. Lucy se fijó primero en sus brazos; la camisa no tenía mangas, y una impresionante musculatura quedaba al descubierto. Aquel hombre parecía capaz de levantar tres veces su peso corporal. Llevaba la camisa con el cuello abierto y medio desabrochada, los pantalones se le ajustaban a la perfección y, en vez de las toscas botas negras de rigor, calzaba unas sandalias.

Llevaba gafas de sol, pero al verlo recorrer con la mirada todo el establecimiento, Lucy supo que a aquel hombre no se le escapaba ni un detalle. Tenía el pelo abundante, de color rubio oscuro, y ella de inmediato supo a quién pertenecía aquella cara de barbilla fuerte, boca seria, pómulos duros y nariz recta.

Lucy habría reconocido a Blue McCoy en cualquier parte. Doce años habían añadido poder y fuerza a sus facciones; las líneas de expresión alrededor de sus ojos y boca eran más profundas, y añadían un aire de compasión y sabiduría a sus rasgos severos. Era un adolescente guapo, y se había convertido en un hombre increíblemente atractivo.

Lucy no pudo evitar quedarse mirándolo. Blue McCoy había vuelto a la ciudad, más impresionante que nunca.

Él acabó su breve inspección del local y sus ojos se volvieron hacia ella. Se quitó las gafas oscuras, y cuando los ojos de ambos se encontraron, sintió que se quedaba paralizada, hipnotizada por aquellos ojos del azul más brillante que hubiera visto en su vida.

Él la saludó con la cabeza, aún sin sonreír, pero en aquel momento Iris pasó junto a él y dijo:

– ¡Siéntate donde quieras, cielo!

El hechizo se rompió. Blue apartó la mirada de Lucy, y ésta se volvió de nuevo hacia Sarah.

– ¿Sabes quién es? – preguntó su amiga. Al notar el rubor que ardía en las mejillas de Lucy, dijo con sagacidad – : Lo conoces, ¿verdad?

– No, no lo conozco – dijo Lucy. Tras unos segundos, admitió – : Bueno, sé quién es, pero... – se detuvo y sacudió la cabeza.

– ¿Quién es?

Lucy volvió a levantar la mirada, pero Blue estaba ocupado colocando su petate debajo de una mesa en el otro extremo del restaurante.

– Es Blue McCoy – dijo en voz baja, como si él pudiera oírla desde el otro lado del ruidoso local.

– ¿El hermano de Gerry McCoy? No se parecen en nada.

– Son hermanastros. La madre de Blue se casó con el padre de Gerry, pero ella murió cinco meses después de la boda. El señor McCoy adoptó a Blue poco después. Según tengo entendido, ni al señor McCoy ni a Blue les hizo demasiada gracia el

arreglo; parece que no se llevaban demasiado bien, pero Blue no tenía ningún sitio adonde ir.

–Supongo que eso explica por qué no vino al entierro de su padrastro hace unos años –comentó Sarah.

–Gerry me dijo que estaba participando en la operación Tormenta del Desierto –dijo Lucy–. No pudo conseguir un permiso, y Gerry no quiso aplazar indefinidamente el funeral.

–¿Está en el Ejército?

–En la Armada –puntualizó Lucy–. Forma parte de un grupo de operaciones especiales, es un SEAL.

–Un... ¿qué?

–Un SEAL, es miembro de una unidad de élite entrenada para tierra, mar y aire. Son capaces de todo tipo de cosas, como..., no sé..., desde demolición bajo el agua hasta asaltos con paracaídas o pilotaje de reactores de última generación. Sus entrenamientos son una locura, y aprenden a trabajar en equipo incluso en condiciones extremas. Tienen que superar lo que se llama la Semana Infernal, durante la que sólo pueden dormir cuatro horas... en toda la semana. Lo hacen en intervalos de quince minutos, mientras suenan sirenas de ataque aéreo. El que se da por vencido, se queda fuera. Es algo bastante impresionante, sólo los más duros y decididos llegan a entrar en los SEAL. Por razones obvias, es un auténtico símbolo de prestigio.

Sarah tenía la mirada fija en el otro extremo del restaurante, con un brillo especulativo en los ojos.

–Parece que te has informado a conciencia sobre un hombre al que, según tú, no conoces.

–He leído sobre los SEAL y su entrenamiento, eso es todo.

–Mmm... –Sarah arqueó una ceja–; ¿antes o después de que el hermano de Gerry entrara en el ejército?

Lucy se encogió de hombros, intentando aparentar despreocupación.

–Bueno, Blue me gustaba cuando iba al instituto, nada más.

Sarah apoyó la barbilla en una mano.

–Tú eres la única persona a la que ha saludado al entrar. ¿Salisteis juntos alguna vez?

Lucy no pudo evitar echarse a reír.

–Imposible. Yo era tres años menor, y él...

–¿Qué?

Iris se acercó a la mesa con dos bocadillos enormes y un plato de patatas fritas. Lucy sonrió a la camarera, pero esperó a que se marchara antes de contestar.

–Él salía con Jenny Lee.

—¿Jenny Lee Beaumont? —Sarah abrió los ojos de par en par—, ¿estás hablando de la mujer que va a casarse con su hermano el sábado? —cuando Lucy asintió, soltó una risita y comentó—: Esto está poniéndose cada vez mejor.

—¿No lo sabías? —preguntó Lucy—. Pensaba que toda la ciudad estaba enterada, todo el mundo se preguntaba si Blue iba a asistir a la boda de su hermanastro con su ex novia.

—Parece que la respuesta a esa pregunta es afirmativa —dijo Sarah.

Lucy mordió su bocadillo, asegurándose de no volverse a mirar al hombre que tanto la fascinaba. Su amiga tenía razón, y cuando se supiera que había vuelto, la ciudad sería un hervidero de especulaciones; todos iban a preguntarse si Blue causaría problemas, o si se levantaría en medio de la ceremonia cuando el oficiante preguntara si alguien se oponía a la unión.

La tentación resultaba demasiado fuerte, y Lucy lanzó una mirada por encima del hombro. Blue estaba comiendo mientras leía la edición de la semana anterior del periódico local. El cabello rubio le caía sobre la frente, y cuando lo apartó, los músculos de su brazo derecho se tensaron. Como si pudiera sentir su mirada, Blue levantó la vista y los ojos de ambos se encontraron.

Lucy notó una extraña sensación en el estómago, y se apresuró a apartar la mirada. Se sentía como a los quince años, cuando iba al puerto deportivo donde Blue trabajaba para verlo. Pero él no se había fijado en ella en aquel entonces, y no iba a hacerlo en ese momento. Seguía sin parecerse en nada a las chicas como Jenny Lee Beaumont.

—¿En qué estaría pensando su madre para llamarlo Blue? —dijo Sarah.

—Su nombre de verdad es Carter, Blue es un apodo.

Sarah asintió y volvió a fijar la mirada en él. En aquel momento, justo cuando empezaba a llover, sonó la radio de patrulla de Lucy.

—Aviso de un 415 en la esquina de la principal con Willow —dijo la voz de Annabella por el pequeño altavoz—. Posible 10-91 A. Lucy, ¿dónde estás?

La principal con Willow estaba a menos de dos calles del Grill, en dirección contraria a donde había dejado el coche patrulla; tardaría menos en llegar andando que si iba a buscarlo. Lucy se apresuró a tragar el trozo de bocadillo a medio masticar que tenía en la boca, y apretó el botón de respuesta.

—Estoy en el Grill —dijo mientras se levantaba—; yo me encargo. Pero si no quieres que tenga que ir al coche a buscar el libro de códigos, será mejor que me digas qué es un 10-91 A.

La encargada de la centralita de policía, Annabella Sawyer, tenía predilección por el código de California... aunque estaban en Carolina del Sur, y Hatboro Creek era una ciudad tan pequeña que la mayoría de las veces no necesitaban ni la mitad de los códigos, y aunque no era obligatorio que los agentes se los aprendieran. A pesar de todo, a Annabella le gustaba utilizarlos; estaba claro que había visto demasiadas series policíacas.

Sin embargo, Lucy sabía que un 415 era una alteración del orden, ya que había oído aquel número un montón de veces. Incluso en una ciudad tan pequeña como ésa había muchos problemas de aquel tipo.

– Un 10-91 A es un aviso de animal peligroso – contestó Annabella.

Lucy soltó una palabrota en voz baja. Seguro que el perro de Leroy Hurley había vuelto a escaparse.

– Ten cuidado – dijo Sarah.

– Te envolveré el bocadillo – dijo Iris mientras Lucy abría ya la puerta y salía a la calle.

La lluvia la dejó empapada en cuestión de segundos, como si alguien hubiera abierto una manguera sobre su cabeza. Había dejado el sombrero en el coche y, mientras iba hacia la calle Willow a paso ligero, deseó tener tanto el uno como el otro.

Con un poco de suerte, los responsables del altercado habrían ido a ponerse a cubierto ante aquel chaparrón repentino, y ya no habría ningún problema. Con un poco de suerte...

No hubo suerte. El enorme dóberman de Leroy Hurley había hecho que Merle Groggin se viera obligado a subirse a un árbol del jardín delantero de Andy Haye. Éste estaba gritándole a Merle que se bajara de su carísimo arce japonés, y Merle blandía un cuchillo de caza mientras se desgañitaba pidiéndole a Leroy que controlara o sacrificara de una vez a su maldito perro. Leroy, por su parte, se estaba desternillando de risa.

Sí, estaba claro que era un 415.

Cuando Lucy se acercó a Leroy, el perro la vio y se volvió hacia ella con un gruñido amenazador que le encogió el estómago. Le gustaban los perros, al menos la mayoría de ellos, pero aquél tenía muy malas pulgas. Igual que su amo.

– Leroy – dijo, saludándole con la cabeza como si no estuvieran bajo un aguacero torrencial –. ¿Qué te dije la semana pasada sobre tener a tu perro atado en tu jardín?

Mientras el dóberman miraba de Lucy a Merle, como decidiendo cuál de los dos estaría más sabroso, su dueño se encogió de hombros y dijo con una sonrisa:

– Yo no tengo la culpa de que se suelte.

Lucy notó el olor a whisky en su aliento. Era una mala señal; Leroy se ponía más desagradable que nunca cuando bebía.

– Sí que la tienes – dijo. Sacó del bolsillo su bloc de multas, que quedó empapado al instante –. Es tu perro, así que es responsabilidad tuya. De hecho, voy a ayudarte a que lo recuerdes con una multa de cincuenta dólares.

La sonrisa del hombretón se desvaneció.

– Depende de mí que salgas de aquí de una pieza o hecha pedazos – dijo –. ¿Y vas a multarme?

– ¿Me estás amenazando, Leroy Hurley? – dijo Lucy, mirándolo fijamente. Su voz era baja y tensa, pero se oía perfectamente por encima del sonido de la lluvia –. Porque si es así, tu perro y tú vais a ir directos a comisaría.

La expresión de Leroy cambió de inmediato, y Lucy sintió una oleada de triunfo. La había creído. Le había parado los pies, y él se había dado cuenta de que hablaba muy en serio y estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, a pesar de que el whisky le había quitado el poco buen juicio que le quedaba.

– Llama a tu perro – dijo Lucy con calma.

Sin embargo, antes de que Leroy pudiera obedecer, ocurrió el desastre.

Andy Hayes disparó su escopeta de dos cañones, e hizo que Merle se cayera del árbol; el dóberman se abalanzó sobre el hombre caído, que se defendió con una cuchillada e hirió al animal. Con un aullido, el perro se alejó corriendo.

– ¡No vuelvas a acercarte a mi árbol! – gritó Andy.

– ¡Has herido a mi perro! – vociferó Leroy Hurley.

– ¡Podrías haberme matado! – gritó Merle a Andy mientras salía del jardín –. ¿Por qué no has disparado al maldito perro?

Leroy se giró hacia Merle amenazadoramente.

– Si mi perro se muere, voy a colgarte por los...

– ¡Un momento! – Lucy se interpuso con firmeza entre Merle y Leroy, y levantó la voz para que también llegara hasta la casa –. Andy, sabes que voy a tener que llevarte a comisaría, por conducta temeraria y uso ilegal de un arma de fuego. Y vosotros dos...

– Espero que ese estúpido animal la palme – dijo Merle a Leroy, como si Lucy no estuviera entre ellos –. Porque si no es así, una de estas noches voy a cargármelo yo mismo.

– ¡No voy a ir a ninguna parte! – dijo Andy –. ¡Tengo derechos! ¡Estaba protegiendo mi propiedad!

– ¡A lo mejor yo acabo antes contigo! – gritó Leroy a Merle. Su cara regordeta estaba roja de ira.

Lucy apretó el botón de su radio.

– Central, aquí la agente Tait. Necesito refuerzos. Esquina de Willow con...

Leroy la apartó a un lado de un golpe y Lucy cayó al suelo; la fuerza del impacto hizo que se le cayeran al barro la radio y el bloc de multas. Leroy corrió hacia la casa de Andy a una velocidad sorprendente en un hombre de su corpulencia, agarró la escopeta y apuntó con ella a Merle justo cuando Lucy lograba ponerse de pie.

Merle se apresuró a escudarse tras ella, y Leroy movió el arma hasta ponerla en el punto de mira.

– Leroy, suelta eso – dijo Lucy, apartándose el cabello mojado de la cara con la mano izquierda, mientras con la derecha soltaba los cierres de seguridad de la funda de la pistola.

– ¡Quieta! Deja las manos donde pueda verlas – ordenó Leroy.

Lucy levantó las manos. Maldición, ¿cómo se había descontrolado tanto la situación?, ¿dónde estaban los refuerzos?

Leroy se estaba acercando a ellos, Merle estaba encogido tras ella, usándola como escudo y, por una vez en su vida, Andy Hayes estaba callado.

– Apártate de Merle – gruñó Leroy.

– Leroy, suelta el arma antes de que esto vaya demasiado lejos – dijo Lucy, intentando aparentar tranquilidad y ocultar la desesperación que sentía.

– Si no te apartas de él, voy a atravesarte de un tiro – dijo Leroy con ojos enloquecidos.

Dios santo, hablaba en serio. El levantó aún más la escopeta y cerró un ojo mientras apuntaba directamente al pecho de Lucy. Ella vio pasar su vida entera ante sus ojos mientras miraba el cañón del arma. Era posible que muriera en manos de aquel hombre, allí mismo, bajo la lluvia. ¿Qué quedaría de su vida? Una placa de policía que sólo tenía seis meses, una licenciatura en la universidad estatal, una empresa de informática que ya no le interesaba para nada y una casa vacía a las afueras de la ciudad. Ningún familiar, sólo un par de amigos...

– No lo hagas, Leroy – dijo mientras bajaba la mano lentamente hacia su pistola. No quería morir, apenas había empezado a vivir. Maldición, si Leroy iba a dispararle, al menos moriría intentando agarrar su pistola.

– ¡Quieta! – dijo él –. ¡No te muevas!

– Leroy, tengo en la mano un subfusil uzi de nueve milímetros – dijo una voz suave por encima del hombro de Lucy –. Parece pequeño y poca cosa, pero si aprieto lo más mínimo el gatillo, con sus dieciséis disparos por segundo puedo partir en dos a un hombre incluso tan grande como tú.

Era Blue McCoy, Lucy habría reconocido en cualquier parte su aterciopelado acento sureño.

– Tienes dos segundos para soltar esa escopeta – continuó –, o empiezo a disparar.

Leroy dejó caer el arma.

Lucy se puso en movimiento al instante y se apresuró a recoger la escopeta del suelo; con ella segura en las manos, se volvió hacia Blue.

La ropa empapada se le pegaba al cuerpo, moldeando y enfatizando su físico musculoso. Tenía los ojos ligeramente entornados por el aguacero, pero estaba allí de pie, con aquel pequeño subfusil de apariencia mortífera, con tanta naturalidad como si el cielo estuviera completamente despejado. Seguía mirando a Leroy, pero sus brillantes ojos azules se desviaron brevemente hacia ella.

– ¿Estás bien?

De repente, Lucy se dio cuenta de que se había formado un grupo de curiosos que los observaba; seguramente, habían salido a la calle al oír el disparo de Andy. Genial. Parecía una tonta incapaz de controlar a un par de alborotadores, que necesitaba que un SEAL fuera a rescatarla. Perfecto.

– Leroy, Andy, Merle, vais a ir todos directos a comisaría – dijo.

– Venga ya, yo no he hecho nada – se quejó Merle, justo cuando llegaban los refuerzos y el furgón policial –. No puedes acusarme de nada.

– Portar ilegalmente un arma es bastante para acusar a cualquiera – dijo Lucy. Le quitó el cuchillo de caza que llevaba y se lo dio a Frank Redfield, uno de los agentes que acababan de llegar, junto con la escopeta.

– Muy bien, entonces ¿de qué vas a acusarlo a él? – dijo Merle, señalando a Blue mientras Frank se lo llevaba hacia el furgón.

Lucy volvió a apartarse el pelo de la cara, se agachó para recoger del suelo el bloc de multas y la radio, y fue hasta Blue.

– Teniente McCoy, Merle tiene razón – dijo. Le temblaba la voz, y confió en que él pensara que se debía a la tensión pasada, y no a su cercanía –. No sé si debo permitir que se pasee por la ciudad con un arma así.

Él le entregó el subfusil por la culata.

– Dejas que Tommy Parker lo haga – dijo.

¿Tommy Parker? Tommy Parker tenía nueve años... Lucy bajó la mirada hacia la pistola que tenía en la mano; era muy ligera...

– Dios mío – dijo –. Es de plástico, ¡es un juguete! – lo miró a los ojos y añadió –: Ha sido una treta.

– Pues claro, ni muerto me verás con una uzi. Si quisiera un arma de asalto, usaría una HK MP5-K.

Se quedaron mirando en silencio y Blue sonrió tras unos segundos; sus dientes eran blancos y perfectos, y contrastaban atractivamente con su rostro bronceado.

– Estoy bromeando – aclaró suavemente –. Usaría una uzi si fuera necesario, aunque no es mi arma preferida.

Genial, debía de pensar que era una idiota por cómo se había quedado mirándolo. Lucy cerró los ojos un segundo, pero cuando volvió a abrirlos, él seguía contemplándola.

– Lo siento – dijo ella –. Te debo una. Me has salvado el cuello, y... bueno, gracias.

Él asintió con la cabeza, aceptando su torpe agradecimiento.

– De nada. Pero, ¿no tuvimos hace tiempo esta misma conversación? Me parece que esto ya lo he vivido antes – volvió a esbozar aquella sonrisa que deslumbraba –.

Parece que cada vez que estoy en Hatboro Creek, acabo salvándole el... cuello a la pequeña Lucy Tait.

– ¿Te acuerdas de mí? – dijo Lucy, atónita.

En cuando pronunció las palabras, se sintió avergonzada. Claro que se acordaba de ella. Allí de pie, empapada bajo la lluvia como una rata ahogada, seguramente tenía el mismo aspecto que la quinceañera delgaducha a la que había salvado de una buena tunda en el campo de béisbol, tantos años atrás.

– Me sorprende un poco verte aquí – dijo él –. Suponía que te habrías ido de Carolina del Sur hace tiempo, Yanqui.

Yanqui. Aquél era su apodo en el instituto; Lucy Tait, la chica yanqui que había llegado del norte con su madre viuda. Aún la llamaban «la chica yanqui», aunque habían pasado doce años; su madre había muerto y ella ya no era una chica, sino una mujer, pero algunas cosas nunca cambian.

– No – dijo con tranquilidad –, aún sigo en Hatboro Creek.

– Ya lo veo.

Blue contempló su largo cabello castaño recogido en una práctica coleta, sus inolvidables ojos de color marrón oscuro, la exquisita y casi delicada forma de su cara, y su alto y esbelto cuerpo. La pequeña Lucy Tait ya no era tan pequeña. La lluvia había suavizado la rígida tela de su uniforme, que se ceñía a sus curvas femeninas; sí, no había duda de que Lucy Tait había crecido. Blue sonrió al sentir una inconfundible atracción física; a los dieciocho años, nunca habría creído que se excitaría al ver a la pequeña Lucy Tait bajo la lluvia.

Pero, si algo había aprendido como SEAL, era que los tiempos y la gente cambiaban constantemente. Nada permanecía inmutable.

– ¿Cuánto hace que eres policía? – preguntó. Los curiosos se habían dispersado y el furgón policial estaba arrancando para irse; la lluvia era incesante pero cálida, y le gustaba sentir cómo le bañaba la cara. Además, Lucy no parecía tener ninguna prisa por buscar cobijo.

– Seis meses – contestó ella, encogiéndose de hombros. Entonces levantó la barbilla y añadió –: soy la primera agente femenina en la policía de Hatboro Creek.

Blue intentó contener su sonrisa, pero no lo consiguió del todo.

– Seguro que también eres la primera yanqui.

Lucy debió de darse cuenta de lo defensiva que parecía, porque también esbozó una sonrisa.

– Sí – dijo –. Supongo que últimamente estoy rompiendo moldes en la ciudad.

Su cara no era exactamente hermosa, al menos a primera vista; su boca era demasiado ancha, demasiado grande para sus facciones... menos cuando sonreía. La sonrisa la transformaba por completo, hacía que le brillaran los ojos y que aparecieran unos simpáticos hoyuelos en sus mejillas de tez perfecta. Tenía una nariz recta y grande, pero no demasiado, que revelaba su ascendencia mediterránea; sus

ojos eran cálidos, de un profundo color marrón, y estaban enmarcados por unas espesas y oscuras pestañas. Las orejas eran pequeñas y parecían increíblemente delicadas. Blue contempló fascinado cómo una gota de lluvia colgaba de un lóbulo sin perforar, antes de caerle en el hombro.

– Me sorprende que el jefe Bradley te deje patrullar sola – dijo él.

La sonrisa de Lucy se desvaneció.

– ¿Por qué?, ¿por ser mujer o por ser yanqui?

– Porque eres novata.

– Tenía controlado a Leroy hasta que Andy disparó – dijo ella, indignada.

Blue asintió y se obligó a apartar la mirada y a fijarla en la calle. ¿Cuánto hacía desde la última vez que había estado con una mujer? ¿Dos meses?, ¿tres? Lo cierto era que no podía recordarlo. Normalmente, no prestaba demasiada atención a su apetito sexual, hasta que su necesidad se volvía imperiosa.

Como en aquel momento.

De repente, se imaginó a Lucy bajo la lluvia sin el uniforme, con el agua resbalando por su esbelto cuerpo... Pechos suaves y plenos, abdomen plano, caderas delgadas, muslos firmes y largos... La imagen encendió una intensa llamarada en su interior, y supo que ella podría ver el deseo en sus ojos.

Era extraño; en el pasado, siempre le habían atraído las mujeres muy femeninas, con apariencia indefensa y montones de volantes y encaje. Aunque era cierto que había rescatado a Lucy un par de veces, en ambas ocasiones ella había intentado salvarse por sí misma. Era fuerte e independiente, y aunque estaba empapada y era una novata, llevaba el uniforme y la pistola con aire autoritario y competente. Aquello debería haberle hecho retroceder, pero lo único que quería era avanzar, acercarse a ella.

– Di por sentado que Andy era inofensivo – dijo ella con el ceño fruncido—. Me centré en Leroy, y no presté atención a Andy. Ése fue mi error.

– Nunca des nada por sentado – dijo Blue.

Cuando Lucy lo miró y se apresuró a apartar la mirada, él supo que había visto el deseo en sus ojos; ella se ruborizó y bajó la mirada hacia la radio y el bloc de multas que tenía en las manos. Tras guardar el bloc, empezó a limpiar la radio; parecía decidida a concentrada en su equipo, pero Blue se dio cuenta de que lo miraba de vez en cuando por el rabillo del ojo.

De pronto, se acordó de que en su último año en el instituto había oído el rumor de que le gustaba a la novata yanqui. Se había sentido halagado y un poco divertido, y había intentado ser amable con ella sin darle falsas esperanzas.

¿Era posible que Lucy siguiera sintiendo lo mismo? Él se había dado cuenta de que no llevaba alianza de casada, ¿seguiría libre y sin compromiso?

Blue había ido a Hatboro Creek por obligación, convencido de que tendría que soportar la visita, pero no había planeado pasarlo bien. Sin embargo, sus permisos

eran escasos e irregulares; quizás podría aprovechar para pasar unas horas placenteras, sobre todo teniendo en cuenta que le estaban sirviendo la oportunidad en bandeja de plata. ¿Por qué no? Además, la atracción que sentía por ella era más fuerte que nada que hubiera sentido en mucho, muchísimo tiempo.

–Eh..., será mejor que me vaya –dijo Lucy–. Tengo que redactar un informe y... –se volvió hacia él y se apartó el pelo de la cara con el reverso de la mano, pero se manchó la mejilla de barro–. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?, ¿te quedas en casa de tu hermano?

Blue levantó la vista hacia el cielo nublado, como si acabara de darse cuenta de que estaba lloviendo. Empezaba a escampar. Se apartó el pelo de la cara, pero no miró a Lucy cuando contestó:

–No, Jenny Lee ya se ha mudado a casa de Gerry, y pensé que sería mejor que me quedara en el motel. Además, no está demasiado lejos, probablemente llegaré antes caminando.

Lucy asintió, deseando que él volviera a sonreír, o que volviera a mirarla para tener una segunda oportunidad de vislumbrar aquel deseo ardiente que había imaginado ver en sus ojos. Pero debían de ser sólo fantasías suyas, porque Blue McCoy jamás se interesaría en ella... ¿Verdad?

–Desearía encontrar una manera de agradecerte lo que has hecho –dijo, mientras empezaba a alejarse de él.

El avanzó hacia ella, siguiéndola, y dijo con suavidad:

–De hecho, se me ha ocurrido una manera: esta noche se celebra una fiesta en el club de campo, una especie de cena de ensayo para la boda del sábado. Ven conmigo.

Lucy se detuvo en seco y su primera reacción fue echarse a reír; aquello debía ser un chiste. ¿Ir al exclusivo club de campo de Hatboro Creek con Blue McCoy, su ídolo de la adolescencia? Pero él no se reía. Estaba... ¿hablando en serio?

¿Por qué? Lucy lo miró a los ojos, intentando encontrar la razón por la que le había pedido aquella cita. ¿Por qué lo había hecho?, tenía que haber una explicación.

Encontró la respuesta en la mirada ardiente de sus ojos, clara como el agua.

Sexo.

Él era un hombre y ella una mujer, y aunque la había invitado a asistir a una fiesta elegante de la alta sociedad, lo que realmente quería hacer con ella no requería ningún vestido. Podía ver todo aquello, y mucho más, en sus ojos azules.

Lucy se quedó sin palabras. Blue McCoy la deseaba, la deseaba a ella. Se sentía físicamente atraído por la delgaducha, desgarbada, torpe y poco femenina yanqui, Lucy Tait.

Ella sabía perfectamente que el interés de Blue era puramente sexual, que no había ninguna base emocional. Estaba claro que, si aceptaba aquella cita, él haría todo lo posible para que la velada se alargara hasta la madrugada.

De repente, apareció en su mente una nítida y erótica imagen de Blue y ella en una cama del motel Lighthouse. Brazos y piernas entrelazados, bocas hambrientas, cuerpos en movimiento, piel húmeda de sudor y deseo... Ella se había comportado de manera imprudente e impulsiva muchas veces antes, pero nunca en su vida personal. Aunque en su vida profesional había actuado a menudo irreflexivamente, siempre había sido muy cuidadosa con sus relaciones. Sin embargo, desde que había visto por primera vez a Blue McCoy con quince años, había deseado acariciar su cabello rubio.

Lucy sabía que no significaba nada para él, y que eso no iba a cambiar aunque se acostaran; nunca antes había hecho el amor con un hombre sin saber que la relación iba a avanzar, sin esperar tener algún tipo de compromiso. Sin embargo, Blue sólo iba a estar unos días en la ciudad, una semana a lo sumo, y era posible que no volviera jamás. Quizá tardara otros doce años en regresar.

Él le acarició la cara, limpiando con suavidad de su mejilla lo que debía de ser una mancha de barro; su mano era cálida, más aún que la lluvia, y su tacto hizo que la recorriera una ola ardiente que llegó hasta el fondo de su alma. Incapaz de contenerse, Lucy le tocó el pelo; era suave y fuerte, aunque estaba mojado. Increíble. Con un solo movimiento, estaba haciendo realidad uno de sus sueños más imposibles.

Blue entrecerró los ojos con placer y satisfacción ante aquel contacto; había ganado, y lo sabía.

– Te recogeré a las diecinueve... A las siete en punto – se corrigió en tono un poco más fuerte que un susurro –. ¿O prefieres que nos encontremos en el club?

– Sí, nos veremos allí – asintió Lucy con voz entrecortada. Dios, sí, iba a hacerlo, iba a ir a aquella fiesta con Blue McCoy, y después... Después, iba a vivir una de sus fantasías más poderosas y decadentes.

Él la acompañó hasta el coche patrulla, volvió al Grill para recoger el resto de su desayuno y su petate y, tras despedirse con una inclinación de cabeza, se fue caminando hacia el motel. Al pasar junto a ella con su pequeño Honda Accord, Sarah tocó el claxon y levantó el pulgar en señal de ánimo.

Fue entonces cuando la realidad la golpeó de lleno.

¿Qué demonios estaba haciendo? Lucy se preguntó si una aventura de una noche con Blue McCoy, sin importar que fuera el hombre de sus sueños más tórridos, la compensaría de las habladurías, los cotilleos y las miradas especulativas que tendría que soportar durante las semanas y meses posteriores a que él se fuera. ¿Merecía una noche... o dos o tres... la pena, teniendo en cuenta el silencio que llegaría después? No tenía falsas expectativas; Blue no escribiría ni llamaría, podía morir en cualquier misión, y ella sería la última en enterarse.

¿Podía amar a un hombre, sabiendo que al cabo de un mes o de una semana estaría con otra mujer?

Deseó poder llamar a Edgar, contarle lo de la invitación, hablarlo con él, desahogarse. Pero aunque él no estaba, ella sabía cuál habría sido su respuesta:

«Ve por ello».

Edgar era la única persona a quien le había contado lo de su enamoramiento adolescente, el único que sabía que seguía pensando en un hombre al que ni siquiera conocía. Sí, él la habría animado a que aprovechara la oportunidad, y después le habría recordado que practicara el sexo seguro.

Sexo seguro. Vaya contradicción. Un preservativo servía para paliar algunos de los riesgos físicos, pero ¿qué pasaba con la seguridad emocional?, ¿qué protección tenía ella en ese sentido?

En comisaría, Lucy siguió su rutina de forma mecánica; se duchó, se puso un uniforme limpio y seco, rellenó los formularios y redactó los informes. Pero durante toda la tarde, se planteó la misma pregunta una y otra vez: ¿podía salir con Blue aquella noche, sabiendo las consecuencias?

La respuesta oscilaba entre la posible afirmación rotunda de Edgar y el no. No, no merecía la pena; no, no podía hacerlo. ¿O sí que podía? ¿Cómo iba a dejar pasar su fantasía sexual más alocada y sensual?

Cada vez que decidía que no podía salir con Blue y empezaba a marcar el teléfono del motel donde él se hospedaba, recordaba el deseo que había visto en sus ojos azules y la cálida sensación de la mano de él en su cara; recordaba la respuesta anhelante de su propio cuerpo, la promesa de una pasión salvaje y desenfrenada desconocida hasta el momento.

Y entonces comprendió con absoluta certeza por qué había aceptado su invitación.

Dos

Sintiéndose completamente fuera de lugar, Lucy avanzó con su coche por el elegante camino de entrada del club de campo de Hatboro. Fue hacia la parte de atrás, incapaz de dejarles las llaves de su fiable pero viejo Ford cuatro por cuatro a los aparcacoches. No podía soportar la idea de que se burlaran al colocarlo entre un montón de coches de lujo, y no sabía si sería capaz de entrar en aquel sitio tan exclusivo con el vestidito negro que Sarah le había prestado. «Pequeño» era el adjetivo que mejor lo definía; era una prenda sin mangas, con un atrevido escote y un enorme agujero en la espalda, que se ajustaba a su cuerpo y acababa muy por encima de sus rodillas. Cuando Sarah se lo ponía, la falda le quedaba corta, pero Lucy era más alta que su amiga y además llevaba tacones, por lo que sus piernas parecían larguísimas..., lo cual, según Sarah, Blue sin duda apreciaría.

Cuando entró por la puerta trasera del club, Lucy se miró en uno de los espejos del vestíbulo. Sarah también la había peinado, y le había hecho un recogido en lo alto de la cabeza. Parecía como si le hubiera levantado el pelo del cuello sin más, pero habían tardado casi media hora en conseguir aquel aire desenfadado. También se había maquillado un poco, y el resultado global era que parecía... otra persona. En vez de delgaducha, parecía esbelta; en vez de una más del montón, parecía exótica, glamurosa y misteriosamente sexy.

Era probable que Blue ni siquiera la reconociera, apenas podía hacerlo ella misma. En cierto modo, tenía sentido, porque le resultaba completamente ajena la sensación de ir a encontrarse con alguien que era prácticamente un desconocido, consciente de que antes de que acabara la noche podría ser su amante.

Blue McCoy.

Aunque era un desconocido, había sido su ídolo durante años. Era pura perfección masculina... si a una le gustaban los hombres altos y enigmáticos; y estaba claro que a ella la volvían loca.

Lucy empezó a subir las escaleras con el corazón martilleándole en el pecho; le llegaba el sonido de la música desde el salón de baile y sabía que Blue estaba allí arriba, cerca del trepidante ritmo. La decoración del club había cambiado desde la última vez que había estado allí; no recordaba de qué color era la gruesa alfombra que iba de pared a pared, pero estaba segura de que no había visto antes aquel rosa intenso. El empapelado de las paredes, de tonos crudos y rosados, también era nuevo.

Avanzó por el pasillo hacia el salón de baile, sin hacer ruido alguno con sus tacones altos en la gruesa alfombra. Las luces del salón habían sido atenuadas, y había velas por todas partes: en las mesas, en los bufes, incluso en candelabros en las paredes. El efecto era muy elegante y le daba al salón un resplandor dorado, como de cuento de hadas.

Las mesas ocupaban la mitad de la sala y el resto estaba libre para el baile. Había una pequeña orquesta, compuesta por batería, teclado y guitarra, justo enfrente del bar. Lucy reconoció a muchas de las personas presentes, entre las que

estaban los vecinos más ricos y poderosos del condado. Vio al jefe de policía con su esposa, y también al director del banco; el alcalde y su mujer estaban conversando con el propietario del Carolina Island, un complejo turístico en la costa, al norte de Hatboro Creek.

Las mujeres llevaban vestidos deslumbrantes y los hombres vestían esmoquin negro... Todos menos uno. Blue McCoy llevaba un resplandeciente uniforme blanco de marino. Cuando él se volvió, la luz de las velas se reflejó en las hileras de medallas y demás condecoraciones que llevaba en el pecho.

La chaqueta del uniforme resaltaba sus anchos hombros y sus caderas estrechas; llevaba una insignia de oficial, y Lucy recordó que era teniente..., a menos que lo hubieran ascendido desde la última vez que le había preguntado a Gerry sobre la carrera de su hermano. Tenía una gorra de plato blanca en las manos, y su cabello rubio reflejaba la luz de las velas. Estaba hablando con Mitch Casey, el presidente de la cámara de comercio de Hatboro Creek; Blue parecía muy serio mientras asentía con gravedad ante lo que le contaba Mitch, pero sus ojos se desviaban una y otra vez hacia la puerta de entrada, como si estuviera esperando a alguien. ¿A ella? Lucy se sintió en las nubes al darse cuenta de que Blue McCoy estaba buscándola, que la estaba esperando.

La postura de él era ligeramente rígida, como si no estuviera del todo cómodo allí; era comprensible, ya que Gerry y su padre eran los que se habían hecho miembros del club. Antiguamente, Blue siempre prefería trabajar y pasar el tiempo en el puerto, donde tenía una pequeña motora.

Siempre se había mantenido alejado de la gente que frecuentaba el club, incluso cuando salía con Jenny Lee. En el instituto era un solitario, y sólo tenía uno o dos amigos, que por lo general eran inadaptados y se mantenían al margen del resto. Blue solía llevar una chaqueta de cuero y conducía una moto que había ensamblado él mismo, pero, al contrario del resto de chicos duros, sus notas eran excepcionalmente buenas. Aun así, su apariencia había hecho que tuviera reputación de gamberro.

Incluso en esa época, Blue solía sonreír poco; había sido un chico serio que observaba en silencio, al que no se le escapaba nada pero que no solía intervenir. A menos, claro, que las burlas y la violencia llegaran demasiado lejos... como cuando los cinco miembros del equipo de béisbol habían decidido demostrarle a Lucy lo poco que les gustaba que una yanqui hubiera conseguido entrar a formar parte de sus filas.

Lucy podía defenderse en una pelea justa, pero cinco contra una era demasiado.

Entonces Blue había intervenido, y su mera presencia había acabado con el altercado. Al resto de estudiantes les impresionaba tanto la violencia latente bajo su apariencia serena como su habilidad y disposición para pelear, así que habían aprendido muy pronto a mantenerse alejados de él.

Además, Blue no tenía miramientos y peleaba sucio si era necesario. Lucy había oído que el padre de Gerry había adoptado a Blue por obligación a los cinco años; a ninguno de los dos le había gustado el arreglo, pero Blue no tenía a donde ir. Había

crecido a la sombra de su hermanastro, y su padre había dejado claro que era una carga para él; no era de extrañar que hubiera aprendido desde pequeño a ser autosuficiente, que fuera una persona retraída y seria.

Lucy recordó cómo había estado a punto de derretirse aquella tarde al ver su cálida sonrisa. ¿Habría sonreído así a Jenny Lee en el instituto? Era difícil de creer; si lo hubiera hecho, seguramente Jenny Lee habría decidido casarse con él, no con su hermanastro.

En ese momento, Gerry McCoy y Jenny Lee Beaumont entraron en el salón, y Lucy vio cómo la atención de Blue se centraba en ellos. Jenny llevaba un vestido largo de color rosa que resaltaba sus suaves rizos rubios y su tez de melocotón. Su piel seguía siendo tan perfecta como quince años atrás y, gracias a su dulce sonrisa y su belleza, todavía parecía la líder de las animadoras; estaba claro que su físico la había ayudado a conseguir un trabajo de reportera en la emisora de televisión local.

Por su parte, Gerry parecía tenso y esbozaba una sonrisa forzada mientras compartía un baile lento con su futura esposa. ¿Acaso se sentía amenazado por la presencia de su hermanastro? Físicamente, no se parecían en nada; Gerry era más alto que Blue, aunque más delgado, casi esbelto. Ambos eran rubios, pero el pelo de Gerry era más claro y cada vez más fino y escaso, mientras que el de Blue era espeso y ondulado. Blue raramente sonreía, en cambio Gerry lo hacía constantemente; de hecho, la actitud despreocupada y afable de Gerry contrastaba tanto con la seria intensidad de Blue, que era difícil creer que ambos hubieran vivido su infancia bajo el mismo techo. Parecía casi imposible que hubieran compartido un hogar y no se hubieran tirado de los pelos, con unas personalidades tan diferentes.

En la ciudad se decía que, a pesar de sus diferencias, habían estado más unidos que muchos hermanos de sangre, que sus puntos fuertes y sus debilidades se habían complementado. Lucy no sabía si aquello era cierto; cuando ella se había mudado con su madre a la ciudad, Gerry ya se había marchado a estudiar fuera y, cuando volvió, Blue ya se había alistado en la Armada.

Lucy observó a Blue, que seguía con los ojos fijos en Gerry y Jenny Lee mientras bailaban. De pronto, él recorrió el salón con la mirada, y al llegar a Lucy, la pasó por alto sin mostrar ninguna reacción; fue como si ella ni siquiera estuviera allí..., como si se hubiera olvidado de su existencia, como si fuera algo insignificante en comparación con Jenny Lee.

Desilusionada, ella sintió que se le encogía el estómago. Bueno, ¿qué esperaba?, ¿había creído que sería algo más que una sustitua de la mujer que Blue deseaba realmente? Tenía que controlar su imaginación, si no iba con cuidado, empezaría a pensar que Blue se había acercado a ella porque en el fondo buscaba a alguien a quien amar; sería muy fácil hacerse ilusiones, creer que podía conseguir que Blue se enamorara de ella, que una noche a su lado serviría para ablandar el magullado corazón de aquel hombre.

No, la triste realidad era que había ido allí con los ojos bien abiertos; sabía lo que Blue quería de ella: sexo sin ataduras. Nada de enamorarse, nada de corazones enterneidos. Era consciente de ello, pero había ido de todas formas. Sin embargo,

Blue estaba mirando a través de ella como si no existiera, y eso significaba que no le interesaba lo más mínimo.

Había sido una tonta al pensar que podía competir con Jenny Lee; aunque estaba prometida para casarse con otro hombre, era tan hermosa y dulce que era normal que Blue siguiera enamorado de ella. Seguramente la había invitado a ella para distraerse, pero ni siquiera había conseguido captar su atención.

Lucy sabía que debía irse de allí, pero no podía moverse. Sólo podía seguir allí de pie mirando a Blue, deseando que las cosas fueran distintas.

Aunque el rostro de él era impassible y sus ojos no revelaban emoción alguna, era obvio que estaba intentando ocultar algo. Lo cierto era que Blue tenía las de perder hiciera lo que hiciese, porque mucha gente lo estaba observando para ver su reacción al ver a su hermanastro con su ex novia. Si sonreía, dirían que era «una sonrisa agrisada»; si fruncía el ceño, afirmarían que sentía «celos apenas contenidos».

No, la situación de Blue no era nada fácil, y Lucy tuvo que admitir que había mostrado valor al asistir a aquella velada. De repente, se dio cuenta de que él no llevaba zapatos, sino sandalias. Lucía su immaculado uniforme blanco con hileras y más hileras de condecoraciones y calzaba un par de sandalias.

La pista de baile fue llenándose de gente, y Blue se volvió y fue hacia las puertas acristaladas que llevaban a la terraza. Hacía mucho calor, y estaban cerradas para impedir que saliera el aire acondicionado y que entrara el cálido aire nocturno. Con la mano en el pomo, Blue se giró y miró a Lucy directamente a los ojos; hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible, pero el mensaje era claro: quería que lo siguiera.

Lucy sentía que el corazón iba a salirsele del pecho mientras atravesaba el salón hacia las puertas de la terraza. Quizás se había equivocado; Blue la había reconocido, sabía que ella estaba allí. Tardó varios minutos en cruzar la habitación, pero finalmente logró salir fuera.

Cerró la puerta tras ella, y los sonidos de la música y las risas de la fiesta quedaron amortiguados y distantes; sintió el calor de la noche en la cara y los brazos y, al levantar la vista, vio que la luna casi llena brillaba entre algunas nubes altas.

La terraza era ancha, con suelo de baldosa, y estaba rodeada por una elaborada barandilla de hierro; había mesas con velas que parpadeaban bajo la brisa nocturna y faroles de estilo japonés, pero su luz no podía competir con la de la luna.

Mientras sus ojos se acostumbraban a aquella luz tenue, Lucy vio a Blue en las sombras, mirándola apoyado contra la barandilla.

Blue no podía creer lo que veía. Era raro, porque había estado en muchos sitios y había sido testigo de lo mejor y lo peor que podían llegar a hacer los seres humanos, y había empezado a creer que nada podría volver a sorprenderlo.

Pero Lucy Tait, vestida para arrasarlo con aquel traje sexy que resaltaba sus largas piernas, con su peinado sofisticado y sus ojos marrones, ardientes e invitadores, lo

había dejado sin habla. Había creído que se presentaría con algo recatado y funcional, que tendría que imaginar lo que sospechaba que había debajo de la ropa.

Cuando ella había aparecido, a él se le había acelerado el pulso y había intentado ocultar su reacción. No pensaba con claridad cuando la había invitado a la fiesta, y cuando había llegado y se había sentido el centro de atención, se había dado cuenta de que Lucy también tendría que soportar aquellas miradas de curiosidad.

Ella no merecía algo así, y había decidido pedirle que regresara a su casa antes de que alguien los viera juntos. Por eso se había obligado a contener su reacción al verla de pie en el otro extremo de la sala; ni siquiera se había permitido volver a mirarla, algo que deseaba hacer con todas sus fuerzas.

Pero allí en la oscuridad, lejos de miradas indiscretas, podía mirarla todo lo que quisiera. Parecía la modelo de un póster de deseo carnal, aunque al mirarla a los ojos supo que ella no se daba cuenta de lo sexy que estaba. La mirada de Lucy revelaba vacilación y cierta vulnerabilidad que, combinada con su increíble aspecto, formaban una extraña mezcla de experiencia e inocencia.

Blue no recordaba haber deseado en toda su vida a una mujer tanto como deseaba a Lucy en aquel momento.

Se apartó de la barandilla y se acercó a ella; los tacones altos que Lucy llevaba hacían que estuvieran casi a la misma altura, y ella lo miró directamente a los ojos.

—Parece que he estado fuera más tiempo del que pensaba —dijo Blue con suavidad. Su cuerpo entero se tensó cuando bajó la vista hacia la boca de ella, y le vio humedecerse los labios con la punta de la lengua en un gesto nervioso.

—Doce años —murmuró Lucy.

Él asintió y comentó:

—¿Por qué no te has casado y formado una familia con hijos y todo lo demás?

Ella se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—No he conocido a nadie que necesitara tener en mi vida, supongo que soy muy selectivo.

—¿Y qué te hace pensar que yo no lo soy? —dijo Lucy, levantando la barbilla.

—*Touché* —respondió él con una sonrisa. Con aquel brillo desafiante en los ojos, se parecía tanto a la chica a la que había conocido tantos años atrás... y a la vez era completamente diferente.

Aún podía recordar cómo a los quince años ella había intentado ocultar su dolor, incluso después de que se fueran los chicos que se habían estado metiendo con ella. Le sangraba un poco la nariz y tenía la mano en el costado. Aunque Blue había visto a uno de los chicos darle una patada en las costillas cuando ella estaba en el suelo, Lucy no había gritado ni una vez, y había intentado ocultar que le habían hecho daño de verdad. Pero el sudor que cubría su rostro la delataba.

Ella se había sentado en la hierba, con las rodillas encogidas contra el pecho, y él lo había hecho a su lado.

— ¿Estás bien, Yanqui? — le había preguntado.

— Sí — había contestado ella, mientras se limpiaba la sangre de la nariz con el dorso de la mano —. Sí, estoy... estoy bien.

— Pues no lo parece.

— Sólo necesito quedarme aquí sentada un rato.

— De acuerdo — había dicho Blue con voz suave —. ¿Te importa si me quedo contigo?

Ella había negado con la cabeza. No, no le importaba que se quedara.

— ¿Te han dicho esos chicos por qué te pegaban? — había preguntado él.

— No quieren que una chica entre en el equipo de béisbol.

— Bueno, es el equipo masculino de béisbol.

— ¿Y dónde está el equipo femenino? — había preguntado ella con ojos centelleantes.

— Aquí, lo normal es que las chicas entren en el equipo de animadoras — había admitido él, encogiéndose de hombros.

— El entrenador me dijo que soy el mejor parador en corto de la ciudad — había dicho ella con firmeza —. Y, por lo que he visto, puede que tenga razón. Me ha puesto en la alineación inicial, de bateadora, ¿y tú me dices que sea animadora?

— Estás muy segura de ti misma, ¿verdad? — había preguntado Blue, conteniendo una sonrisa.

— Hay cosas que los chicos hacen mejor que las chicas, como pacer pis de pie — había dicho Lucy, con los ojos entornados y expresión fiera —; pero jugar a béisbol no entra en esa categoría. Voy a hacer que esos matones muerdan el polvo ganando el título de mejor jugador del año... Y me voy a poner un vestido para recoger el premio.

Blue había estado a punto de echarse a reír, pero entonces ella había tenido un espasmo de dolor que había hecho que cerrara los ojos y apretara los dientes. Al notar su palidez, él había dicho:

— ¿Quieres que llame a tu madre?

— No, está trabajando.

— Estás herida...

— Estoy bien.

— Trabaja en la oficina de la fábrica, ¿verdad? — había comentado él mientras se ponía de pie.

— ¡Te he dicho que estoy bien! — Lucy se había apresurado a levantarse, y el esfuerzo hizo que se tambaleara.

Blue la había agarrado para impedir que cayera.

– Tienes una costilla rota, Yanqui. Voy a llevarte a que te vea el doctor Gray.

– ¡No, por favor! – Lucy lo había mirado implorante con los ojos muy abiertos—. No es nada, pero el médico me vendará y me dirá que no puedo jugar en tres semanas. Para entonces habré perdido mi sitio en la alineación inicial, y me pasaré el resto de la temporada en el banquillo.

– A veces, no hay más remedio.

– Pero no esta vez – había dicho Lucy con desesperación—. Si me quedo sentada, esos idiotas conseguirán lo que querían. No puedo permitirlo.

Blue se había quedado en silencio.

– Yo misma me curaré – había dicho ella, con la frente bien alta—. Me dolerá, pero voy a jugar.

Lucy había jugado, y aquel año había ganado el premio al mejor jugador del año. En aquellos tiempos era una chica increíblemente decidida y, a juzgar por cómo inclinaba la cabeza con gesto desafiante en ese momento, no había perdido ni las agallas ni la fuerte personalidad de antaño. Seguía siendo la misma por dentro, pero el exterior había cambiado mucho.

Blue recorrió con la mirada las curvas que marcaba el vestido negro, y aquellas largas piernas cubiertas por medias. Cuando volvió a mirarla a los ojos, dijo:

– Lo que quería decir es que me parece increíble que no tengas pareja; no puedo creer que hayas entrado sola por esa puerta, siendo tan guapa.

– Pero ahora ya no estoy sola – dijo ella con suavidad—. Estoy contigo.

Lo inundó un torrente de deseo, y comprendió que no podía enviarla a casa a pesar de sus buenas intenciones... a no ser que él fuera con ella. De hecho, quizás pudiera irse pronto; dentro de media hora, podría disculparse con Gerry y Jenny Lee, y escabullirse antes de que sirvieran la cena. Hasta entonces. Lucy y él podían quedarse en la terraza; nadie los vería, nadie lo sabría.

Lucy lo miró sin parpadear, preguntándose en qué estaría pensando. Porque era obvio que estaba planeando algo, tomando alguna decisión. En sus ojos había algo más aparte del evidente deseo... Por cierto, tendría que decirle a Sarah que el vestido había sido todo un éxito.

– ¿Me concedes este baile? – dijo Blue finalmente.

Claro que sí. Pero...

– ¿Aquí? – preguntó ella. Tras conseguir librarse del magnetismo de sus ojos, recorrió con la mirada la terraza desierta.

– Sí – dijo Blue, esbozando una sonrisa. Colgó su gorra en uno de los postes de la barandilla de hierro y alargó la mano hacia ella.

En el salón de baile, la orquesta interpretaba una vieja y familiar balada; la música parecía flotar en la quietud de la noche, distante y pura.

Lucy puso la mano derecha en la de Blue y posó la otra en su hombro; sintió que él la rodeaba por la cintura y notó la calidez de su contacto en la espalda.

Dios, estaba bailando una canción lenta con Blue McCoy.

Él se movía con fluidez y seguridad, y cuando su muslo rozó el de ella, Lucy supo que no había sido ningún accidente. El la acercó a su cuerpo lentamente pero con firmeza, hasta que los senos tocaron su torso y las piernas de ambos se rozaban constantemente. Deslizó la mano hacia arriba, explorando la parte posterior del vestido, hasta encontrar el agujero en la tela.

Lucy dejó escapar un suspiro y se aferró a Blue con más fuerza mientras los dedos encallecidos de él acariciaban su espalda. Lentamente, soltó la mano que él sostenía y la deslizó por su brazo y sus hombros hasta entrelazarla con la otra alrededor del cuello de Blue. Los ojos de éste brillaban con satisfacción; ambos sabían perfectamente que era probable que acabaran acostándose aquella noche, y estaba claro que él estaba encantado con la idea. El deseo de Blue era obvio..., con sus cuerpos tan apretados, no había lugar a dudas.

Iba a besarla de un momento a otro, a inclinarse hacia delante y unir sus labios, y ambos iban a dejarse arrastrar por la pasión. Saldrían a toda prisa de allí para ir al hotel de Blue, desnudándose casi en su cuarto por cuatro, apenas capaces de entrar antes de...

Lucy se sintió ligeramente mareada; aquello iba demasiado deprisa. Sí, quería hacer el amor con aquel hombre, había ido allí consciente de que la ropa que llevaba lanzaba un claro mensaje, de que su mera presencia era una aceptación de la muda proposición sexual de Blue. Pero había imaginado que cenarían, o que al menos beberían algo y charlarían un poco, antes de rendirse a la atracción animal que crepitaba entre ellos.

Pero las conversaciones educadas y superficiales no formaban parte de aquella relación; el cuerpo de Lucy lo tenía claro, y la calidez que lo inundaba la preparaba para lo que más deseaba, el acto más básico e íntimo de todos.

Lucy no esperó a que él la besara, sino que hizo que bajara la cabeza y ella lo besó a él. Más que oírla, sintió la risa de sorpresa de Blue, aunque éste sólo tardó una fracción de segundo en ladear la cabeza y devolverle el beso con una urgencia que la dejó sin aliento.

Él la llevó hacia las sombras mientras exploraba su cuerpo; acarició sus pechos y su trasero y, tras deslizar las manos por debajo del dobladillo, levantó poco a poco la falda del vestido. Al llegar a medio muslo encontró el borde de las medias y, con un gemido, la besó con más fuerza, más profundamente, mientras sus dedos acariciaban la suavidad de la piel femenina y encontraban el encaje de sus braguitas.

Lucy supo que ni siquiera iban a conseguir llegar al hotel, y que aquello no estaría bien, porque hacer el amor en público estaba prohibido. Por el amor de Dios, ella era una agente de policía, no podía hacer algo así, allí no. Se apartó ligeramente de él, y empezó a decir:

– Blue...

– Ven al motel conmigo – la voz aterciopelada de él sonó áspera, ronca y sin aliento.

– Sí – asintió ella.

Blue volvió a besarla y ella se aferró a él, cerrando los ojos con fuerza ante el arrepentimiento que llegaría a la mañana siguiente y que la acompañaría el resto de sus días. Pero por primera vez en su vida, Lucy se negó a pensar en el momento que estaba viviendo, y volvió a perderse en el beso. El sabor de Blue era exactamente como se lo había imaginado: dulce, limpio y maravilloso.

Él se apartó de ella, la tomó de la mano y la condujo hacia la puerta.

– Vamos.

– ¿Piensas marcharte sin más?

– Claro que sí – dijo él. La pasión de sus ojos parecía arder bajo la tenue luz.

– Pero...

– Venga, Yanqui, vamos a hacer realidad todos mis sueños – su voz era baja y vibrante de deseo mientras tiraba con suavidad de su mano.

– Tu hermano te buscará, se preguntará dónde estás – él y el resto de invitados, se dijo Lucy.

– Si Gerry te ha visto entrar en el club de campo, sabrá perfectamente bien dónde estoy.

– Hablo en serio – dijo Lucy, ruborizada, y se soltó de su mano –. Sabes cómo puede ser el chismorreo en una ciudad pequeña, todos creerán que te has ido porque no podías soportar ver a Gerry con Jenny Lee.

– Lo mío con Jenny Lee es cosa del pasado – dijo Blue, sacudiendo la cabeza.

Lucy estuvo a punto de creerlo. A punto.

– Pues no es eso lo que va a parecer – dijo con calma –. Nadie sabrá que te fuiste conmigo, nadie nos ha visto juntos.

– Y no quiero que nadie nos vea – dijo él –. No quiero que también hablen de ti.

– Dijeran lo que dijeran, sería la verdad, ¿no? – comentó Lucy con una sonrisilla irónica.

– Bueno, sí, si dicen que perdí el control con sólo mirarte.

Aquello hizo que el corazón estuviera a punto de salirse del pecho, pero Lucy se recordó que eran simples palabras.

– Estoy segura de que nunca pierdes el control.

Los ojos de él eran inescrutables, misteriosos.

– Siempre hay una primera vez – su voz bajó hasta hacerse casi inaudible –. Sólo sé que haría casi lo que fuera por hacerte el amor ahora mismo, Lucy.

– Vaya – dijo ella, cruzándose de brazos y sonriendo para ocultar lo mucho que la habían turbado sus palabras—. Si juego bien mis cartas, a lo mejor podemos celebrar una boda doble el sábado.

Lo estaba provocando, para ver si se echaba atrás.

– He dicho «casi» lo que fuera – dijo Blue, sonriendo al ver su expresión; era obvio que ella pensaba que él iba a desdecirse, así que optó por pasar al ataque—. Supongo que casarse entra en esa categoría, ¿por qué no? Pero, ¿para qué esperar hasta el sábado?, podemos tomar un vuelo a Las Vegas y hacerlo esta misma noche.

Lucy se rindió.

– Los dos sabemos que no tienes que casarte conmigo para conseguir lo que quieres... Lo que ambos queremos.

El dio un paso hacia ella.

– Entonces ¿a qué estamos esperando?

– A que entres y te despidas de Jenny Lee y de Gerry – contestó ella, levantando la barbilla.

Blue volvió a sonreír... Caramba, no recordaba la última vez que había sonreído tanto. Se lo estaba pasando muy bien, Lucy Tait sabía plantarle cara. Era una digna adversaria, y eso le gustaba. Le gustaba mucho.

Se había acercado a ella lo suficiente para rodearla por la cintura y darle otro largo y sensual beso, pero antes de que pudiera hacerlo, ella alargó la mano y rozó con un dedo las condecoraciones que llevaba en el pecho.

– Madre mía, ¿es que eres un héroe?

– No, sólo un SEAL – murmuró él, hechizado por la elegante curva de sus labios, por las pecas que cubrían sus pómulos y el puente de su nariz, por sus delicadas orejas.

Ella se inclinó hacia delante, hasta que los labios de ambos estuvieron a un suspiro, y dijo en voz baja:

– Ve a despedirte de tu hermano.

Él no pudo resistirse y volvió a besarla; se hundió en su calidez, maravillándose de que una mujer pudiera ser una mezcla tan perfecta de dulce y picante. Cuando al fin se apartó de ella, su voz parecía la de un extraño.

– No te muevas de aquí.

– No lo haré – sonrió ella.

Tres

Blue recorrió el salón, buscando a Gerry. La orquesta seguía tocando en la esquina y aún había algunas parejas bailando, pero la mayoría de la gente estaba sentando en las mesas redondas que llenaban la mitad de la sala.

Finalmente, vio a Gerry en una esquina, hablando muy serio con R. W. Fisher, el llamado «rey del tabaco». El hombre había vendido sus plantaciones y sus fábricas de tabaco de Virginia, y se había trasladado con su enorme fortuna a Hatboro Creek en la misma época en que Blue había llegado con su madre. Habían pasado más de veinticinco años, pero lo seguirían llamando así hasta el final de sus días.

Gerry siempre había querido entrar a formar parte del exclusivo círculo de amigos y socios de R. W. Fisher, así que Blue decidió no interrumpir su conversación. Aunque Lucy estaba esperándolo en el patio...

Podía despedirse de Jenny Lee, decirle que ya hablaría con Gerry por la mañana. Fue hacia la mesa donde había visto por última vez a la futura mujer de su hermanastro, hablando con unas amigas; ella levantó la mirada y, al verlo abrirse paso hacia ella entre el gentío, se levantó y le sonrió. Sus amigas enmudecieron y los observaron con ávido interés.

—Carter —dijo ella, en su suave acento sureño—. Aún no nos habíamos saludado, ¿verdad?

Ella alargó la mano y él la tomó automáticamente. Jenny Lee Beaumont. En una época, había deseado a aquella chica más que a la vida misma. Su pelo rubio y sus ojos azules, su delicada pero curvilínea figura y su ropa delicada y primorosa le parecían la quintaesencia de la feminidad. Era gracioso, pero en ese momento le parecía exagerada..., una caricatura de la bella sureña, almibarada y llena de encanto infantil.

Al parecer, en los últimos doce años había adquirido preferencia por el picante y por las mujeres hechas y derechas.

El aroma de Jenny lo envolvió; era un olor absurdamente dulce, y tan fuerte que estuvo a punto de asfixiarlo. Antes le encantaba el perfume de aquella mujer, pero en ese momento tuvo que luchar para contener la necesidad casi abrumadora de retroceder unos pasos y respirar un poco de aire fresco.

Cuando ella lo miró a los ojos y sonrió, Blue no sintió nada.

De repente, se dio cuenta de que realmente había tenido miedo de volver a verla, de volver a sentir el deseo y el dolor de antaño. Pero no sentía absolutamente nada..., aparte de unas ganas inmensas de volver a la terraza donde Lucy Tait lo estaba esperando. Retiró la mano con tranquilidad y dijo:

—Lo siento, Jenny, pero no puedo quedarme a cenar; tengo que irme.

—Oh, esperaba poder hablar contigo.

La sonrisa de Jenny Lee se desvaneció, y Blue notó las líneas de preocupación que se dibujaban en su cara; ella volvió a sonreír, pero fue un gesto forzado y poco natural. Él miró la mesa llena de mujeres, que los observaban como si estuvieran viendo una telenovela, y se dio cuenta de que Jenny Lee no quería hablar delante de sus amigas.

– Por supuesto, no puedo irme sin bailar al menos una vez – dijo. Fuera lo que fuese lo que la preocupaba, podría decírselo en la privacidad de la pista de baile.

– Claro que no – dijo ella, con expresión de alivio, y dejó que él la condujera al centro de la pista.

Las mujeres de la mesa seguían con la mirada fija en ellos, pero al menos no podían oírlos.

– ¿Va todo bien? – preguntó Blue. Bailar con Jenny Lee era extraño, después de haber tenido en sus brazos a Lucy; ésta era casi tan alta como él, y encajaban a la perfección, mientras que Jenny Lee era mucho más baja. Se sentía incómodo, como si tuviera que doblarse en dos para poder hablar con ella.

– No sé qué está pasando – dijo Jenny Lee –. Gerry se comporta de forma muy rara estos últimos días, parece muy preocupado y alterado, y no sé por qué. Los negocios van mejor que nunca, se ha comprado un coche nuevo... y ha planeado una luna de miel que es una locura. El problema no es económico, eso está claro.

Sus ojos brillaban, llorosos, pero Blue siguió sin sentir nada, aparte de una preocupación como hermano por la futura mujer de Gerry. Ella parecía querer añadir algo más, así que esperó.

– Me pregunto...

Si ella fuera Lucy, habría soltado sin más lo que la preocupaba nada más llegar a la pista de baile. Lucy era directa y clara, decía lo que pensaba. Era algo que a Blue le encantaba, y lo prefería mil veces a la actitud de Jenny Lee; a la novia de su hermano había que ir sonsacándole hasta la más pequeña información.

– ¿Qué es lo que pasa, Jenny Lee? Dímelo sin tapujos.

Ella fue incapaz de mirarlo a los ojos, y se sonrojó avergonzada al susurrar:

– No puedo evitar preguntarme si habré cometido una tremenda equivocación al invitarte a venir.

Diez minutos se convirtieron en quince, y las dudas de Lucy fueron en aumento.

¿Qué estaba haciendo allí? Mientras esperaba había tenido tiempo para pensar y aclararse la cabeza, y se había dado cuenta de que la increíble y poderosa pasión que había sentido al besar a Blue le daba un miedo de muerte. Se preguntó si estaría cometiendo una estupidez. ¿Qué pasaría si se enamoraba de él?

«¿Si se enamoraba?» Que Dios la ayudara, porque ya estaba a medio camino de cruzar aquella línea. ¿Podía hacer el amor con Blue y mantener separado lo físico de lo emocional?, ¿la empujaría la intimidad física a un remolino del que no podría salir?

Se preguntó dónde estaría Blue, por qué estaba tardando tanto. Cuando lo miraba a los ojos no tenía dudas, y lo único que podía hacer era seguir adelante. Sin embargo, cuando él no estaba a su lado empezaba a echarse atrás.

Lucy abrió las puertas acristaladas y volvió a entrar en el salón; seguramente, Blue se había enfrascado en una conversación con Gerry de la que no podía escapar. Necesitaba beber algo fuerte que le diera el coraje necesario para no salir corriendo.

De camino hacia el bar, lo vio.

Blue estaba en la pista de baile, con Jenny Lee entre sus brazos.

Vaya sorpresa.

Lucy se volvió, demasiado disgustada consigo misma para enfadarse con Blue. Así que lo suyo con Jenny Lee era cosa del pasado, ¿verdad? Había estado a punto de creérselo, y por eso era casi tan necia como Blue.

Desesperada por salir de allí, fue hacia las puertas que daban al pasillo; estaba a punto de llegar cuando empezaron los gritos.

Lucy se volvió, era policía y no podía hacerse la sorda; lo que vio hizo que se le encogiera el corazón.

Gerry estaba en medio de la pista de baile, entre Blue y Jenny, con el rostro lívido. Había bajado un poco el tono de voz, pero estaba empujando a su hermanastro repetidamente, claramente enfadado.

De cara a su hermano, Blue tenía ambas manos levantadas con las palmas hacia fuera, y por su postura y su actitud, estaba claro que no quería que la discusión se volviera violenta. Pero Jenny Lee estaba llorando, y Gerry lo empujaba más y más fuerte con cada frase que decía.

Lucy se acercó, preguntándose si debería intervenir a pesar de no estar de servicio..., aunque últimamente no se le daba demasiado bien controlar disturbios.

La sala se había quedado en completo silencio, incluso la orquesta había dejado de tocar; Sheldon Bradley, el jefe de policía, se apresuró a ir junto a Gerry, y Lucy se sintió aliviada. Él tenía mucha más experiencia que ella, y además era amigo de Gerry.

–Quiero que se largue de aquí –la voz de Gerry empezó a subir de tono de nuevo–. ¿Quién le ha dado permiso para bailar con Jenny Lee?

¿Arrastraba un poco las palabras? Sonaba raro, como si estuviera...

–Gerry, estás borracho –dijo Jenny Lee.

–Fue idea tuya invitarlo –contestó él con aspereza–. Por muy hermanastro mío que sea, no me parecía bien invitar a uno de tus antiguos novios a mi boda. Pero a lo mejor tenías otras razones para querer que volviera, ¿verdad?

– Cuando estés sobrio te vas a sentir como un verdadero idiota, hermano – dijo Blue con tranquilidad.

– Mantente fuera de mi vida – dijo Gerry, con ojos enloquecidos –. No eres mi hermano, y no quiero tenerte cerca. No lo quería de niño, y puedes estar seguro de que no lo quiero ahora.

El dolor que relampagueó en los ojos de Blue desapareció con tanta rapidez, que Lucy estaba segura de que había sido la única en verlo. Pero no había imaginado aquella angustia; las amargas palabras de Gerry le habían hecho mucho daño a Blue.

– Venga, chicos, tranquilizaos – el jefe Bradley intentó interponerse entre los dos hombres.

– Además, ahora Jenny Lee es mía – Gerry ignoró a Bradley y miró con furia a su hermano –. Tuviste tu oportunidad, y la desaprovechaste.

– No va a seguir siendo tuya durante mucho tiempo si sigues así – dijo Blue con voz calmada y suave.

– ¿Me estás amenazando? Porque si es así, voy a...

Gerry intentó darle un puñetazo, pero Blue atrapó sin esfuerzo su mano.

– Venga, chicos, ésa no es manera de comportarse entre hermanos – dijo el jefe de policía.

– No es mi hermano – Gerry liberó su mano, y añadió –. Si mi padre no se hubiera sentido culpable por acostarse con la zorra de su madre...

Blue reaccionó con tanta rapidez que Lucy ni siquiera lo vio moverse. Estaba a un metro de su hermano y, de pronto, lo tenía agarrado contra una columna por las solapas de su caro esmoquin.

El jefe Bradley parecía estar pensárselo dos veces antes de buscarle las cosquillas a Blue, pero aun así dio un paso hacia delante.

– Vamos, chicos, no vayamos a...

Blue no se molestó en contestar y miró a su hermano a los ojos.

– Has ido demasiado lejos – dijo con suavidad –. No me importa lo que digas de mí, pero mantén a mi madre fuera de esto.

– Blue – intervino el jefe de policía –, hijo, voy a tener que pedirte que te vayas.

– Como vuelvas a mencionarla, vas a tener que vértelas conmigo, ¿está claro? – continuó Blue.

Gerry asintió, callado al fin, pero el jefe Bradley no estaba acostumbrado a que no le hicieran caso.

– Blue McCoy, suelta a tu hermano – dijo.

Blue no se movió y, en el mismo tono de voz grave y amenazador, añadió:

– Pídele perdón a Jenny Lee, y después vete a casa hasta que se te pase la borrachera.

Gerry pareció encogerse, y sus brazos rodearon a Blue en una especie de abrazo; pareció decir algo, susurrar alguna cosa al oído de su hermano, pero Lucy estaba demasiado lejos para oírlo.

– Yo creo que eres tú el que tiene que disculparse y salir de aquí – el jefe Bradley recorrió el salón con la mirada, buscando algún refuerzo, y finalmente vio a Lucy –. ¿Estás de servicio, Tait?

– No, señor, he venido...

– Considérate de servicio a partir de este momento – dijo Bradley con firmeza –. Quiero que acompañes al teniente McCoy al motel. Asegúrate de que llegue allí sin más problemas.

– Pero...

Lucy miró a Blue, que había soltado a Gerry, pero él se volvió hacia Jenny Lee y le dijo:

– Lo siento.

– Yo también – dijo ella con la cabeza erguida a pesar de las lágrimas que inundaban sus ojos. Tras lanzar una mirada furiosa a Gerry se apresuró a salir del salón, y Blue se volvió y se dirigió hacia la otra puerta.

El jefe Bradley se llevó a un aparte a Gerry, y empezó a hablarle en voz baja. Lucy pensó en esperar para quejarse por haber sido puesta de servicio en su noche libre, pero sabía que sería inútil. Sheldon Bradley dirigía el Departamento de Policía de Hatboro Creek según sus propias normas. Con un suspiro, Lucy se volvió y siguió a Blue. Tuvo que correr para alcanzarlo.

– ¡Espera, McCoy!

Él se giró y se detuvo. Su rostro era impasible; sus ojos, completamente inexpresivos. Fueron juntos hasta el cuatro por cuatro de Lucy, pero él no habló hasta que se alejaron del club de campo.

– Siento lo que ha pasado – dijo.

Ella lo miró brevemente, y vio que él la estaba observando bajo la tenue luz.

– Hay sentimientos contra los que no se puede luchar – dijo Lucy en voz baja.

Él se volvió para mirarla más directamente.

– No pensarás que estaba... – se detuvo, y tras un segundo volvió a empezar –. ¿Realmente crees que intentaría algo con Jenny Lee en la cena de ensayo de su boda con mi hermanastro?

– Todo el mundo en la fiesta estaba esperando a que pasara algo entre Jenny Lee y tú – dijo ella, mientras giraba hacia la calle principal –. Todos te vieron bailando con ella y llegaron a la misma conclusión: que has venido a causar problemas, que quieres recuperarla.

El rostro de Blue estaba medio oculto por las sombras, pero ella era consciente de que la estaba mirando.

– Todo el mundo en la fiesta. ¿Eso te incluye a ti?

Tenía que ser completamente honesta con él.

– Sí – admitió.

– ¿Y qué pasa si te digo que todos estabais equivocados, que no siento nada por Jenny Lee?

– Entonces creería que lo estás diciendo sólo porque quieres acostarte conmigo – dijo ella sin andarse por las ramas. Entró con el coche en el aparcamiento del motel y apagó el motor.

– Estás muy equivocada – dijo Blue con calma –. Admito que quiero llevarte en la cama, pero no te mentiría para conseguirlo. Vamos, Yanqui, dejemos atrás el pasado – alargó una mano, y acarició con suavidad su pelo.

– No lo hagas – dijo ella, echándose ligeramente hacia atrás.

– Lucy...

Ella cerró los ojos, en un intento de aislarse de su cercanía.

– No puedo hacerlo. Pensé que sí, pero no puedo – volvió a abrir los ojos y lo miró directamente –. No puedo ser una sustitua de Jenny Lee.

Blue se echó a reír, y su mirada delató cierta impaciencia.

– No eres...

– Mira, Blue, tengo que irme...

– ¿Por qué no vamos a tomar una cerveza y lo hablamos? – sugirió él –. ¿Está aquel bar...?, ¿cómo se llamaba...? Ah, sí, el Rebelde. ¿Sigue abierto? Podríamos ir allí.

– No. Lo creas o no estoy de servicio, así que tengo que ir a comisaría para redactar un informe.

– Sabes tan bien como yo que puedes hacerlo por la mañana.

– Sí, pero quiero hacerlo ahora – contestó ella.

– Maldito Gerry – dijo él con voz cansada –. Debería haberle retorcido el pescuezo cuando tuve la oportunidad – salió del coche, y añadió –: Ha sido un verdadero placer volver a verte, Lucy Tait, aunque debo admitir que desearía que hubiéramos compartido un placer aún mayor. Si alguna vez vienes a California, llámame.

Incapaz de resistirse, ella se volvió hacia él y preguntó:

– ¿Vas a marcharte?

– Sí, tomaré el próximo autobús. No me importa el destino, mientras sea una ciudad con aeropuerto.

Iba a marcharse tan pronto como pudiera. Lucy apartó la mirada, temerosa de que Blue viera en sus ojos la decepción que sentía.

– Adiós, Lucy – susurró él. Tras cerrar la puerta suavemente, se fue.

El teléfono de Lucy empezó a sonar antes del amanecer, y la despertó de un sueño inquieto. Era Annabella Sawyer, la encargada de la centralita de la comisaría.

– Será mejor que vengas – dijo directamente –. Se ha montado una buena, y el jefe quiere tener a todos los agentes disponibles.

Lucy se volvió y miró el despertador. Eran poco más de las cuatro de la madrugada.

– ¿Qué pasa?

– La cosa empezó con un 10-65 – dijo Annabella –. Jenny Beaumont llamó a las dos y once, y denunció la desaparición de Gerry McCoy; al parecer, no había vuelto a casa. Hace un cuarto de hora, Tom Harper encontró el vehículo de Gerry a un lado de la carretera de Gate's Hill y, poco después, el 10-65 se convirtió en un 10-54. A las tres y cincuenta y seis, el doctor Harrington lo verificó. Tenemos un 187.

Lucy cerró los ojos con cansancio.

– ¿Te importaría traducírmelo?

– El aviso de persona desaparecida pasó a ser la notificación del hallazgo de un cadáver – dijo Annabella –. Tenemos un homicidio entre manos.

Lucy se sentó de golpe.

– ¿Qué?

– Gerry McCoy está muerto, lo han asesinado.

Cuatro

Lucy entró a toda prisa en la comisaría mientras se recogía el pelo en una coleta e intentaba contener el nerviosismo que sentía. Gerry McCoy estaba muerto, y tenía la corazonada de que la tragedia aún no había acabado.

El oficial Frank Redfield estaba hablando por teléfono tras el mostrador de recepción, pero la saludó con la cabeza y levantó un dedo, indicándole que esperara un momento.

–Muy bien –dijo al teléfono; estaba despeinado, como si acabara de levantarse de la cama–. De acuerdo, jefe, ahora mismo me ocupo de eso –colgó el teléfono y se volvió hacia Lucy; tras beber un trago de café, dijo–: La situación tiene muy mala pinta. ¿Te han dicho lo que pasa?

–Sólo que han encontrado el cuerpo de Gerry en la carretera de Gate's Hill, nada más –dijo ella mientras se servía una taza de café–. ¿Cómo ha muerto?, ¿le han disparado? –casi todas las muertes violentas del condado eran por armas de fuego.

–Vamos –dijo Frank, indicándole con un gesto que le siguiera–. Tengo que redactar un aviso de búsqueda a todas las unidades, pero intentaré contártelo por encima mientras introduzco la información en el ordenador.

Lucy se apresuró a seguirlo por el pasillo. Frank era más bajo que ella y muy delgado, pero lo que le faltaba en peso le sobraba en velocidad y buen humor. No era culpa suya que, a su lado, ella se sintiera como una auténtica amazona; siempre se mostraba amable y respetuoso con ella. De hecho, Frank y su mejor amigo, Tom Harper, alto, negro y robusto como un defensa de rugby, eran los únicos miembros de la policía de Hatboro Creek que no habían rezongado ni se habían quejado cuando ella entró en una institución que hasta entonces había sido exclusivamente masculina.

–En primer lugar –dijo Frank con su acento de California–, la causa de la muerte no fue un arma de fuego. A Gerry McCoy le han roto el cuello.

–¿Estamos seguros de que no ha sido un accidente? ¿No puede habérselo roto en una caída? –preguntó Lucy.

–Encontraron su cuerpo en medio de un claro –dijo Frank–. A menos que se cayera del cielo, es imposible que sus heridas sean producto de un accidente –se sentó en la mesa del ordenador, y miró a Lucy con una mueca–. El doctor Harrington dice que le rompieron el cuello de manera limpia, como si fuera una simple ramita –se estremeció, y añadió–. Creen que murió alrededor de las once, tendremos una estimación más exacta cuando llegue el forense por la mañana.

–¿A quién buscamos?

–Al hermanastro –dijo Frank mientras introducía la información en el ordenador a una velocidad de vértigo.

A Lucy se le cayó el alma a los pies.

– Blue McCoy.

Estaba claro que querían hablar con el hermanastro de Gerry, sobre todo porque se les había visto discutiendo horas antes de la muerte. Los familiares siempre estaban entre los principales sospechosos al principio de una investigación; estadísticamente, la mayoría de los crímenes los cometían personas cercanas a las víctimas. Pero Blue no era un asesino despiadado; era un soldado, un guerrero, pero no un asesino.

Aun así, él había dicho que tendría que haberle retorcido el pescuezo a Gerry, y éste había muerto... con el cuello partido.

Dios, ¿sería posible...? No, no podía creerlo. Se negaba a creerlo.

– Queremos traerlo aquí para interrogarlo – dijo Frank.

– No es necesario poner en alerta a todas las unidades para eso – dijo ella. Así que sólo querían interrogarlo... Al menos, aún no habían presentado cargos formales contra él –. Blue McCoy está en el motel Lighthouse.

– Ya no – dijo Frank –. El jefe acaba de llamar para informar de que Blue se fue del hotel a eso de la una de la madrugada. Jedd Southeby ha dicho que pagó la cuenta y se fue con un petate al hombro – levantó la mirada hacia Lucy –. De hecho, ahora que ya sabes tanto como el resto, será mejor que te unas a la búsqueda. Un hombre cargado no puede haber llegado muy lejos.

Al despedirse, Blue había dicho que iba a tomar el siguiente autobús, sin importar su destino. Lucy descolgó el teléfono y marcó el número de información.

– Hola, necesito el número de la estación de autobús de Georgetown.

Lo escribió en una hoja de papel mientras Frank la miraba con apenas disimulada incredulidad.

– No puede haber llegado a Georgetown – dijo –, eso está a casi veinticinco kilómetros de aquí. Sé razonable, Lucy. A estas horas de la noche la carretera está desierta, ni siquiera habrá podido llegar allí haciendo autostop.

– Georgetown tiene la estación de autobuses más cercana – dijo Lucy mientras marcaba el número que le habían dado –. Y veinticinco kilómetros son un paseo para un SEAL.

– Estás perdiendo el tiempo – dijo Frank.

El teléfono sonó unas diecisiete veces, pero al fin contestaron en la estación de autobuses. Lucy se identificó y la pusieron en contacto con el director.

– Necesito una relación de los autobuses que hayan salido de su terminal a partir de las tres de la madrugada – dijo. Era improbable que Blue hubiera llegado a Georgetown tan pronto, pero no quería correr riesgos.

– No ha salido ningún autobús entre las dos y las tres treinta y cinco – dijo el hombre –. A las tres cincuenta y cinco, hubo un autobús hacia Columbia y Greenville; hace sólo unos minutos, a las cuatro y veinte, ha salido otro hacia Charleston, y el próximo... Vamos a ver...

– Hay una base naval en Charleston, ¿verdad? – preguntó Lucy a Frank.

– Sí – asintió él.

– Ese es nuestro autobús – dijo ella. Tenía que serlo. Una vez en Charleston, Blue podría salir del estado en el primer vuelo disponible hacia California –. ¿Hay alguna manera de contactar con el conductor?

– Habría que ir tras él y decirle que parara, los autobuses no están equipados con radios – dijo el director –. Podemos llamar a la estación de Charleston, pero eso es todo.

– ¿A qué hora llegará allí el autobús?

– No es un servicio directo, se detiene en casi todas las paradas de la ruta 17 de aquí a Charleston. No llegará allí hasta las siete menos cuarto de la tarde, y eso si no hay retraso, claro.

– Gracias – colgó el teléfono, se volvió hacia Frank y dijo –: Me voy a Charleston.

– Vas a perder el tiempo – advirtió él.

– Mis órdenes son buscar a Blue McCoy, ¿verdad?

– Bueno, sí, pero...

– Pues eso es lo que voy a hacer – dijo ella camino de la puerta.

– Al jefe no va a hacerle ninguna gracia...

– Dile que volveré antes de las ocho... con Blue McCoy.

Blue iba dormitando en el autobús; era increíble que se hubiera pasado casi toda la noche andando hasta llegar a la estación de Georgetown, que se hubiera esforzado tanto para meterse en aquel cacharro viejo y destartado. Pero lo que le resultaba particularmente increíble era haberse tomado tantas molestias para alejarse de Hatboro Creek, porque, por primera vez en su vida, allí era donde quería estar.

Allí había una mujer, llamada Lucy Tait, a la que no podía sacarse de la cabeza por mucho que lo intentara.

Lucy seguía viviendo en la misma vieja casona que había compartido con su madre cuando Blue iba al instituto; incapaz de dormir, él había salido a dar un paseo y, de pronto, se había encontrado allí parado observando las ventanas, deseando ir hacia la puerta, aunque sabía que no debía hacerlo.

Podría haber llamado al timbre, convencerla de que lo dejara entrar; una vez dentro de la casa, no le habría costado demasiado seducirla, sabía que a ella le resultaba casi imposible resistirse a la pasión que ardía entre ambos.

Blue se había obligado a marcharse, a darle la espalda al paraíso que sabía que podría alcanzar al hacer el amor con Lucy. No sabía por qué lo había hecho, pero sospechaba que estaba un poco asustado; algo en su interior le decía que Lucy Tait

era alguien muy especial, pero en su vida no había sitio para nadie, y mucho menos alguien que podría llegar a ser muy importante para él.

Había observado a Joe Catalanotto, el comandante del pelotón Alfa y mejor amigo suyo, y se había dado cuenta de que cuando uno encontraba a esa persona especial, no todo era color de rosa. Era cierto que Joe parecía feliz la mayor parte del tiempo, que sonreía más y se enfadaba y perdía la paciencia en menos ocasiones; sin embargo, cuando el pelotón Alfa tenía una misión, cuando pasaban semanas sin que pudiera ver a Verónica, su mujer, y faltaba más tiempo hasta que pudiera volver a verla, Joe se volvía cada vez más y más callado. Nunca se quejaba ni hablaba de ello, pero Blue conocía a su amigo, y sabía que Joe echaba de menos a la mujer a la que amaba, y que se preocupaba por ella cuando estaba tanto tiempo lejos.

Blue no quería pasar por eso, no tenía ninguna intención de hacerlo. Ni hablar.

Entonces ¿por qué estaba sentado en aquel autobús fantaseando con Lucy Tait, como si pudiera hacerla aparecer sólo con desearlo? Cuando llegaran a Charleston, llamaría a una de las mujeres que conocía de cuando había estado estacionado en la base naval, y...

– ¿Qué demonios...? – dijo alguien –. ¿Por qué nos paramos aquí?

– Aquí no hay parada – dijo otra voz.

Blue abrió los ojos y vio que el autobús se estaba deteniendo a un lado de la carretera; dos hombres con ropa de faena, que estaban sentados en la parte de delante, eran los únicos que hablaban en el autobús medio vacío.

– Maldita sea – dijo el primero que había hablado –. El conductor debe de haberle dado demasiado al acelerador, nos ha parado la policía.

– Si no estoy en Charleston a las siete en punto me van a echar del trabajo, ya he llegado tarde demasiadas veces – dijo el otro.

Blue miró por la ventana, pero no conseguía ver nada, así que volvió a cerrar los ojos. No le importaba si estaban parados cinco minutos o una hora, le era indiferente lo que tardara en llegar a Charleston. Oyó el ruido de la puerta al abrirse y el murmullo de voces.

– Cariño, ven aquí y arréstame – dijo el primer hombre.

– ¿Dónde tengo que firmar para que me cacheen? – preguntó el otro con una risita.

– Eso ya lo he oído antes – dijo otra voz –. Así que si no podéis ser más originales, os sugiero que cerréis la boca.

¿Lucy?

Blue abrió los ojos y la vio allí de pie, en medio del pasillo, mirándolo.

– McCoy, recoge tus cosas y baja del autobús – dijo ella.

Parecía cansada, y en su rostro no quedaba ni rastro del maquillaje de la noche anterior. Tenía el pelo recogido en una coleta, y el uniforme ocultaba las curvas de su

cuerpo. Aun así, él la encontró increíblemente atractiva, y su boca se curvó en una sonrisa de placer.

—Hola, Yanqui —su voz era ronca por el sueño, y tras aclarársela añadió—. Creía que no volvería a verte.

—Vamos, esta gente va a llegar tarde —dijo ella.

Lucy evitaba su mirada, como si tuviera miedo de la ardiente atracción que había entre ellos.

—¿Vas a arrestarme? —bromeó él, inclinando la cabeza para que sus ojos se encontraran.

Pero ella no sonrió.

—No —dijo—, aún no.

Blue sintió que su propia sonrisa se esfumaba mientras la miraba con atención. Había dicho muy en serio lo de «aún no». Cualquiera que fuese la razón por la que estaba allí, no parecía nada agradable.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación. Estaba claro que no lo había seguido por la atracción que compartían—. Ha pasado algo, ¿verdad?

Ella señaló con la cabeza hacia la parte delantera del autobús.

—Vamos a salir de aquí y te lo contaré todo.

Blue se levantó, se echó el petate al hombro y salió del autobús tras ella. Cuando el vehículo retomó la marcha y se fue, dejó su carga en el suelo.

—Suéltalo —dijo.

—¿Por qué no entramos en mi coche? —sugirió ella.

Blue no se movió.

—No me vengas con juegucitos, Lucy, no es tu estilo. Dime lo que está pasando.

—Tengo malas noticias —dijo ella con voz tensa—. Me gustaría que te sentaras.

Malas noticias. Aquello significaba que alguien había muerto, o algo parecido.

La última vez que había recibido «malas noticias», estaba en el hospital esperando a que le dijeran cómo estaba Frisco; durante horas, no habían sabido si conseguiría sobrevivir y, al salir del quirófano, el médico había dicho que tenía que darles «malas noticias». Frisco iba a vivir, pero no podría volver a andar.

Aquel médico conocía a los SEAL, sabía que perder la movilidad, la capacidad de correr, saltar e incluso caminar era algo parecido a la muerte para ellos. En cierta forma, Frisco había muerto en Bagdad; el hombre serio que yacía en la cama de aquel hospital con líneas de dolor alrededor de los ojos no se parecía en nada a la persona afable y alegre que Blue había conocido.

Malas noticias.

Alguien había muerto, lo veía en los ojos de Lucy. Pero... ¿quién? Blue no podía imaginárselo, sólo quería que ella se lo dijera de una vez.

Lucy sintió un cierto alivio al mirar a Blue. Éste la estaba contemplando fijamente, como si estuviera intentando leerle la mente. Era obvio que no tenía ni idea de lo que iba a decirle. No lo sabía, no sabía que Gerry había muerto, era imposible que él fuera el asesino; nadie era tan buen actor.

– No necesito sentarme para oír malas noticias – dijo él con calma.

Lucy se dio cuenta de que era la encargada de decirle que su hermanastro había muerto. Por un lado, así podría observar su reacción, comprobar que no sabía nada, pero por el otro parecía algo muy cruel e inhumano. Aunque Blue y Gerry no tenían una relación idílica últimamente, años atrás habían sido amigos.

– Venga, Yanqui – la animó él con suavidad –. Si va a doler hazlo rápido, de un tirón.

Lucy asintió, se humedeció los labios y dijo:

– Gerry ha muerto.

Blue entrecerró ligeramente los ojos, como si de repente el sol se hubiera vuelto demasiado brillante para él.

– Gerry – dijo, mirando hacia los campos que se extendían ante ellos mientras un músculo en su mandíbula se contraía espasmódicamente –. Santo Dios. ¿Cómo?

– Lo han matado esta noche – dijo ella.

El se volvió hacia ella con brusquedad; sus ojos brillaban bajo la intensa luz de la mañana.

– Lo han matado – repitió –. ¿Quieres decir que lo han asesinado?

– Le han roto el cuello – asintió ella.

Blue maldijo en voz baja.

– ¿Quién puede haber hecho algo así... tres días antes de su boda?

– Aún no lo sabemos. La investigación del homicidio acaba de empezar.

La expresión de Blue cambió y su cuerpo entero se tensó.

– ¿Soy sospechoso?

– En este momento, la ciudad entera es sospechosa – dijo Lucy –. Como familiar suyo, eres uno de los que encabezan la lista.

– No puedo creer que haya muerto – Blue sacudió la cabeza –. Gerry... De pequeño, yo pensaba que era inmortal, un auténtico dios – soltó una risa seca y sin humor –. Lo último que le dije fueron palabras de enfado, y ahora está muerto.

Clavó su brillante mirada azul en Lucy, y ella contuvo el aliento al ver el dolor que había en sus ojos.

– Yo lo quería – dijo Blue con sencillez –. Era mi hermano, no habría sido capaz de matarlo.

Cinco

– Yo lo creo – dijo Lucy.

Sarah, tumbada en el sofá, la miró en silencio durante unos segundos y finalmente dijo:

– Richard me dijo que a Gerry le rompieron el cuello limpiamente, y que sólo un experto en artes marciales o alguien muy fuerte podría hacer algo así – se detuvo un momento, se apoyó en un codo para beber un poco de zumo de naranja y siguió hablando –: Además, ¿no me dijiste que los SEAL tenían un entrenamiento fuera de lo común?

– Sé a dónde quieres llegar – dijo Lucy –; y tienes razón, es probable que Blue McCoy tenga la fuerza y la habilidad necesarias para romperle así el cuello a Gerry, pero no creo que lo hiciera.

– ¿Lo han arrestado? – preguntó Sarah, mirándola con comprensión.

– No – contestó Lucy –. No tienen pruebas suficientes. El hecho de que estuviera, según ellos, «huyendo del escenario del crimen», es sólo algo circunstancial.

El estridente sonido del teléfono rompió la calma de la sala de estar de Sarah, y Lucy dio un salto.

– Richard compró un amplificador para el teléfono – dijo su amiga con una mueca de disculpa –. Tenía miedo de no oírlo si lo llamaban para alguna emergencia en el hospital de madrugada. Es como estar casada con un médico de pueblo – su sonrisa se volvió traviesa –. O a lo mejor es que estar casada con Richard no es fácil. Perdóname un momento – Sarah tomó el teléfono inalámbrico de la mesita que había frente a ella –. ¿Diga?

Lucy recorrió con la mirada la sala de estar de su amiga. Richard y ella habían empezado a amueblar la nueva casa cuando el embarazo ya estaba bastante avanzado, pero por fin habían acabado de colocarlo todo. Los muebles eran seguros para el bebé; no había filos cortantes ni superficies rompibles, todo era suavemente redondeado, diseñado para que una cabecita pudiera darse un golpe sin peligro y para que los pequeños dedos del niño pudieran agarrarse fácilmente. Sin embargo, a pesar de su carácter funcional, la habitación estaba decorada con un gusto exquisito.

– No – estaba diciendo Sarah al teléfono –. Aún estoy esperando a que el bebé decida que quiere nacer – se echó a reír –. No te preocupes, te llamaré – se calló un segundo, y levantó la mirada hacia Lucy –. Sí, está aquí. ¿Quieres hablar con ella?

– ¿Quién es? – preguntó Lucy en silencio, moviendo los labios.

– Tom Harper – contestó Sarah de la misma manera, y habló al teléfono –: De acuerdo, se lo diré. Enseguida va para allá – se echó a reír –. Claro, Tom. Gracias. Adiós – Sarah colgó y miró a Lucy –. Tom llamaba de parte de tu jefe; quiere que vayas ahora mismo a comisaría.

Lucy apuró su vaso de zumo.

– ¿Te ha dicho por qué? – preguntó.

Sarah sonrió.

– Al parecer, como has hecho tan buen trabajo al localizar a Blue, el jefe Bradford va a ponerte al frente de la investigación.

Lucy estuvo a punto de soltar el vaso.

– ¿Qué?

– No lo entiendo – dijo Lucy con vehemencia mientras subía a su cuatro por cuatro –. Soy la agente menos cualificada para llevar esta investigación. ¿Por qué me ha elegido?

Blue colocó el petate bajo sus pies y, tras cerrar con calma la puerta del pasajero, puso el seguro con el codo.

– Porque todos los demás agentes piensan que yo asesiné a Gerry.

– ¿Desde cuándo deja Bradley que el principal sospechoso elija al oficial que se va a ocupar de su caso? – dijo ella, perpleja.

– ¿Quieres poner ya este cacharro en marcha? – dijo él mirando con ojos entornados por el parabrisas –. Quiero salir de aquí.

Estaba claro que no iba a contestar a ninguna de sus preguntas hasta que ella saliera del aparcamiento.

Cuando Blue empezó a hablar, avanzaban ya por Blue Drive, en dirección a la playa.

– Bradley no sabe que yo te he elegido, piensa que lo ha hecho él. Quería que firmara una confesión, y me dijo que iba a ser muy fácil demostrar mi culpabilidad. Aunque aún no tienen pruebas suficientes para arrestarme, dijo que el caso era tan fácil que incluso el novato más inexperto y tonto podría ponerme entre rejas en cuarenta y ocho horas. Aproveché la oportunidad para manipularlo y hacer que quisiera demostrar que tenía razón.

– Así que yo soy «el novato más inexperto y tonto» – dijo Lucy.

– Eres inexperta, Yanqui, pero no tienes ni un pelo de tonta. Además, no vas a pasar por alto deliberadamente ningún indicio que pueda exculparme.

Lucy permaneció en silencio unos segundos.

– ¿Y qué pasa si sólo encuentro datos que puedan inculparte? – preguntó al fin.

Blue señaló hacia el aparcamiento de la playa.

– Por favor, aparca ahí – dijo.

Lucy obedeció. A esa hora de la tarde, estaba casi vacío, porque la mayoría de la gente ya había vuelto a casa. Condujo hasta una de las grandes piedras que rodeaban el aparcamiento y apagó el motor. Cuando iba al instituto, ése era uno de los sitios

donde las parejas solían ir de noche. Ella nunca había ido, pero seguramente Blue había estado allí con Jenny Lee un montón de veces.

El se volvió en su asiento para mirarla cara a cara.

– Tengo la corazonada de que sólo vas a encontrar pruebas en mi contra – dijo lentamente, y levantó una mano para evitar que ella lo interrumpiera –. Hay algo en todo esto que apesta a encerrona; quienquiera que matara a Gerry, quiere que parezca que yo soy el asesino. No sé quiénes están implicados, o adonde están dispuestos a llegar, pero hasta que lo sepa, eres la única persona de la ciudad en quien voy a confiar.

Lucy lo miró con incredulidad y se dio cuenta de que él estaba hablando en serio: la había elegido a ella de entre todas las personas a las que podría haber pedido ayuda. Sin embargo, como oficial encargada del caso no podía permitirse ningún favoritismo con un sospechoso. Su trabajo consistía en descubrir al asesino, sin importar quién fuera. Cruzó los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza en ellos.

– ¿Qué pasa si decido que eres culpable?

– Creo que ya has decidido que no lo soy.

Lucy levantó la cabeza.

– Tendré que hacerte algunas preguntas... Dime dónde estabas a la hora del crimen.

– No tengo coartada, estaba solo.

Lucy sacó una libreta de su bolsillo y abrió la puerta del Ford.

– Vamos a caminar por la playa – sugirió.

– Perfecto – asintió él, y salió también del coche.

La arena crujía bajo los zapatos de Lucy, y se dio cuenta de que Blue se había quitado las sandalias. Tenía unos pies bonitos, fuertes, elegantemente arqueados, de dedos largos y rectos.

Lucy no dijo nada hasta que llegaron a la orilla; caminaron en dirección sur, contemplando el reflejo del sol del atardecer en el océano.

– Esta situación es bastante incómoda – dijo ella finalmente. Aunque no le resultaba fácil, tenía que ser sincera con Blue porque necesitaba que él lo fuera con ella –. Anoche, estuvimos a punto de tener... cierto tipo de unión, pero hoy nuestra relación debe ser completamente diferente.

Blue no contestó, así que ella continuó.

– Voy a hacerte unas preguntas, y tienes que responder con sinceridad. ¿De acuerdo?

Lucy se apartó ligeramente para que una ola no le mojara los zapatos, mientras que Blue dejaba que el agua bañara sus pies descalzos. También le empapó el dobladillo del pantalón, pero a él no pareció importarle. Levantó la mirada hacia ella y asintió.

– Bien – Lucy exhaló con fuerza. No se había dado cuenta, pero había estado conteniendo el aliento—. Yo te dejé en el motel a eso de las ocho y media; dime todo lo que hiciste desde ese momento hasta que te fuiste de allí.

Blue entornó los ojos, intentando recordar hasta el último detalle.

– Entré en la habitación, me di una ducha y me quité el uniforme. Compré pescado frito y ensalada para llevar en el Grill, y después volví a mi habitación y vi una película mientras cenaba. No era demasiado buena..., me refiero a la película, no a la cena..., así que apagué la tele antes de que terminara. Debían de ser cerca de las diez. El aire acondicionado no funcionaba bien, y me sentía... inquieto, nervioso, así que salí a dar un paseo.

Lucy también se había sentido inquieta la noche anterior, aunque no iba a admitirlo. Como sabía que él la estaba observando, no apartó los ojos de su libreta.

– ¿Adonde fuiste? Es posible que alguien te viera.

– Bajé por la calle principal y tomé varios atajos hasta el puerto deportivo – dijo él—. Estuve allí sentado un rato, aunque no sé el tiempo exacto – tras una pausa, añadió—: Luego subí hacia la calle Fox Run.

Lucy se volvió y lo miró. Ella vivía en aquella calle.

– Exacto – dijo él—. Fui a ver si aún estabas despierta, como yo.

Claro que estaría despierta, se había pasado la noche en vela, mirando las sombras en el techo y deseando haberse atrevido, que Blue estuviera junto a ella. Sin embargo, aunque quería estar con él, sabía que en el fondo soñaba con un final de cuento de hadas, que la besara y confesara que no podía vivir sin ella, que sólo podía ser feliz a su lado.

Se había dicho una y otra vez que aquello iba a ser una efímera y ardiente aventura de una noche, intentando convencerse de que sería suficiente, pero se había estado engañando a sí misma. Lo que deseaba realmente era que Blue se quedara en la ciudad.

Lucy contempló lo que había escrito en la libreta, pero no podía enfocar bien y sus notas parecían pisadas de pájaro en la arena en vez de palabras. Blue iba a quedarse, pero por una razón terrible. Si él no había matado a Gerry, y sí, él tenía razón al pensar que ella creía en su inocencia, entonces el verdadero asesino se había esfumado hacía mucho o, aún peor, seguía por allí cerca, observando y esperando. Cuando levantó los ojos, se dio cuenta de que él aún seguía mirándola.

– Tu casa estaba a oscuras – dijo él—, pero aunque no hubiera sido así, no habría llamado a la puerta. Dejaste claro al llevarme al motel que no me querías cerca.

Aquello no era verdad. Ella lo quería cerca, pero todo se había complicado demasiado cuando lo había visto bailando con Jenny Lee.

– Ni siquiera sé por qué fui a tu casa – siguió él, mirando hacia el océano—. A lo mejor tenía la esperanza de encontrarte bailando desnuda en el jardín trasero, o algo así.

Lucy se echó a reír.

– Últimamente no paso demasiado tiempo bailando desnuda – dijo.

– Pues es una lástima – dijo él, y volvió a mirarla con una sonrisa.

Sí, era una lástima... que Blue no hubiera llamado a su puerta, y que ella hubiera rechazado su invitación de subir a su habitación del motel.

– Si hubiera pasado la noche contigo, tendrías una coartada – comentó.

Blue la miró con ojos ardientes, y dijo con suavidad:

– Sí, eso es verdad.

Lucy apartó la mirada y volvió a repasar sus notas, consciente de que era hora de plantear las preguntas más espinosas, las que había estado evitando hasta el momento. Tenía que saber de qué había hablado Blue con Jenny Lee, y a qué se había debido su enfrentamiento con Gerry.

– Retrocedamos un poco en el tiempo. Anoche, en el club de campo...

– Llegué al club un poco antes de las seis y media – dijo él –. Había llamado a Gerry por la tarde, en cuanto llegué al motel, pero su secretaria me dijo que tenía reuniones durante toda la tarde y que él había dicho que me vería en la fiesta, que fuera pronto para poder hablar con él.

Lucy se detuvo.

– ¿De qué hablasteis?

– No se presentó – Blue dibujó una línea en la arena con el dedo gordo del pie, y observó cómo una suave ola la borraba –. Lo estuve esperando hasta después de las siete, pero no lo vi hasta que Jenny Lee y él hicieron su gran entrada en el salón.

Lucy se dio cuenta de que Blue no la había estado buscando a ella, sino a su hermano. Sintió una gran decepción, pero se obligó a sobreponerse. No había sitio para tales emociones en su relación de investigadora y sospechoso.

– ¿Sabes de qué quería hablar contigo?

Blue se pasó los dedos por el pelo y se lo apartó de la cara, aunque de inmediato la brisa volvió a empujar un mechón ondulado hacia delante.

– Pensé que se trataba de un encuentro informal, ya sabes, para saludarnos, ponernos al día..., lo típico.

– ¿Pero...?

Lucy volvió a vislumbrar un brillo de dolor en aquel rostro inexpresivo. Si no lo hubiera visto antes, quizás ni siquiera lo hubiera notado. Él reemprendió la marcha y ella caminó de espaldas para poder observar su cara mientras hablaba.

– Después del numerito en la pista de baile, creo que lo que Gerry quería decirme antes de que empezara la fiesta era que me largara.

– No puedes culparlo por sentirse celoso, estabas bailando con su prometida – Lucy logró contenerse y se volvió hacia delante, mientras simulaba leer sus notas. No

estaba allí para dar su opinión, se suponía que tenía que recabar información—. De acuerdo, sé dónde estuviste entre las siete y cuarto y poco antes de las ocho.

– Yo también recuerdo esa parte perfectamente bien – dijo Blue.

Lucy sabía que, si levantaba la vista, lo pillaría mirándola, así que no despegó los ojos de su libreta.

– Entraste para despedirte de Gerry – dijo –, pero parece que no lo encontraste.

– Estaba hablando con el señor Fisher – contestó Blue –, así que fui a despedirme de Jenny Lee.

– ¿Pidiéndole que bailara contigo? – Lucy no pudo ocultar el tono de incredulidad en su voz. Consciente de que parecía una novia celosa, se apresuró a dar marcha atrás—. Lo siento. Sigue, por favor; ¿qué pasó entonces?

Pero Blue no continuó; se detuvo en seco y la miró durante unos segundos con atención, y Lucy sintió como si estuviera bajo un microscopio.

– No me creíste cuando te dije que entre Jenny Lee y yo no hay nada, ¿verdad? – dijo él al fin—. Cuando me viste bailar con ella... Fue entonces cuando decidiste no acostarte conmigo, ¿verdad?

– Eso no tiene nada que ver con la investigación...

– Vamos, Yanqui, estoy contestando todas tus preguntas con sinceridad, lo mínimo que puedes hacer es responder a una de las mías.

Lucy levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

– Sí – contestó, aunque era una verdad a medias; ver a Blue con Jenny Lee había roto el hechizo en el que él la tenía inmersa, había hecho que recordara que ella no se acostaba con marineros que sólo iban a quedarse en la ciudad unos días.

Blue la estaba mirando fijamente. Cuando dio varios pasos hacia ella Lucy se sintió paralizada, incapaz de retroceder. Él alargó la mano y le retiró con ternura un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta.

– Volvamos a Jenny Lee – dijo Lucy con desesperación. Como siempre, la mención de su antigua novia sirvió para romper el extraño poder que Blue ejercía sobre ella.

– Cuando le dije que me iba de la fiesta, comentó que quería hablar conmigo – Blue se agachó, tomó una piedra bastante lisa y, tras limpiarla de arena, la sopesó en la mano—. Parecía muy preocupada y alterada por algo; estaba claro que quería hablar en privado, pero como no me parecía apropiado llevarla a algún rincón del salón, la saqué a bailar.

Blue se incorporó y lanzó la piedra hacia el océano. Tras dar varios saltos sobre las olas, se hundió.

– Probablemente no me creas, pero lo que voy a decirte es la pura verdad, Lucy.

Ella asintió, con el bolígrafo listo para tomar notas, pero Blue se limpió la arena de las manos y señaló la libreta con un gesto.

–No necesitas eso, no tiene nada que ver con el caso –su mirada era directa y sincera– . Sólo quiero que sepas que, durante todo el tiempo que estuve bailando con Jenny Lee, no hice más que desear que fueras tú la mujer que tenía entre mis brazos.

Lucy cerró los ojos. Dios, ¿era posible que Blue aún pensara que tenía alguna posibilidad con ella? ¿Acaso no se daba cuenta de que en aquella situación no podían tener ningún tipo de relación sentimental? Además, ¿creía que era tan ingenua para pensar que la prefería a Jenny Lee Beaumont?

–Será mejor que nos centremos –dijo– . Me gustaría saber lo que te dijo Jenny Lee mientras bailabais.

Lucy no le creía, y la verdad era que él no había esperado que lo hiciera; de todas formas, quizás aquél no fuera el mejor momento para intentar convencerla.

–Me dijo que estaba preocupada por Gerry –respondió– . Al parecer estaba comportándose de forma extraña, como si estuviera soportando una gran presión. Me confesó que creía que se había equivocado al invitarme a la boda, que había sido idea de ella pedirme que fuera el padrino. Había creído que a Gerry le gustaba la idea, pero en los últimos días había empezado a preguntarse si el malestar de Gerry no se debería a mi regreso, por nuestra antigua relación –Blue se detuvo un segundo, y añadió– : En resumen, me pidió que me marchara.

Lucy asintió mientras tomaba notas, mordiéndose el labio inferior en un gesto de concentración; Blue recordó la suavidad de aquellos labios, el delicioso sabor de su boca, lo dispuesta que había estado a avanzar hacia un contacto más íntimo. Antes de marcharse de la ciudad iba a conseguir volver a vivir aquello, y la atracción que ardía entre ellos iba a arrastrarlos a un punto sin retorno. Sería una experiencia intensa, muy intensa.

También quería encontrar al malnacido que había asesinado a Gerry y llevarlo ante la justicia. Aunque habían tenido sus diferencias en el pasado reciente, y a pesar de las duras palabras que le había dicho Gerry, no podía olvidar la amistad que había compartido con su hermanastro durante su infancia y adolescencia. Aún no podía creer que hubiera muerto; la idea de no volver a ver su sonrisa hacía que se sintiera vacío por dentro.

–Me gustaría echarle un vistazo al cuerpo –dijo– . Quiero ver si a la policía se le ha escapado algo.

Lucy negó con la cabeza.

–La oficina de medicina forense estatal está realizando una autopsia, es obligatorio en todas las muertes sospechosas. Si todo va bien, el cuerpo volverá a la ciudad el viernes para que el sábado se celebre el funeral.

–¿Quién se está encargando de organizar el funeral? –preguntó Blue.

–Jenny Lee –dijo Lucy, mirándolo a los ojos.

Jenny Lee. Maldición, debía de estar sufriendo muchísimo; en vez de casarse con Gerry el sábado, iba a enterrarlo.

—¿Cómo está?

—Supongo que como cabe esperar —contestó Lucy. Como siempre que se mencionaba a Jenny Lee, procuró ocultar sus sentimientos. Estaba oscureciendo, así que se volvió y dijo —: Será mejor que regresemos.

—Todo esto apesta —dijo Blue en voz baja.

—Debe de ser muy duro para ti —dijo ella, mirándolo con compasión—. Todo el mundo ha estado tan ocupado lanzando acusaciones, que nadie te ha ofrecido el pésame por la muerte de tu hermano.

—No importa.

—Claro que importa. En momentos así, todos necesitamos saber que hay gente que se preocupa por nosotros.

Blue sonrió.

—Sé que tú te preocupas por mí, Yanqui, y eso es todo lo que necesito.

Seis

Lucy dejó a Blue en el motel Lighthouse y embocó la calle principal hacia el Grill. Se le había hecho muy tarde y estaba demasiado exhausta para cocinar; aparcó enfrente del pequeño restaurante, soñando con una hamburguesa y unas patatas fritas aunque sabía que acabaría pidiendo sopa de verduras y ensalada. Llevaba sentada cinco minutos cuando Blue McCoy entró en el abarrotado local.

Todas las conversaciones se detuvieron al instante.

Blue fue hacia la única mesa libre, que estaba junto a la de Lucy y, tras saludarla con la cabeza dejó el petate en el suelo y se sentó. Recorrió con la mirada la silenciosa sala, como si acabara de notar que era el centro de atención. Algunos no se molestaron en disimular y lo contemplaron con abierta hostilidad.

Iris se acercó a la mesa de Blue; la camarera, que normalmente era muy agradable, no sonreía e incluso parecía preocupada.

–Lo siento –dijo a Blue con sinceridad–, pero esta mesa está reservada para otra persona.

Lucy sabía que no era cierto; en el Grill se sentaba el que primero llegaba. Blue también lo sabía, pero sacó su petate de debajo de la mesa.

–¿Por qué no te sientas conmigo, McCoy? –ofreció Lucy en voz alta–; en mi mesa hay sitio de sobra –miró a Iris desafiante–. Si es que no está reservada también para otra persona, claro.

Iris se ruborizó, pero miró a Blue y dijo:

–Lo siento de verdad, pero voy a tener que pedirte que te vayas. No quiero que haya problemas en mi local, y tú eres uno con mayúsculas.

Se oyó el murmullo de conformidad del resto de comensales y, cuando Iris desapareció por la puerta de la cocina, alguien exclamó:

–¡Que se vaya de aquí!

–Sí –Travis Southeby se levantó, y la luz brilló en su placa de policía–. Comer cerca del asesino de Gerry McCoy va a darme gases.

Lucy levantó la voz para que se la oyera por encima del súbito alboroto.

–¿No se supone que uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario? –preguntó con la mirada fija en Travis–. Blue McCoy no ha sido condenado por ningún crimen, ni siquiera se le ha acusado.

Leroy Hurley se levantó en el otro extremo del local arrastrando ruidosamente la silla, y a Lucy se le hizo un nudo en el estómago.

–En los viejos tiempos no había que pagar millones de dólares para condenar a un asesino –dijo el hombretón al resto de los clientes–. Mi abuelo solía contarme historias de aquellos tiempos; no necesitaban ni juez ni jurado, lo único que hacía falta era la gente del pueblo, el culpable y una buena soga.

– Así los contribuyentes se ahorran un montón de dinero – dijo Travis Southeby con una sonrisa.

Blue vio cómo Lucy se ponía de pie, furiosa; tenía las mejillas encendidas y en sus ojos ardía un auténtico infierno. Tenía los dientes apretados, y una mano apoyada en su pistola. Se sintió más que agradecido de que estuviera de su parte.

– ¿Estáis hablando de un linchamiento? – dijo ella, en un tono bajo y controlado que destilaba amenaza. Se volvió y fulminó con la mirada al otro agente—. Tendrías que avergonzarte por bromear con algo así, Travis; deberías de tener un poco más de cabeza – miró a Leroy –, ¿Qué prefieres, Hurley? ¿Te detengo por provocar disturbios o por intento de asesinato? Porque los tiempos han cambiado desde que tu querido abuelito podía campar a sus anchas por esta ciudad. Hoy día hay otro nombre para los linchamientos: asesinato en primer grado – recorrió el restaurante con la mirada—. ¿Lo tenéis claro todos?, ¿alguien tiene alguna pregunta? No querría que nadie se confundiera con esto.

Leroy Hurley salió furioso del Grill y los demás clientes volvieron a comer. Travis Southeby permaneció de pie, con la cara regordeta roja de rabia, y señalando a Blue, dijo:

– Si estuviera yo a cargo de la investigación, a estas alturas ese tipo ya estaría entre rejas.

– Bueno, pero no lo estás, así que siéntate y acaba de cenar, Travis – dijo Lucy con aspereza—. Si tienes alguna queja, ve a hablar con el jefe Bradley.

Travis tiró varios dólares sobre la mesa y salió del local sin volver a tocar su comida.

Antes de que Lucy pudiera volver a sentarse, Iris salió de la cocina con una enorme bolsa de papel.

– Hay suficiente para los dos, invita la casa – fue hasta la puerta, y la abrió de par en par—. Siempre y cuando os la comáis fuera de aquí.

Lucy sacudió la cabeza.

– Me has decepcionado, Iris – dijo a la camarera.

Sin decir una palabra, Blue se echó el petate al hombro.

– La última vez que hubo una pelea aquí, esa enorme ventana de cristal se rompió – dijo Iris—. La compañía de seguros no quiso cubrir los gastos, y tardamos tres meses en pagar la deuda. Billy Joe y yo tenemos un hijo que ya va al instituto, Lucy; sabes que no podemos permitirnos que vuelva a pasar lo mismo.

Cuando salieron a la calle. Iris les dijo de nuevo que lo sentía y cerró la puerta firmemente tras ellos.

– Yo también lo siento – dijo Lucy a Blue.

– Las personas se acaloran, y no siempre se paran a pensar – dijo él con calma.

– ¿Por qué no has dejado tus cosas en el motel? – dijo ella, mirando el pesado petate que él llevaba al hombro.

– No voy a quedarme allí – contestó Blue.

– No hay otro sitio en toda la ciudad donde puedas quedarte. ¿Qué vas a hacer?, ¿dormir a la intemperie?

Él se encogió de hombros.

– Sí, supongo que sí.

Ella lo miró fijamente con los ojos entrecerrados.

– ¿Qué pasa?

Él tardó varios segundos en contestar, pero finalmente admitió:

– Jedd Southeby me ha dicho que no tiene ninguna habitación libre en este momento.

Lucy apretó los labios y abrió la puerta de su coche con más fuerza de la necesaria.

– Entra – dijo.

Blue entró en el vehículo y la observó con interés mientras ella metía la llave, encendía el motor y ponía la marcha atrás con movimientos bruscos.

– Es imposible que no haya habitaciones libres en el Lighthouse – dijo ella –. De hecho, en este momento deben de haber unas quince desocupadas.

Tardaron menos de un minuto en llegar al motel, y Lucy detuvo el coche con un frenazo.

– Jedd Southeby, ¿se puede saber qué te pasa? – dijo con furia al entrar en el vestíbulo –. ¡Sabes muy bien que tienes habitaciones libres!

Jedd ni siquiera se molestó en levantarse de la silla.

– Ese tipo no es bienvenido aquí – dijo con frialdad, señalando a Blue con un gesto de la cabeza. Era un hombre bajo y anguloso, a diferencia de su hermano Travis, que era bajo y regordete.

– Eso es ilegal – dijo Lucy, con los brazos cruzados –. No puedes discriminar a...

– Claro que puedo – contestó Jedd con satisfacción –. Me reservo el derecho de negar alojamiento a cualquier huésped, si creo que existe una causa razonable para suponer que puede causar daños a mi propiedad, a sí mismo o a otros clientes. Teniendo en cuenta que Blue es sospechoso de haber matado a su hermano, creo que hay una causa más que razonable, ¿no crees?

Lucy se quedó de piedra.

– Entonces ¿dónde se supone que va a quedarse? – sacudió la cabeza, y añadió –. El jefe Bradley le ha dicho que no puede salir de la ciudad, si no le das una habitación...

– Hay sitio de sobra en la cárcel – dijo Jedd, y miró a Blue con cara de pocos amigos –. Será mejor que te acostumbres a dormir en una habitación con barrotes, McCoy.

Lucy respiró hondo y se obligó a sonreír.

– Jedd – dijo, esforzándose por mantener un tono de voz sereno y razonable –, tu propio hermano es agente de policía; estoy segura de que te ha dicho que nadie puede dormir en comisaría. Las luces siempre están encendidas, es un sitio ruidoso, la tele está encendida y...

– Blue tendría que haber pensado en eso antes de cargarse a su hermano, ¿no crees?

– ¿Qué pasa si llueve esta noche? – preguntó Lucy. Perdió la paciencia, y dio una palmada en el mostrador –. ¿Vas a hacer que este hombre, al que no han acusado de ningún crimen, duerma bajo la lluvia?

– Me importa un comino dónde duerma – Jedd se volvió de nuevo hacia su televisor.

– ¡Maldita sea! – Lucy se giró y salió a la calle. Borrarle de la cara aquella odiosa sonrisita a Jedd con un puñetazo no iba a favorecer en nada ni a Blue ni a su propia carrera de policía –. ¡Maldita sea!

– Soy un SEAL, he dormido otras veces bajo la lluvia – dijo Blue con calma; miró al cielo, y añadió –: Además, no va a llover.

– Entra – dijo bruscamente Lucy mientras volvía a sentarse en el asiento del conductor de su viejo Ford.

Blue la miró a través de la ventanilla abierta del lado del copiloto.

– ¿Adonde vamos? – preguntó –. Porque la verdad es que prefiero pasar la noche al raso que en la cárcel.

– No te preocupes, no voy a llevarte a comisaría – dijo ella. Respiró hondo y expulsó lentamente el aire, intentando calmarse; aquella no era la mejor solución, pero era lo único que se le ocurría de momento –. Puedes pasar la noche en mi casa.

Blue abrió la puerta y entró en el coche.

– Eso es lo mejor que he oído en todo el día.

Lucy le lanzó una mirada de advertencia.

– Vas a dormir en uno de los dormitorios vacíos.

– A la orden – contestó él con una enorme sonrisa.

La casa de Lucy era un edificio enorme y viejo, situado en lo alto de la colina, al final de la calle Fox Run; Blue suponía que había sido construida a principios de siglo. Sabía que había estado vacía unos años, antes de que la familia Tait se mudara a la ciudad; nadie había querido comprarla, porque costaba mucho mantenerla, así que la madre de Lucy la había conseguido a precio de ganga. La familia había pasado incontables horas pintando y reparando aquella vieja monstruosidad y, cuando acabaron con el interior, habían tenido que empezar con el exterior.

Incluso bajo la tenue luz del crepúsculo, era obvio que el trabajo había valido la pena; la enorme casa era una maravilla. La habían pintado de blanco con postigos verde oscuro, y tenía un aspecto limpio y fresco.

– Tu casa es fantástica – dijo Blue.

– Gracias.

– Sigue tan grande como siempre.

– Sí, me parece demasiado grande desde que murió mi madre – Lucy resopló, y admitió –: Aunque la verdad es que siempre me lo ha parecido.

– Quizás podrías venderla – sugirió él.

Lucy bajó del Ford y se quedó mirando la casa.

– Sí, podría; Betty Stedman, de la inmobiliaria, me hace una oferta cada pocos meses. Pero... esta casa es la única razón de que aún siga viviendo aquí – admitió –. Si la vendo, tendré que mudarme a otro sitio.

– Hay millones de posibilidades por ahí fuera – dijo Blue mientras se sentaba en el capó del coche –. Y, en mi opinión, todas y cada una de ellas son mejores que Hatboro Creek.

– Tenías muchas ganas de marcharte de aquí, ¿verdad? – le preguntó ella.

– Me había prometido que conseguiría mi diploma de graduado superior, sabía que lo necesitaba para llegar adonde quería en la Armada. De no ser así, me habría marchado de aquí mucho antes.

– Si lo hubieras hecho, no te habría conocido – comentó Lucy –. Me habrían dado una buena paliza, o me habrían hecho algo aún peor... ¿Te acuerdas de cuando el equipo de béisbol intentó darme una lección?

– Sí – asintió él. Se inclinó ligeramente para poder ver su rostro en la oscuridad creciente –. ¿Qué has querido decir con «algo aún peor»?

– Nada – Lucy levantó la bolsa de papel que Iris les había dado –. ¿Por qué no vamos al porche a cenar?

Blue bajó del capó y la siguió hasta la casa.

– No habrías dicho que te habrían hecho algo peor sin ninguna razón – dijo, y la agarró del brazo antes de que subiera las escaleras –. Lucy, ¿qué te hicieron aquellos chicos?, ¿volvieron a amenazarte?

Ella miró con asombro la mano que la agarraba con firmeza, pero él se negó a soltarla.

– Bueno... – suspiró, y admitió –: Eran unos idiotas, me dijeron que si seguía en el equipo de béisbol, me llevarían al bosque y me enseñarían lo único para lo que servía una chica... y no creo que estuvieran pensando en cocinar o limpiar. Me sentí avergonzada, y no le conté a nadie lo de las amenazas, ni siquiera a ti.

Ella se zafó con suavidad de su mano y subió las escaleras hasta el porche.

– ¿Te...? – fue incapaz de acabar la pregunta.

Ella se sentó en el balancín, y dijo:

–Después de tu intervención estilo superhéroe, no volvieron a molestarme; creían que era muy amiga tuya –levantó la mirada hacia él, con una ligera sonrisa—. Claro que yo contribuí a perpetuar la falsa creencia, diciéndoles que Blue McCoy iba a llevarme a pescar, o que estaba ayudando a Blue McCoy a arreglar su motora... Me monté un mundo de fantasía, y ellos se lo tragaron.

Cuando Lucy le sonreía de aquella forma, Blue se olvidaba de todo... De la muerte de Gerry, de los cargos de asesinato que pendían sobre su cabeza, de cómo aquella ciudad le había vuelto a dar la espalda. Sólo podía pensar en Lucy, que ya tenía aquella resplandeciente sonrisa cuando era una novata de primer curso en el instituto.

Si él hubiera sabido en aquellos tiempos lo que sabía en ese momento, las cosas habrían sido muy diferentes. Probablemente, no se habría ido de la ciudad con el corazón roto en mil pedazos... No, entonces habría sido Lucy la que se habría quedado con el corazón roto. Claro que, si Lucy Tait hubiera sido su novia en el instituto, quizás él no se habría marchado de la ciudad.

¿En qué demonios estaba pensando? Él había querido irse de Hatboro Creek desde que había llegado, a los cinco años; aunque las cosas hubieran sido diferentes entre Jenny Lee y él, aunque ésta lo hubiera querido de verdad y no lo hubiera utilizado para acercarse a Gerry, él se habría ido de todas formas. Y si Jenny Lee Beaumont, con sus considerables encantos, no habría podido hacer que se quedara, ¿qué le hacía pensar que Lucy Tait lo habría logrado?

–Iris nos ha puesto un par de hamburguesas, una sopa de verdura, algo de sopa de pescado, dos bocadillos de pavo con pan integral, patatas fritas y aritos de cebolla –dijo ella, mientras colocaba el festín en la baranda—. Hay hasta cucharas de plástico. Me quedo con la sopa de verdura, todo lo demás podemos compartirlo.

Blue tomó el recipiente con la sopa de pescado y lo destapó; removiendo el caldo con una de las cucharas de plástico de Iris, se sentó junto a Lucy en el balancín. Notó que ella se tensaba, y supo que iba a protestar antes de que las palabras salieran de su boca.

–Me gustaría que no te sentaras tan cerca.

–Vamos, Yanqui, sabes que en estas cosas tienen que sentarse dos personas para que la estabilidad sea óptima.

Lucy se negó a mirarlo y siguió con los ojos fijos en su sopa, como si el líquido contuviera las respuestas a todas las preguntas del universo. Cuando por fin habló, volvió a sorprenderlo con su franqueza.

–Sé que seguramente crees que me tienes segura –dijo. Cuando él hizo ademán de protestar, levantó la mano para detenerlo y lo miró con expresión seria—. Bueno, te he traído a mi casa para que pases la noche aquí, ¿no? Te he dicho antes que tendrías que dormir en una de las habitaciones libres, pero es probable que pensaras que no hablaba en serio, sobre todo teniendo en cuenta lo que pasó anoche.

Estuvimos a punto de perder el control en la terraza del club de campo, y si hubiéramos ido directos al motel, las cosas habrían sido muy diferentes.

Lucy dejó la sopa en la baranda, y se volvió a mirarlo cara a cara.

– En cierto modo, tienes razón – continuó –. Anoche estuvimos a punto de tener relaciones sexuales; ambos lo deseábamos y si no hubiéramos estado en un sitio público, lo habríamos hecho. Aunque no me gusta nada admitirlo, y nunca en mi vida había hecho algo tan imprudente, no puedo negar que es verdad. Pero eso enrarece nuestra situación actual, porque si hay algo que no puedo hacer de ninguna manera, si hay algo completamente imposible, es tener relaciones sexuales contigo. Yo soy la investigadora, tú el sospechoso, y si lo hiciera, estaría incumpliendo todas las normas habidas y por haber – Lucy respiró hondo –. Bueno, ya lo he dicho.

Blue sonrió, intentando ocultar su sonrisa; maldición, cómo le gustaba aquella chica. Lucy no se andaba con juegucitos, y decía las cosas sin tapujos.

– ¿No vas a cambiar de opinión? – preguntó él.

Ella no se dio cuenta de que estaba bromeando, y negó con la cabeza.

– Ni hablar. Perdería el trabajo, y el amor propio.

– Bueno, de acuerdo – dijo Blue –. Supongo que entonces sólo podemos hacer una cosa.

Lucy lo miró con ojos casi luminosos a la luz del porche, y él sintió el abrumador deseo de besarla; sin embargo, se limitó a levantarse y a añadir:

– Empezaremos apartándonos un poco, o vamos a sufrir una combustión espontánea. Mañana por la mañana nos levantaremos temprano y nos pondremos manos a la obra para intentar eliminarme de la lista de sospechosos. Y mañana por la noche... podemos volver a sentarnos en el balancín, y ya veremos qué pasa.

Lucy suspiró y cerró los ojos por un momento.

– Desearía que fuera así de fácil.

Blue metió el recipiente de sopa vacío en la bolsa de papel.

– Es así de fácil.

Pero ella no pareció convencida, sino cansada, melancólica y abrumada por el peso de la responsabilidad que soportaba. Blue quería rodearla con los brazos y aliviarla, pero sabía que sólo conseguiría ponerle las cosas más difíciles.

Siete

El despertador de Lucy sonó a las seis menos cuarto y la arrancó de un profundo sueño. Había conseguido dormirse poco después de la medianoche, aunque antes había permanecido tumbada en la cama, oyendo los familiares ruidos de la casa e intentando captar el más mínimo ruido de Blue en la habitación de invitados del piso superior.

Había oído las tuberías cuando él había abierto la ducha, el zumbido de la bomba de agua y el silbido del agua al subir desde el pozo. Varios minutos después, él había cerrado el grifo y, a partir de entonces..., nada. Silencio absoluto. No había habido pasos ni ruido alguno.

Aunque no esperaba que Blue fuera muy ruidoso; al fin y al cabo, era el hombre punta del pelotón Alfa. Él se lo había contado la noche anterior, cuando ella le había preguntado sobre su trabajo después de llevarlo a la habitación de invitados y darle unas toallas limpias.

–Guío al pelotón en situaciones de clandestinidad o de combate –había dicho él.

Blue lo ignoraba, pero ella ya sabía lo que era un hombre punta: era alguien que podía guiar sigilosamente a su equipo hasta un campamento enemigo sin que los descubrieran, alguien capaz de guiar a su pelotón por un campo de minas sin que sufriera ni un rasguño. Era alguien que se movía silenciosamente, con cuidado, siempre alerta y vigilante, y que era responsable de la seguridad de sus hombres.

Lucy sabía aquello porque había leído todos los libros sobre los SEAL que había podido encontrar. Había leído el primero en el instituto, porque se había enterado de que habían aceptado a Blue en el programa de entrenamiento de esa unidad de élite, pero el resto los había leído porque se sentía fascinada por el tema, intrigada por el *modus operandi* de un equipo de operaciones especiales como aquél.

Eran poco convencionales en todos los sentidos; los entrenaban para actuar contra terroristas, y les enseñaban a parecerse al enemigo, a pensar, comportarse e incluso oler como él. Gracias a las distintas habilidades de cada uno de los componentes de un equipo, podían encajar en cualquier país e infiltrarse en cualquier organización.

Eran duros, inteligentes, implacables y entregados, unos héroes, y Blue McCoy era uno de ellos.

Cada hombre de una unidad de los SEAL era experto en doce campos diferentes como informática, guerra técnica, mecánica o pilotaje de helicópteros y aviones de última generación. Todos los SEAL del elitista equipo diez eran expertos tiradores, y conocían a la perfección todo tipo de armas. También eran expertos en buceo y en técnicas de demolición, tanto en tierra como bajo el agua, y podían saltar en paracaídas desde un avión a prácticamente cualquier altura.

Parecían sobrehumanos, fuertes, curtidos y extremadamente peligrosos... y Blue McCoy, su ídolo, era uno de ellos.

Ella se sentía atraída por él, no tenía sentido negarlo, y Blue había dejado claro que la atracción era mutua. Le había dicho que había pensado en ella mientras bailaba con Jenny Lee en el club de campo, aunque aquello era muy difícil tragárselo: Blue McCoy, pensando en Lucy Tait mientras bailaba con Jenny Lee Beaumont... Vaya tontería.

Aun así, le había contado la verdad sobre su conversación con Jenny. Ella había leído la declaración de Jenny, y su versión era casi idéntica a la de Blue. Sin embargo, no había forma de verificar lo que él había sentido al bailar con su ex novia, al tenerla en sus brazos.

Lucy sabía que Blue quería hacer el amor con ella, lo veía en sus ojos cada vez que la miraba con un deseo casi aturdidor, pero era lo suficientemente realista para saber que seguramente sólo la quería porque Jenny Lee no estaba disponible.

Fue con sigilo al cuarto de baño y se dio una ducha rápida antes de ponerse un uniforme limpio. Se cepilló el pelo y lo dejó suelto para que se secase, tomó una manzana de la cocina y salió de la casa. Estaría de vuelta antes de que Blue se despertara.

Blue regresaba de su carrera matinal cuando vio que Lucy salía con el coche. Sólo había dormido dos horas; se había levantado mucho antes del amanecer, completamente despierto y alerta, agitado, repleto de una energía y de una anticipación parecida a las que sentía antes de entrar en combate. Pero esa vez aquellas sensaciones estaban unidas a una tensión sexual que las agudizaba aún más.

Había corrido ocho kilómetros antes de que amaneciera y ocho más después de que saliera el sol, pero el nerviosismo se negaba a desaparecer.

Vio cómo Lucy se alejaba de la casa; parecía que llevaba el uniforme, así que seguramente iba a comisaría, a informar a su jefe de todo lo que él le había dicho, y a ver si se sabía algo de la autopsia.

Blue subió las escaleras del porche e intentó abrir la puerta de la cocina, pero estaba cerrada. Su dormitorio estaba en el tercer piso, y había dejado la ventana abierta; podía entrar por allí, pero decidió comprobar si había alguna otra ventana abierta más cerca del suelo.

La del primer piso sobre el fregadero de la cocina lo estaba, pero el alféizar estaba lleno de plantas; vio que había otra en el segundo piso, y supo de inmediato que era la de la habitación de Lucy.

Trepó con facilidad por el lateral del porche, y llegó a la ventana en cuestión de segundos; dentro no había ningún obstáculo, sólo una fina cortina blanca que la suave brisa matutina agitaba, así que entró sin más preámbulos.

El dormitorio de Lucy era bastante grande, seguramente, en el pasado había sido un salón o una sala de estar. La cama, que estaba bajo tres grandes ventanas, estaba deshecha; las sábanas tenían un alegre estampado en tonos azules, rojos y verdes, y la colcha blanca había sido apartada y caía parcialmente sobre el parqué.

Las paredes eran blancas, y una serie de acuarelas rompían la monotonía; eran en su mayoría marinas con barcos de vivos colores o escenas de playa. Sólo había dos fotografías enmarcadas, colocadas sobre el tocador. Blue reconoció a la madre de Lucy en una de ellas, la mujer sonreía a la cámara a través de un agujero en la pared sin terminar de la cocina. En la otra fotografía estaba Lucy, abrazando a un hombre alto y delgado al que no reconoció; el tipo rodeaba con los brazos los hombros de ella, y ambos reían mirando a la cámara.

¿Quién demonios era?, ¿por qué tenía Lucy aquella foto en su dormitorio? ¿Habría sido su novio, seguía siéndolo aún? En ese caso, ¿dónde estaba? ¿Vivía al otro lado de la calle o al otro lado del país?

Lucy no había mencionado a ningún novio, y tampoco se había comportado como si lo tuviera. Por otro lado, él no tenía derecho a sentirse celoso; no quería ningún compromiso, sólo una o dos noches de sexo. Si Lucy tenía alguna relación estable aparte, era problema de ella.

Entonces ¿por qué notaba aquel mal sabor de boca al imaginársela riendo y besando al otro hombre?, ¿por qué sentía esas ganas tremendas de romper la foto en dos?

Blue fue hacia la puerta, súbitamente consciente de que estaba invadiendo la privacidad de Lucy, pero antes de subir al tercer piso para darse una ducha, volvió a echar una última mirada por encima del hombro.

La habitación de Lucy era cálida y acogedora, espaciosa y tan despejada como el resto de la casa; estaba claro que no le gustaba llenar cada rincón disponible con recuerdos y baratijas, y que no la asustaban las superficies limpias o las paredes vacías. Sí, le gustaba aquella habitación, y esperaba tener la oportunidad de volver a verla... desde la cama de Lucy.

— ¡Lucy!

Lucy se volvió y vio al jefe Bradley acercándose a toda prisa por el pasillo.

— Me alegro de encontrarte — dijo él, sin aliento —. Ya veo que tienes una copia del informe de la autopsia. Bien, muy bien. ¿Has recibido el mensaje de Travis Southeby? Parece que ayer estaba tomando unas copas en el Rebelde, y Andy Hayes dijo que había visto a Blue McCoy salir de su habitación del motel a las diez en punto la noche del asesinato.

— Sí, eso concuerda con la declaración de McCoy — dijo Lucy.

Sheldon Bradley asintió y se pasó los dedos por su cada vez más escaso cabello canoso.

— Matt Parker ha estado aquí hace unos minutos; dice que creyó ver a alguien muy parecido a Blue McCoy discutiendo con Gerry a eso de las once de la noche, en el bosque cercano al sitio donde encontraron el cuerpo. Los vio veinte minutos antes de la hora estimada del asesinato.

— ¿Matt cree que vio a alguien que se parecía a Blue? — Lucy no se molestó en ocultar su escepticismo—. No, eso no lo sabía. Iré a hablar con Matt y con Andy esta tarde.

— Infórmame de cualquier novedad — dijo Bradley.

— Tendrá otro informe sobre la mesa esta misma tarde — dijo Lucy.

Abrió la puerta para salir de la comisaría, pero su jefe la detuvo.

— Ah, se me olvidaba — dijo él—, Leroy Hurley mencionó que vio a Blue en la ciudad con un arma automática.

— Jefe, no era de verdad...

Él levantó la mano.

— Eso hizo que me diera cuenta de que aún no hemos confiscado las armas que McCoy pueda tener; he oído que a algunos de las Fuerzas Especiales les gusta ir por ahí con un auténtico arsenal encima.

— Se dice «Operaciones Especiales», y sin una orden, no sé si podemos...

— Oh, sí que podemos — dijo Bradley—. Hay una ley antigua, de la época en que las cosas estaban aún bastante descontroladas, que estipula que los agentes de la ley de Hatboro Creek pueden confiscar las armas de cualquier individuo mientras esté dentro de los límites de la ciudad. Nadie se ha tomado la molestia de revocar la ley; se mencionó en una reunión hace unos años, pero luego llegó el huracán Rosie y la cosa quedó aparcada.

— Le preguntaré si tiene algún arma...

— Quiero que registres a ese malnacido — dijo Bradley—. O que lo traigas a comisaría para que lo hagamos nosotros, si tú no te crees capaz.

Lucy levantó la barbilla.

— Soy perfectamente capaz de hacerlo, pero quiero que sepa que la pistola que vio Hurley era sólo un juguete de plástico.

— Aun así, no quiero que se pasee por mi ciudad con uzis o con cualquier arma de ese tipo — dijo Bradley—. Tenga lo que tenga, quiero que esté a buen recaudo en la caja fuerte a mediodía. ¿Está claro?

— Sí, señor.

— Y date prisa con la investigación — añadió Bradley mientras se alejaba por el pasillo—. Quiero tener a Blue McCoy entre rejas antes de mañana al anochecer.

Lucy aparcó frente a su casa, incapaz de hacer desaparecer el temor que le oprimía en el estómago al saber que Matt Parker afirmaba haber visto a Blue discutiendo con Gerry cerca del lugar del crimen. Parker era un ciudadano modélico, aunque últimamente no había tenido demasiada suerte; a principios del verano, su mujer y él habían protagonizado uno de los 415 de Annabella, al ponerse a discutir a

gritos por su reciente desempleo. Sin embargo, no era un alborotador ni uno de los amigos de Leroy Hurley. Parker era una persona tranquila, que cuidaba de su casa y su jardín y acudía a misa todos los domingos sin falta.

¿Por qué iba a mentir sobre lo que había visto la noche del asesinato? Y si estaba diciendo la verdad, ¿acaso era Blue el que mentía?

No. Blue la había mirado a los ojos y le había dicho que no había matado a su hermanastro, y ella lo creía. La calma que parecía envolverlo, su tono de voz firme y su mirada directa hablaban por sí solos.

Lucy salió de su coche y fue hacia la casa. Eran las nueve y media de la mañana y ya tenía unas ganas locas de que aquel día acabara. Debía registrar las pertenencias de Blue en busca de armas, cachearlo; aquello iba a ser divertido, desde luego. Ni siquiera podía acercarse a él sin quemarse con la llama que ardía entre ellos, ¿cómo iba a poder cachearlo? Tendría que hacer que se colocara en la posición típica, con los brazos extendidos, las piernas abiertas y las manos contra la pared. Porque si hacía que simplemente levantara las manos mientras ella lo palpaba, y lo miraba a los ojos... ¿Qué había dicho Blue la noche anterior...? Ah, sí, combustión espontánea. Era una buena descripción de lo que había sentido en el club de campo, cuando él la había besado. Y vaya beso.

Dios, quizás debería llevarlo a comisaría, dejar que Frank Redfield o Tom Harper lo cachearan por ella; pero eso sería admitir que no se creía capaz, como había dicho Bradley.

Abrió la puerta de la cocina y dejó sobre la mesa las rosquillas y las dos tazas de café que había comprado en la panadería; la casa estaba en completo silencio, y se preguntó si él estaría durmiendo todavía.

Entonces vio la nota que había sobre la mesa de la cocina; en claras letras mayúsculas, Blue le había dejado un mensaje en una servilleta de papel:

Son las siete de la mañana. Voy a echar un vistazo al bosque junto a la carretera de Gate's Hill. C. M.

¿C. M.?

Lucy tardó un segundo en darse cuenta de que eran las iniciales de Blue, ya que su nombre real era Carter McCoy. ¿Por qué no había puesto simplemente Blue?, ¿se identificaba más con el nombre de Carter? A lo mejor estaba tan acostumbrado a firmar todo el papeleo de su trabajo así, que había sido algo automático.

Fuera como fuese, él ya se había ido y se estaba ocupando de algo que ella debería estar haciendo. Lucy agarró las rosquillas y el café, cerró la puerta de la cocina y volvió al coche.

Ocho

Lucy no encontró a Blue, él la encontró a ella.

Pareció surgir de la nada a su lado; estaba sola, al borde del claro donde habían encontrado el cuerpo de Gerry y, de repente, Blue apareció junto a ella. Había supuesto que haría algo parecido, así que no saltó sorprendida... al menos, no demasiado alto. Se limitó a darle la taza de plástico con el café, y dijo:

– Espero que te guste solo y fuerte.

– Gracias – dijo él, asintiendo.

El día prometía ser caluroso y asfixiante. Blue llevaba su camisa de faena sin mangas, pero estaba casi totalmente desabrochada y Lucy podía vislumbrar su pecho bronceado y sólido como una roca. Le dio la bolsa con rosquillas, deseando que fuera invierno y que llevara una cazadora abrochada hasta el cuello.

– Espero que te gusten las rosquillas, aunque me he comido todas las glaseadas. Eso te pasa por no haberme esperado.

– Me está bien empleado – dijo él con una sonrisa –: ¿Alguna novedad en comisaría?

– Ha llegado el informe de la autopsia.

Lucy bebió un trago de café y se apoyó en un árbol mientras lo miraba con atención; él parecía despejado y no mostraba ni rastro de fatiga. Probablemente había dormido ocho horas de un tirón, el muy sinvergüenza. No tenía pinta de haberse pasado horas dando vueltas en la cama, distraído por tenerla durmiendo tan cerca.

Ella había estado dando vueltas por los dos.

– Se ha confirmado que murió al romperse el cuello, aunque eso ya lo sabíamos – dijo –. Fue una fractura limpia, y el forense ha encontrado unas ligeras magulladuras en la cabeza y en el cuello, lo que indica alguna clase de estrangulación. Quienquiera que lo matara, sabía lo que estaba haciendo; no fue un accidente, pero no hay signos que indiquen que hubo un largo y violento forcejeo. El asesino sabía perfectamente lo que iba a hacer antes de ponerle la mano encima a Gerry.

Blue apartó la mirada y lanzó un juramento en voz baja.

– Lo único positivo es que Gerry no sintió nada – dijo ella suavemente –; es posible que ni siquiera se diera cuenta.

– Sí, ya lo sé – Blue la miró con los labios apretados –. ¿Qué más dice el informe?

– Leí muy por encima los primeros párrafos, después lo analizaré más a fondo; tú también puedes echarle un vistazo si quieres – suspiró, consciente de que tenía que decirle lo que Matt Parker afirmaba haber visto.

—Tienes más malas noticias —dijo Blue, leyendo su cara como si fuera un libro abierto—. ¿Qué pasa?

—Han aparecido varios testigos, y uno de ellos dice que te vio aquí, discutiendo con Gerry unos veinte minutos antes de la hora estimada de su muerte.

Blue no dijo una palabra, pero su boca se tensó aún más. Lucy añadió:

—O el testigo miente, o vio algo o a alguien que podría darnos alguna pista.

—No hay duda de que aquí hubo alguien —dijo Blue.

Tras dejar su taza de café y la bolsa con las rosquillas sobre una roca, le hizo a Lucy un gesto para que lo siguiera y fue hacia el claro.

—El cuerpo debieron de encontrarlo aquí —dijo él, señalando hacia una zona donde la hierba parecía aplastada—; no esperaba encontrar nada nuevo, porque tanto la policía como los servicios sanitarios lo pisotearon todo antes de que se pudiera hacer una investigación adecuada. Así que he estado buscando por el claro y por el bosque, moviéndome en círculos concéntricos a partir del punto donde encontraron a Gerry.

Fue hacia el bosque, y Lucy lo siguió a través de la espesa vegetación.

—Suponía que la policía no habría mirado a tanta distancia de donde encontraron el cuerpo —dijo Blue por encima del hombro, cuando se habían alejado aproximadamente un kilómetro y medio del claro—; y como no tenía nada mejor que hacer esta mañana, seguí avanzando.

Se detuvo al llegar a unas huellas que atravesaban la densa vegetación; parecía que unas ruedas habían dejado marcados unos leves surcos en la tierra.

Blue se agachó y señaló el terreno húmedo.

—Son huellas de neumáticos —dijo—. Neumáticos enormes, por lo menos cinco centímetros más grandes que los de cualquier coche. El vehículo que soportaban debía de ser grande y pesado.

En efecto, los surcos eran bastante profundos; el barro había empezado a secarse, así que el vehículo debía haber pasado allí después de la última lluvia, probablemente a una hora cercana a la de la muerte de Gerry.

—¿Podría ser algún camión enorme? —sugirió ella mientras se agachaba a su lado.

—Sí, o una especie de Quad o de todoterreno —dijo Blue.

—Los neumáticos deben ser nuevos —comentó ella—. El dibujo parece poco desgastado. Dios, podemos hacer una copia y buscar el vehículo al que pertenecen, descubrir quién más estuvo aquí esa noche... si aún sigue en la ciudad.

—Y mira aquí —dijo Blue. Se levantó y señaló un punto más alejado del rastro—. Quienquiera que condujera este cacharro, se marchó a toda prisa.

Lucy también se incorporó, y se limpió las manos en los pantalones.

– ¡Esto es genial! Vamos a mi coche y pediré ayuda por radio; tomarán unas cuantas fotos y harán un molde de las huellas –sonrió de oreja a oreja–. McCoy, creo que acabas de salvar tu propio pellejo.

Blue sonrió ante su entusiasmo mientras la seguía hacia la carretera, donde estaba el coche.

– Ten cuidado, o van a decir que esta investigación no es imparcial.

– Bueno, la verdad es que no lo es – admitió Lucy.

Cuando ella lo miró por encima del hombro, Blue vio en sus ojos el brillo de aquel deseo ardiente capaz de hacer que le hirviera la sangre en las venas. Pero en la mirada de Lucy también había admiración y respeto... y algo parecido a la idolatría.

En aquel instante, Blue se dio cuenta de que Lucy aún sentía el mismo enamoramiento adolescente por él... No, no por él, sino por una heroica e idealizada imagen suya. Él era el superhéroe que la había salvado de sus atacantes hacía doce años; era un miembro de los SEAL, y sabía por los libros que había visto en su sala de estar que ella había leído un montón de información sobre el heroísmo, la lealtad y el patriotismo legendarios de esa unidad de élite. Para Lucy, él era una leyenda viva.

Y aquello hacía que se sintiera más atraída por él... Probablemente, lo consideraba más atractivo que al resto de tipos normales, de carne y hueso, a los que había conocido.

Lo cierto era que Lucy no conocía al verdadero Blue. Él también era de carne y hueso, pero la poderosa atracción que ella sentía, su admiración y su respeto, estaban basados en un ideal, en la imagen perfecta que tenía de él.

Aun así, Blue tuvo que admitir que era algo comprensible; en ningún momento había intentado que ella lo conociera mejor. No le había contado ninguno de sus secretos, ni había compartido con ella sus sentimientos. De hecho, podía contar con los dedos de una mano las personas con las que había compartido aquel tipo de confesiones.

Frisco era una de ellas, pero hacía años que Blue no tenía una conversación de verdad con su compañero herido. Había ido a visitarlo un par de veces al Hospital de Veteranos y al centro de rehabilitación, pero Frisco se había negado a hablar y, al final, él había dejado de ir a verlo.

Era duro visitarlo, soportar la culpabilidad que sentía por poder salir caminando del hospital, sabiendo que Frisco jamás podría hacerlo. Era duro sonreír y darle ánimos al ver su dolor. Y ya había pasado tanto tiempo desde la última vez que había ido a verlo, que no sabría qué decirle.

Aún podía hablar con Joe Catalanotto y con Daryl «Harvard» Becker, pero eso era todo. Total, que hasta le sobaban dedos de una mano para contar a la gente a la que dejaba entrar realmente en su vida... Le bastaba con ambos pulgares.

Lucy abrió la puerta del coche y sacó el micrófono conectado a la radio; lo miró sonriente, con sus ojos marrones chispeantes y el sol brillando en su largo cabello castaño.

Debería traerle sin cuidado que ella quisiera acostarse con él en base a una imagen idealizada que había guardado en su mente durante doce años; lo importante era que quería hacerlo. Todo el mundo hacía las cosas por algún motivo; Jenny Lee había querido captar la atención de Gerry, y las mujeres con las que había estado desde entonces también habían tenido sus propias razones para acostarse con él. Habían querido dejar a un lado la monotonía de sus vidas, arriesgarse con un atractivo desconocido que se marcharía al cabo de uno o dos días. ¿Qué importaba que Lucy quisiera acostarse con un superhombre?

Aunque era obvio que ella no tenía demasiado claro si debería acostarse con nadie; tenía una vena innata de buena chica, que había quedado silenciada la noche en el club de campo por sus emociones, por la lujuria que habían sentido y por la luz de la luna.

Blue la observó mientras informaba sobre las huellas que habían encontrado; era tan vital, tan animada... Aunque estaba hablando por radio, movía las manos y gesticulaba, se encogía de hombros, sonreía. Su belleza volvió a golpearlo con fuerza.

No era el tipo de belleza que atraía las miradas ni provocaba silbidos de admiración; de hecho, la mayoría de los hombres no le prestarían ninguna atención vestida como estaba en aquel momento, con su uniforme de policía.

Pero él no era tan tonto, y podía ver más allá; podía ver la calidez de su sonrisa y la poderosa atracción que ejercía su personalidad fresca, divertida y optimista. Además, había experimentado el seductor sabor de sus besos y la inolvidable sensación de su increíble cuerpo contra el de él.

De pronto notó que el lenguaje corporal de Lucy cambiaba muy sutilmente, y prestó atención a lo que estaba diciendo.

—Sí, me doy cuenta de la hora que es —dijo ella, mirando su reloj—. Sé que son casi las once, pero esto es más importante que...

—El jefe dice que va a enviar a alguien enseguida —dijo una voz de mujer por la radio—, pero será mejor que aparezcas en comisaría antes del mediodía con todas las armas de McCoy, o vas a tener problemas.

¿«Todas las armas de McCoy»?

Blue había imaginado que aquello llegaría tarde o temprano, así que no lo agarró por sorpresa; era obvio que querrían quitarle cualquier arma que llevara, para intentar minimizar el peligro que él representaba.

—Annabella... —empezó a decir Lucy, intentando posponer lo inevitable.

—El jefe me está llamando a gritos, Lucy. No puedo pararme a discutir contigo. Cumple con tu obligación. Adiós.

—No, Annabella... —Lucy soltó una palabrota, mientras intentaba volver a contactar—. ¡La ha apagado! —puso el micrófono en su sitio, y se volvió a mirar a Blue—. ¡Ha apagado la radio de la comisaría de policía!

—Yanqui, si tienes algo que hacer en comisaría, yo puedo quedarme aquí y esperar a que vengan a comprobar lo de las huellas.

– No, lo que tengo que hacer es comprobar lo que llevas debajo de la ropa.

– Aunque me gusta mucho cómo suena eso – dijo Blue con una sonrisa de oreja a oreja –, tengo la sensación de que no te refieres a lo que estoy pensando.

Lucy sintió que se ruborizaba, pero se obligó a mirarlo a los ojos.

– Tengo que confiscar tus armas, McCoy, cachearte – le dijo –. Y después tendremos que ir a comisaría, para que puedas rellenar el papeleo y recuperar tus pertenencias cuando todo esto termine.

Blue asintió lentamente y dijo:

– Bueno, eso va a ser muy fácil, porque no vas a encontrar ningún arma. No tenemos que ir a ninguna parte, puedes informar de ello por radio.

Él no había dicho que no llevara armas, sino que ella no iba a encontrarlas. Lucy lo miró sin pestañear.

– Mírame a los ojos y dime que no llevas nada – dijo con suavidad.

– No llevo nada – afirmó él con convencimiento.

Lucy sintió una decepción enorme.

– Vaya, genial – dijo –. Supongo que esto prueba que estás dispuesto a mentirme.

– No llevo nada – dijo él, sin mover ni una pestaña.

Por un momento, pensó que Lucy iba a darle un puñetazo en el estómago, pero ella se limitó a cruzarse de brazos.

– Pon las manos contra el capó y separa las piernas.

– Lucy, esto no va a servir de nada.

– ¿Porque no voy a encontrar nada? ¿Quieres apostar algo? – señaló hacia el coche –. Vamos, McCoy, muévete.

– No es necesario.

Lucy no pudo contenerse más.

– ¡Maldita sea, eres un SEAL! – golpeó el lateral del vehículo con la palma de la mano, y el sonido resonó en la quietud que los rodeaba –. Sé que no viniste a la ciudad desarmado, y el jefe Bradley también lo sabe. No es estúpido, ni yo tampoco, y...

– Y yo tampoco lo soy.

Blue la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos; con un rápido movimiento, la puso contra el coche. Su muslo estaba apretado contra el de ella, y la sensación por poco le hizo olvidarse de todo excepto de la avasalladora necesidad de volver a besarla. Con dificultad, Blue logró centrarse en lo que tenía que hacer.

– Tienes razón – susurró –; soy un SEAL, y no puedo olvidar que quien mató a Gerry sigue suelto. No voy a ir por ahí desarmado, prácticamente desnudo, con un asesino suelto. Y si eso significa que tengo que mentirte, Yanqui, no voy a dudar en

hacerlo. No es algo personal, pero cualquier SEAL mentiría hasta a la mismísima Madre Teresa con tal de seguir armado en una situación peligrosa como ésta.

Lucy intentó apartarse de él, pero Blue siguió agarrándola con fuerza.

– Mírame a los ojos y dime que no confiscarías mis armas si admitiera que las llevo – continuó él; sus ojos eran como acero azul, duros e implacables –. Que sólo dirías: «Muchas gracias, Blue, gracias por decirme la verdad. Sé lo mucho que significa para ti llevar esa pistola y ese cuchillo, así que no voy a incluir esa información en mi informe».

Lucy permaneció en silencio.

– No puedes decirme eso, ¿verdad? – Blue asintió, y añadió –. En ese caso, vuelvo a decirte que no llevo nada.

Lucy levantó aún más la barbilla.

– Y yo vuelvo a decirte que pongas las manos en el capó y separes las piernas.

Blue no pudo evitar echarse a reír; Lucy tenía claramente las de perder, él podía dominarla fácilmente, pero ella se negaba a echarse atrás. Aunque lo sacaba de quicio, no podía evitar admirarla por ello. Dios, aquella mujer le gustaba, y mucho.

– ¿Vas a soltarme y a hacer lo que te diga, o tengo que meterte antes en la cárcel?

Sus ojos marrones centelleaban, su boca temblaba ligeramente de furia, y él sólo podía pensar en besarla. Quería hacerlo, y lo haría.

– Venga, Yanqui, no nos peleemos – dijo con suavidad –. Recuerda que estamos en el mismo bando.

– Ya no estoy tan segura de eso – dijo ella, fulminándolo con la mirada.

– A mí no me cabe ninguna duda, así que hagamos las paces con un beso.

Lucy abrió los ojos como platos cuando él se inclinó hacia ella. Su boca rozó aquellos labios tan dulces, y estaba a unas milésimas de segundo de llegar al paraíso cuando ella dijo sin aliento:

– No. Por favor, Blue..., no.

Él obedeció. No la besó, y levantó la cabeza. De todas las cosas duras que había tenido que hacer en su vida, aquélla era posiblemente la más difícil.

– No puedo hacerlo, ¿no te acuerdas? – susurró Lucy –. Eres sospechoso hasta que acabe la investigación, y no puedo hacer algo así.

– Es sólo un beso – su voz sonó ronca y tensa.

– No – dijo ella –. No es sólo un beso.

Lucy se zafó de sus brazos, se apartó del coche y se puso a una distancia segura de Blue. Se volvió para mirarlo y añadió:

– No es sólo un beso, y ambos lo sabemos.

Se apartó el pelo de la cara con una mano temblorosa, y se cruzó de brazos con fuerza, como si tuviera que agarrarse para mantenerse firme. Tenía los ojos muy abiertos y se mordió el labio inferior, pero siguió mirándolo de frente y con la barbilla bien alta.

–Además, es algo totalmente inapropiado –respiró hondo, y soltó el aire rápidamente con un resoplido—. Así que vamos a hacer esto de una vez, ¿de acuerdo?

¿Se refería a...? Blue se dio cuenta de que seguía decidida a cachearlo, y soltó un juramento en voz baja.

Lucy intentó calmar los frenéticos latidos de su corazón al ver que él se giraba lentamente hacia el coche; los músculos de sus poderosos brazos se flexionaron cuando los apoyó en el capó, y abrió las piernas con los pies firmemente plantados en el suelo.

Cuando Blue la miró por encima del hombro, sus ojos azules ardían con descarado deseo.

Había estado a punto de besarla hacía menos de un minuto, y se suponía que ella iba a tener que cachearlo, que tocar su cuerpo de arriba a abajo para asegurarse de que no llevaba ningún arma debajo de la ropa... o escondida en la ropa, pensó al ver la enorme hebilla metálica de su cinturón. Aun así, aquella situación era desconcertante.

–Venga, vamos, no me hagas esperar –dijo él.

Lucy avanzó unos pasos, sin saber por dónde empezar. Blue la miraba con una de sus sonrisas indolentes, así que decidió empezar por la espalda. Parecía mucho menos peligroso que sus largas y robustas piernas o, que Dios la ayudara, su perfecto y atlético trasero.

Pero cuando empezó a bajar las manos por el suave y desgastado algodón de su camisa, y trazó el contorno de su poderosa musculatura, se preguntó si realmente aquello era menos peligroso. Era sólo su espalda, ¿cómo podía tener tantos músculos... en la espalda? Pero lo que ella buscaba era cualquier arma escondida; una pistola, un cuchillo, quizás incluso una granada. El llevaba algo, y ella iba a encontrarlo.

Lucy sintió que una gota de sudor se deslizaba por su propia espalda cuando movió las manos hacia los costados de Blue. Bingo. Llevaba una funda sobaquera debajo del lado izquierdo. Con gesto triunfal, deslizó las manos por debajo de su camisa, y encontró... ¿una funda de pistola vacía?

–¿Dónde está la pistola, McCoy? –preguntó.

–Ya te lo he dicho: no llevo nada.

–Sí, claro –dijo ella. Seguía de pie tras él, con las manos debajo de su camisa y el dorso de los dedos descansando contra la suavidad de su piel. Apartó las manos de golpe y añadió—. Supongo que llevas la funda porque estás tan acostumbrado a ella, que te sentirías raro si no te la pones aunque esté vacía, ¿verdad?

– Exacto – dijo él, sonriendo –. Ni yo podría haberlo explicado mejor.

Lucy soltó un bufido de indignación y buscó en los bolsillos de su chaqueta, intentando no volver a tocarle la piel. En el del lado derecho encontró una navaja suiza.

Entonces fue Blue el que bufó indignado.

– Eso no es un arma – dijo con tono burlón –. Uso el cuchillo de esa cosa para untar mantequilla en los bocadillos.

– Por lo que he leído de los SEAL, para vosotros hasta un zapato puede ser un arma.

– No llevo zapatos, aunque si los llevara, seguramente querrías buscar en ellos la metralleta secreta que tengo escondida en las suelas.

– Cállate y deja que termine de una vez – murmuró Lucy. Se agachó para palpar su tobillo derecho, y subió las manos lentamente por la pierna. No era justo que un hombre tuviera unas piernas tan increíbles.

– ¿Quieres terminar ya? – la acicateó Blue –. Vaya, y yo que pensaba que estabas disfrutando con esto. Yo me lo estoy pasando muy bien. Y no hay problema si quieres tocarme por todas partes, aunque preferiría que lo hiciéramos en la privacidad de tu cuarto y no en un sitio tan público, pero si a ti te gusta más...

Lucy intentó recorrer los duros músculos de sus piernas de forma rápida e impersonal, hasta que se dio cuenta de lo que él estaba haciendo. Estaba intentando ponerla nerviosa a propósito para que se apresurara. Estaba escondiendo algo.

Subió la mano por uno de sus muslos, hasta llegar casi a la ingle, pero entonces se detuvo, indecisa; Dios, ¿cómo cacheaba una mujer a un hombre sin que ambos murieran de vergüenza? Además, estaba la hebilla del cinturón...

– No te pares ahora, cielo – dijo Blue.

Lucy se dio cuenta de que lo había dicho porque en realidad quería que ella se parara allí. Estaba intentando apabullarla, hacer que desistiera.

Perfecto, le seguiría el juego... pero sólo por el momento.

Fue al tobillo izquierdo, y empezó a subir de nuevo; al llegar al muslo, se paró en seco y se limitó a dar unas ligeras palmaditas en el trasero y en las caderas, para que él creyera que estaba ganando.

– Qué hebilla tan bonita – dijo, mientras continuaba con las inefectivas palmaditas alrededor de su cintura. Entonces dejó caer la bomba –. Una hebilla grande y metálica como ésa debe de hacer saltar todas las alarmas en el aeropuerto, ¿verdad? Supongo que el personal de seguridad te ha hecho quitártela y pasar por el detector de metales sin ella más de una vez.

– Sí, me ha pasado una o dos veces – admitió él, encogiéndose de hombros.

– No te importa si te la quito y le echo un vistazo, ¿verdad? – dijo ella mientras la desabrochaba.

Blue no mostró reacción alguna cuando ella le quitó el cinturón; no pareció sorprendido, no suspiró ni gimió, ni siquiera carraspeó para admitir su derrota, aunque tenía que saber lo que iba a suceder.

– Necesito el cinturón para que no se me caigan los pantalones – se limitó a decir con tranquilidad.

– Parece que lo necesitas para algo más que eso – dijo Lucy mientras examinaba el interior de la hebilla. Escondida dentro, y extendiéndose en parte por el grueso cuero del cinturón, había una navaja de aspecto mortífero.

Blue la miró por encima del hombro, pero no dijo nada.

– ¿Para qué usas ésta? – preguntó. Volvió a meter la navaja en la hebilla, y añadió –: Y no me digas que la usas para untar la mermelada.

Él la miró directamente a los ojos, y Lucy no vio ni rastro de remordimiento en su rostro.

– Supongo que te he subestimado – dijo Blue.

Él empezó a incorporarse, pero ella lo detuvo.

– Aún no hemos acabado – dijo, sonriendo con dulzura –. Ahora que no tienes cinturón, podrías desabrocharte los pantalones y darme la pistola que sé que llevas escondida en los calzoncillos.

Él sonrió, se echó a reír y la desafió.

– Estás muy equivocada, pero adelante, compruébalo tú misma.

Blue sabía que no lo haría. No, «pensaba» que no lo haría..., pero volvía a equivocarse. Lo peor que podía pasar era que acabara tocando brevemente a un hombre con el que había soñado desde los quince años; claro que si realmente se equivocaba, él se encargaría de recordarle el incidente a todas horas.

Pero no se equivocaba, estaba segura de ello. Sólo Dios sabría dónde estaba el arma de la sobaquera, pero seguramente él llevaría una segunda arma en la parte baja de la espalda. No le habría resultado difícil meterla en los calzoncillos y colocarla en un sitio donde la mayoría de las mujeres no buscarían, o lo harían muy superficialmente.

Rogando estar en lo cierto, Lucy alargó la mano y sus dedos tocaron... metal.

– Ay – dijo Blue –. Con cuidado, por favor.

– Perdona – dijo Lucy con dulzura –. ¿Vas a sacarte esa cosa de ahí o prefieres que lo haga yo? Espero que no esté cargada, porque podría quitar accidentalmente el seguro y...

Blue la miró con exasperación y sacó una pequeña pistola de sus pantalones; de repente, la levantó y apuntó a Lucy con ella.

– ¡Manos arriba! – gritó.

Sobresaltada, Lucy levantó las manos; retrocedió un paso, pero tropezó con la raíz de un árbol y acabó con el trasero en el suelo.

Blue volvió a poner el seguro y la ayudó a levantarse con una mano.

–Maldita sea, Lucy, descubres que llevo un arma encima... ¿y dejas que la saque yo mismo? Eso es condenadamente estúpido. Si fuera un delincuente, te habría disparado nada más sacarla y a estas horas estarías muerta. La próxima vez que estés en una situación parecida, apuntas con tu arma al tipo a la cabeza y le ordenas que se baje los pantalones y los calzoncillos, para que la pistola caiga al suelo. Entonces tú puedes recogerla. ¿Está claro?

Lucy asintió; el corazón seguía martilleándole en el pecho, y la adrenalina le corría como un torrente por las venas. No iba a olvidar aquella lección, pero quería que a él también le quedara algo muy claro. Le dijo con voz calmada:

–Si vuelves a apuntarme con un arma en el transcurso de esta investigación, te arrestaré y te encarcelaré por amenazar a un agente de policía. ¿Está claro?

En aquel momento, Lucy vio que un coche patrulla se acercaba a ellos. Eran Frank Redfield y Tom Harper, que fotografiarían y harían un molde de las huellas de neumáticos.

–Me parece justo –dijo Blue, que también había visto el coche–. Siempre y cuando seas capaz de atraparne y reducirme cuando lo haga.

Lucy no sonrió, y se limitó a mirarlo con frialdad. Aunque había conseguido encontrar dos armas, algo de lo que él no la creía capaz, al final Blue había salido victorioso al hacerla quedar como una tonta.

–Mete mi pistola y mi cinturón en tu caja fuerte –dijo él–; tenemos el tiempo justo para enseñarles las huellas a tus compañeros antes de ir a comisaría con mis cosas.

Lucy agarró el cinturón del suelo; rogando no estar a punto de cometer un error monumental, se lo dio a Blue.

–Has dicho que lo necesitabas para que no se te cayeran los pantalones –le dijo. Se sacó unas llaves del bolsillo, y abrió la pesada caja de acero que había en el fondo de su coche; metió dentro la navaja suiza y la pistola, y volvió a cerrarla–. Sé que me dijiste que no diera nada por sentado –dijo al volverse a mirarlo–, pero voy a hacerlo. Supongo que lo que llevabas en la sobaquera no está muy lejos, si no fuera así también te devolvería la pistola. Es una lástima no poder completar esta bonita escena dándote las gracias por haber sido sincero conmigo.

Blue se quedó inmóvil, mirándola fijamente con el cinturón en la mano. Su cara mostraba una extraña mezcla de sorpresa y algo más que Lucy no pudo acabar de definir. Fuera lo que fuese, era obvio que lo había sorprendido al incumplir las normas por él.

Lucy pasó por su lado y fue hacia el coche patrulla; lo miró por encima del hombro, y dijo:

–Supongo que me has subestimado.

Blue no contestó, pero sus ojos hablaban por sí mismos.

Lucy ayudó a Tom y a Frank a llevar el pesado equipamiento que necesitaban para hacer un molde de yeso de las huellas de neumáticos; los tres avanzaban entre la maleza jadeando y resoplando, haciendo un ruido espantoso. Blue era el único que se movía en completo silencio, a pesar de que llevaba más peso que los demás.

Estaban a medio camino cuando él hizo que se detuvieran levantando una mano. Se oía un ruido a lo lejos; era poco más que un extraño zumbido, y sólo se dio cuenta de lo que era cuando Blue echó a correr hacia las huellas.

Motocicletas, era el sonido de un grupo de motocicletas que podían desdibujar fácilmente las huellas de los neumáticos; si eso sucedía, la investigación volvería al punto de partida.

Lucy soltó el cubo de yeso que llevaba, y echó a correr tras él mientras les gritaba a Frank y a Tom por encima del hombro que los siguieran.

Blue se movía tan rápido entre los árboles que era prácticamente imposible mantener su ritmo, pero ella lo intentó, saltando por encima de rocas y raíces mientras las ramas y las hojas golpeaban su cara y sus brazos. El sonido de las motocicletas era cada vez más fuerte, pero de pronto empezó a apagarse y a perderse a lo lejos, y cuando vio a Blue parado un poco más adelante, se temió lo peor. Aflojó el paso, pero él no se volvió al oírlo acercarse. Se quedó allí de pie, con la vista fija en el suelo.

Las huellas de los neumáticos habían quedado totalmente irreconocibles. No había nada que pudiera salvarse, nada que pudieran usar para intentar identificar el vehículo que había estado allí la noche del asesinato de Gerry.

El rostro de Blue estaba completamente rígido, inexpresivo, y cuando levantó los ojos hacia ella, la miró con expresión gélida.

—Tendría que haberme quedado aquí —dijo él con calma—. Tendría que haber vigilado las huellas hasta que se hubieran tomado los moldes, esto ha sido culpa mía.

—Y mía también. Oh, Blue, lo siento —susurró Lucy.

Blue permaneció en silencio mientras volvían en coche a la casa. No dijo nada cuando ella hizo el registro de rigor de su petate, ni cuando fueron a comisaría a entregar una de sus armas al jefe Bradley.

Finalmente, cuando salieron de allí Blue dijo:

—Sheldon Bradley está implicado.

Lucy se volvió a mirarlo, desconcertada.

—¿Implicado en qué?

—En esta encerrona —dijo él—. En todo este montaje para incriminarme, y seguramente también en el asesinato de Gerry.

—¿Estás insinuando que el jefe de policía mató a Gerry y está intentando cargarte el muerto a ti? —repitió ella con escepticismo.

—Yo no he dicho eso, sólo que creo que Bradley está implicado de alguna forma. Él, o alguien del departamento de policía.

—Ya sé que estás enfadado por lo que ha pasado, esas motos han pasado por allí en el peor momento...

—Yo creo que ha sido el momento perfecto —la interrumpió Blue—. Tú informas por radio que has descubierto las huellas y, menos de cuarenta minutos después, las motocicletas pasan por allí, borrando todas las pruebas. ¿No te parece raro?

—Sí —admitió Lucy con un suspiro—. Parece una coincidencia demasiado grande, pero eso no demuestra que Bradley esté metido en el ajo. Cualquiera que estuviera sintonizando la frecuencia de la policía se habría enterado de que habíamos encontrado ese rastro —aparcó el Ford delante del Grill, y lo miró—. ¿Qué te parece si comemos algo?

Blue sacó cinco dólares de su cartera y se los dio.

—Vale, pero será mejor que lo mío sea para llevar.

—Ahora mismo vuelvo —dijo ella.

El restaurante estaba abarrotado, como siempre, pero Iris la vio enseguida y ella le pidió un par de bocadillos. Sarah la llamó por señas desde una mesa en una esquina, y Lucy se acercó a ella.

—Hola —dijo, al sentarse frente a su amiga.

Sarah miró por la ventana sin disimulo hacia el coche de Lucy, donde Blue seguía esperando.

—¿Es que no puede venir él mismo a pedir su comida o es que es demasiado machito para hacerlo?

—La última vez que estuvo aquí, estuvieron a punto de lincharlo. Casi toda la ciudad cree que mató a Gerry.

—Pero tú no —dijo Sarah, mirándola con atención.

—No, yo no lo creo —admitió Lucy.

—¿Estás segura de que no te estás involucrando demasiado con ese tipo?

Lucy esbozó una sonrisa forzada.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó.

Sarah dudó un segundo; era obvio que quería añadir algo más.

—Por favor —insistió Lucy.

—Bueno. Tengo algo que contarte... buenas noticias. ¿Te acuerdas de aquella cinta que envié a la Sociedad Musical de Charleston? Quieren que intervenga en la serie de conciertos de invierno, como artista principal. Me han pedido que prepare un programa de canción francesa.

—¡Eso es genial! ¿Te han dado una fecha aproximada?

—Será en diciembre —haciendo una mueca, añadió—. Suponiendo que el bebé haya nacido para entonces, claro.

Lucy se echó a reír.

– Faltan seis meses para diciembre, y nunca ha habido un embarazo de quince meses.

– Al menos, no hasta el momento.

– ¡Lucy! – la llamó Iris –, ya tienes listo tu pedido.

Lucy se levantó de la mesa.

– Felicidades – dijo a Sarah.

– Gracias – contestó su amiga –. Llámame luego, ¿vale? – se inclinó hacia delante, y bajó la voz –, Lucy, tengo que preguntarte si es verdad lo que he oído... ¿Ese tipo impresionante está durmiendo en tu casa?

Lucy cerró los ojos, soltó un juramento en voz baja y volvió a sentarse.

– ¿Ya te has enterado de eso? – preguntó a su amiga.

– Se dicen muchas cosas, y no demasiado agradables.

– Jedd Southeby no deja que Blue se quede en el motel – dijo Lucy –. ¿Qué se suponía que tenía que hacer, dejar que durmiera en la cárcel?

– Sí – asintió Sarah –. Es una vergüenza, pero eso es exactamente lo que tendrías que hacer.

Lucy sacudió la cabeza y volvió a levantarse.

– No puedo hacerlo. Gracias por avisarme de cómo están las cosas, pero... supongo que la gente va a tener que seguir hablando – dijo, encogiéndose de hombros.

– Lucy, es posible que sea culpable – los ojos de Sarah mostraban su preocupación –. Le estás abriendo tu casa a un hombre que podría ser un asesino. Sé que tú no lo ves así, que es alguien a quien siempre has respetado y admirado, pero no dejes que eso te ciegue.

– Agradezco tu preocupación, de verdad.

– Pero...

– Ya hablaremos luego.

Lucy sintió la mirada de Sarah fija en ella mientras pagaba a Iris y salía a la calle con la bolsa de comida; empezó a andar hacia su Ford, pero se paró en seco al darse cuenta de que Blue no estaba allí.

Aquella vez, cuando soltó una palabrota, no lo hizo en voz baja. Dio una vuelta de trescientos sesenta grados, buscando cualquier pista que le indicara adonde podía haber ido. En aquel momento pasó a toda velocidad el coche patrulla de Tom Harper y, siguiendo una corazonada, Lucy corrió a meterse en su propio coche y lo siguió.

Tom se detuvo delante del solar que había junto a la gasolinera, a varias calles del Grill; Blue estaba allí, con tres hombres, y parecía dispuesto a enfrentarse con los

tres a la vez; uno de los individuos tenía una cadena y otro un palo, pero el que avanzaba era Blue. Un pequeño grupo de curiosos contemplaban la escena.

Lucy bajó de un salto del coche y echó a correr hacia la pelea; se dio cuenta de que los hombres a los que Blue se enfrentaba eran Merle Groggin, Matt Parker y Leroy Hurley. A Matt le sangraba la nariz, a Merle se le estaba hinchando un ojo, y Leroy estaba acalorado y sudoroso. Blue no parecía herido, sólo furioso.

– ¡Parad ahora mismo! – gritó ella, con Tom Harper justo a su espalda.

– Eso díselo a él – dijo Merle, señalando a Blue—. Nos ha amenazado con hacernos pedazos.

– Vosotros me atacasteis, ¿te acuerdas?

– McCoy, déjalo ya – dijo Lucy bruscamente.

Blue la miró y ella vio la furia encendida y mortífera que ardía en sus ojos.

– Estos chicos han ido a dar una vuelta en moto – le dijo él—. En unas motocicletas nuevas y relucientes. ¿Quién supones que se las ha dado? Me han dicho que se las han encontrado, que se cayeron de un tráiler que pasaba por la estatal. Les he dicho que quería saber la verdad, quién los ha llamado para que fueran a pasear a Gate's, y entonces me han atacado.

– Está loco – dijo Leroy—. Es verdad que nos hemos encontrado las motos, las cajas aún están en la carretera; te enseñaremos el sitio si quieres. No creímos que fuera nada malo tomarlas prestadas un rato.

– Eres una basura. Tú y tu «colega» Merle estabais paseando casualmente por la estatal, ¿verdad? O a lo mejor fuiste tú el que encontraste las motos, y pensaste en llamar a Merle para ir a dar una vuelta por ahí. No importa que hace dos días lo estuvieras amenazando con matarlo.

Leroy blandió en el aire el palo que llevaba.

– ¿Me estás llamando mentiroso?

– Pues claro – los ojos de Blue ardían de furia—. Eres un mentiroso, un borracho y un malnacido, y voy a sacarte la verdad aunque sea lo último que haga.

– Vuelve a llamarme mentiroso, y te...

– Venga, intenta darme con ese palo si quieres, jodido mentiroso de...

Leroy se lanzó contra él, pero Blue ya estaba en movimiento; lanzó una patada mientras giraba, y dio de lleno en el brazo de Leroy. El palo salió volando, y se oyó el fuerte chasquido de un hueso al romperse.

Leroy lanzó un alarido.

Lucy se puso delante de Blue y lo agarró por los brazos, intentando detenerlo.

– ¡Blue, se acabó! – siseó.

Leroy estaba enroscado en el suelo, gimiendo mientras se sujetaba el brazo.

– Dime quién os dio las motos – exigió Blue.

Cuando Leroy escupió en el suelo. Blue miró a Lucy con expresión salvaje y respiración agitada.

– Puedo obligarle a decírmelo – dijo.

– No, no puedes – contestó ella.

– Pide asistencia médica por radio – intervino Tom—. Será mejor que los llevemos a todos a comisaría.

Lucy estaba furiosa con Blue; su indignación era algo tangible que llenaba el interior del Ford, envolviéndolos a ambos. Estaba furiosa al salir de comisaría, al conducir por la calle principal y al girar a la derecha hacia Fox Run, y seguía estándolo al parar con un frenazo frente a su casa.

Se bajó del coche bruscamente y fue con paso airado hasta el porche; abrió la puerta de la cocina, y le dijo a Blue con voz tensa:

– Quiero que entres, y que te quedes aquí hasta que vuelva.

– ¿Desde cuándo me dices lo que tengo que hacer? – dijo él.

– Desde que has empezado a portarte como un idiota. Dios, Blue, ¿en qué estabas pensando? ¿Realmente creías que podías darle una paliza a Leroy Hurley, hacer que te dijera lo que querías saber, sin arriesgarte a que te metieran en la cárcel? No sabes lo que me ha costado convencer a Bradley de que no te encerrara – se apartó el pelo de la cara, frustrada, y empezó a pasearse de un lado a otro de la cocina—. No sé cómo funcionan las cosas en los SEAL, pero aquí no puedes ir por ahí aterrorizando a la gente porque estés enfadado. Dios, esperaba más de ti.

«Esperaba más de ti». Aquellas palabras fueron la gota que colmó el vaso, que lanzaron a Blue a un torbellino de emociones desatadas del que se vio incapaz de salir. Lo intentó, pero lo envolvió por completo y perdió los estribos.

– Si esperabas más de mí es problema tuyo, Yanqui, no mío – explotó—. Para que lo sepas, no soy perfecto, nunca lo he sido.

La fuerza de sus palabras hizo que Lucy retrocediera contra la encimera. Blue vio la sorpresa en sus ojos, la alarma en su rostro, pero no pudo detenerse.

– Me consideras una especie de héroe, pero no lo soy. Soy de carne y hueso y, a veces, meto la pata, como todo el mundo. Además, a veces grito. Me gusta gritar, me gusta pelear, pero no siempre gano, porque no soy ningún héroe. No siempre tengo razón, a veces pierdo el control y cometo errores, incluso errores estúpidos. Puedo experimentar furia, dolor y miedo, y en este momento siento las tres cosas – su voz se suavizó, apartó la mirada de Lucy y la fijó en la ventana—. Pero no puedo confesártelo, ¿verdad? Porque... esperas más de mí.

El silencio que los envolvió era casi antinatural, artificial; Blue podía oír el zumbido de la nevera, el tictac casi inaudible del reloj. En el exterior soplaba una suave brisa y la rama de un árbol golpeaba contra la casa.

Oyó que Lucy daba un paso hacia él, después otro, y sintió su mano en la espalda. Era una caricia de consuelo, pero aunque no estaba seguro de qué era lo que quería de ella exactamente, estaba seguro de que no era algo tan simple como aquello. Aun así, cuando se volvió y vio las lágrimas en sus ojos, supo con absoluta certeza que iba a aceptar lo que ella quisiera ofrecerle.

Lucy se fundió entre sus brazos, abrazándolo con tanta fuerza como él a ella, y Blue sintió un anhelo punzante y doloroso; aquello no era consuelo, sino tortura.

– Lo siento mucho – murmuró ella.

Él sintió las manos femeninas en su espalda, en el pelo, acariciándolo en un intento de reconfortarlo..., pero el efecto que tenían en él era bastante diferente del que ella pretendía.

– Lucy, te deseo – susurró –, y creo que no puedo seguir soportándolo.

Ella se tensó en sus brazos, levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

– Blue...

El le puso un dedo en los labios, silenciándola, y confesó:

– No soy como tú crees. Piensas que soy un caballero, que sólo tienes que decir que no aunque lo desees tanto como yo, que como soy una especie de héroe, pararé antes de que lleguemos demasiado lejos. Crees que puedes mirarme con tus enormes ojos marrones sin ocultar lo mucho que me desees, y que puedes ponerme en una habitación de invitados mientras tú duermes en el piso de abajo, con la puerta de tu dormitorio abierta, como si yo tuviera la fuerza suficiente para mantenerme alejado de ti. Pero ¿sabes una cosa? Como esta noche no cierres tu puerta con llave voy a tomarlo como una invitación, porque no soy lo bastante fuerte para resistirme a ti. No quiero seguir siendo fuerte. No soy un héroe, Lucy, y estoy cansado de interpretar ese papel.

Ella estaba temblando en sus brazos.

– Blue, no puedo. Tienes razón, parte de mí te desea, pero...

– Quizás tú no puedas, pero yo sí.

Blue la besó, cubrió su boca con la suya y la devoró; el sabor de ella era dulce y cálido, y él estalló en llamas. Ella se tensó por un instante, pero luego su lengua le dio la bienvenida con ferocidad y lo atrajo al interior de su boca con más fuerza, más adentro.

El poder de la pasión de Lucy lo dejó sin aliento. La besó una y otra vez, intentando desesperadamente acercarse, que ella inundara sus sentidos, tener más y más.

Sacó de un tirón la camisa de ella de la cintura de los pantalones, y gimió al tocar su suave piel; siguieron besándose de forma desenfrenada, increíble. Blue no podía saciarse de ella, sabía que nunca podría tener suficiente de aquella mujer. Las manos de Lucy acariciaban su pelo, su espalda, la curva de su trasero, lo atraían hacia su cuerpo.

Estaba tan duro que le resultaba casi doloroso, y era imposible que ella no notara su erección. La levantó, y ella entrelazó las piernas alrededor de su cintura. Blue se sentía mareado, delirante al saber que estaba a punto de poseerla, consciente de que en aquel momento ella no lo rechazaría.

Blue se sacó la camisa por la cabeza, se quitó con movimientos espasmódicos la funda de la pistola y la tiró encima de la mesa. Las manos de Lucy estaban en todas partes, recorriendo los músculos de sus hombros, su pecho y su espalda, tocándolo, acariciando su piel, enloqueciéndolo.

«No puedo».

Blue abrió los ojos. Lucy no había dicho nada, seguía besándolo, no había vuelto a rechazarlo. Aun así, la voz de ella resonó en su cabeza una y otra vez.

«No puedo».

Si no paraban, ella perdería su trabajo y su amor propio, tal como le había dicho. Y si paraban, él perdería la cabeza. Al fin y al cabo, no era ningún héroe. Pero ¿cómo podía hacer algo que sabía que la destruiría?

Como si notara su vacilación, Lucy levantó la cabeza y lo miró con súbita conmoción.

—Oh, Dios mío, ¿qué estamos haciendo?, ¿qué estoy haciendo? Blue, no puedo...

Blue la bajó con cuidado y la sentó sobre la encimera, a una distancia prudencial de él. Estaba tan increíblemente sexy con el pelo alborotado y la ropa revuelta, que tuvo que apartar la mirada de ella. Tomó la funda de la pistola de la mesa y su camisa del suelo, con cuidado de no mirar a Lucy en ningún momento, y consiguió decir entre dientes:

—Estaré fuera, respirando un poco de aire fresco.

Nueve

Ya había anochecido cuando Lucy volvió de comisaría. La casa estaba a oscuras, no había luces encendidas, y se apresuró a bajar del Ford, alarmada, preguntándose adonde habría ido Blue aquella vez. Le había dicho que se quedara allí, pero eso no implicaba que él fuera a obedecer. Con la perspectiva de encontrar otra nota en la mesa de la cocina, subió las escaleras y buscó sus llaves en la oscuridad.

– La puerta no está cerrada.

Lucy dio un brinco, sobresaltada, y se dio cuenta de que Blue estaba sentado en el porche.

– Estás aquí – dijo innecesariamente.

– Me dijiste que me quedara hasta que volvieras.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Lucy lo vio en el balancín, meciéndose suavemente mientras la miraba.

– Y tú dejaste entrever que harías lo que quisieras.

– Bueno, la verdad es que no pude hacer lo que quería – dijo él.

Estaba claro que se refería a lo sucedido aquella tarde, cuando habían estado a punto de hacer el amor. Lucy se sentó en un escalón; era lo más lejos que podía estar de él sin salir del porche.

– Siento lo de antes – murmuró él.

Ella se volvió a mirarlo; desde aquella distancia, no podía distinguir bien su cara en la oscuridad.

– ¿Qué es lo que sientes? ¿Haberme gritado o que estuviéramos a punto de tener relaciones sexuales? – preguntó abruptamente.

– Siento haberte gritado.

– Pero no sientes lo otro.

– Sí, pero sólo porque no acabamos lo que empezamos.

Lucy permaneció unos segundos en silencio, mirando las estrellas. Otro hombre no habría reconocido aquello, y seguramente se habría limitado a disculparse; claro que otro hombre tampoco habría mentido descaradamente diciendo que no llevaba armas, ni se habría enfrentado a un gigantón enfadado con un palo.

Blue McCoy no era un héroe, era un hombre con sus virtudes y sus fallos. Hasta su arranque de rabia, Lucy no se había permitido ver más allá de la imagen idealizada que había construido en su imaginación; aquella figura ideal no tenía emociones humanas reales ni miedos, al contrario que el Blue McCoy de carne y hueso.

La luna llena asomó tras las nubes e iluminó el jardín. La pintura blanca del porche pareció brillar.

– ¿Es verdad que tienes miedo? – preguntó Lucy, y lo oyó suspirar.

– Normalmente, sólo admitiría algo así una vez cada década, pero sí, Yanqui, tengo miedo.

Ella se volvió hacia él, se apoyó en la barandilla, encogió las rodillas contra su pecho y las rodeó con los brazos.

– Te comportas como si no le tuvieras miedo a nada.

– No me da miedo pelear; sé lo que tengo que hacer en una situación violenta, y sé que soy bueno luchando. Tampoco me asusta la idea de que me hieran... Ya he pasado por eso, y me he curado. Y no le tengo miedo a morir – miró la luna con los ojos entornados, y añadió con suavidad –: Tengo mi fe.

Se volvió hacia Lucy y, cuando la luz de la luna se reflejó en sus ojos, le dio un aspecto de otro mundo.

– Pero me aterroriza quedar atrapado en un sistema judicial corrupto, que es posible que esté controlado por las personas que quieren inculparme – siguió diciendo él –. Siento que estoy en medio de una guerra en la que no sé cómo luchar.

Blue cerró los ojos por un momento, y Lucy supo que aquella confesión no era fácil para él.

– Tengo miedo de ir a la cárcel, Lucy, un miedo de muerte. No permitiré que me encierren, juro que me escaparé antes de dejar que lo hagan.

Ella se inclinó hacia delante y dijo:

– Eso hará que parezcas culpable, ¿no lo ves?

– Ya parezco culpable – dijo Blue con sequedad –. La ciudad entera cree que lo hice yo.

– Bueno, pues yo sé que no mataste a Gerry, y voy a asegurarme de que no vayas a la cárcel por algo que no has hecho – dijo ella con fiereza.

Lucy no pudo identificar la extraña expresión que relampagueó en la cara de Blue.

– Sigues creyendo en mí – dijo él, con voz sorprendida.

– Pues claro.

– ¿Aunque no sea una especie de... superhéroe?

La verdad era que a Lucy le gustaba más así. El Blue humano parecía mucho más cálido y real, y darse cuenta de que tenía imperfecciones y debilidades había añadido profundidad y dimensión a la imagen que tenía de él. Aún le parecía increíblemente atractivo..., quizás incluso más, porque había entendido que era un ser humano, sujeto a las mismas emociones que el resto. Sus vulnerabilidades contrastaban con su fortaleza y le daban una sensibilidad especial.

– ¿Qué tiene eso que ver con que nos crea que mataste a tu hermanastro?

– No lo sé – dijo él. Tras unos segundos, admitió –: Supongo que malinterpreté tus razones para querer ayudarme.

Lucy rió suavemente.

– Te aseguro que mis razones son desinteresadas... La búsqueda de la justicia, derrotar a los malvados, cosas así. Que puedas saltar o no por encima de un edificio no tiene nada que ver.

Blue no contestó, y ella supo que estaba pensando en Gerry, en cómo los malvados habían ganado en su caso. Sabía que si no encontraban pruebas que exoneraran a Blue, Bradley presentaría cargos contra él; con el testimonio acusatorio de Matt Parker, y sin el apoyo de las huellas de neumáticos que habían encontrado, era sólo cuestión de tiempo. Ella había hablado con Matt, y el hombre había insistido en que Leroy y él se habían encontrado las motocicletas, y había reiterado que había visto a Blue cerca del bosque la noche del asesinato.

– A lo mejor deberías llamar a alguien, conseguir un abogado – sugirió.

– Esta tarde intenté llamar a Joe Catalanotto; es mi oficial en jefe en el pelotón Alfa, además de mi amigo. Pensé que él sabría qué hacer, que podría conseguirme un buen abogado de la Armada para poder aclarar todo este lío, pero me dijeron que mi pelotón está en una misión de entrenamiento hasta próximo aviso. Además, el coordinador del equipo diez de los SEAL, el almirante Forrest, no está disponible – su voz, normalmente serena, sonaba tensa –. Hablé con un comandante chupatintas de Asuntos Internos, que me dijo que se ocupaba por el momento de todo el papeleo y los mensajes del pelotón Alfa; es algo que pasa cada pocos años, cuando quieren recortar el presupuesto. Ese comandante está buscando trapos sucios para poder dismantelar el pelotón Alfa, así que no me atreví a contarle que quería hablar con un abogado. Si descubre que uno de los miembros del equipo está a punto de ser acusado de asesinato... – Blue sacudió la cabeza, y añadió –: Tengo que ocuparme de esto yo solo.

– Pero no estás solo, me tienes a mí – dijo Lucy con voz suave.

Blue intentó sonreír.

– Gracias, Yanqui, pero...

– No pertenezco al pelotón Alfa – terminó ella por él.

– Nos han entrenado para trabajar en un equipo – intentó explicar él, asintiendo.

– Ya lo sé, conozco el funcionamiento de los equipos de los SEAL, y tengo entendido que algunos de vosotros habéis estado juntos desde que empezasteis en el entrenamiento básico.

Blue asintió.

– Joe Cat y yo participamos juntos en el entrenamiento básico de demolición submarina, hace más de diez años. Éramos pareja de entrenamiento, y desde entonces somos muy amigos.

Pareja de entrenamiento. Eso significaba que Blue y su amigo Joe Cat habían sido inseparables durante todo el entrenamiento básico de demolición submarina; allá donde iba uno, tenía que ir el otro. Sin duda habían formado un vínculo que iba

más allá que una mera amistad, basado en el respeto, en la determinación y en una responsabilidad férrea hacia el compañero y hacia el pelotón Alfa.

–He leído sobre la Semana Infernal –dijo ella, mirándolo con la barbilla apoyada en la palma de la mano–. Parece terrible, ¿es verdad que os permiten dormir sólo cuatro horas en toda la semana?

–Sí –dijo Blue con una sonrisa–. Tanto Cat como yo empezamos a sufrir alucinaciones antes de que terminara. Afortunadamente, cuando yo veía monstruos marinos él tomaba el mando, y cuando él empezaba a echar espuma por la boca, yo lo agarraba y hacía que recuperara la cordura. Fue un auténtico infierno, supongo que de ahí viene su nombre.

–¿Puedes contarme más sobre esa semana? –preguntó Lucy.

Blue impulsó el balancín con el pie y la miró durante un rato con expresión inescrutable mientras se mecía.

–Por favor –insistió ella.

–Tienes que desearlo con todas tus fuerzas –dijo Blue.

Lucy lo miró, confundida, pero él le explicó:

–Eso es lo que solía gritarnos uno de nuestros instructores, y es lo que recuerdo con más lucidez de la Semana Infernal.

La luna volvió a ocultarse tras una nube y, sin su luz plateada, Blue se convirtió en una silueta oscura al otro lado del porche; sin embargo, su voz la envolvió, cálida y suave en la oscuridad.

–Los instructores nos gritaban por unos megáfonos sin darnos tregua, nos ridiculizaban y nos atormentaban constantemente mientras nos hacían correr por la playa o hacer flexiones. Pero había uno, al que llamábamos el Capitán Blood, que era el más inflexible y duro de todos; iba directamente a la yugular, y nos machacaba todo lo que podía y más. Una de las primeras cosas que nos dijo por el megáfono fue: «Tenéis que desearlo con todas vuestras fuerzas».

Blue soltó una risa suave, y continuó:

–Creo que fue el primer día. El agua del océano estaba muy fría, y teníamos que quedarnos sentados en el agua, donde rompían las olas. Era una prueba para ver lo que podíamos aguantar, por si alguna vez teníamos que nadar durante horas en aguas gélidas. En fin, llevábamos una hora helándonos allí metidos, cuando el primer hombre se dio por vencido. Hacía muchísimo frío, nunca había sentido nada igual en mi vida. Podía oír a otros que se quejaban a mi alrededor, preguntándose para qué teníamos que hacer aquello, qué era lo que los instructores querían probar con algo así.

La luna volvió a aparecer y Blue hizo una pequeña pausa; Lucy lo miró y se lo imaginó sentado en el agua helada, aguantando el frío en silencio con el rostro rígido y los dientes apretados.

–Mientras estaba allí sentado –continuó él–, muchos otros lo fueron dejando; así, sin más. Era demasiado incómodo, demasiado duro y doloroso, así que

decidieron levantarse y salir de allí. Pero yo no quise darme por vencido. Miré a Joe Cat, y supe que él pensaba lo mismo que yo: que teníamos que quererlo con todas nuestras fuerzas. Y así era, queríamos conseguirlo, obtener nuestra insignia de SEAL.

Blue la miró con una sonrisa, y Lucy devolvió el gesto un poco embobada, sintiendo sus ojos en la cara como una caricia; Blue sacudió la cabeza ligeramente, como si estuviera intentando despejarse.

– Eres muy guapa, ¿lo sabías? – dijo con suavidad.

Lucy apartó la mirada. Todo el mundo era guapo a la luz de la luna.

– ¿Estás segura de que no quieres venir a sentarte a mi lado en el columpio? – añadió él.

– Sabes que no puedo – dijo ella mirándolo, inflexible.

– Lo único que sé es que no quieres hacerlo – respondió él.

– Sea como sea, prefiero quedarme donde estoy.

– Podríamos tomarnos de la mano como tortolitos, nada más. Sería algo del todo inocente.

Lucy no pudo evitar echarse a reír.

– Tú no tienes nada de inocente, McCoy. Ambos sabemos en qué acabaría eso.

– Sí, lo sé perfectamente – dijo él, mirándola con ojos ardientes –; me he pasado la mayor parte de la tarde fantaseando con ello.

Lucy se levantó.

– Creo que es hora de terminar con esta conversación.

Blue se incorporó de golpe. No quería que ella se fuera, deseaba la compañía de Lucy incluso más de lo que deseaba hacer el amor con ella. Su sonrisa y sus hermosos ojos de medianoche mantenían a raya los miedos que sentía.

– ¿No quieres que te cuente nada más sobre la Semana Infernal? – preguntó.

No había hablado tanto en toda su vida; nunca había contado sus historias ni rememorado su pasado como solían hacer una y otra vez algunos compañeros suyos. No era que no tuviera buenas historias que contar, pero siempre había preferido escuchar. Joe Cat y él no hablaban demasiado; se conocían tan bien que el uno sabía lo que pensaba el otro, y podían comunicarse con una mirada o un gesto.

Con Daryl Becker, conocido como Harvard, solía hablar de libros y filosofía, de ciencia, arte, tecnología y de cualquier tema virtualmente imaginable. Pero Harvard era el que solía hablar, pensando en voz alta, mientras que Blue formaba sus opiniones cuidadosamente antes de hablar. En consecuencia, sus comentarios eran siempre cortos y directos.

Pero aquella noche, aunque tenía la voz un poco ronca de hablar tanto, estaba dispuesto a seguir sin parar para que Lucy se quedara con él un poco más.

Ella seguía en los escalones, con los brazos cruzados.

– ¿Dejarás que siga sentada aquí? – preguntó con cautela.

– Sí – asintió él.

Ella se sentó y se lo quedó mirando con expresión expectante, pero Blue tardó unos segundos en recordar que le había ofrecido contarle más cosas sobre la Semana Infernal. El único problema era que no se le ocurría nada que decir.

– No sé qué te gustaría que te contara – dijo por fin, intentando ganar tiempo.

– He leído que hay una prueba en la que hay que transportar equipo a tierra por una costa rocosa. ¿Tuviste que hacerla en el entrenamiento básico?

– Sí. A mediados de la Semana Infernal, hicimos un desembarco nocturno con balsas salvavidas – dijo Blue, aliviado porque ella había sacado un tema del que poder hablar... aunque la noche en cuestión no era más que un borrón confuso en su memoria; dudó un segundo, y admitió –: No recuerdo demasiado de lo que pasó. Sé que me pregunté cómo demonios íbamos a conseguir llegar a tierra con la balsa intacta; el oleaje era bastante fuerte, la costa no era más que un montón de rocas y habría sido fácil que cualquiera de nosotros quedara aplastado – Blue bajó la mirada hacia sus manos, preguntándose qué más podía contarle –. Estábamos exhaustos y helados, y algunos compañeros se habían herido. No sabría explicarte cómo conseguimos llegar a tierra, pero lo hicimos.

Blue levantó los ojos y vio que ella estaba escuchándolo con atención, mirándolo con ojos luminosos y cálidos; en aquel momento, supo lo que podía contarle: la verdad.

– Recuerdo que estaba muerto de miedo..., me sentí un cobarde – admitió con voz suave.

Sus palabras parecieron quedar suspendidas en el aire. Nunca había admitido aquello ante nadie, ni siquiera se lo había contado a Joe Cat, Frisco o Harvard; de hecho, apenas había sido capaz de admitirlo ante sí mismo. Los sonidos de la noche lo rodeaban mientras miraba a Lucy a los ojos, preguntándose cómo reaccionaría.

Ella sonrió.

– No fuiste ningún cobarde – dijo –; un cobarde se echaría atrás, no seguiría adelante al tener miedo. Sólo alguien muy fuerte y valiente es capaz de perseverar a pesar de estar aterrorizado.

Blue asintió y devolvió su sonrisa.

– Me he dado cuenta de ello con los años, pero en aquel entonces era muy joven.

– Seguro que muchos compañeros tuyos lo dejaron en esa prueba – dijo Lucy.

– Sí, y el oficial de mayor rango de nuestra balsa fue uno de ellos; salió del programa de entrenamiento en cuanto vio aquellas rocas. Esa noche, los novatos tomamos las riendas y desembarcamos sin un oficial que nos guiara.

Lucy parecía fascinada, pendiente de cada una de sus palabras, y Blue sabía que mientras continuara hablando, ella seguiría allí con él.

– A finales de semana, sólo quedaba la mitad el grupo. Estábamos corriendo por la playa, y todos los componentes del equipo de la balsa cojeábamos; estábamos hechos polvo. Como ya te he dicho, el oficial de mayor rango se había largado, así que Cat y yo asumimos el mando; éramos unos novatos, pero alguien tenía que hacerlo. Para aquel entonces, Cat estaba mal de verdad; resultó que tenía la pierna fracturada, aunque en aquel momento no lo sabíamos.

– ¿Estaba corriendo con una pierna rota?

– Sí – asintió Blue.

Lucy lo miró a los ojos, esperando que siguiera hablando con la atención completamente centrada en él, y Blue no pudo evitar sonreír; nunca antes había tenido la atención total y completa de una mujer, al menos estando los dos vestidos. Quizás aquello de contar historias no estuviera tan mal después de todo.

– En fin, Cat no estaba dispuesto a tirar la toalla, así que lo protegimos todo lo que pudimos; lo llevamos a cuestras, lo rodeamos para que no lo vieran los instructores, lo mantuvimos de pie, lo arrastramos cuando nadie nos miraba. Pero el Capitán Blood acabó dándose cuenta, y empezó a decir que Cat nos estaba retrasando, que por su culpa no lo íbamos a conseguir, y nos gritó por su maldito altavoz que lo mejor sería que lo dejáramos allí tirado.

Blue sonrió de oreja a oreja, y continuó:

– Pero Cat y yo estábamos más que hartos; era el séptimo día, no habíamos dormido nada, nos habían machacado psicológicamente y aquello era un suplicio. Cat estaba aguantando un dolor insoportable, y a mí me dolían hasta las uñas de los pies. Estábamos helados, empapados y hambrientos; Cat se pone de muy mal humor en ese tipo de circunstancias, y yo me vuelvo más que desagradable. Así que le dije al Capitán Blood que se fuera al infierno, le conté en detalle lo que podía hacer con cierta parte de su anatomía y les dije a mis compañeros que metieran a Cat en la balsa para llevárnoslo a rastras en ella.

Blue se detuvo un momento y sacudió la cabeza al recordar la tensión de aquellos momentos; tras unos segundos, continuó:

– Cuando estábamos metiendo a Cat en la balsa, el Capitán Blood se dio cuenta de que estaba peor de lo que él pensaba, así que le dijo que tenía que abandonar el entrenamiento y empezó a llamar para pedir una ambulancia. Yo miré a Cat y, por la expresión de su cara, parecía que se le había caído el mundo encima; quedaban cinco horas para que acabara la Semana Infernal, sólo cinco horas, y lo iban a echar. Fui hasta donde estaba el Capitán Blood, interrumpí la llamada y le dije que la pierna de Cat estaba bien, y que para probárselo, Cat correría un kilómetro y medio por la playa. El capitán me dijo que era un bravucón, pero que le gustaban los juegos y que si Cat corría esa distancia, podría quedarse.

La luna volvió a desaparecer tras las nubes, pero Blue podía oír la suave respiración de Lucy en la oscuridad; vio su silueta en las sombras y sintió el poder de su atención como algo tangible, como si ella estuviera a su lado, tocándolo.

– Cat estaba dispuesto a saltar de la balsa y a ponerse a correr, pero yo sabía que no lo conseguiría; sólo con apoyarse ligeramente en la pierna estaba a punto de caerse redondo. Así que puse su brazo alrededor de mi hombro, pensando que podríamos correr juntos, como en una carrera de ésas en que dos personas se atan una pierna, y que Cat no tendría que poner peso en la pierna herida. Pero estaba peor de lo que yo pensaba, así que acabé levantándolo y llevándolo auestas sobre la espalda.

– ¿Cargaste con él un kilómetro y medio? – susurró ella.

– Era mi compañero – dijo él con sencillez –. Cat no es ningún peso ligero, es más alto que yo y corpulento como un tanque, así que cuando llevaba unos cuatrocientos metros empecé a ir bastante lento; pero seguí corriendo, porque tanto Cat como yo lo deseábamos con todas nuestras fuerzas, y no estaba dispuesto a permitir que lo echaran. Empecé a preguntarme cómo demonios iba a conseguirlo, pero al levantar la cabeza vi que el resto de nuestros compañeros iban corriendo a nuestro lado. Cat y yo no estábamos solos, nuestro equipo estaba con nosotros. Crow, Harvard y el resto; ellos también estaban hechos polvo, pero estaban allí. Nos turnamos para llevar a Cat hasta que completamos el kilómetro y medio; nos llevó media hora conseguirlo, en vez de los cinco minutos que se tardan normalmente. Cuando terminamos, el Capitán Blood nos miró a Cat y a mí, y después asintió y nos dijo a todo el grupo que lo habíamos logrado, que estábamos dentro. De repente, cuatro horas y media antes de lo estipulado, la Semana Infernal se había acabado para nosotros; todos lo habíamos logrado. Y entonces el Capitán Blood se volvió y nos ofreció un saludo. Un oficial saludando a un grupo de alistados... Fue algo digno de ver.

Lucy tenía los ojos llenos de lágrimas y la piel de gallina; seguía sentada con las rodillas contra el pecho, y se sintió agradecida por la oscuridad que ocultaba su reacción. Era una historia increíble, pero Blue la había contado con sencillez y naturalidad, como si no se diera cuenta de lo extraordinaria y conmovedora que era su lealtad hacia su amigo.

Sabía que esa lealtad debía de ser recíproca, y que si Joe Cat no estuviera en una misión de entrenamiento, estaría de camino a Hatboro Creek. A Blue le iría bien que le echaran una mano, porque aunque ella estuviera haciendo todo lo posible para ayudarlo, no era suficiente; era consciente de que no tenía la experiencia necesaria para dirigir aquella investigación.

Y lo único que ella podía hacer, era un imposible. No podía permitirse amar a Blue, ni de la forma puramente física que él quería ni a un nivel más emocional. Sólo le estaba permitido sentir una compasión distante hacia él.

Aun así, no podía evitar que sus emociones fueran mucho más profundas de lo debido; sufría con el dolor de él, padecía sus preocupaciones y sentía sus miedos. No podía amarlo, pero estaba empezando a hacerlo; allí mismo, en la oscuridad, cada vez se enamoraba más y más de Blue McCoy.

Era irónico; hasta esa mañana, cuando la había sobresaltado su arranque de genio, había pensado que lo que sentía por él seguía siendo un enamoramiento

adolescente. Era una mezcla superficial de deslumbramiento, admiración y deseo..., simple idolatría por un héroe.

Pero con sus actos y sus palabras, Blue se había quitado el disfraz de superhéroe y había dejado al descubierto las imperfecciones del hombre de carne y hueso que había debajo.

El héroe sólo podía ser idolatrado, pero al hombre podía amarlo.

Era una locura; aunque consiguiera demostrar su inocencia, Blue se iría en cuestión de días, probablemente horas. ¿Cómo podía enamorarse de un hombre que nunca correspondería sus sentimientos?

De todas formas, no tenía sentido preocuparse por ello; no podía enamorarse de él porque era la encargada de investigar el asesinato.

– Vuelve a llamar a Joe por la mañana – dijo. Su voz sonó ronca por la emoción, y tuvo que aclararse la garganta—. Si no está, inténtalo otra vez por la tarde.

– Lo haré, tendrá que volver tarde o temprano – dijo él.

Ella se levantó y notó que Blue se tensaba.

– Lucy, no entres aún..., por favor – dijo él con suavidad.

Ella oyó la melancolía en su voz, y supo lo mucho que él quería que se quedara, lo duro que le había resultado pedirle que no entrara en la casa; pero no podía quedarse allí, porque con cada palabra que él pronunciaba, se metía más dentro de su corazón. No era lo suficientemente fuerte para resistirse a él; incluso allí en la oscuridad, a más de un metro de distancia, sentía la intensa atracción animal que había entre ellos, y se estaba involucrando cada vez más emocionalmente.

Pero no podía confesarle aquello a Blue.

– Lo siento, estoy muy cansada – dijo. Fue hasta la puerta abierta de la cocina y añadió—: Voy a ducharme, después me iré a la cama.

La decepción de Blue fue obvia.

– Está bien, buenas noches – dijo él con calma.

La puerta se cerró tras ella y Lucy ya había cruzado media cocina cuando oyó su voz suave.

– ¿Lucy?

Ella se detuvo, pero no se volvió; lo oyó moverse hasta quedar justo detrás de la puerta.

– Cierra la puerta de tu habitación con llave – dijo él con suavidad.

– De acuerdo.

Las nubes que habían ocultado la luna la noche anterior contribuyeron a crear un apropiado telón de fondo lluvioso, triste y sombrío, para el funeral de Gerry. La mayor parte de la ciudad había asistido, y muchos de los presentes habían mirado a Blue con abierta hostilidad.

Él había estado sentado completamente solo en un banco de la iglesia, impresionante con su uniforme blanco; la única que se le había acercado había sido Jenny Lee, que había cruzado con él unas breves palabras cuando la conducían tras el ataúd blanco hacia el coche fúnebre.

Se suponía que aquél era el día libre de Lucy, pero aun así había ido a comisaría para seguir con la investigación. Sin embargo, al verla el jefe Bradley le había asignado la tarea de dirigir el tráfico durante el funeral, así que allí estaba, de pie bajo la lluvia, parando a los coches para que pasara el cortejo fúnebre camino al cementerio.

Blue había tomado su Ford prestado, y los ojos de ambos se encontraron brevemente a través del parabrisas cuando él salió del aparcamiento de la iglesia. Lucy había entrado para asistir a la misa, y había visto cómo lo habían aislado en el funeral de su propio hermanastro. No le habían pedido que ayudara a cargar el ataúd, y el párroco ni siquiera había mencionado a Blue en sus breves palabras sobre la vida de Gerry.

A Lucy le dolía terriblemente que él tuviera que estar pasando por aquello, y deseaba encontrar cuanto antes algo que hiciera avanzar la investigación. No era el mejor día para intentar hablar con Jenny Lee Beaumont, pero quizás al día siguiente pudiera ir a la casa que la mujer había compartido con Gerry. Si quería encontrar al verdadero culpable, tenía que buscar el posible móvil del asesinato: ¿por qué querría alguien matar a Gerry?, ¿tenía algún enemigo? ¿Habría tenido algún problema con sus negocios? Quizá Jenny pudiera darle algunas respuestas.

Y si no era así, alguien de la ciudad tenía que saber algo; empezaría por Gate's Hill, cerca del lugar del crimen, e iría de puerta en puerta preguntando. Alguien habría oído o visto algo aquella noche, alguien sabría quién había matado a Gerry McCoy.

Además, no podía olvidarse de Leroy Hurley y Matt Parker. Blue tenía razón, aquel cuento de que se habían encontrado las motos en la carretera era absurdo. Alguien les había pagado para que borrarán las huellas de los neumáticos, y era posible que fuera la misma persona que estaba pagando a Matt para que dijera que había visto a Blue con Gerry en el bosque.

Los últimos coches salieron del aparcamiento de la iglesia y Lucy contempló cómo se alejaban; se apartó el pelo mojado de la cara, se ajustó la gorra empapada y se fue a casa. Eran casi las tres de la tarde y quería cambiarse de ropa y comer algo; se prepararía una ensalada y se la comería repasando el informe de la autopsia.

Llegó a casa a las tres y cuarto. A y media salió de la ducha, se puso unos pantalones cortos y un top, y a eso de las cuatro se sentó en la mesa de la cocina con su ensalada.

Tras una ojeada superficial empezó a leer el informe con más atención, pero hasta la tercera relectura no se dio cuenta.

Gerry no tenía alcohol en la sangre.

Lucy volvió a examinar los índices, y comprobó que según aquellas cifras, Gerry no podía haber bebido más que una cerveza la noche del asesinato. Aquello debía ser un error, ella misma había presenciado el comportamiento de Gerry. Parecía borracho y había actuado como si lo estuviera a las ocho y cuarto, pero menos de tres horas después, a las once y seis, había muerto con un contenido mínimo de alcohol en sangre.

Aquello no tenía sentido. O la autopsia estaba mal o... ¿Era posible que Gerry hubiera fingido estar borracho en el club de campo? Y en ese caso, ¿por qué lo habría hecho? Se había puesto en evidencia, había avergonzado a Blue y a Jenny Lee... ¿Por qué querría hacer algo así?

No tenía sentido.

Lucy sintió la necesidad imperiosa de contárselo a alguien. Tenía un millón de preguntas que hacer, debía hablar con Jenny Lee para saber si Gerry le había parecido ebrio antes de la discusión en la fiesta. Y también tendría que hablar con R. W. Fisher; Blue había comentado que lo había visto hablando con su hermanastro antes de que éste provocara la escenita, y sería interesante saber si el rey del tabaco había notado algo raro en el comportamiento de Gerry.

Lucy se levantó, se puso unas zapatillas de deporte y agarró el chubasquero de una percha junto a la puerta de la cocina; ya estaba en el porche cuando se dio cuenta de que no tenía ni las llaves ni el coche.

Decidió volver a entrar y ponerse unos vaqueros; aunque hacía calor, no sería buena idea aparecer por comisaría en pantalones cortos. Subió las escaleras de dos en dos y se quitó rápidamente las zapatillas y los pantalones; se puso los vaqueros y unas botas, y estaba a punto de llamar por teléfono para que alguien de comisaría fuera a buscarla, cuando oyó que la puerta de la cocina se abría y se cerraba.

Blue había vuelto.

Lucy bajó corriendo las escaleras, entró en la cocina y se paró en seco al ver que Blue se estaba desnudando allí mismo. De repente, se dio cuenta de que su ropa no estaba sólo mojada; estaba rasgada, llena de barro y salpicada de sangre..., la sangre de Blue.

Era obvio que había habido una pelea.

Blue se había quitado la chaqueta y la camisa; le sangraba el brazo, y la sangre le chorreaba por los dedos. Lucy vio un corte bastante grande en el bíceps antes de que él intentara taponar la herida presionando con la camisa.

Sintió un miedo terrible. Podría haber resultado gravemente herido, incluso podría haber muerto.

—¿Estás bien? —preguntó.

Él levantó la vista hacia ella por un segundo mientras se quitaba los pantalones llenos de barro.

–Me iría bien tener un botiquín, y voy a necesitar un poco de hielo para la pierna.

Lucy vio que en el muslo izquierdo se le estaba empezando a formar un hematoma enorme y, sin decir palabra, fue a sacar el botiquín de un armario. Al dejarlo sobre la mesa de la cocina, vio que Blue seguía de pie en la puerta, con la ropa en las manos y mirándola con expresión de incomodidad.

–No quiero mancharte más el suelo –dijo a modo de disculpa.

–No te preocupes, ya lo limpiaré –contestó ella, esperando que él no se diera cuenta de que le temblaba la voz.

Blue asintió y dejó la ropa en el suelo.

–¿Qué ha pasado? –preguntó ella al ver que él no parecía dispuesto a contárselo. Llenó una palangana con agua caliente y la dejó junto al botiquín.

–Ha habido una pelea –dijo él mientras se sentaba con cuidado en una silla.

Lucy sacó una toalla de un cajón y lo miró por encima del hombro con exasperación.

–¿Puedes ser un poco más específico, McCoy?

Le dio la toalla y fue a la nevera a buscar el hielo.

–No –contestó él.

Tenía los nudillos y las manos llenas de rasguños, y un arañazo en el pómulo izquierdo que seguía sangrando; Blue intentó limpiarse la sangre inútilmente con el dorso de la mano.

–¿Cómo que no? –dijo Lucy. El miedo se transformó rápidamente en frustración mientras se acercaba a él con una bolsa de hielo envuelta en otra toalla.

–No es nada que merezca presentar una denuncia –dijo él. Cuando levantó la camisa de la herida del brazo, la sangre volvió a salir con rapidez, así que se apresuró a volver a cubrirla aplicando presión.

–¿Presentar una denuncia? –Lucy se lo quedó mirando como si se hubiera vuelto loco—. Te he preguntado qué ha pasado, no te he pedido que rellenas un formulario para presentar una condenada denuncia.

–No quiero empezar otra pelea –dijo él, mirándola con aquellos increíbles ojos azules—. Pero como siempre insistes en mantenerte en tu papel de oficial de policía, pensé que no querrías saber lo que me ha pasado esta tarde.

–¿Es eso lo único que soy para ti, una policía? –dijo ella, atónita.

–Pensé que eso era lo que querías –dijo él. Tras mojar la toalla en la palangana y ponérsela contra la herida del brazo, añadió—: Creía que eras tú la que habías puesto esos límites.

– Mi límite es que no puedo ser tu amante, pero pensé que al menos era tu amiga.

Él volvió a mirarla y la recorrió con los ojos de arriba a abajo.

– Mis amigos no están tan guapos en vaqueros – comentó.

– Supongo que no tienes ni una sola amiga.

– No.

– Pues a partir de ahora sí, porque me tienes a mí – dijo ella con firmeza.

Se puso de cuclillas a su lado, sin saber cómo ponerle la bolsa de hielo en la pierna; el moratón tenía muy mala pinta, y tenía una especie de señal alargada más oscura en el centro, como si...

– Dios mío, ¿te han golpeado con un trozo de tubería?

– Sí, creo que era eso – dijo él.

Blue sacó el spray de antiséptico del botiquín, y se echó en la herida del brazo; aunque tenía que escocerle muchísimo, ni siquiera parpadeó.

– Blue, si te hubieran pegado en la cabeza con esa fuerza... – Lucy se sentó sobre los talones, con un nudo en el estómago; podrían haberlo matado.

– Me aseguré de que no pudieran hacerlo.

– Por favor, cuéntame lo que ha pasado.

Poco a poco, con mucho cuidado, Lucy le puso la bolsa de hielo en la pierna; la única reacción de él fue apretar los dientes con más fuerza.

– Me quedé atrás en el cementerio – dijo él mientras empezaba a vendarse el brazo.

– ¿Quieres que lo haga yo? – lo interrumpió ella.

– No, gracias – contestó Blue mirándola con una sonrisa tensa –; no es fácil hacerlo con una sola mano, y me distrae de la pierna.

– Debe de dolerte mucho.

– Ni te lo imaginas.

– Podría estar rota – dijo ella, preocupada.

– No, se me ha roto otras veces, y noto la diferencia.

De repente, Lucy se dio cuenta de que Blue estaba sentado en su cocina en calzoncillos. Incluso herido y lleno de magulladuras, estaba increíblemente guapo; cada centímetro de su cuerpo era musculoso, dorado y perfecto.

– Me quedé atrás para visitar la tumba de mi madre – estaba diciendo él.

Lucy se obligó a prestar atención a sus palabras, no a su cuerpo.

– Creí que todo el mundo se habría ido, pero me equivoqué; cuando volvía a tu coche, me atacaron por la espalda.

Había mojado la toalla en la palangana, y estaba intentando limpiar el corte del pómulo; Lucy se sentó en otra silla, le quitó la toalla y se inclinó hacia delante para hacerlo ella. Tuvo que apartarle el pelo de la cara con la mano izquierda mientras intentaba no fijarse en la suavidad y la cercanía de su boca.

– ¿Viste quién fue? – preguntó con voz calmada.

– Mi viejo amigo Leroy Hurley estaba allí, y Jedd Southeby también; creo que era él el que llevaba la tubería. No sé quién más se apuntó a la fiesta, había bastantes.

Lucy se apartó ligeramente para poder mirarlo cara a cara.

– ¿Cuántos?

– No lo sé.

Ella intentó leer la verdad en sus ojos. ¿Realmente no lo sabía, o estaba intentando ocultarle la verdad?

– Dime un número aproximado.

– Más de quince, menos de veinte.

Lucy se quedó con la boca abierta.

– ¿Tantos?

– La mayoría no eran realmente peligrosos; cuando quedó claro que no se lo iba a poner fácil, muchos echaron a correr.

Lucy miró el vendaje que le cubría el brazo y preguntó:

– ¿Quién llevaba el cuchillo?

– No nos conocíamos, pero tendrá que ir al hospital a que le miren la mano rota que tiene.

Lucy se echó a reír; era mejor que echarse a llorar. Sin embargo, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

– Oye, que estoy bien, Yanqui – dijo Blue, acariciando con ternura su cara con la yema de los dedos –; son los otros quince tipos los que se llevaron la peor parte.

– Te han atacado más de quince hombres... ¿y son ellos los que se han llevado la peor parte? – Lucy volvió a reír, y aquella vez las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas –. ¿Qué habría pasado si uno de ellos hubiera tenido una pistola?

– Que seguramente le habrían pegado un tiro a alguien – dijo él mientras le acariciaba el pelo –. Pero no había ninguna pistola, y nadie salió herido de gravedad.

Lucy estuvo a punto de perder el control y abrazarlo con todas sus fuerzas, y supo que él se había dado cuenta de su desesperación al ver el súbito destello ardiente en sus ojos azules. Sin embargo, se obligó a apartarse mientras se secaba las lágrimas con las manos.

– Tengo que ir a comisaría.

Ansiosa por romper la súbita tensión que llenaba la habitación, Lucy se levantó, sacó un pañuelo de papel de un paquete que había sobre la encimera y se sonó la nariz; vació la palangana de agua y enjuagó la toalla antes de añadir:

– He leído el informe de la autopsia y he encontrado algo muy raro: Gerry no tenía alcohol en la sangre al morir.

– Deben de haberse equivocado en el laboratorio – dijo Blue con el ceño fruncido –. Gerry estaba borracho como una cuba aquella noche.

– ¿Estás seguro de eso? – Lucy se volvió a mirarlo –. ¿O sólo quería que creyeras que lo estaba? ¿Le olía el aliento a alcohol?

Blue permaneció unos segundos en silencio, intentando recordar.

– No lo sé – admitió al fin.

– He estado dándole vueltas al incidente – dijo ella, apoyándose contra el fregadero –, y me he dado cuenta de que no te he preguntado lo que te susurró Gerry antes de que te fueras del club de campo. ¿Lo recuerdas?

Blue asintió.

– Dijo: «Lo siento, pero tienes que irte de la ciudad». Pensé que lo decía por Jenny Lee, porque no me quería cerca para remover el pasado, pero ahora...

– ¿Y si sabía que iba a pasar algo malo? – preguntó Lucy –; ¿Y si montó aquella escena porque era la única forma en que podía comunicarse contigo?

Blue se quedó mirando la bolsa de hielo que tenía en la pierna.

– Si quería decirme algo, ¿por qué no me pidió que fuéramos a hablar a algún sitio?

– A lo mejor no podía – dijo Lucy, cada vez más excitada –. Puede que estuviera en peligro, que supiera que alguien quería matarlo.

– Entonces ¿por qué no me lo dijo? – dijo Blue, levantando la mirada hacia ella; su voz reflejaba la frustración que sentía –. Yo podría haberlo ayudado, haberlo puesto a salvo.

– No lo sé – admitió ella –, pero tengo que hablar con algunas de las personas que asistieron a la fiesta y que hablaron con Gerry. Además, pediré a los del laboratorio que comprueben los resultados de los análisis de sangre: quiero saber si Gerry realmente estaba sobrio aquella noche.

Agarró el chubasquero que había dejado antes en el respaldo de una silla y añadió:

– Voy a comisaría, ¿estarás bien aquí solo?

– Ningún problema – sonrió él.

Lucy fue hacia la puerta, pero de pronto se volvió hacia él.

– Tengo un jacuzzi en mi cuarto de baño, quizás te iría bien meterte un rato.

Blue negó con la cabeza.

- No hace falta, no quiero invadir tu espacio personal...
- Úsalo, por favor. Volveré tan pronto como pueda.

Diez

Sheldon Bradley estaba sentado detrás de su enorme escritorio de roble mirando a Lucy con incredulidad.

—Eso es absurdo —dijo—. Que Gerry McCoy estuviera o no borracho no tiene nada que ver con lo que pasó tres horas después cuando lo asesinaron.

—Yo creo que tiene mucho que ver —contestó Lucy, manteniéndose firme—. Voy a hablar con algunas personas que estuvieron en la fiesta y que hablaron con Gerry antes de la pelea. R. W. Fisher mantuvo una larga conversación con él...

—No —dijo Bradley mientras se levantaba de la silla—. Te lo prohíbo, esto ha ido demasiado lejos. Voy a sacarte del caso... De hecho, voy a suspenderte temporalmente de tu empleo.

Atónita, Lucy también se levantó.

—¿Qué?

—Me he enterado de tu conducta inapropiada con McCoy; está claro que no eres imparcial —dijo Bradley.

Él volvió a sentarse y abrió una carpeta... Lucy se dio cuenta de que era su expediente.

—Señor, no he hecho nada que pueda considerarse inapropiado.

Bradley la miró con las cejas enarcadas.

—¿Niegas que el principal sospechoso del caso está viviendo en tu casa? Y antes de que me mientas, preciosa, quiero que sepas que tus vecinos os han visto llegar a tu casa de noche y salir por la mañana juntos.

—¡Necesitaba un sitio donde quedarse!

—Así que le ofreciste tu cama, ¿no?

—Claro que no...

—Oficialmente, la acusación sería conducta sexual inapropiada, y entonces tendría que expulsarte en vez de imponerte una mera suspensión —dijo Bradley—. Pero eres joven y novata, y permito a todos mis agentes que cometan un error. Este ha sido el tuyo.

—Pero, señor...

—Te sugiero que mantengas la boca cerrada, porque esto no es negociable y no voy a repetirlo. Voy a suspenderte por una semana como mínimo, y tu vuelta dependerá de mi aprobación. Vas a entregar tu placa y tu arma —levantó una mano para acallar cualquier protesta—. Sin embargo, anotaré la suspensión en tu ficha como unas vacaciones sin sueldo. No quiero más preguntas, no quiero que vuelva a mencionarse el asunto, y tu ficha seguirá intachable... a no ser que montes un escándalo con todo esto.

Lucy sacudió la cabeza, se sentía completamente aturdida.

– Pero no he hecho nada malo – dijo.

– No te estoy pidiendo una confesión firmada; como ya he dicho, a partir de este momento no va a haber más preguntas...

– Pero estoy suspendida.

– Sí.

– Porque usted cree que tuve relaciones sexuales con Blue McCoy.

Bradley hizo una mueca.

– No quiero discutir los detalles...

– ¡Pero le estoy diciendo que no he hecho nada!

– Hay personas que han expresado su preocupación y sus sospechas, que temen que te estés dejando influenciar por el sospechoso – Bradley cerró su ficha –. No quiero juzgar quién tiene razón en este asunto...

– Pero eso es lo que está haciendo – dijo Lucy –. Al suspenderme, me está declarando culpable de algo que no he hecho.

– ¿Estás diciéndome que eres completamente imparcial en este caso?

Lucy no pudo contestar a aquello, y supo que su silencio la había condenado. Bradley se inclinó hacia delante y dijo:

– Hazte un favor y tómate unas vacaciones, Lucy. Vete unos días de la ciudad, al menos hasta que todo esto se resuelva.

– No puedo – dijo ella; estaba tan furiosa, que le temblaba la voz.

– No lo empeores aún más, no quiero tener que echarte.

– Si me está acusando de conducta sexual inapropiada, quiero que lo haga de forma oficial.

– En ese caso, el castigo no será la suspensión – dijo Bradley con voz tensa –. Como ya te he dicho, serás expulsada del cuerpo.

– Eso será si se me declara culpable en una vista oficial – dijo Lucy.

Bradley había tenido bastante.

– Perfecto, entonces te declaro culpable. Vista del caso cerrada. Estás despedida, cielo – tiró la ficha de Lucy a la papelera –. Deja la placa y la pistola sobre mi mesa, y sal ahora mismo de mi oficina.

– Si ésta es su idea de una vista justa, entonces no quiero trabajar para usted. ¡No puede despedirme, porque soy yo la que renuncio! – dijo ella, y dejó con brusquedad su placa y su pistola sobre la mesa de Bradley.

– Le daré tus informes sobre la investigación a Travis Southeby – dijo él.

– ¿Va a dejar que Travis se ocupe de la investigación? – dijo Lucy, horrorizada.

El hermano de Travis había sido uno de los hombres que habían atacado a Blue aquella misma tarde; el propio Travis se había ido del Grill porque no quería comer cerca del «asesino» de Gerry. ¿Cómo podía pensar Bradley que sería imparcial?

Furiosa e indignada, Lucy salió de la oficina de Bradley con un portazo.

Blue cerró los ojos, se reclinó en la pared de la bañera y dejó que el agua masajeara su dolorida pierna. Cuando Lucy le había dicho que tenía un jacuzzi, se había imaginado que sería uno pequeño; había resultado ser una bañera enorme con bastante sitio para montar una fiesta.

Intentó imaginarse a Lucy sirviendo champán y vino mientras reía y conversaba en el jacuzzi con sus amigas, pero no pudo, porque parecía algo que no se ajustaba al carácter de ella. Intentó imaginársela sentada en aquella bañera con el hombre de la foto que tenía sobre el tocador, celebrando una fiesta privada... Pudo imaginarlo demasiado bien y de inmediato sacudió la cabeza, intentando borrar aquella imagen de la mente. No quería ni pensar en algo así.

De modo que intentó imaginársela volviendo de la comisaría; podía verla con claridad, con aquellos vaqueros pecaminosamente ajustados, aquel top negro que moldeaba sus curvas y el pelo suelto sobre los hombros. Se apoyaría en el marco de la puerta unos segundos, observándolo con ojos más cálidos que el agua del jacuzzi, y entonces empezaría a quitarse el top y...

Blue abrió los ojos al sentir que la puerta de la cocina se abría. Oyó cómo Lucy dejaba las llaves sobre la mesa, y el ruido de la nevera al abrirse.

– ¿Quieres una cerveza? – gritó ella desde la cocina.

Blue no dudó ni una milésima de segundo.

– Sí, gracias – habría aceptado cicuta con tal de que ella fuera allí con él.

Oyó que se cerraba la nevera, que un cajón se abría y que Lucy rebuscaba algo dentro. Se oyó el ruido de unas botellas al abrirse, un pequeño golpe sobre la mesa que Blue supuso que era el abridor, y dos ruidos sordos aún más suaves que debían de ser las chapas al caer en el cubo de la basura.

Entonces la oyó subir las escaleras. Dios, la mera idea de Lucy entrando en el cuarto de baño había hecho que se pusiera duro como una roca. Se obligó a seguir respirando, a relajarse un poco; ella le llevaba una cerveza, nada más. Pero a lo mejor si él dejaba de despedir feromonas como un poseso, si conseguía disimular su necesidad de devorarla, se sentaría y se quedaría a hablar un rato con él.

Aquello era lo que realmente quería. De acuerdo, daría lo que fuera por acostarse con aquella mujer, pero no iba a arriesgarse a asustarla y que se alejara de él. Aquella noche necesitaba su compañía..., su sonrisa, el ronco sonido de su risa, la calidez de sus ojos y su paciente e inquebrantable fe en él. Necesitaba aquello más que el desahogo sexual.

Cuando Lucy apareció en la puerta, él se dio cuenta de lo tensa que estaba; notó su enfado y su frustración antes de que hablara.

–Espero que te guste esta marca –dijo ella, dándole una botella. Se volvió para bajar la persiana de la ventana, y añadió –: Estaba rebajada, y...

–No te preocupes.

Blue notó que a ella le temblaban las manos, y su voz sonaba muy tensa; sin embargo, como era obvio que estaba intentando ocultárselo, no supo si debía preguntarle qué le pasaba. Al fin, optó por decir en tono despreocupado:

–¿Cómo te ha ido en la ciudad?

–Buenos, digamos que ha ido –dijo ella antes de tomar un largo trago de cerveza–. Se ha ido todo a tomar por saco –se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos–. ¿Te importa que me meta ahí contigo?

Blue sintió que se le paraba el corazón y, al cabo de un segundo, empezó a martillearle en el pecho al doble del ritmo normal.

–No –consiguió decir con voz ronca.

Lucy se quitó las botas y los calcetines, los lanzó hacia su habitación y se desabrochó los vaqueros. Él la miró fascinado mientras ella se los quitaba; sus piernas eran más largas y perfectas de lo que recordaba, y sus braguitas blancas contrastaban con su piel bronceada. Blue pensó que iba a morir allí mismo.

Ella no lo miró cuando se quitó el top por encima de la cabeza y lo tiró al suelo sobre los vaqueros; el sujetador que llevaba también era blanco, y desabrochó el cierre delantero como si desnudarse delante de un hombre fuera lo más normal del mundo. Sus pechos eran hermosos, plenos y firmes, con unos pezones marrón oscuro que se tensaron bajo la mirada de él. Su cuerpo era tal y como lo había imaginado; era esbelta, pero los músculos de sus brazos, piernas y torso eran firmes. Tenía el abdomen plano, y las caderas suavemente redondeadas.

Blue pensó que iba a explotar. En ningún momento había creído que esa noche Lucy dejaría a un lado sus dudas y su cautela para hacer el amor con él; había fantaseado con ello, pero no sin creer que fuera a suceder. La noche anterior ella había cerrado su puerta con llave. Lo sabía con certeza... porque había intentado abrirla.

¿Qué habría pasado desde entonces? Horas antes Lucy seguía manteniendo que sólo podían ser amigos.

Ella se quitó las bragas y fue hasta el borde del jacuzzi; se detuvo un momento, mirándolo descaradamente, y dijo:

–Te has quedado muy callado.

Se metió en el agua, dejando que el agua fuera cubriendo lentamente su cuerpo, y se sentó a cierta distancia de él; cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared de la bañera.

–Estoy intentando adivinar cuándo he muerto y he llegado al cielo –dijo él.

Lucy abrió los ojos.

– No estás en el cielo, McCoy... Al menos, aún no.

Blue se echó a reír; aquello era demasiado, parecía sacado de una fantasía erótica.

– Lucy, estoy hecho un lío – admitió –. ¿Qué está pasando?

– Decidí volver a casa y seducirte – de repente, parecía insegura y vulnerable; con voz muy suave, preguntó –: ¿Lo estoy haciendo mal?

– No, claro que no – se apresuró a decir él –. Lo estás haciendo perfectamente bien, pero lo que no entiendo es la razón de este cambio.

– Me han expulsado del cuerpo de policía – dijo ella en el mismo tono suave –; por conducta sexual inapropiada.

– Pero...

– No hubo una vista real, ni pude defenderme de las acusaciones contra mí – dijo, con voz cada vez más segura y un brillo de indignación en los ojos –. Bradley me sacó de la investigación y me suspendió por una semana, diciendo que serían unas «vacaciones». Discutí con él, me despidió... y yo presenté mi renuncia.

– Esto es culpa mía – dijo Blue.

– Tú no has hecho nada malo, y yo tampoco. Pero he pensado que, como me han juzgado y sentenciado y estoy cumpliendo una condena por algo que no he hecho..., en fin, ¿por qué no hacerlo de verdad?

Blue no sabía qué hacer o decir; Lucy no estaba allí porque realmente lo deseara, sino por reacción a su pelea con Bradley. Con cualquier otra mujer no habría dudado, y ya estaría junto a ella, seduciéndola; Lucy había llevado las cosas hasta allí, y él podía encargarse de llevar la situación al clímax, figurada y literalmente.

Pero... Lucy era su amiga. Lo que ella había dicho antes era verdad, entre ellos había nacido algo que sólo podía considerarse amistad; y aunque la deseaba con todas sus fuerzas, no quería tenerla así.

De modo que se mantuvo a distancia, y esperó a que ella respondiera su propia pregunta.

– Pero ésta no soy realmente yo – dijo Lucy finalmente –; quiero decir que no... hago cosas así. Nunca había intentado seducir a nadie...

– Yanqui, creo que es algo que te sale de forma natural – dijo Blue con una sonrisa.

Ella se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.

– Me siento como una tonta.

– No tienes por qué – dijo él –. No sabes lo que estoy sufriendo.

– Entonces ¿por qué sigues sentado ahí?

El silencio que siguió a su pregunta fue ensordecedor. Blue podía oír el tictac de su reloj bajo su pila de ropa limpia; se humedeció los labios, incapaz de recordar haberse sentido tan nervioso con ninguna mujer.

– ¿Quieres que me sienta a tu lado? – preguntó.

– No sé lo que quiero – admitió ella.

Blue respiró hondo, intentando calmar su pulso enloquecido.

– Cuando lo sepas, dímelo.

Ella lo miró en silencio unos segundos y, finalmente, dijo:

– No puedo creer que me estés rechazando.

– No te estoy rechazando, porque tú no me has hecho una oferta de verdad; pero te aseguro que si me la haces, la aceptaré sin dudarle ni un segundo.

Ella lo miró asombrada, con ojos inundados de lágrimas.

– Me dijiste que no eras un caballero – le recordó.

– Y no lo soy.

Por eso tenía que salir de allí cuanto antes, en aquel mismo momento. Blue se levantó, subió la escalerilla y salió de la bañera, intentando no cojear. Podía sentir los ojos de Lucy sobre él, recorriendo su cuerpo desnudo, y se puso una toalla alrededor de la cintura. Ella tenía que haber visto su erección; aunque había intentado calmar su libido desbocada, podía quedarse sentado en aquella bañera hasta el fin de los días y su excitación no desaparecería si Lucy estaba cerca.

– ¿Qué te parece si vamos abajo y preparo algo para cenar? – sin esperar a que ella se negara, añadió –: Vístete y ven a la cocina.

No acabaron de cenar hasta las diez de la noche. Lucy había ido a la cocina sin saber qué esperar, pero Blue no había dicho o hecho nada para recordarle su actuación bochornosa en el cuarto de baño. Él había dejado que pusiera la mesa, pero después había hecho que se sentara sin otra cosa que hacer más que mirar cómo él preparaba unos espaguetis.

Mientras cocinaba, y durante toda la cena, él le había contado cómo su compañero, Joe Cat, había conocido a su mujer, Verónica. Ésta era una asesora de imagen aparentemente remilgada y estricta que trabajaba para la realeza europea, y él un SEAL duro y brusco de Nueva Jersey. Según Blue, había sido un flechazo, aunque tanto Joe como Verónica se habían negado a admitirlo.

– ¿De verdad crees en los flechazos? – preguntó Lucy cuando él empezó a lavar los platos.

– Sí, aunque sé que suena un poco cursi – admitió él –. Vi cómo le pasaba a Cat; fue algo que se aferró a él y se negó a soltarlo. La verdad es que me asustó

bastante: un día todo era tan normal y, al siguiente, Cat estaba completamente fuera de control.

Lucy permaneció en silencio. Ella lo entendía muy bien, porque se estaba enamorando de Blue y era algo que no podía controlar.

– Tanto Cat como Verónica intentaron negar lo que sentían, pero él lo pasó fatal sin ella – siguió diciendo Blue con su suave acento sureño.

Igual que ella lo pasaría muy mal sin él. Pero ¿por qué no aprovechar mientras estuviera allí? Podía tenerlo, aunque fueran unos días y a un nivel puramente físico.

Lucy sabía que él sólo quería una relación sexual; lo había dejado claro, a pesar de haberla rechazado de forma tan caballerosa en el jacuzzi. Ella podía tener su cuerpo, sólo tenía que pedirselo; era más que nada, y tendría que bastarle.

¿Por qué iba a negarse aquella felicidad y aquel placer, aunque sólo duraran unas horas? Sí, Blue se marcharía; no, Blue no estaba enamorado de ella; y sí, probablemente no era más que una sustitua de Jenny Lee. Pero no quería pensar en eso, no quería pasarlo mal..., ya tendría el resto de su vida para sufrir. Se merecía al menos uno o dos días de felicidad, aunque fuera sólo un espejismo.

Sin embargo, no sabía cómo decirle que ya había tomado su decisión y que quería hacer el amor con él. ¿Debería volver a intentar seducirlo? Ni hablar. Él le había dicho que le hiciera una oferta, pero aquello sonaba muy poco romántico, demasiado frío y calculado.

Quizá, en vez de una oferta, debería extender una invitación.

– Creo que me voy a ir ya a la cama – dijo mientras se levantaba de la mesa –. ¿Quieres que te ayude con los platos?

Blue la miró por encima del hombro y después echó una ojeada a su reloj. Aún era pronto, y estaba claro que se sentía desilusionado al ver que se iba.

– No, no te preocupes, ya casi he acabado de fregarlos.

– Vale, entonces buenas noches – dijo ella, y fue hacia la puerta.

– Lucy...

«Cierra la puerta». No era necesario que lo dijera en voz alta.

– Ya lo sé – dijo ella.

Sonriendo, empezó a subir las escaleras.

Cuando terminó de lavar los platos, Blue volvió a intentar llamar a California desde el teléfono de la cocina. Sí, el teniente Joe Catalanotto seguía en una misión de entrenamiento, y sí, el almirante Mac Forrest seguía sin estar disponible.

Colgó sintiendo una aprensión creciente; Lucy ya no estaba a cargo de la investigación del asesinato de Gerry, y Travis Southeby se encargaría del caso en adelante. Era sólo cuestión de días, quizás incluso de horas, que Southeby decidiera

que tenía bastantes pruebas para encerrarlo, así que era posible que al día siguiente lo metieran entre rejas.

Y esa misma tarde había tenido el cielo al alcance de la mano, y lo había dejado escapar como un idiota.

Aún no era ni medianoche, y estaba demasiado nervioso para dormir; le dolía demasiado la pierna para salir a correr, pero un paseo le iría bien.

Subió las escaleras para ir a buscar su pistola, y...

La puerta de la habitación de Lucy estaba entreabierta. Dentro no se veía luz alguna, pero la puerta estaba abierta.

Soltó una palabrota, consciente de que no era lo bastante fuerte para soportar aquello. La había rechazado una vez esa tarde, pero le resultaría imposible volver a hacerlo. Llamó a la puerta con más fuerza de la necesaria, y dijo con voz tensa:

–Oye, Yanqui, se te ha olvidado cerrar la puerta.

–No, no se me ha olvidado –la voz de Lucy era suave, pero muy firme.

El significado de sus palabras lo golpeó de lleno, y Blue tuvo que aferrarse al marco de la puerta para no caerse. Ella había dejado la puerta abierta a propósito.

–¿Puedo...? ¿Puedo entrar?

–¿Cuántas invitaciones necesitas, McCoy? –dijo ella con una risa un poco ronca.

Blue abrió la puerta y la tenue luz del pasillo recorrió la habitación hasta llegar a la cama. Lucy estaba allí sentada, con una camiseta enorme y gastada y unas bragas, y probablemente nada más.

Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, y ni pizca de maquillaje; tenía una apariencia limpia y fresca, y cuando le sonrió, un poco insegura, Blue se quedó sin palabras por lo increíblemente hermosa que era.

Lucy levantó los brazos y se encogió ligeramente de hombros; su sonrisa se volvió casi de disculpa, y dijo con timidez:

–Ésta soy yo, lo que ves ahora es la mujer de verdad. Sin picardías, vestidito negro prestado ni tacones de aguja; sin peinados sofisticados ni seducción en un jacuzzi, sólo una vieja camiseta de la universidad y unas bragas de algodón. Blancas, sin adornos ni encajes. Sólo yo. Si decides... aceptar mi invitación, esto es lo que vas a conseguir.

Blue supo al instante que eso era lo que había estado esperando; ella ya no tenía una placa de policía tras la que poder esconderse, ya no había dudas. Lucy había tomado su decisión a partir de la ecuación más fácil: ella lo deseaba, y él a ella.

Y Dios, cuánto la deseaba. Había estado con mujeres que llevaban picardías y ropa seductora, pero ninguna había estado ni por asomo la mitad de sexy que Lucy Tait en su vieja camiseta, con el pelo cayéndole por la espalda y la cara limpia de maquillaje. Sin adornos, había dicho ella. No, nada de adornos, sólo cien por cien pura mujer.

Blue se sentó a su lado en la cama y le dio su respuesta con un beso. A pesar del fuego que corría por sus venas, fue una caricia tierna, la más tierna y dulce que él hubiera experimentado jamás. Sintió los dedos de ella en su pecho, desabrochándole la camisa, y le agarró las manos, deteniéndola para que no se apresurara.

– Tenemos toda la noche – susurró, apartándose ligeramente para mirarla.

Blue cerró los ojos cuando ella le pasó las manos por el pelo. Era una sensación pecaminosa y deliciosamente placentera.

– Entonces no te importará que me quede una hora sentada haciendo esto – dijo ella.

– No si mientras puedo besarte, Yanqui – murmuró él.

Blue cubrió los labios de ella con los suyos y la empujó suavemente hasta que ambos cayeron sobre la cama. Sus piernas se entrelazaron mientras sus bocas se fundían; la besó sin parar, profundamente, mientras ella se aferraba a él con más fuerza y frotaba el cuerpo contra el suyo.

El le quitó la camiseta por encima de la cabeza en un rápido movimiento, y se quedó sin aliento al ver toda aquella piel suave y perfecta a su disposición para tocarla, acariciarla, besarla.

Lucy sentía que iba a enloquecer. Sabía que hacer el amor con él sería una experiencia increíble, pero jamás había imaginado que las manos de él pudieran acariciarla con tanta ternura. Nunca había soñado que él pudiera besarla tan minuciosamente, de forma tan profunda.

Se había imaginado una unión frenética y urgente, no aquellas caricias que parecían adorar su cuerpo. Se aferró a él cuando le cubrió un pecho con la boca y después el otro, lamiendo y succionando sus pezones.

Lucy dio un tirón a su camisa y él se la quitó y la tiró al suelo. Mientras ella le recorría la espalda con las manos, con cuidado de no tocar el vendaje del brazo, la boca de él descendió hasta su abdomen y se detuvo a explorar la suavidad de su ombligo.

Lucy sintió que la recorría un torrente ardiente de deseo que encendía sus venas; el amor que sentía por aquel hombre era algo tan tangible que estaba segura de que él podría verlo.

– Eres muy hermosa – susurró él.

Sus ojos se encontraron cuando Blue empezó a bajarle las bragas; la emoción que ardía en sus ojos azules era más que lujuria, algo más puro y casi trascendental, que le daba un brillo luminoso y tierno a su mirada.

Por primera vez en su vida, Lucy se sintió amada. Sabía que no era posible, que Blue no estaba enamorado de ella, pero luchó contra aquella realidad y decidió que aquella noche se permitiría la ilusión completa. Aquella noche, él iba a amarla.

Blue besó el interior de una rodilla, y le abrió las piernas mientras con la boca descendía lentamente por la sensible piel de su muslo... y más allá. Lucy se agarró a

la cama mientras él la tocaba y la besaba, primero con delicadeza y, después, con más fuerza, más profundamente.

La sensación iba más allá del mero placer, más allá del éxtasis o de cualquier cosa que ella hubiera experimentado en toda su vida. Y aquello, unido al amor que sentía por él, la catapultó por encima de las nubes.

Lucy se oyó gritar mientras él la agarraba con más fuerza, mientras la descarga de placer estallaba en su interior de repente, y sintió que se rompía en mil pedazos al estremecerse, oleada tras oleada de un éxtasis delirante.

Cuando volvió a poner los pies en la tierra, Lucy alargó los brazos para hacer que Blue se tumbara a su lado. Él estaba riendo, y sus ojos brillaban encantados.

– Madre mía – dijo él.

– Increíble – jadeó ella.

– ¿Suele pasarte eso, Yanqui? – preguntó mientras le apartaba el pelo de la cara.

– No – dijo ella con un suspiro –, nunca había sido así.

– Bien – dijo él con una sonrisa aún más amplia de satisfacción.

Blue la besó lentamente, con ternura, pero aquello no era lo que ella quería; Lucy profundizó el beso y le desabrochó el cinturón.

– Dios – Blue se echó un poco hacia atrás, riendo de nuevo –. ¿Quieres más?

– Sí.

Lucy le bajó la cremallera de los pantalones, y recorrió el contorno de su sexo con los dedos. Parecía tan grande... necesitaba sentirlo en su interior.

– Por favor – dijo. Metió la mano dentro de sus calzoncillos y lo rodeó con los dedos mientras besaba con pasión a Blue.

Lucy lo oyó gemir y sintió que se apartaba de ella para quitarse los pantalones; intentó ayudarlo, necesitaba tocarlo, recorrer aquellas largas y musculosas piernas con las manos... Dios, se había olvidado de que estaba herido. Se apresuró a echarse atrás y preguntó preocupada:

– ¿Te he hecho daño?

Blue se rió y cubrió su boca con la de él en un beso salvaje. Lucy sintió que se derretía, que se abría a él de todas las formas posibles. Bajó la mano para volver a tocarlo y descubrió que él ya se había puesto un condón que debía de llevar en el bolsillo del pantalón.

Blue siguió besándola apasionadamente, y Lucy pensó que iba consumirse en llamas. Supo de inmediato que lo que quedaba por llegar no tendría nada de lento o lánguido.

Cuando arqueó las caderas hacia él, buscándolo, Blue sintió que empezaba a perder el control. Si no sentía su cuerpo envolviéndolo, iba a volverse loco.

La penetró con un movimiento duro y rápido... ¡Dios santo! Tenía que intentar tranquilizarse, ir con cuidado, no quería hacerle daño.

Pero ella no parecía nada dolorida.

—Sí — murmuró a su oído —, sí...

Lucy lo atrajo aún más hacia sí, y respondió a cada una de sus embestidas con una pasión que lo dejó sin aliento.

Blue no entendía cómo podía estar experimentando algo tan increíble, nadie debería ser capaz de sentir tanto placer. Aquello hizo que se echara a reír y volvió a besar a Lucy, delirante con la felicidad y la euforia de saber que estaba exactamente donde quería estar.

Se volvió hasta ponerse de espaldas, arrastrándola consigo sin que sus cuerpos se separaran, e hizo que se colocara a horcajadas sobre él. Lucy se apartó el pelo de la cara mientras cabalgaba con movimientos duros y rápidos, y cuando lo miró sonriente con ojos brillantes de puro placer, Blue sintió que perdía el poco control que le quedaba.

Cubrió los pechos de ella con las manos, y Lucy arqueó la espalda para apretarse todo lo posible contra sus manos. Ella echó la cabeza hacia atrás mientras su sonrisa se desvanecía, y Blue sintió que el cuerpo femenino se tensaba aún más. Lucy gritó su nombre al llegar al éxtasis con tanta fuerza como antes, pero aquella vez lo arrastró a él con ella.

Blue nunca había sentido algo así, algo tan perfecto; nunca había sentido aquella explosión de placer que lo llevó a alturas desconocidas; nunca antes había querido congelar un instante en el tiempo por toda la eternidad.

Pero no habría elegido el momento de increíble y devastador placer sexual; al apretar a Lucy contra su cuerpo, con la cara enterrada en su pelo y sus corazones latiendo a cien por hora mientras descendían lentamente de vuelta a la tierra, Blue decidió que aquél era el momento que quería guardar para siempre. Nunca había sentido una paz así, ni se había sentido tan completo.

Notó una dolorosa presión y un extraño escozor en los ojos, y sintió la necesidad de hablar, pero no supo qué decirle. No conocía las palabras adecuadas para intentar describir aquel sentimiento, así que finalmente la besó con dulzura, tiernamente, con la esperanza de que ella lo entendiera.

Once

Blue se despertó varias horas después del amanecer; se estiró y bostezó, sintiéndose extrañamente descansado. No había dormido así de bien en muchísimo tiempo, y...

Abrió los ojos de golpe.

Estaba en la cama de Lucy; ella estaba durmiendo plácidamente a su lado, con las sábanas revueltas a su alrededor.

Imágenes de la noche anterior inundaron su cabeza de repente y, por un momento, apenas pudo respirar o pensar. Las cosas que habían hecho, las emociones que él había sentido...

Había sido algo increíble.

Pero ya había salido el sol, y su luz entraba por las ventanas de la habitación; la noche había terminado, y había llegado la mañana.

Era el momento de las recriminaciones y de los arrepentimientos, de los silencios incómodos y de las conversaciones desagradables. Como un hechizo roto, la magia de la noche siempre se desvanecía a la luz del nuevo día.

Una noche de sexo era algo que no se consideraba nada más que un rato agradable, pero cuando se añadía el desayuno a la ecuación, la situación se convertía en algo totalmente diferente. Pasaba a ser una relación, una expectativa, una posibilidad de un futuro compartido. Blue había aprendido hacía tiempo a salir del dormitorio de una mujer mucho antes del amanecer.

Pero esa vez no lo había hecho; en esa ocasión, el hechizo que lo envolvía lo había mantenido cautivo, y había dormido como un tronco. Con cuidado, se levantó de la cama; aún estaba a tiempo de escapar.

Lucy no se despertó, pero él sintió una inesperada oleada de deseo al verla allí tendida, boca abajo, con los brazos debajo de la almohada, y al recorrer con la mirada la curva desnuda de su trasero, la línea de su espalda, sus pechos contra el colchón.

Las escasas veces que se había quedado con una mujer hasta la mañana, se había despertado con el deseo satisfecho y sin sentir ningún tipo de atracción sexual hacia su compañera. Además, bajo la luz implacable de la mañana, el rostro adormilado y manchado de maquillaje de su amante, el pelo enredado y los ojos legañosos contribuían a que lo único que quisiera hacer fuera irse rápidamente, y cuanto antes mejor.

Pero Lucy parecía un ángel bajo la luz de la mañana; su piel era tan suave y perfecta que parecía resplandecer, y Blue sintió la abrumadora necesidad de tocarla, de volver a sentir su tersura aterciopelada bajo los dedos. Tenía el pelo enredado, pero en ella le parecía sexy. Y su cara...

Era imposiblemente hermosa. Sus pestañas eran largas y oscuras, y descansaban sobre unas mejillas besadas por el sol. Tenía la boca ligeramente entreabierta, y sus labios parecían tan húmedos...

Lucy se movió un poco, y Blue echó a correr y salió de la habitación sin hacer ruido antes de que ella se despertara. No se paró a pensarlo, simplemente lo hizo... porque era lo que había hecho siempre.

– Buenos días – dijo Blue.

Estaba claro que se sentía muy incómodo, y evitó mirarla mientras abría la nevera y sacaba un bote de zumo de naranja.

Lucy llevaba más de una hora en la cocina cuando él apareció por fin; lo contempló mientras él sacaba un vaso del armario y se servía un poco de zumo, aún sin mirarla, y sintió que las pocas esperanzas que le quedaban se hacían añicos.

Era una tonta; cuando lo había visto salir sigilosamente de la habitación, se había dado cuenta de que seguramente él se arrepentía de lo sucedido. Había tenido la esperanza de que sólo hubiera ido a por más condones, pero no volvió. Ella se duchó, se vistió, salió de su habitación, fue a la de él y se quedó allí de pie mirando su puerta cerrada, consciente de lo que pasaba.

Aun así, había rogado que él no estuviera realmente arrepentido, que sólo tuviera unas pequeñas dudas, que estuviera replanteándose las cosas. Pero al verlo allí de pie en la cocina, como si estuviera a punto de echar a correr, lo supo con certeza.

Para Blue, la noche anterior había sido un gran error. Había sido una tonta al creer que él podría llegar a sentir algo diferente, que podría llegar a enamorarse de ella. Muy en el fondo, como una idiota, había soñado que cuando Blue McCoy hiciera el amor con ella, una mujer sin encajes ni adornos, con bragas blancas de algodón, la tierra temblaría, los cielos se abrirían y él se daría cuenta de que ella era su vida, su futuro, su razón de vivir.

Sí, no había duda de que era una auténtica idiota.

Pero al menos era una idiota sensata; barrió a un lado sus inútiles y destrozadas fantasías, apartándolas de su mente al menos por el momento. Ya tendría tiempo de sobra de rasgarse las vestiduras después.

– ¿Quieres que te prepare algo para desayunar? – preguntó, satisfecha al conseguir que su voz sonara tranquila mientras seguía lavando los platos de su propio desayuno.

– No, ya me hago yo unas tostadas.

– Perfecto, puedes comértelas en el coche.

Lucy notó su sorpresa, aunque estaba de espaldas a él.

– ¿Vamos a algún sitio? – preguntó Blue.

Lucy estrujó el estropajo y lo dejó en el fregadero antes de volverse hacia él.

—He llamado a Jenny Lee y le he preguntado si le importaba que fuéramos a verla. Me ha dicho que nos pasemos a eso de las nueve y media, y que podremos aprovechar para echarle un vistazo al despacho que Gerry tenía en su casa, y...

—Espera un segundo. Creo que me he perdido, porque no entiendo nada. ¿Por qué quieres que vayamos a casa de Jenny Lee?

Lucy se dio cuenta de que hablaba en serio, realmente no sabía de qué le estaba hablando. Blue la estaba mirando por primera vez desde que había bajado, mirándola de verdad, no a través de ella ni a sus pies ni por encima de su cabeza.

—Pensé que te habían sacado de la investigación —dijo él—; dijiste que habías renunciado, ya ni siquiera eres policía.

—Exacto —dijo ella, asintiendo.

—No tienes por qué hacer esto.

Ella volvió a asentir.

—Sí, ya lo sé, pero quiero hacerlo. Somos los únicos que queremos descubrir quién mató realmente a Gerry. Travis Southeby va a hacer todo lo posible para detenerte, así que si no intentamos averiguar quién tenía un motivo para querer a Gerry muerto, el verdadero asesino va a seguir por ahí suelto mientras tú te pudres en la cárcel —Lucy se encogió de hombros—. Da la casualidad de que ahora estoy sin trabajo y tengo bastante tiempo libre, así que...

Blue permaneció en silencio. Había vuelto a apartar la mirada de ella y parecía estar contemplando el suelo con una atención inusitada.

—No estarás pensando en darte por vencido, ¿verdad? —preguntó ella.

Él levantó los ojos y la miró.

—No, pero...

—Yo tampoco —dijo Lucy, consciente de que lo que estaba diciendo tenía un significado oculto más profundo.

—¿Por qué quieres ayudarme? —preguntó él, mirándola con ojos penetrantes.

Su pregunta directa la tomó por sorpresa. Deseaba poder decirle que quería ayudarlo porque lo quería, pero no podía hacerlo si deseaba mantener al menos parte de su orgullo intacto.

—Porque sé que no mataste a Gerry —dijo al fin—. Porque en este momento no tienes a nadie más y porque soy tu amiga.

Él volvió a mirarla en silencio, y Lucy supo que estaba recordando la noche anterior, y que pensaba que su «amistad» había tomado un rumbo muy diferente después de hacer el amor. Ya no eran simples amigos, pero estaba claro que él no quería que siguieran siendo amantes. Entonces ¿qué se suponía que tenían que hacer?

Era obvio que Blue quería agarrar su petate y alejarse de ella, pero ¿adonde iría?, ¿qué iba a hacer? En aquel momento, la necesitaba, lo supiera o no. Y Lucy estaba segura de ello, tenía que creerlo, porque era lo único que le quedaba.

– Soy tu amiga – dijo con calma –. Anoche fuimos amantes, pero hoy vuelvo a ser tu amiga, McCoy. No espero nada de ti; no lo esperaba anoche, y ahora tampoco..., aparte de tu amistad, claro. Así que ya puedes dejar de andar de puntillas como si yo fuera a montar una escena porque no vayamos a vivir felices para siempre. No ha cambiado nada, aparte de que ahora sé dónde tocarte para ponerte a cien.

El se echó a reír, y dijo con una mezcla de incredulidad y respeto:

– Vaya, no te da miedo hablar claro, ¿verdad?

Lucy enarcó las cejas y se cruzó de brazos.

– ¿Es que tengo que fingir que no me he dado cuenta de que has tenido una especie de ataque de pánico?

– No sé, supongo que sí. La mayoría de las mujeres habrían...

– ¿Es que tengo que dejar que te vayas sólo porque anoche tuvimos relaciones sexuales? Y por cierto, deja que te diga que fue increíble – Lucy lo miró indignada –. ¿De verdad crees que me olvidaría de nuestra amistad sin más? Ni hablar, McCoy. Puedo aguantar que creyeras que iba a reaccionar exageradamente, seguramente es lo que te ha pasado a lo largo de tu patética experiencia con «la mayoría de las mujeres». Pero que pienses que tiraría a la basura nuestra amistad..., eso sí que me duele.

– Lo siento – dijo él con sinceridad –. Es sólo que... nunca antes me había acostado con una amiga, esto es algo nuevo para mí. No sé muy bien qué decirte ni cómo comportarme.

– Podrías decir «Buenos días, Lucy. Vaya, estuviste increíble anoche» – dijo ella. Tomó un trozo de pan de una bolsa que había sobre la encimera, y se lo tiró con un poco más de fuerza de la necesaria –. Y después podrías prepararte de una vez tu tostada, para que podamos ir a descubrir quién mató a Gerry.

Sentado en el Ford junto a Lucy, Blue la observaba mientras ella conducía. No habían descubierto nada nuevo con la visita a Jenny Lee.

No, Gerry no parecía tener ningún enemigo. Sí, su comportamiento había sido un poco raro en los últimos días, pero ella había creído que se debía a la llegada inminente de Blue. El negocio le había ido muy bien, durante el último año la constructora de Gerry había dado más beneficios que nunca; tenía varios proyectos en marcha, y aún más en proyecto. Las entradas y salidas de dinero eran normales, y tenía una plantilla de empleados estable. De hecho, Gerry había tenido que contratar a más carpinteros y paletas para un trabajo reciente.

Habían buscado en su despacho, pero no habían encontrado nada que pudiera proporcionarles información adicional. No parecía haber nada raro en los proyectos que había estado llevando a cabo, sus archivos estaban en orden, y no había mención alguna de avisos o amenazas. No habían encontrado en su agenda ninguna fecha marcada en rojo que dijera Cita con los asesinos.

Todas las reuniones de negocios apuntadas parecían perfectamente normales. Lucy había comprobado uno a uno todos los nombres que aparecían en la agenda, y los había cotejado con los proyectos profesionales de Gerry; algunos pertenecían a posibles clientes, otros a amistades y conocidos. Gerry había salido a comer a menudo con Jenny Lee y, al parecer, había entrado a formar parte del Club Masculino de Hatboro Crek, la elitista organización creada por R. W. Fisher que se ocupaba de realizar proyectos para la comunidad, y a la cual sólo se podía acceder por invitación expresa. Según las notas de Gerry, en aquel momento estaban recaudando fondos para reparar el tejado del hospital.

No, aquella visita no les había proporcionado ninguna respuesta, pero había hecho que Blue se planteara varias preguntas.

¿Por qué se estaba molestando tanto Lucy Tait para ayudarlo?, ¿por qué había hecho el amor con él?, ¿qué era lo que quería realmente? Una de las cosas que Blue había aprendido muy pronto era que la mayoría de las personas tenían un motivo para todo lo que hacían. ¿Cuál sería el de Lucy?

Ella le había dicho que quería ayudarlo porque era su amiga, que se había acostado con él porque quería hacerlo, que no había ningún tipo de ataduras, pero a Blue le costaba mucho creerlo. Él era una persona suspicaz por naturaleza, desde pequeño sólo se había tenido a sí mismo; confiar en la gente significaba arriesgarse a que le hicieran daño, así que había aprendido a no confiar en nadie.

Luego se había convertido en un SEAL, y había tenido que poner su vida en manos de sus compañeros; había aprendido a confiar en los hombres de su pelotón y de su unidad, y esa confianza había arraigado y se había hecho fuerte y profunda, cimentada en la amistad y la lealtad.

Los SEAL no tenían segundas intenciones; obviamente, cada uno tenía sus metas personales, pero en el fragor de la batalla, en medio de una operación, la única fuerza motivadora era cumplir con la misión y lograr que todo el mundo saliera vivo y de una pieza.

Lucy Tait no era una SEAL, pero afirmaba ser su amiga.

Blue sonrió al recordar la actitud directa y franca de Lucy aquella mañana en la cocina; tenía que admitir que era dura de pelar. Él estaba dispuesto a liarse a puñetazos sin dudar, pero ante una pelea emocional su reacción era salir corriendo. En cambio, Lucy había pasado directamente al ataque.

Blue se sentía agradecido de que lo hubiera hecho; aunque no habían conseguido nada al ir a hablar con Jenny Lee, se alegraba de que Lucy no lo hubiera dejado marchar, de estar allí sentado, a su lado.

Le gustaba tenerla como amiga; era raro... era su amiga, a pesar de ser una mujer. Pero era aún más sorprendente que hubieran compartido una experiencia sexual increíblemente intensa, y que ella siguiera siendo su amiga a la mañana siguiente.

Blue no recordaba haber experimentado nada tan poderoso en toda su vida; ella había hecho que la tierra temblara bajo sus pies. Entonces, ¿por qué se había apartado de ella aquella mañana?, ¿por qué había permitido que lo que habían compartido terminara?, ¿por qué no se había quedado junto a ella en la cama? Aún podrían seguir allí, haciendo el amor durante todo el día. En aquel mismo momento, podría estar abrazándola, besándola, mirándola a los ojos, explicándole historias de las misiones en las que había estado.

¿Por qué se había apartado de ella?

Porque era lo que siempre había hecho; ni siquiera se había planteado la posibilidad de quedarse, de convertir su aventura de una noche en algo más largo. No sabía que Lucy seguiría siendo su amiga después de ser su amante.

¿Era posible que fueran amigos durante el día y amantes de noche? ¿Funcionaría algo así?

Algo en aquel esquema no acababa de gustarle; después de pensar en ello, se dio cuenta de que parecía como si estuviera aprovechándose de ella, utilizándola. Y él nunca le haría algo así a un amigo.

Probablemente, sería mejor que no mezclaran el sexo con su amistad. No sería fácil, ya que cada vez que la miraba lo asaltaban los recuerdos de la noche anterior; no, no sería nada fácil, pero era lo correcto.

A lo mejor ella había sido sincera, y lo estaba ayudando sólo por amistad; si era así, lo mínimo que podía hacer era tratarla con el mismo respeto.

La contempló mientras conducía; Lucy manejaba el enorme cuatro por cuatro con el mismo aire de seguridad que mostraba en casi todo. Como había renunciado a su puesto, ya no podía ponerse el uniforme de policía, y llevaba unos vaqueros azules gastados, unas botas y una camiseta... blanca, sin filigranas ni adornos. Estaba increíble.

Ella se volvió hacia él brevemente, como si hubiera notado su mirada.

– ¿Qué te parece si vamos a hablar con Matt Parker antes de comer?

Matt Parker. Era el «testigo» que había «visto» a Blue discutiendo con Gerry en el bosque junto a la carretera de Gate's Hill justo antes del asesinato. También había sido uno de los motoristas que habían borrado las huellas de neumáticos que habían encontrado. Sí, tenía muchas ganas de hablar con aquel tipo.

– Sí – contestó.

Lucy volvió a mirarlo, con ojos oscurecidos de preocupación.

– Sólo vamos a hablar con él, McCoy. ¿Está claro?

Él la miró con expresión calmada.

—No va a decirnos nada nuevo, a menos que enfoquemos la cosa de forma diferente. Sugiero que le demos un buen susto.

—Si llama al jefe Bradley y te denuncia por asalto, no podré hacer nada para que no te detengan —contestó Lucy—. Y sabes tan bien como yo que Travis Southeby está deseando encontrar una excusa para meterte entre rejas.

—Entonces ¿por qué molestarnos en hablar con Parker? —dijo Blue con frustración.

—Porque alguien le está pagando para que mienta, y apuesto a que está empezando a sentir remordimientos. Apuesto a que no será capaz de mirarte a los ojos, porque en el fondo probablemente sea un buen hombre, y sabe que su historia es una de las principales pruebas que tienen para acusarte.

—¿Crees que va a confesar en cuanto me vea? —dijo Blue en un tono cargado de escepticismo.

—No —dijo Lucy con calma—; creo que vamos a ir a verlo, que él va a reafirmarse en su historia y que vamos a tener que irnos. Pero no va a poder dormir en toda la noche, porque va a estar pensando en que sus palabras van a mandar a un hombre a la cárcel.

Blue se echó a reír.

—Sé realista, Pollyanna —dijo—. Se va a pasar la tarde emborrachándose y contando el dinero ensangrentado que le han dado; lo que pueda pasarme a mí ni siquiera se le va a pasar por la cabeza.

—A lo mejor ni siquiera nos deja entrar por la puerta —admitió Lucy—, pero tenemos que intentarlo —aparcó cerca de la pequeña casa de los Parker, y añadió—: Después de comer, quiero ir a la carretera de Gate's Hill para empezar a hablar con los vecinos. Alguien tuvo que oír o ver algo raro aquella noche.

—¿Y si nadie notó nada?

Ella lo miró sin alterarse.

—Entonces comprobaremos los registros de ventas de motocicletas, y haremos una lista con los posibles dueños de vehículos con ruedas grandes. Iremos a verlos uno a uno, para ver cuáles tienen los neumáticos nuevos. Y si seguimos sin encontrar nada, conseguiremos una lista de los invitados a la fiesta en el club de campo y hablaremos con cada uno de ellos. Quiero saber por qué Gerry fingió que estaba borracho. Hay alguien en algún sitio que sabe algo.

La expresión de Blue se suavizó y la miró con una sonrisa.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad, Yanqui?

—Ni hablar.

A esas alturas, él ya debería saber que no iba a darse por vencida..., ni con la investigación ni con él. Si había podido soportar la visita a Jenny Lee Beaumont, podría aguantar cualquier cosa. Había sentido que se moría al ver cómo Blue le daba un abrazo de consuelo, y se había sentido muy incómoda sentada en aquel elegante

comedor, frente a frente con la antigua novia de Blue. Jenny Lee no sabía que ellos habían hecho el amor, pero aun así había sido una situación bastante violenta.

Lucy había intentado con todas sus fuerzas no ver ningún rastro de la antigua química entre Blue y Jenny, pero no pudo evitar preguntarse si la noche anterior él habría cerrado los ojos imaginándose que hacía el amor con su ex novia. Ella había poseído temporalmente su cuerpo, pero probablemente su corazón seguía perteneciéndole a Jenny.

Lucy habría dado lo que fuera por poseer el corazón de Blue, aunque fuese por un breve espacio de tiempo. Pero él había dejado muy claro aquella misma mañana que eso era imposible.

El silencio dentro del Ford se alargó mientras ella sentía que se perdía en aquellos ojos azules; era obvio que él aún la deseaba, lo veía en su mirada, en la tensión de su mandíbula y de sus labios. Lo que había pasado la noche anterior no había sido suficiente, y Blue quería más.

Sin embargo, él se apresuró a apartar la mirada; estaba claro que no quería recordar ni siquiera el placer que habían compartido. ¿Era porque acababa de ver a Jenny? Lucy se preguntó si esa mujer seguía ejerciendo tanto poder sobre él, y se le formó un nudo en el estómago; aquella mañana, le había dicho a Blue que seguía siendo su amiga. Lo amaba demasiado para poder negarle nada que le pidiera, y si él entraba en su habitación aquella noche, le daría todo lo que necesitara.

Pero... ¿qué pasaba con lo que necesitaba ella?

En aquel momento, Blue miró por el parabrisas hacia la casa de Matt Parker, respiró hondo y dijo:

– Vamos a acabar con esto.

Doce

Tuvieron la suerte de que el pequeño Tommy Parker fuera a abrir la puerta y los dejara entrar.

Por la mirada en los ojos de Matt Parker, estaba claro que el hombre ni siquiera habría abierto la puerta para hablar con ellos; sin embargo, en ese momento tenía que soportar su presencia en su propia sala de estar.

Lucy miró a su alrededor. Los muebles eran un poco viejos, pero limpios. De hecho, toda la casa parecía ordenada y pulcra. Desde la cocina llegaban los ruidos de los cacharros y los platos mientras la señora Parker preparaba la comida dominical y ponía la mesa, y el delicioso aroma inundaba la sala de estar.

Blue fue hasta la televisión encendida y la apagó.

–Travis me dijo que él se ocupa ahora del caso –dijo Parker. Los miró a ambos, pero se apresuró a centrar la mirada sólo en Lucy; era obvio que estaba acordándose de la pelea en el solar junto a la gasolinera. Se tocó con cuidado la nariz, que seguía un poco inflamada, y añadió –: McCoy no es bienvenido en mi casa.

–Sólo queremos hacerte unas preguntas –dijo Lucy, intentando tranquilizarlo–. No hay ninguna razón para que quieras ocultarnos la verdad, ¿no?

Parker volvió a mirar a Blue, y se removió con incomodidad en su silla.

–Claro que no, pero ya he contado antes todo esto. Mi declaración está en comisaría, así que os sugiero que vayáis a buscarla y que me dejéis en paz.

–Bueno, tenemos una copia de tu declaración –dijo Lucy, intentando mantener un tono de voz calmado y razonable–, pero hay varias cosas que no acaban de encajar, porque Blue no estaba en la carretera de Gate's Hill cuando tú dices haberlo visto allí con Gerry.

Parker se levantó.

–¿Me estás llamando mentiroso?

–No, claro que no –Lucy lo miró sin alterarse–. Eres demasiado listo para meterte en algo que te obligue a cometer perjurio delante de un tribunal; ya sabes que la pena por algo así puede ser una multa bastante grande y una temporada en la cárcel –sacudió la cabeza–. No, lo que pasa es que debiste de confundir a Blue con otro hombre; quiero que esta noche pienses en ello, porque sería una pena que tu testimonio pusiera a un hombre inocente entre rejas, ¿verdad?

Lucy se volvió, y cuando se dirigía hacia la puerta vio por el rabillo del ojo una sombra en el pasillo, cerca de la cocina. Era Darlene, la mujer de Matt, pero desapareció antes de que pudiera saludarla.

–Llámame si te acuerdas de alguna otra cosa –dijo a Parker; abrió la puerta, y Blue y ella salieron de la casa.

Mientras iban hacia el coche, Lucy sintió clavada en la espalda la mirada de Parker... o de su mujer.

– Lo has hecho muy bien – dijo Blue cuando llegaron al Ford –. Has dicho lo justo para que empiece a sentirse culpable... si es que Parker tiene conciencia, claro.

– Gracias, tú también lo has hecho bien – dijo Lucy. Arrancó el coche, rumbo a la carretera principal.

– Yo me quedé allí de pie, sin decir nada.

– Exacto – le lanzó una breve mirada, incapaz de ocultar su sonrisa –. No lo lanzaste contra la pared, ni lo amenazaste con cortarle el cuello, aunque supongo que era lo que querías hacer.

Él esbozó una sonrisa divertida.

– Me duele y me ofende que puedas pensar algo así de mí, Yanqui.

– ¿Es que me equivoco?

La sonrisa de él se ensanchó de oreja a oreja; el gesto transformó completamente su cara, haciendo que pareciera más joven e increíblemente guapo.

– No, señora, ha dado justo en el clavo.

Lucy se echó a reír, pero cuando los ojos de ambos se encontraron, algo al rojo vivo crepitó entre ellos, algo líquido y ardiente y lleno de los ecos de la noche anterior. Como antes, Blue fue el primero en apartar la mirada.

Lucy devolvió su atención a la carretera, intentando mostrarse indiferente, pero en el fondo se sintió decepcionada; con una certeza dolorosa y atemorizante, supo lo que quería, lo que necesitaba: tener a Blue McCoy a su lado el resto de su vida.

Sabía que aquello era imposible, pero quizás si jugaba bien sus cartas, volvería a tenerlo aquella misma noche en su cama. Era una forma bastante patética de sustituir lo que realmente quería, pero era lo único que podía esperar de él.

Estaba claro que Blue no se sentía cómodo con los límites borrosos de su relación, que no sabía si eran amigos o amantes; al parecer, no alcanzaba a entender que podían ser ambas cosas, que los mejores amantes siempre eran también los mejores amigos. Quizás si ella dispusiera del tiempo suficiente podría llegar a convencerlo de ello, pero el tiempo no estaba de su parte.

Se volvió hacia él, y lo miró con una sonrisa forzada.

– Venga, McCoy, visitemos a los vecinos que viven cerca de la carretera de Gate's Hill antes de comer; vamos a zarandear un poco esta ciudad, y a lo mejor cae algo interesante.

Cuando acabaron de cenar y lavaron los platos, Lucy salió al porche a tomar un poco de aire fresco y a contemplar la noche estrellada.

Blue sabía que no debía ir tras ella, se había dicho unas cien veces durante la cena, y probablemente unas mil a lo largo de todo el día, que el sexo no podía formar parte de su relación con Lucy; la respetaba demasiado para utilizarla de aquella

forma. Por desgracia, aquello no hacía que dejara de desearla, y la deseaba tanto que le dolía. Sin embargo, como soldado que era sabía lo que era el dolor, y tendría que soportarlo y sobreponerse como siempre hacía.

Habían hablado de la investigación durante la cena, repasando lo que sabían una y otra vez, intentando encontrar lo que se les estaba pasando por alto, buscando alguna pista.

Habían llamado a innumerables puertas y habían hablado con la gente que vivía cerca de donde había muerto Gerry, pero no habían descubierto nada nuevo. Tampoco habían conseguido nada hablando con Jenny Lee, ni con Matt Parker.

Blue sentía que la frustración lo carcomía.

Volvió a llamar a la base naval de California, pero el pelotón Alfa aún no había vuelto, y el oficial de Asuntos Internos seguía ocupándose de responder a todas las llamadas. Blue intentó ahogar la sensación de impotencia que iba creciendo en su interior. Necesitaba ayuda de inmediato, pero no tenía a quién recurrir, estaba completamente solo.

No, eso no era cierto... Tenía a Lucy Tait a su lado.

Necesitando desesperadamente ver su sonrisa cálida y familiar, Blue abrió la puerta y salió al porche; le daría las buenas noches, nada más.

Ella estaba sentada en los escalones, contemplando las estrellas, pero al oír la puerta se volvió hacia él y sonrió. Blue se sintió mejor y peor a la vez. Dios, cómo deseaba volver a hacer el amor con ella aquella misma noche.

Pero no podía, no estaría bien.

En vez de sentarse en el balcón, prefirió hacerlo en el escalón junto a ella, peligrosamente cerca, aunque sabía que iban a saltar chispas. Pero era un experto en demoliciones, estaba acostumbrado a manejar sustancias volátiles. Podía estar allí sentado, lo suficientemente cerca para inhalar el aroma limpio y fresco de Lucy, y encontrar la fortaleza suficiente para levantarse y alejarse de ella cuando llegara el momento; sí, claro que podía.

–Ésa es la constelación de las Pléyades –dijo ella, señalando hacia el cielo–; es mi favorita, son esas...

–Es ese pequeño puñado de estrellas de ahí –dijo Blue–. Conozco las constelaciones.

Lucy lo miró, asombrada.

–No me digas que también os enseñan astronomía en los SEAL.

–Navegación espacial intergaláctica –lo corrigió él–; por si tenemos alguna misión de rescate en otro planeta, o en la galaxia de Andrómeda.

Lucy se echó a reír. Blue adoraba el sonido de su risa, y tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no ceder a la tentación y apartarle un mechón de pelo de la cara y colocárselo detrás de la oreja.

–Sabes, cuando dices cosas así, tan serio, casi te creo.

–Es verdad que los componentes del pelotón Alfa hemos recibido entrenamiento para utilizar el transbordador espacial; aún no hemos tenido que hacerlo, pero si fuera necesario, estaríamos listos.

–Lo dices con tanta naturalidad... –dijo Lucy, mirándolo asombrada–, como si cientos, probablemente miles de horas de entrenamiento fueran algo insignificante.

Al llegar a casa, ella se había cambiado los vaqueros por unos pantalones cortos, y Blue no pudo evitar recorrer con la mirada sus largas piernas. La noche anterior, había acariciado con las manos y la boca cada centímetro de aquella piel sexy y hermosa...

Se obligó a encogerse de hombros y a levantar la mirada hasta la cara de Lucy.

–Ese entrenamiento en concreto fue bastante divertido, pero hay otros que no lo son tanto.

–¿Como cuál?

–Algunos no pueden soportar el trabajo subacuático, es bastante opresivo; otros se ponen verdes al tener que saltar desde gran altura en paracaídas, y la mayoría de los SEAL lo pasan fatal en el entrenamiento de supervivencia en el Ártico.

–Pero esas cosas no fueron un problema para ti.

–No –sonrió él–; no tenía problemas con el entrenamiento físico, mi infierno personal fue tener que aprender otro idioma. No veas lo mal que lo pasé.

Blue vio el brillo de diversión en los ojos de ella.

–¿Lo dices en serio?

–Ahora hablo alemán con fluidez, y puedo *parlezvous* de forma pasable en francés y árabe, pero se me hizo muy cuesta arriba. Hubiera preferido mil veces repetir el entrenamiento en el Ártico.

–¿Por qué tuviste que aprender otro idioma? –preguntó Lucy–. Creía que habías dicho que Joe Catalanotto era el especialista en idiomas de tu unidad.

Blue bajó varios escalones, se reclinó en el suelo del porche sobre los hombros y estiró las piernas. Había esperado que el cambio de posición lo apartara de la atracción magnética de los ojos de Lucy, pero acababa de ponerse a meros centímetros de sus muslos satinados. Sintió que unas gotas de sudor empezaban a bajarle por la espalda.

–Sí, pero todos tenemos que hablar con fluidez al menos otro idioma; en las misiones en el extranjero, es importante no parecer norteamericano, eso puede ser un auténtico beso de la muerte. Parte del entrenamiento contra el terrorismo del equipo diez de los SEAL consiste en saber infiltrarse en un país y mezclarse, esconderse a plena luz –Blue suspiró y sacudió la cabeza–; pero no sabes lo frustrante que fue ver cómo Cat aprendía un idioma tras otro; parecían sus lenguas maternas después de uno o dos días de escuchar las cintas. Él estaba aprendiendo dos dialectos diferentes de ruso, mientras yo me peleaba con *Guten Tag, wie geht es dir? Meine Nahme ist Fritz*.

– ¿Te llamas Fritz? – repitió Lucy, cubriéndose la boca con una mano mientras intentaba no echarse a reír.

– Fritz, Hans o Johann – dijo él, sonriendo –; cuando voy a una misión en el extranjero, a sitios como El Cairo o Katmandu, me hago pasar por alemán por el color de mi pelo. Incluso he aprendido a hablar inglés con acento alemán.

Lucy volvió a levantar la vista hacia las estrellas, mientras intentaba imaginarse lo mucho que él se había esforzado para llegar a ser un SEAL. Estaba claro que no era sólo un entrenamiento físico, y que había trabajado muy duro para conseguir lo que tenía. Realmente, lo había deseado con todas sus fuerzas.

– Nunca dejas de sorprenderme – dijo ella finalmente.

Su voz era tan suave, que Blue tuvo que inclinarse hacia delante para oírla.

– Tú también eres bastante sorprendente, Yanqui.

Sus miradas se encontraron, y Blue sintió que caía de cabeza en una vorágine desenfadada de energía sexual, que rivalizaba con sus saltos en paracaídas más atrevidos. Pero en aquel momento no llevaba paracaídas, y no sabía cómo iba a lograr aterrizar sin hacerse daño... o sin dañar a Lucy.

– No soy sorprendente, soy una cobarde – dijo ella, apartando la mirada –. Tú has ido a un montón de sitios y has vivido muchísimas aventuras – lanzó un suspiro, y admitió –. Tenías razón sobre Hatboro Creek, hay sitios en los que preferiría vivir, pero mírame. Acabé volviendo aquí – se levantó y miró su enorme casa victoriana, que se cernía sobre ellos en la oscuridad –. Vivir aquí era el sueño de mi madre, no el mío.

– ¿Por qué no vendes la casa y te mudas a otro sitio? – le preguntó Blue.

Lucy alargó una mano hacia él, y él dudó sólo un segundo antes de aceptarla y dejar que lo ayudara a levantarse; cuando estuvo de pie, ella lo soltó de inmediato. Él la siguió bajo la luz de la luna, y juntos rodearon la casa.

– En Hatboro Creek, sé exactamente lo que tengo – dijo ella mientras caminaban lentamente hacia el jardín posterior –. Consigo seguridad, no corro ningún riesgo. Como ya te he dicho antes, soy una cobarde.

– Que te resulte difícil dejar a un lado los sueños de tu madre no te convierte en una cobarde – dijo él con suavidad.

Lucy se volvió y lo miró con expresión de sorpresa.

– No me digas que también os entrenan en psicología básica.

– La psicología que aprendemos no es básica – dijo él, sonriendo; sin embargo, toda diversión desapareció de su cara cuando la miró con ojos muy serios –. No, Lucy, estoy hablando por experiencia propia; yo mismo me quedé en Hatboro Creek mucho tiempo porque ése era el sueño de mi madre.

El paso de Lucy se había hecho cada vez más lento, y lo miraba mientras caminaban, esperando a que él le dijera algo más. Pero Blue no sabía si podía seguir con aquella conversación, nunca había hablado con nadie de su madre, ni siquiera

con Joe Cat, pero quería que Lucy supiera que no estaba sola, era lo mínimo que podía hacer por una amiga.

–Mi madre se casó con Arthur McCoy porque era un hombre honesto y decente; no era especialmente amable, pero ella hizo todo lo que pudo en el tiempo que tenía a su alcance. Verás, sabía que estaba enferma de cáncer, que se estaba muriendo, así que se casó con él por mí..., para que yo no me quedara completamente solo en el mundo cuando ella se fuera.

Lucy permaneció en silencio, escuchando, y él respiró hondo y continuó.

–Su sueño era que alguien de Hatboro Creek me cuidara, alguien que me quisiera y me protegiera. Quería saber que yo crecería aquí, en esta ciudad pequeña, en un buen hogar; me hizo prometerle que me quedaría hasta que acabara mis estudios.

Habían llegado al fondo del jardín trasero, y habían tomado un sendero por el bosque que llevaba a un pequeño estanque; la luna se reflejaba en la superficie cristalina del agua y, aunque era algo muy hermoso, Lucy no podía apartar la mirada de la cara de Blue mientras él seguía hablando.

–Hice una promesa, así que me quedé –dijo él, con un tono de voz aún más suave–; aunque pronto estuvo muy claro que el sueño de mi madre no iba a cumplirse, porque Arthur McCoy sólo estaba dispuesto a ofrecerme una cama donde dormir y comida.

Lucy lo contempló bajo la luz de la luna. Era un hombre al que le costaba hablar, y aquel tema era especialmente difícil para él. Al mirarlo a los ojos, pudo vislumbrar un lejano reflejo del niño que había sido, perdido y solo. Había tenido las necesidades básicas cubiertas, pero había necesitado mucho más, y seguía necesítándolo.

En aquel momento, Lucy supo que amaba a Blue McCoy sin ninguna duda, sin reserva alguna; la noche anterior y aquella misma mañana le había parecido todo muy complicado, pero en realidad no lo era. Era lo más sencillo del mundo.

Lucy sintió un profundo dolor en el corazón y se preguntó si alguien le habría dicho alguna vez a ese hombre que lo amaba. Sabía que si ella se lo decía, él se retraería, que Blue ya no quería amar ni ser amado, que lo consideraba una carga, una jugarreta del destino. Y también sabía que, si él cambiara de opinión, no la elegiría a ella; querría a una mujer perfecta y femenina, alguien especial y dulce... como Jenny Lee.

Pero Blue no estaba solo, y tenía a alguien que lo quería. Siempre sería así, mientras el corazón de Lucy siguiera latiendo.

–Siempre sentí que había algo en mí que no estaba bien –siguió diciendo él–, porque estaba viviendo el sueño de mi madre, y odiaba cada segundo de él. Pero cuando crecí me di cuenta de que era el sueño de ella, Yanqui, no el mío; admito que habría estado bien si hubiera funcionado, pero no fue así, y no fue culpa mía.

A lo mejor el sueño de su madre había tardado un poco más de lo esperado en volverse realidad, porque en aquel momento había alguien en Hatboro Creek que

haría todo lo posible por cuidarlo y protegerlo, alguien que lo quería con toda su alma..., una persona llamada Lucy Tait.

Pero tampoco podía decirle aquello a Blue, porque sus palabras lo asustarían y harían que saliera corriendo. Lucy decidió que, en vez de decirle con palabras que lo quería, le demostraría sus sentimientos con hechos.

Alargó la mano y entrelazó sus dedos con los de él, pero Blue la miró con indecisión.

– Lucy, no creo que...

– Chist... – dijo ella.

Se puso de puntillas para besarlo; la boca de Blue era suave y cálida, y sabía a café con azúcar. Él gimió cuando ella trazó el contorno de sus labios con la lengua, y la ciñó con fuerza contra su cuerpo mientras profundizaba el beso.

Blue sentía que la cabeza le daba vueltas; sólo había hecho falta un beso para que perdiera el control y no pudiera detenerse, para que aprendiera el significado de la palabra «imposible». Aquel término no había existido jamás en su vocabulario, toda su vida se había negado a aceptar que fuera imposible hacer algo. Antes de aquel beso nada le había resultado imposible, pero en ese momento supo que había estado muy equivocado, porque permanecer alejado de Lucy, mantener fuera de su relación el sexo ardiente y el anhelo incontrolable que lo consumía, era una imposibilidad total.

Las manos de ella se habían deslizado por debajo de su camisa y notaba sus dedos frescos contra la piel, a pesar del calor de la noche; sus caricias revelaron sin género de duda lo que ella deseaba: a él, y de inmediato.

Y aunque sabía que no debía, Blue también la deseaba; el deseo que sentía por Lucy era tan poderoso que sacudía su mundo y le llegaba al alma, aplastaba su resolución de mantener el sexo fuera de la relación, y neutralizaba su necesidad de ganar aquella batalla perdida.

Mantenerse alejado de Lucy iba a ser imposible, porque por mucho que él quisiera hacer lo correcto, deseaba mucho más hacer el amor con ella, darle placer, oír aquel jadeo increíble y sexy que ella exhalaba cuando él la llenaba. Deseaba aquello, y mucho más.

Quería detenerse, pero no lo suficiente como para hacerlo.

Lucy estaba desabrochándole la camisa y, después de ayudarla con el último botón, Blue dejó que la prenda se deslizara por sus brazos y cayera al suelo; mientras él se quitaba la funda de la pistola, ella hacía lo mismo con su propia camiseta. La luz de la luna brilló seductoramente sobre su tersa piel, sobre la curva de sus senos y el sujetador blanco que llevaba, y sin poder esperar un segundo más, Blue la abrazó para sentirla contra su cuerpo.

Él se estremeció ante el contacto. Durante todo el día, había luchado contra la necesidad de tocarla, se había dicho a sí mismo que Lucy no podía ser tan suave y tersa, que acariciarla y besarla no podía ser tan delicioso como recordaba. Lo que habían compartido la noche anterior había sido increíble, pero había intentado

convencerse de que su imaginación y su libido descontrolada habían inflado aquellos recuerdos más allá de la realidad.

Se había equivocado.

Ella era pura perfección... y le pertenecía a él.

–Vamos a nadar –susurró Lucy.

Empezó a desabrocharle el cinturón, mirándolo sonriente, y la promesa que brillaba en sus ojos hizo que Blue se quedara sin aliento. Si ella hubiera sugerido que fueran a pasear a las entrañas del mismísimo infierno, él la habría seguido sin dudar.

Blue se quitó las sandalias y el resto de la ropa, mientras Lucy hacía lo propio.

Era tan hermosa bajo la luz de la luna... Tanto, que él sintió un profundo dolor en el pecho al mirarla. Ella fue hacia el agua, pero de repente se paró y se giró hacia él, como si hubiera sabido de alguna forma que él quería contemplarla durante unos segundos. Su largo cabello oscuro le caía por los hombros, unos hombros que eran fuertes y femeninos a la vez. Tenía músculos firmes y era esbelta, pero suave y redondeada en los lugares clave; las piernas eran largas, las caderas delgadas y el abdomen, plano.

La luz plateada brillaba sobre su cuerpo dorado, creaba sombras seductoras y enfatizaba la suave curva de sus caderas y la plenitud de sus pechos. Sus pezones estaban excitados, tensos de anticipación. Tenía los labios húmedos ligeramente entreabiertos, y sus ojos reflejaban un deseo ardiente al mirarlo.

De repente, Blue sintió que una nueva oleada de fuego arrasaba sus venas al darse cuenta de que Lucy no se había girado para que él pudiera admirarla, sino porque quería mirarlo a él.

Los ojos de ella recorrieron su cuerpo de arriba a abajo, y Blue sintió aquella mirada de forma tan tangible como una caricia. Lucy se tomó su tiempo con descaro al llegar a su erección y, cuando volvió a mirarlo a los ojos, le regaló una sonrisa dulce y cálida, llena de placer.

Entonces se volvió, recorrió los pocos pasos que le quedaban hasta llegar al estanque, y desapareció en la oscuridad del agua al zambullirse limpiamente sin apenas salpicar.

Blue se acercó a la orilla, y la vio emerger al otro lado; se metió sin esperar más, y descubrió que el agua le llegaba a la cintura y estaba helada.

–No esperaba que estuviera tan fría –dijo, sorprendido.

–Hay una especie de manantial subterráneo –le explicó Lucy mientras iba hacia él–; es genial, porque normalmente un estanque de este tamaño se estancaría y se convertiría en una ciénaga en cuestión de meses. Éste lleva años aquí, cuando iba al colegio solía venir a bañarme.

–Ojalá lo hubiera sabido –murmuró Blue, agachándose para que el agua le llegara hasta la barbilla; el corte del brazo le escoció un breve segundo, y después se calmó.

– Una vez te invité a que vinieras a bañarte – dijo ella –; te conté lo de este estanque, pero no apareciste.

Blue no se acordaba.

– Era un día que hacía mucho calor y tú te paraste a hablar conmigo; fue la única vez que hablamos, aparte del día que me rescataste.

– Te refieres a cuando aquellos idiotas te rompieron la costilla en el campo de béisbol.

– No estaba rota, sólo tenía una fisura.

– Da lo mismo.

– Fue un mes después de aquello – dijo ella –; y no da lo mismo, una costilla fracturada tarda menos en curarse.

– Ya lo sé, he sufrido las dos cosas, y ninguna es nada agradable – sonriendo, admitió –: Las dos veces que me pasó pensé en ti mientras el doctor me vendaba, Yanqui.

Lucy salpicó agua hacia él.

– Venga ya, no me mientas.

– Te lo prometo – dijo él, esquivando el agua que ella le tiraba –. Pensé que tenías que ser una chica muy fuerte para aguantar algo tan doloroso.

– Sólo dices eso porque no te acuerdas de la única vez que hablamos en el instituto – bromeó ella, para intentar ocultar la vergüenza que sentía –. Maldición, fue uno de los mejores momentos de mi primer año, y a ti se te ha olvidado del todo.

– Cuéntame cómo fue, a lo mejor me vuelve a la memoria – sugirió él.

– Fue un mes después de aquella pelea. Tú y yo por poco chocamos en el pasillo de los vestuarios – le dijo Lucy –; yo entraba después de entrenar.

Blue empezaba a recordarlo.

– Y yo había estado corriendo, ¿verdad?

– Y hacía un calor espantoso – dijo ella –; había una ola de calor, o algo así.

– Ah, sí... Era octubre, ¿no?

Blue la recordó con claridad, de pie en el pasillo; llevaba el uniforme del equipo de béisbol y tenía las rodillas llenas de rasguños y el pelo recogido en una coleta. En ese momento, no pudo entender cómo no se había fijado en aquella sonrisa radiante y aquellos hermosos ojos; había estado ciego, y había sido un completo idiota.

– Sí, era octubre, pero me estaba muriendo de calor – continuó diciendo él –; ya me acuerdo, Yanqui.

– Estabas chorreando de sudor.

– Estaba hecho un asco.

– No, estabas muy sexy.

Ella sí que estaba sexy en aquel momento, con el agua cubriendo apenas sus pechos, se dijo Blue; la primera sacudida al entrar en el agua había enfriado un poco su excitación, pero poco a poco se iba acostumbrando a la gélida temperatura. Además, imaginarse a Lucy rodeándole la cintura con las piernas estaba haciendo que volviera a arder. En cualquier momento, ese estanque de agua helada rompería a hervir.

–Tenías quince años –dijo él–; ni siquiera sabías lo que significaba esa palabra.

–¿«Sexy»? –Lucy enarcó las cejas–. Venga ya. Con sólo mirarte, me quedaba casi paralizada.

El volvió a echarse a reír.

–Yo pensaba que eras tímida.

–¿Quién, yo? Ni hablar –Lucy sonrió–. No, lo que pasaba era que sufría de una sobredosis de hormonas.

Esa era una buena manera de definir cómo se sentía él en aquel momento, aunque en su caso el fenómeno no lo había dejado paralizado; ella seguía flotando en el agua a cierta distancia, pero Blue pensaba remediarlo muy pronto.

–Creo que te pregunté cómo le iba al equipo de béisbol, ¿verdad? –rememoró Blue mientras empezaba a moverse en un gran círculo alrededor de ella. Se sumergió unos segundos y, al volver a salir a la superficie, se sacudió el pelo mojado de la cara.

–Sí –Lucy fue volviéndose para seguir mirándolo, moviendo las manos lentamente para mantenerse a flote–. Te dije que habíamos ganado los seis primeros partidos, pero que en el equipo aún había algunos problemillas entre los jugadores; te conté que aquella misma tarde el receptor y el exterior central se habían liado a puñetazos, y tú contestaste que el calor y la humedad ponían a la gente de mal humor.

Blue se quedó quieto.

–¿De verdad te acuerdas de todo eso?

Lucy sonrió y confesó:

–Lo escribí palabra por palabra en mi diario.

–Fue entonces cuando me hablaste de este estanque –dijo Blue–. Me acuerdo de que me invitaste a bañarme; sonaba bien, así que te dije que a lo mejor me pasaba por aquí.

–Pero no apareciste, y se me partió el corazón.

Aunque Lucy lo dijo en tono de broma, Blue supo que sus palabras escondían al menos algo de verdad.

–Fui un idiota, Lucy.

–Apunté demasiado alto.

—Eras un poco joven —admitió él—; sabía que a lo mejor yo te gustaba, pero no me lo tomé en serio. Si lo hubiera hecho, si te hubiera mirado de verdad...

—Tenías a Jenny Lee. Ella era perfecta, mientras que yo era un marimacho desgarbado.

—Al menos a ti no te daba miedo meterte en el agua y que se te mojara el pelo —dijo Blue—; en el tiempo que salimos juntos, Jenny Lee no se metió ni una sola vez al agua.

—Ése es el problema con la perfección —dijo ella con cierto matiz de melancolía—. Una vez que la consigues, supongo que te preocupa mucho perderla.

Blue sabía que Lucy estaba hablando de algo más que del pelo de Jenny Lee Beaumont, pero antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, ella se sumergió bajo el agua; cuando emergió, tenía el pelo pegado a la cabeza, y se pasó las manos para intentar escurrir algo de agua.

—Solía ir a verte a la playa y al puerto deportivo —admitió ella con una sonrisa—. Siempre me pregunté por qué Jenny no estaba contigo, no sabía que era por el pelo —sacudió la cabeza, y se echó a reír—. Dios, si yo hubiera sido tu novia, te habría seguido a todas partes, y me habría bañado contigo.

Si Lucy hubiera sido su novia... Jenny Lee le había dado una relación física intensa, pero él no le importaba realmente. Con Lucy habría sido muy diferente.

—Era más que una cuestión de pelo con Jenny Lee —dijo Blue, y empezó a nadar otra vez en círculos alrededor de ella; cada vuelta era más ajustada, y lo acercaba más y más a ella—. Si hubiera sido listo, le habría pedido a una preciosa Yanqui de primer año que fuera mi novia.

—Tuviste tu oportunidad —contestó Lucy. Empezó a nadar también en círculos, al mismo ritmo pausado que él; a aquel paso, no iba a atraparla nunca—. Te invité a que vinieras a bañarte y tenía planeada la tarde ideal; fuiste tú el que no se presentó.

—Te diste por vencida demasiado pronto —dijo Blue—. ¿Qué pasó con la famosa tenacidad yanqui? Podrías haber hecho algo para lograr que me fijara en ti.

Lucy soltó un resoplido burlón.

—No te habrías fijado en mí ni aunque me hubiera puesto a hacer malabarismos con un par de motosierras. No habrías podido ver más allá de Jenny, y sus enormes...

Blue se echó a reír.

—Dame un respiro, por favor. Tenía dieciocho años, y Jenny se me ofreció en bandeja de plata. ¿Sabías que fue ella la que dio el primer paso, y me invitó a salir?

Cuando Lucy negó con la cabeza en silencio, Blue se echó atrás el pelo mojado con una mano y le explicó:

—Las tres primeras veces que salimos juntos, fue Jenny la que me llamó; antes de que me diera cuenta, empezamos a salir de manera estable —Blue soltó una risa

seca—. Pensé que ella me quería de verdad, porque sólo quería ir a mi casa y pasar el rato allí. Veíamos la tele y, ya sabes..., nos poníamos cómodos en el sofá. Pero la verdad era que había otra persona en el salón viendo la tele con nosotros: Gerry, o al menos la posibilidad de que apareciera. Solía volver de la universidad los fines de semana, y Jenny me estaba utilizando para acercarse a él. Incluso entonces, era a él al que quería.

¿Qué demonios estaba haciendo?, ¿por qué estaba diseccionando su relación con Jenny Lee delante de Lucy? Seguramente ella no querría saber todo eso, así que ¿por qué se lo estaba contando? Tendría que estar besándola, no hablando. Al parecer, lo único que sabía hacer últimamente era hablar sin parar.

Pero era muy fácil conversar con Lucy, y él nunca tenía la sensación de que lo estaba escuchando sólo a medias, se notaba que realmente prestaba atención. Además, ella no le tenía miedo al silencio; mucha gente sentía la necesidad de llenar cualquier pausa en una conversación, pero Lucy parecía entender que, al menos para él, las pausas y el silencio eran parte de la comunicación.

Ella lo estaba mirando sin decir nada, y Blue deseaba desesperadamente volver a lo que estaban haciendo antes de que surgiera el deprimente tema de Jenny Lee. Con voz deliberadamente despreocupada, dijo:

—En fin, cuéntame más sobre esa tarde perfecta de octubre que habías planeado. ¿Qué habría pasado si yo hubiera venido?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro que sí —dijo él con una enorme sonrisa.

Lucy se impulsó hacia atrás en el agua, y dejó que sus piernas flotaran mientras se mantenía a flote con los brazos. Los dedos de sus pies emergieron, y ella se los quedó mirando con expresión pensativa.

—Bueno, tú te habrías acercado al estanque y me habrías encontrado dentro, justo así —dijo finalmente.

—Bien.

—Habría sonreído, te habría saludado con la mano y te habría dicho: «Venga, métete... El agua está perfecta».

—Y yo lo habría hecho.

—No —Lucy lo miró y sonrió; sus ojos se encendieron con un brillo travieso—. Tú habrías dicho... —imitando su acento sureño, dijo—: «¿Crees que a tu madre le importará si entro a ponerme el bañador?»; entonces yo te habría contestado: «En este estanque no necesitas bañador, Blue McCoy. No te preocupes..., si eres tímido, cerraré los ojos hasta que te metas en el agua».

Blue se echó a reír.

—Y entonces sí que me habría metido.

—No —Lucy se mordió el labio inferior, apenas capaz de controlar su propia risa—. Entonces tú te habrías quedado como un pasmarote en el borde del estanque,

intentando decidir si ser tímido o no, y yo te habría dicho: «Yo tampoco llevo bañador, ¿ves?», y habría hecho esto.

Lucy había llegado a una zona menos honda, y se levantó como una diosa emergiendo de las aguas, con la luz de la luna iluminando sus pechos mojados y los pezones endurecidos por el frío. El agua apenas le llegaba al ombligo, y estaba indescritiblemente sexy.

Al ver la expresión del rostro de Blue, se echó a reír; su voz era pura música en la noche.

–La verdad es que a los quince años estaba bastante más delgaducha, pero no creo que hubieras aguantado más que unos cinco o diez minutos antes de meterte en el agua.

–Yo diría que cinco segundos –dijo Blue, y empezó a acercarse a ella.

–Después de conseguir atraerte al estanque, habría desaparecido debajo del agua –continuó Lucy mientras iba retrocediendo, mirándolo con expresión juguetona–. Tú te habrías quedado ahí parado, preguntándote dónde estaría... y, de pronto, yo habría salido a la superficie.

Blue alargó las manos para agarrarla, pero ella se escabulló y desapareció bajo el agua, tal como había descrito. Blue buscó cualquier signo de burbujas en la superficie, esperó a ver algún movimiento, pero lo único que podía ver era el reflejo plateado de la luna; sólo oía el sonido de los grillos y su propia respiración.

De repente, el agua se arremolinó a su alrededor, y vio a Lucy rodeando sus piernas, tocándolo. Emergió de golpe, deslizándose contra él, y lo besó mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

La sensación del cuerpo resbaladizo y desnudo de Lucy contra el suyo era casi demasiado perfecta para soportarla; Blue se sintió gemir, desesperado, ante el placer puro y salvaje de sus besos, y acarició frenético su piel mojada, incapaz de saciarse, necesitando más y más.

Ella se apartó un poco, intentando recobrar el aliento mientras reía.

–No me creo que hubieras hecho esto cuando íbamos al instituto –jadeó él con voz ronca.

Lucy se apartó el pelo de los ojos.

–Claro que no, tenía quince años. Aunque te consideraba sexy, no habría tenido ni idea de qué hacer contigo si te hubiera pillado a solas –sacudió la cabeza y cerró los ojos de placer cuando él recorrió su cuerpo mojado con las manos–. No, en mi tarde perfecta contigo nos habríamos bañado en el estanque... con los bañadores puestos, claro; después habríamos entrado en casa y habríamos visto un partido de béisbol comiendo palomitas. Así habría alcanzado el paraíso de las adolescentes, te lo aseguro.

Lucy lo besó en la mandíbula y se apretó aún más contra él.

–Pero ya no tengo quince años, y mi definición de «paraíso» ha cambiado un poco.

El paraíso de Blue estaba allí mismo, en sus brazos.

La besó con fuerza, profundamente, y ella entrelazó los brazos en su cuello y las piernas, alrededor de su cintura. Estaba lista para él..., Blue podía sentir su calor resbaladizo mientras sus cuerpos se restregaban, deseosos de unirse.

Ambos se echaron hacia atrás en el mismo momento.

– Necesitamos un condón – susurró ella, mirándolo con ojos muy abiertos.

– Sí.

– ¿Funcionará en el agua?

– Oh, sí, claro que sí.

Blue salió a toda prisa del estanque y fue hasta su camisa; rebuscó en uno de los bolsillos y, en cuestión de segundos, volvió junto a Lucy. Cuando la tomó en sus brazos de nuevo y la besó con frenesí, ella se apretó contra él, abrió las piernas y movió las caderas, y Blue penetró profundamente en su interior cálido y apretado.

La sensación era increíble. El cuerpo mojado de Lucy le pertenecía, podía acariciarlo a placer, moldearlo a su alrededor. Cuando las fuertes piernas de ella rodearon su cintura Blue aferró su trasero, y la apretó con fuerza contra sí mientras juntos creaban un ritmo febril, apasionado y primitivo.

Tras apartarse el pelo de la cara, Lucy enredó los dedos en el de él y le hizo levantar la cabeza para fundir sus bocas en un beso duro y salvaje.

Blue no podía creer que hubiera estado intentando convencerse todo el día de que aquello no podía volver a pasar, que hubiera pensado que sería capaz de rechazar a Lucy. No podía creer que se hubiera ido de su cama aquella mañana, pensando que debía echar a correr o esconderse de ella.

Iba a volver a pasar la noche en la cama de Lucy, y esa vez iba a hacer todo lo posible por no marcharse nunca.

No marcharse nunca.

Nunca.

Aquellas palabras parecieron envolverlo, apretándole el pecho con una fuerza más sofocante que la del agua que lo rodeaba; Blue apenas podía respirar, se estaba ahogando en las emociones que lo inundaban. Maldición, ¿de dónde había salido aquella idea? Era una locura, él era un soldado de la Armada, un SEAL, y los SEAL se marchaban. Siempre. Siempre había otro sitio adonde ir, otra misión que cumplir.

No estaba enamorado de aquella mujer, era imposible. No había sentido que lo fulminaba un rayo, no había tenido ninguna visión, no había visto ninguna señal especial. No había habido fuegos artificiales en su cabeza la primera vez que se habían mirado a los ojos, la tierra no había temblado a sus pies.

Pero lo estaba haciendo en aquel momento, y con una fuerza increíble.

Seguramente, aquella extraña idea de no marcharse nunca tenía algo que ver con el intenso placer físico; Lucy Tait era su pareja sexual perfecta, de eso no había

duda. A él siempre le había gustado el sexo, pero nunca había sido ni remotamente parecido a aquello.

Nunca.

Blue sintió que el cuerpo de Lucy se tensaba, y supo que ella estaba a punto de estallar. Él también estaba cerca del clímax, y sintió que su mente se quedaba completamente en blanco.

–Oh, Blue...

Lucy se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos, dejándole ver el poder que ejercía sobre ella; pero Blue vio algo más, algo cálido y cariñoso, que iba más allá del feroz deseo físico que los unía.

En aquel instante, supo que quería llevarla consigo a un lugar en el que ella tampoco hubiera estado antes; quería que no olvidara jamás aquel momento que estaba compartiendo con él.

–Toma aire – dijo con voz ronca.

Lucy lo miró con expresión confundida por un segundo, y entonces entendió lo que él quería hacer. Inhaló hondo, llenando sus pulmones de aire, y aguantó la respiración.

Y entonces Blue la arrastró con él hacia abajo, bajo la superficie del agua.

Estaba oscuro y reinaba un silencio absoluto. A Blue le encantaba aquel otro mundo debajo del agua; nunca se cansaría del reflejo azul en aquella extraña quietud, de la sensación de paz que experimentaba allí. Había pasado interminables horas en su traje de buceo, y aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para hacer una inmersión. Aun así, sabía que mucha gente sentía claustrofobia al estar bajo el agua, así que relajó un poco los brazos alrededor de Lucy, preparado para soltarla de inmediato si mostraba cualquier signo de pánico y quería salir a la superficie. Pero ella no estaba asustada. Lo besó con una urgencia que él correspondió, mientras las burbujas flotaban hacia arriba alrededor de sus cabezas.

Con su capacidad auditiva amortiguada y la visión reducida, los otros sentidos de Blue se agudizaron; el sabor de Lucy se volvió aún más dulce, y el placer desenfrenado y absoluto de sus rítmicos movimientos estuvo a punto de enloquecerlo.

Blue arrastró a Lucy hacia la superficie, y juntos tomaron bocanadas de aire mientras sus movimientos continuaban, sin aminorar ni detenerse ni un solo momento.

–Más –jadeó Lucy.

Era todo lo que Blue necesitaba oír. Esperó a que ella volviera a tomar aire y volvió a arrastrarla bajo el agua, y el mágico silencio volvió a rodearlos de nuevo.

El pelo de Lucy flotaba alrededor de sus cabezas, moviéndose suavemente, con indolencia, en contraste con el frenético ritmo de sus cuerpos. Blue cubrió uno de sus pechos con la boca y, cuando empezó a succionar el pezón, ella se tensó aún más; él sintió los primeros espasmos de su clímax y, en el silencio, bajo el agua, perdió

totalmente el control. Estalló en mil pedazos, cada célula de su cuerpo explotó en una descarga de exquisito placer devastadoramente puro, increíblemente dulce.

Blue inhaló, intentando calmarse... y una bocanada de agua fría entró en sus pulmones.

Arrastró a Lucy hacia la superficie y, al sacar la cabeza, empezó a toser y a resollar; sin embargo, perdió pie y volvió a hundirse. Cuando el agua lo envolvió, sintió una punzada de pánico mientras sus pulmones y su pecho se movían espasmódicamente. Estaba desesperado por expulsar el agua que había tragado, necesitaba aire...

Lucy tiró de él hacia arriba. Con su ayuda, Blue consiguió salir del agua y se derrumbó en la hierba boca abajo, tosiendo y sacudido por unas fuertes arcadas mientras su cuerpo luchaba por limpiar sus pulmones.

Por fin consiguió respirar, pero aún tardó unos minutos en poder volver a articular palabra. Podía sentir a Lucy sentada pacientemente junto a él, acariciándole el pelo para tranquilizarlo.

Blue levantó la cabeza y la miró, avergonzado.

– ¿Estás bien? – preguntó ella.

Blue asintió. Le ardía la garganta y le lloraban los ojos, pero estaba bien.

– Me siento como un idiota – consiguió susurrar con voz rasposa.

Los ojos de Lucy brillaban, divertidos, y era obvio que estaba intentando contener una sonrisa.

– Salvar a un SEAL de ahogarse no es algo que me pase todos los días.

– Bueno, no suelo intentar respirar agua, pensaba que había aprendido esa lección en el entrenamiento básico de demolición submarina.

Blue se levantó y se volvió a meter en el estanque. Ahuecó las manos, tomó un poco de agua en ellas y se enjuagó la boca.

Finalmente, Lucy no pudo contenerse más y sonrió.

– Estabas distraído – dijo.

Blue tuvo que admitir que aquello era verdad; de hecho, ella seguía distrayéndolo al seguir sentada con tanta naturalidad sobre la hierba, con la plateada luz de la luna bañando su cuerpo desnudo. Pero la verdad era que había perdido completamente el control; por primera vez en toda su vida, había perdido el control.

El impacto emocional fue como un golpe en el estómago, y Blue tuvo que apartar la mirada de ella. Maldición, seguía sin poder dominarse.

La oyó levantarse y, cuando se volvió hacia ella, vio que estaba recogiendo la ropa del suelo.

– Venga, McCoy, agarra tus cosas.

«Venga, McCoy». Ella le hablaba con mucha naturalidad, con desenfado, como si no fuera su amante, sino su amigo. Lucy no esperó a que él saliera del agua, y

empezó a caminar hacia la casa sin él. Blue sintió que la duda lo carcomía, y se preguntó si ella no sentía las mismas sensaciones tan increíblemente profundas..., no se atrevía a llamar a aquellos sentimientos..., que él cuando hacían el amor.

Juraría que había visto algo más que amistad y deseo en los ojos de ella, pero a lo mejor se había equivocado.

Claro que él había sido el que no la había abrazado después de hacer el amor; tendría que haberla besado, haberla apretado contra sí mientras los rodeaba la cálida calma de los momentos posteriores, pero en vez de eso había inhalado agua y su intimidad se había roto de manera demasiado abrupta.

Blue salió del agua, recogió sus cosas y salió corriendo tras ella.

Lucy iba por el jardín trasero de su casa, completamente desnuda, y él sonrió al ver su actitud relajada; estaba claro que solía ir a bañarse desnuda a su estanque, porque se la veía muy cómoda yendo hacia la casa como Dios la había puesto en el mundo. Las casas de los vecinos estaban a cierta distancia, y los árboles y la vegetación que rodeaban su propiedad les daban una privacidad adicional.

Impulsivamente, cuando la alcanzó, Blue dejó caer la ropa que llevaba, la tomó en sus brazos y la giró en un intento inexperto de hacer un paso de baile. Sólo había bailado algunas canciones lentas en los bares a los que solía ir el pelotón Alfa, pero a pesar de su torpeza, Lucy dejó caer su ropa y giró a su alrededor con fluida elegancia.

– Así que bailas desnuda en tu jardín trasero... – dijo él –. Lo sabía.

Ella se echó a reír, y Blue se estremeció. Dios, adoraba el sonido de su risa.

– Sólo cuando estoy con muy buenos amigos.

Amigos. Allí estaba la palabra de nuevo. Blue volvió a sentir esa duda persistente, y una sensación desconocida pero muy desagradable en la boca del estómago.

Hizo girar a Lucy hacia él y la abrazó con fuerza; juntos, empezaron a moverse lentamente hacia delante y hacia atrás siguiendo la silenciosa melodía de la noche. Completamente desnudo, el cuerpo de Lucy se meció contra el suyo; los senos aterciopelados tocaban su pecho, y el abdomen rozaba su erección. Estaba excitado otra vez; aunque quizás lo correcto no sería decir «otra vez», sino «todavía». Quizás seguiría erecto por el resto de su vida, sin importar cuántas veces hiciera el amor a aquella mujer.

Lucy tenía la cara levantada hacia él mientras lo miraba con ojos enormes, su sonrisa empezó a evaporarse ante la repentina intensidad del momento. Ella también lo sentía... tenía que sentirlo; fuera lo que fuese aquella conexión palpable que había entre ellos, aquella sensación sobrecogedora que quitaba el aliento y arrebatava el control, ella también la sentía.

Blue bajó la cabeza y la besó lentamente, con dulzura, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al sentir que lo inundaba una ternura irrefrenable. Cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca.

– ¿Me vas a invitar a entrar?

– Creía que ya lo había hecho – contestó Lucy, con voz temblorosa.

– No me has invitado a que vaya a tu habitación.

– La puerta sigue sin estar cerrada con llave.

– No quería...

– Dar nada por sentado. Ya lo sé, nunca hay que dar nada por sentado – Lucy acarició el pelo de la nuca de él, y lo miró sonriente –. Aunque me voy a arriesgar a hacerlo, porque supongo que te gustaría subir a mi dormitorio...

– Esa suposición es correcta – sonrió Blue –, claro que está basada en hechos...

– Hechos tangibles, puros y... duros – dijo Lucy. Cuando sonrió, aparecieron en sus mejillas unos picaros hoyuelos.

Blue volvió a besarla con tanta dulzura como antes, pero esa vez la caricia crepitó con una pasión ardiente. Cuando Lucy se apretó contra él, se obligó a soltarla; sabía que si no lo hacía, no conseguirían llegar al interior de la casa. Blue recogió la ropa del suelo y tiró de Lucy hacia el porche trasero.

Era una locura, acababan de hacer el amor, de compartir una experiencia sexual tan intensa que él había perdido todo sentido de la realidad que lo rodeaba.

Pero volvía a desearla... allí mismo, en el jardín trasero de su casa, o en el porche. Sí, allí, en el porche trasero. Blue la atrajo contra su cuerpo bruscamente, y la besó con un deseo febril mientras ella abría la puerta y lo arrastraba hacia dentro. Sí, quizás pudieran hacerlo sobre la mesa de la cocina. Le daba igual el sitio.

Blue dejó caer la ropa para poder tocarla, para llenarse las manos con la calidez de su piel mientras la besaba una y otra vez. Pero ella se escapó y lo condujo por las escaleras y el pasillo hacia su habitación.

La intensidad del deseo que sentía lo habría aterrorizado, de no ser porque era obvio que ella sentía lo mismo.

Lucy se aferró a él y lo besó con fiereza mientras él conseguía de alguna forma ponerse un condón; cayeron sobre la cama, y ella gritó de placer cuando él la penetró hasta el fondo.

Sí, sí...

Blue sabía que, fuera lo que fuese aquello que estaba sintiendo, Lucy lo compartía con él.

Trece

— ¿Quién es el hombre de la foto?

Lucy estaba tumbada con la cabeza en el hombro de Blue, trazando con los dedos el contorno de los impresionantes músculos de su pecho; no entendió lo que él le decía y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos. Incluso entonces, no supo de qué estaba hablando.

— ¿Qué foto?

— La que hay encima de tu tocador — dijo él, señalando con la cabeza hacia el otro lado de la habitación —; hay una foto enmarcada de ti con un hombre.

Lucy supo de inmediato a qué foto se refería. Se incorporó un poco para poder mirarlo más cómodamente, se apoyó en el codo y posó la cabeza en la mano.

— Edgar Winston, era un amigo mío.

Blue miró hacia la fotografía que descansaba en el tocador; era imposible que la viera bien desde allí, en la habitación tenuemente iluminada, y Lucy comprendió que tenía que haberla visto antes. Sin embargo, la idea de que hubiera estado en su habitación sin ella, mirando sus cosas, no la molestó..., todo lo contrario. Se sintió feliz al saber que Blue sentía curiosidad y quería saber más de ella.

— Un amigo — dijo él con voz suave; se volvió hacia ella, y la miró con ojos muy serios y azules—. Un amigo... ¿como yo?

¿Era posible que estuviera celoso? Lucy sintió que se le aceleraba el corazón. Quizás él sentía algo más por ella que simple amistad.

— ¿Estás hablando de sexo? — preguntó —; ¿quieres saber si me acostaba con él?

Blue sonrió.

— Sabes, eso es lo que adoro de ti, Lucy. Vas directa al grano, sin andarte por las ramas.

«Eso es lo que adoro de ti». En aquel contexto, aquello no era más que una forma de hablar, pero Lucy deseó con todas sus fuerzas que fuera cierto. Por la forma en que habían hecho el amor aquella noche, tanto en el estanque como en su cama, habría podido empezar a pensar que él sentía algo por ella. Algo fuerte y poderoso..., algo parecido al amor.

Pero estaba claro que era sólo su imaginación.

— Eso es lo que quieres saber, ¿no? — preguntó —, si el sexo formaba parte de mi relación con Edgar.

— Sí — admitió él —; eso es exactamente lo que intento averiguar — se inclinó hacia delante, se apoyó en los codos y la besó—. Lo siento, sé que no es asunto mío. No tendría que haber preguntado, no tienes por qué decirme nada.

— ¿No quieres que te lo diga?

Blue sabía que lo estaba provocando, y sonrió.

– Lo que quiero es que me cuentes todo lo que hay que saber sobre ese tipo; quiero que me digas que no va a aparecer de repente con una escopeta, amenazando con volarme algo que echaría mucho de menos.

– Eso sería imposible – dijo Lucy en voz baja – . Está muerto.

Blue cerró los ojos y se maldijo en silencio. Era un cerdo insensible...

– Lucy, lo siento, perdóname.

– No te preocupes, no podías saberlo.

– Aun así, lo siento – repitió él.

Ella le acarició la cara con dulzura.

– Era mi socio, y nuestra relación era totalmente platónica. Nada de sexo. Aunque estuviera vivo no habría aparecido con una escopeta, estoy segura de que te habría dado el visto bueno. Tenía cierta debilidad por los rubios.

Blue tardó un momento en entender lo que implicaban sus palabras.

– Quieres decir que era...

– Gay. Lo conocí en la universidad, y a los dos días era como si fuéramos amigos toda la vida. Cuando nos licenciarnos, abrimos juntos una empresa de desarrollo de software. Teníamos una oficina en Charleston, y ganábamos mucho dinero.

– No sabía que tenías tu propio negocio – dijo Blue.

La tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella; las manos de Lucy eran esbeltas pero fuertes, sus dedos eran largos y llevaba las uñas cortas.

Ella hizo una mueca al mirarlo.

– ¿Qué creías que había hecho desde que acabé la universidad hasta que entré en la policía hace seis meses?

Blue sacudió la cabeza.

– No lo sé, supongo que... – se encogió de hombros y admitió – . No me lo había planteado hasta ahora; pensaba que habías vivido siempre en Hatboro Creek, pero ahora resulta que estuviste un tiempo fuera.

– De hecho, volví a Hatboro Creek hace un año más o menos, después de la muerte de Edgar.

Blue se dio cuenta de que estaba acostumbrado a verla siempre sonriente. Lucy era una persona optimista, de ojos chispeantes, pero en aquel momento, estaban llenos de tristeza. Sintiendo el sufrimiento de ella como si fuera el suyo propio, susurró:

– Lo siento. ¿Cómo...?

–SIDA –dijo ella con calma–. Fue horrible. Se puso muy enfermo, y yo no pude hacer otra cosa que ver cómo se consumía –su voz se quebró y tuvo que apartar la mirada de él, segura de que Blue no querría oír aquello.

Pero estaba muy equivocada; Blue acarició su mejilla, apartándole con ternura el pelo de la cara. Ella lo miró, y sus ojos se llenaron de lágrimas al ver la calidez y la comprensión en los de él.

–Es muy duro ver morir a alguien querido –dijo Blue con voz suave–. Es difícil saber lo que hacer, o lo que decir –se detuvo un segundo–. Tengo un amigo..., Frisco, Alan Francisco. No murió, pero se quedó en silla de ruedas y ya no sé qué decirle, no sé cómo comportarme con él.

–Hazlo exactamente igual que antes –dijo Lucy. Con la mano libre, se secó las lágrimas de los ojos.

–¿Incluso cuando se cierra en banda?

–Sobre todo cuando lo haga –dijo Lucy–. Cuando Edgar se deprimía, yo me quedaba con él en su piso y no dejaba que se diera por vencido. Según algunas teorías, la risa y el buen humor incrementan las probabilidades de supervivencia en los pacientes con enfermedades terminales, ¿lo sabías?

Blue negó con la cabeza.

–No, no lo sabía.

–Me quedé con Edgar hasta el final –dijo Lucy con voz casi inaudible–. Murió agarrado a mi mano.

–No huyes ante nada, Yanqui, ¿verdad? –Blue esbozó una sonrisa–; tendrías que haber entrado en los SEAL.

Ella no pudo evitar sonreír también ante la idea.

–Sí, claro.

–¿Qué pasó con tu empresa de software? –preguntó Blue.

–Cuando Edgar enfermó, prácticamente funcionaba sola –explicó ella–. Contratamos a algunas personas para que hicieran el trabajo por nosotros y reservamos dos plazas en un crucero alrededor del mundo, pero ya era demasiado tarde. Cuando Edgar descubrió que tenía SIDA, la enfermedad ya estaba muy avanzada; creo que había sabido durante un tiempo que le pasaba algo, pero fue dejando las pruebas para más tarde. Así que nunca llegamos a ir a Egipto o a Katmandú; en vez de eso, estuve a su lado tomándole la mano mientras luchaba contra todo tipo de infecciones virales, y contra tres variedades de neumonía diferentes. Finalmente, la neumonía ganó.

Lucy respiró hondo; Blue permanecía en silencio, pendiente de sus palabras, así que ella continuó.

–Cuando se... fue, volví a la oficina por primera vez en meses; no llevaba ni treinta segundos allí y supe que no podía volver. No quería estar allí sin Edgar. La mujer a la que había contratado para que fuera directora en funciones me pidió que

no vendiera, al menos de momento; temía que alguna de las compañías más grandes se hiciera con el negocio y echara a los empleados. Yo tampoco quería que pasara algo así, pero me sentía incapaz de quedarme, así que opté por dejar las cosas como estaban.

– Y entonces volviste aquí, ¿no?

– Sí, mi madre me había dejado esta casa al morir, y Hatboro Creek parecía la elección lógica. Luego apareció la vacante en la policía, y...

– Ser policía es muy diferente a diseñar software – comentó Blue.

– Ésa era la idea, quería hacer algo completamente diferente. Además, tendrías que haberme visto disparar; no es que quiera presumir, pero la primera vez ya tuve un porcentaje muy alto de aciertos. Se me daba bien, así que pensé que el resto del trabajo sería aún más fácil. Me equivoqué.

De repente, Blue se dio cuenta de que aquélla era la primera vez que Lucy le contaba cosas sobre su vida; en los últimos días, el que hablaba casi siempre era él, y ella se limitaba a escucharle. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que ella habría podido tener una vida fuera de Hatboro Creek, pero era algo que tenía sentido.

Él sabía que sólo llevaba seis meses en la policía, pero no tenía ni idea de que antes había vivido y trabajado en una ciudad grande como Charleston. Había tenido su propia empresa de éxito, y probablemente había asistido a reuniones con clientes, había llevado trajes y zapatos de tacón...

Bueno, a lo mejor no; seguramente, la empresa de Lucy era informal y cercana, y ella había ido con vaqueros y camiseta. Sí, eso parecía más su estilo. Pero aun así, había tenido una vida fuera de Hatboro Creek.

Se alegraba por ella, y sentía todo lo que había tenido que pasar con su amigo.

– Ser policía no es nada fácil – dijo Lucy. Lo miró con una sonrisa forzada, intentando ocultar la tristeza que había en sus ojos.

Blue la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Seguro que, durante todos aquellos interminables meses mientras su amigo Edgar se consumía, ella no había dejado de sonreírle. Se la imaginaba fingiendo estar bien delante de su amigo, aunque estuviera llorando por dentro; Lucy Tait era una persona muy especial.

Mientras la apretaba con fuerza y ella enterraba la cara en su cuello, Blue sintió el latido de su propio corazón. Era un sonido lento y tranquilo, y más fuerte que nunca. De repente sintió una gran calma, la paz más poderosa y completa que había experimentado en toda su vida.

Era el principal sospechoso en el asesinato de su hermanastro, así que debería sentir frustración, ira y dolor. Sin embargo, todo aquello quedaba a un lado, enterrado bajo una completa sensación de plenitud.

Estaba enamorado de Lucy Tait.

La idea surgió en su mente de la nada, y su primera reacción fue negarla; eso era ridículo, era imposible. Uno no se enamoraba así, el amor golpeaba con rapidez, como un relámpago, con una intensidad devastadora.

Lo que sentía por ella, fuera lo que fuese, se había apoderado de él mientras estaba distraído. La calidez y la alegría de Lucy lo habían ido envolviendo poco a poco.

Ella le gustaba como persona, le gustaba su forma de ser... sí, quizás se trataba de eso.

Pero también le gustaba la forma de ser de Joe Cat, y la perspectiva de estar lejos de Cat no lo aterrorizaba como la idea de dejar a Lucy.

Era más que el sexo, aunque a los cinco minutos de dejarla empezaría a echarlo de menos. Lo que realmente añoraría sería su sonrisa, su sinceridad, su alegre honestidad.

Lucy levantó la cabeza mientras seguía esforzándose por sonreír.

–Estoy descubriendo a las malas que soy mejor diseñadora de software – dijo–. La verdad es que era una policía patética.

–Eso no es verdad.

Ella negó con la cabeza y cubrió la boca de él con la mano.

–Sabes que ese trabajo no era para mí, así que hazme un favor y no finjas que era buena. Prefiero la verdad, McCoy, sin importar lo difícil que sea. No me mientas nunca sólo para ser amable.

Él besó sus dedos y apartó con suavidad la mano de Lucy de su boca.

–Nunca te mentaría. La honestidad también es algo muy importante para mí; toda mi vida he visto a las personas utilizándose las unas a las otras – Blue se quedó en silencio unos segundos–. Eres la primera mujer con la que he... estado... que no tenía una razón ulterior para estar conmigo.

Lucy apartó la mirada, rogando que Blue no pudiera ver los secretos que ocultaba. Ella también tenía una razón ulterior: estaba enamorada de él, y deseaba que él sintiera lo mismo.

–Seguro que estás exagerando.

–No.

–Me estás diciendo que estás completamente seguro de que todas, absolutamente todas las mujeres con las que has estado...

–No ha habido demasiadas – admitió él con voz queda.

–Eso es difícil de creer.

–Te estoy diciendo la verdad.

–¿Y ninguna de ellas estuvo contigo sólo porque le gustabas?

–Ninguna intentó conocerme... Aparte de ti, claro.

Lucy sintió que se ruborizaba. Ojalá no quisiera más de él que una amistad aderezada con sexo ardiente, pero quería más. Mucho más.

—Incluso en el instituto —le dijo Blue—; incluso Jenny Lee... En cierta manera, ella fue la peor. Tardé mucho tiempo en recuperarme por la forma en que me utilizó, pero después de aquello, empecé a darlo por hecho; a algunas mujeres les gustaba estar con un hombre de uniforme, otras iban tras un oficial... no importaba quién fueras, mientras tuvieras un rango. Una vez conocí a una chica que parecía muy agradable, pero resultó que su hermano estaba escribiendo un libro sobre el equipo diez de los SEAL.

Lucy se sentó con los ojos ligeramente entornados.

—Supongo que, como tú tienes unos estándares morales más elevados que esas mujeres, no has usado a nadie en toda tu vida, ¿no? Cada vez que estabas con una mujer, estabas buscando una relación profunda, algo duradero y especial, ¿a que sí?

Blue inclinó la cabeza en un gesto teatral de rendición.

—De acuerdo, sé adonde quieres llegar. Es sólo que Jenny Lee... —se interrumpió bruscamente, y añadió—: No hablemos más de Jenny Lee.

Lucy pensó que aquélla era una idea fantástica.

—Honestamente, ¿sabes romperle el cuello a un hombre como le hicieron a Gerry?

—Sí —asintió él.

Lucy digirió esa información mientras lo observaba con expresión muy seria.

—¿Alguna vez lo has...? A lo mejor no debería preguntarte esto.

—¿Que si alguna vez lo he hecho? —preguntó Blue por ella—; He estado en muchas situaciones de combate en las que el enemigo tenía que ser neutralizado permanentemente, a menudo de forma silenciosa, y he utilizado esa técnica. Es efectiva y eficiente.

Lucy volvió a entornar los ojos.

—Estás hablando de matar a una persona.

—No considero que un terrorista que secuestra un barco y asesina a un montón de civiles sea una persona.

—Eso es lo que debes de sentir cuando entras en acción, pero cuando todo acaba, ¿no te preguntas quién era?, ¿no te remuerde la conciencia?

—No —dijo él sin dudarle ni un segundo—. No siento ni culpa ni remordimientos, ¿de qué me serviría? Según mi punto de vista, yo no los maté, ellos mismos se suicidaron, al meterse en una situación que los enfrentaría a mí.

—Pero todas las vidas son sagradas —protestó Lucy.

—Eso díselo a los terroristas —dijo Blue—. Si consigues convencerlos, estaré más que dispuesto a darte la razón. Hasta entonces, mi trabajo es proteger y defender..., matando si es necesario. No soy un embajador ni un diplomático, Lucy,

sino un soldado; preferiría mil veces que los mandamases pudieran arreglar todos los problemas, y sería el primero en alegrarme de que el mundo pudiera vivir en perfecta armonía. Estaría más que feliz pasando el resto de mi vida rescatando a las víctimas de desastres naturales. Pero las cosas no son perfectas, ni creo que lleguen a serlo... al menos en un futuro a corto plazo.

– Ya lo sé – dijo Lucy con un suspiro.

– Se está investigando cada vez más en el desarrollo de armas que no sean mortíferas; si existiera algún arma paralizante o tranquilizante que garantizara la neutralización por un periodo de tiempo definido y largo, nos plantearíamos utilizarla. En ciertas situaciones, como cuando los terroristas están durmiendo, utilizamos jeringuillas para inyectar tranquilizantes. Pero los Tangos que están despiertos no suelen quedarse sentados y esperar a que les claves una aguja. Y con una pistola es más difícil dar en el objetivo con precisión.

Blue se detuvo unos segundos y frunció ligeramente el ceño.

– En una situación de vida o muerte, todo lo que haces está enfocado a seguir con vida, a proteger a tus compañeros. Si sólo le pones un tranquilizante a un terrorista en vez de matarlo, gastarás energía y concentración preguntándote si lo has hecho bien, si va a aparecer de repente y borrar del mapa a la mitad de tu pelotón con su HK-93. Pero no hay dudas cuando alguien está muerto; sabes que lo has hecho correctamente, que con el cuello roto no va a poder matar a nadie.

– Entiendo tu punto de vista – dijo Lucy.

Ella no acababa de estar de acuerdo con él, pero estaba claro que Blue había pensado mucho en aquella cuestión. Era un soldado, y había matado a personas... no porque quisiera hacerlo, sino porque no tenía otra opción. Había leído sobre algunos agentes a los que les gustaba matar, pero era obvio que Blue no era uno de ellos.

Sin embargo, él no estaba dispuesto a disculparse por lo que hacía. Proteger y defender. Lucy sabía que él sería capaz de dar su vida, de morir para cumplir con su obligación.

¿Cuántas de las personas a las que conocía podían decir lo mismo?

Lucy levantó los ojos hacia él y se dio cuenta de que la estaba mirando con atención; por su expresión, notó que él esperaba que ella hiciera algún comentario negativo, que se estaba preparando para recibir su condena o su desaprobación.

– La verdad es que me gustas mucho, Blue McCoy – dijo con ojos chispeantes.

Blue tuvo que sonreír. Así que le gustaba mucho... Sintió que lo inundaba una gran calidez, aunque también experimentó cierta decepción. ¿Acaso se sentía mal porque hubiera preferido que ella le dijera que lo quería?

Dios, aquello complicaría muchísimo las cosas..., pero de repente se dio cuenta de que eso era exactamente lo que deseaba: necesitaba que Lucy le dijera que lo quería.

– Deberíamos intentar dormir – dijo ella mientras se echaba hacia atrás en la cama –. Mañana nos espera un día importante.

– ¿Es que vamos a solucionar el caso?

Lucy suspiró cuando él la rodeó con los brazos y la acercó hasta que su espalda quedó cómodamente apretada contra el pecho de él.

– No, mañana iremos a Charleston y contrataremos a un detective privado..., alguien que tenga más de seis meses de experiencia. Él o ella solucionará el caso.

– Perdone, agente Tait...

Lucy, que estaba llenando el depósito de gasolina del Ford, levantó la cabeza y vio a una mujer de aspecto cansado al otro lado del surtidor, llenando el depósito de su vehículo. Era Darlene Parker, la mujer de Matt; su furgoneta parecía cargada hasta los topes, y Tommy, su hijo, estaba sentado en el asiento delantero. Al parecer, Matt no estaba con ellos.

– Le iba a enviar esto – dijo Darlene mientras le alargaba un sobre y miraba a su alrededor furtivamente para asegurarse de que nadie las estuviera observando –. Pero ya que está aquí, he pensado que valía la pena arriesgarme y dárselo en mano. No deje que nadie lo vea.

– ¿Se va de la ciudad? – preguntó Lucy. Dobló por la mitad el sobre y se lo metió en el bolsillo trasero.

Darlene asintió; parecía aliviada de que el sobre estuviera fuera de la vista, aunque era obvio que estaba bastante nerviosa.

– He escrito en un papel lo que pasó realmente la noche del asesinato de Gerry McCoy – dijo la mujer, en voz casi inaudible.

– ¿Sabe quién lo mató? – preguntó Lucy, sintiendo un destello de esperanza.

Pero Darlene negó con la cabeza; acabó de poner gasolina y enroscó la tapa.

– No, pero sé que a Matthew le dieron mucho dinero para que dijera que había visto a Blue discutiendo con su hermanastro en el bosque. Sé perfectamente bien que Matt no vio nada, estuvo conmigo toda la noche. Está todo en la carta.

Darlene fue a toda prisa a pagar; Lucy esperó, y cuando la mujer regresó a su coche, la interceptó.

– Si se va de la ciudad, no podrá ir a declarar a comisaría – dijo en voz baja.

Darlene sacudió la cabeza.

– No, no pienso declarar. Ya he hecho más de lo que debí. Asesinaron a Gerry McCoy, no dudarán en volver a matar.

– ¿A quién se refiere?

– A R. W. Fisher – susurró Darlene –, y a la policía. Usted es el único agente del que estoy segura que no está involucrado.

¿La policía y R. W. Fisher habían asesinado a Gerry McCoy? Lucy sentía que la cabeza le daba vueltas.

Darlene pasó por su lado y abrió la puerta de su furgoneta.

– Me voy con Tommy mientras aún puedo hacerlo. Matt va a acabar también con el cuello roto, pero se lo habrá buscado.

La mujer cerró la puerta de golpe y puso el seguro. Lucy se inclinó sobre la ventanilla abierta, y Tommy la miró enfurruñado desde su asiento; estaba rodeado de bolsas y cosas sin empaquetar que su madre había metido dentro a toda prisa.

– ¿Cómo sabe todo esto? Darlene, necesito saber de dónde ha sacado su información.

Darlene encendió el motor.

– Ya le he dicho demasiado.

– Al menos dígame adonde va, para que pueda ponerme en contacto con usted si...

– Está de broma, ¿verdad?

Darlene pisó el acelerador y Lucy tuvo que apartarse de un salto para que la rueda trasera no pasara por encima de sus botas. Sin embargo, pudo oír con claridad la voz de la mujer desde el vehículo que se alejaba:

– Yo que usted me largaría de la ciudad antes de que acabe como Gerry McCoy.

Lucy sacó el sobre que Darlene le había dado, sacó de otro bolsillo un bolígrafo y anotó la matrícula de la furgoneta, por si acaso. Fue a pagar la gasolina, volvió a su coche y abrió el sobre.

Era una carta de una sola hoja, escrita a mano con una letra difícil de leer. No estaba firmada, y si Darlene no estaba presente para ratificar el contenido, no serviría para desacreditar la historia de Matt Parker; aun así, empezó a leerla con atención, avanzando con lentitud porque algunas de las palabras eran casi ilegibles.

Tal y como Darlene había dicho, había escrito que Matt no había salido de su casa la noche del asesinato de Gerry; al parecer, Matt había recibido mucho dinero de repente, justo después de declarar que había visto a Blue y a su hermanastro cerca de la carretera de Gate's Hill. A Darlene le había parecido extraño, porque Matt se había quedado en el paro, pero él le había dicho que no se metiera en sus asuntos.

Sin embargo, poco después Matt le había contado que R. W. Fisher le había dado el dinero, y que un par de meses más tarde, cuando las aguas volvieran a su cauce, el rey del tabaco le daría un puesto de trabajo.

R. W. Fisher.

Parecía completamente absurdo. ¿Cómo era posible que el hombre más rico de la ciudad estuviera involucrado en un asesinato?

Y según Darlene, la policía también estaba metida en el ajo. La mujer no explicaba en su carta por qué pensaba así, o quién le había dado la información; simplemente, decía que no se podía confiar en la policía.

Lucy levantó la vista y se quedó mirando, ausente, el cielo matutino; Blue había visto a Fisher hablando con Gerry en el club de campo la noche de la fiesta. Ella había tenido la intención de ir a hablar con R. W. Fisher al descubrir por el informe de la autopsia que Gerry no estaba borracho; había querido preguntarle a Fisher si creía que Gerry estaba borracho antes de su altercado con Blue y Jenny en la pista de baile.

Le había dicho al jefe Bradley que quería hablar con Fisher...

Y él no sólo la había sacado del caso, sino que además la había suspendido de su cargo y le había dicho que se fuera de la ciudad.

¿Sería posible que Darlene tuviera razón? Quizás algunos agentes, incluyendo a Bradley, estaban metidos en algún tipo de conspiración... y al ir a hablar con su jefe, ella se había acercado demasiado a la verdad.

Esa mañana parecía que había un gran revuelo en la comisaría, pero Annabella la detuvo cuando Lucy pasó junto a su mesa.

—Creía que te habían dado la patada —dijo la mujer con su delicadeza característica, mientras encendía un cigarrillo.

—He venido a... a buscar algo que me dejé en mi taquilla —dijo Lucy. La curiosidad la pudo, y señalando hacia el barullo que había, preguntó —: ¿Qué pasa?

—Acaba de llegar el historial militar de Blue McCoy —dijo Annabella; dio una calada a su cigarrillo, y expulsó una bocanada de humo—. Parece que es un experto en artes marciales y combate cuerpo a cuerpo. ¿Tú lo sabías?

—Eh..., bueno, la verdad es que sí —admitió ella.

Lucy no podía creer que se hubiera atrevido a entrar en la comisaría; las paredes parecían ocultar oscuras maquinaciones y las caras familiares de los otros agentes de pronto parecían siniestras.

Probablemente, su reacción era exagerada. Sólo tenía la declaración sin firmar de Darlene Parker, una mujer que podía estar sufriendo algún tipo de alucinación paranoica; si R. W. Fisher y el departamento de policía en pleno habían matado a Gerry McCoy tenía que haber algún motivo, un móvil, pero era muy difícil siquiera imaginarlo.

Sin embargo, no podía olvidarse sin más de lo que Darlene le había contado; de hecho, se había tomado las advertencias de la mujer tan en serio, que quería ir armada. Había entregado su arma reglamentaria a Bradley, pero tenía una pistola personal más pequeña en su taquilla de la comisaría.

El día no había ido como lo había planeado. Se había vuelto a levantar sola, y se había sentido decepcionada por unos segundos hasta que le había llegado el delicioso aroma a café y tostadas desde la cocina. Al bajar, se había encontrado a Blue preparando el desayuno; él le había dado los buenos días con una sonrisa y un beso que sabía a mermelada de fresa.

Después de desayunar, Lucy había salido de casa en dirección a la biblioteca; pensaba fotocopiar los listados de los detectives privados de Charleston en las Páginas Amarillas. Sin embargo, gracias a las ominosas advertencias de Darlene Parker había acabado en comisaría, bajando con disimulo las escaleras, rogando poder llegar a su taquilla, agarrar su pistola y salir de allí antes de que nadie más notara su presencia.

No tuvo suerte.

El jefe Bradley la detuvo cuando iba por el pasillo de regreso a la puerta.

Lucy se esforzó por mantener una cara completamente inexpresiva, para que él no se diera cuenta de que creía que estaba metido en una especie de conspiración asesina.

Pero Bradley no le preguntó lo que hacía allí; se limitó a mirarla con enfado y dijo:

–¿Sabías que Blue McCoy está entrenado en artes marciales?

Lucy miró hacia Annabella, que estaba fumando otro cigarrillo y los observaba con descarada curiosidad.

–Todos los SEAL saben artes marciales –contestó con calma—. Me sorprende que usted no lo supiera.

–Pues no, no lo sabía –dijo Bradley con tono indignado—; pero Annabella acaba de decirme que tú sí que sabías que es un experto en ese tipo de combate. Además, ayer hablé con la mujercita del doctor Harrington, y ella mencionó que eres toda una fuente de información sobre las Fuerzas Especiales.

–Es «Operaciones Especiales». Y Sarah estaba exagerando, no sé tanto...

–Lo que quiero saber es por qué esa información no estuvo en la mesa de mi despacho desde el primer día.

–No pensé que...

Bradley le dio varias hojas de papel con brusquedad; parecían fotocopias de la ficha personal de Blue. Muchas partes estaban completamente borradas, sin duda censuradas por razones de seguridad, pero había un listado de las áreas en las que Blue había alcanzado nivel de experto... o incluso más alto.

Tanto las artes marciales como el combate cuerpo a cuerpo ocupaban un lugar prominente.

Lucy ojeó las páginas, fascinada por el historial de Blue, a pesar de que estaba rodeada de la gente que posiblemente estaba involucrada en el asesinato de Gerry.

Leyó por encima la breve evaluación psicológica que había en la segunda página:

Carter McCoy es un candidato perfecto para entrar en los SEAL. Es un individuo tenaz, estable y reflexivo, y no tiene miedo de pasar a la acción. En lo que respecta a los aspectos negativos de su personalidad, su carácter puede ser volátil en ocasiones. Es una

persona muy solitaria, y no le gusta o no puede compartir sus pensamientos y sus sentimientos con casi nadie. Carter McCoy es...

– Mira bien esa ficha – la interrumpió el jefe Bradley –, y dime si crees que McCoy tiene la habilidad y el entrenamiento necesarios para romperle el cuello a un hombre como si fuera una ramita.

Lucy lo miró en silencio; no quería responder, no podía hacerlo sin perjudicar a Blue. Pero si se negaba a contestar, Bradley daría por sentado que le estaba ocultando la verdad.

– Blue McCoy es teniente de los SEAL – dijo al fin –; pertenece al pelotón alfa del equipo diez y, según estos papeles, ha ganado incontables medallas al valor...

– No te he pedido que me leas su historial – volvió a interrumpirla Bradley –. Lo que quiero saber es si crees que Blue McCoy tiene la habilidad y el entrenamiento para matar a un hombre de la manera que...

– Él nunca haría algo así – dijo Lucy.

– Quiero un sí o un no, Tait. ¿Tiene o no tiene la habilidad y el entrenamiento necesarios para romperle el cuello a un hombre?

Bradley tenía la mirada clavada en ella. Annabella la estaba mirando y, al fondo del pasillo, Travis Southeby y Tom Harper también la observaban. Todos estaban esperando a que respondiera.

– Todos los SEAL saben...

Pero Bradley ya no quiso escuchar nada más.

– Eso me ha parecido un sí. Llama al juez – dijo a Travis –. Que te dé la orden de arresto para que podamos meterlo entre rejas. Tenemos un motivo, y ahora podemos demostrar que pudo hacerlo.

– ¿Que tiene un motivo? – preguntó Lucy mientras seguía a Bradley por el pasillo hacia su despacho –. ¿Qué motivo podía tener Blue McCoy para matar a su hermano?

Bradley se paró y la miró como si fuera la prima del tonto del pueblo.

– Jenny Lee Beaumont – dijo –. Ella sería un motivo suficiente para cualquier hombre.

– Eso es ridículo...

– ¿Tienes un motivo mejor? – dijo Bradley con impaciencia –. ¿O es que tienes a otro sospechoso en mente?

«Asesinaron a Gerry McCoy», había dicho Darlene Parker. «No dudarán en volver a matar».

Lucy negó con la cabeza y retrocedió un poco.

– No – contestó.

Miró con atención a Bradley, intentando decidir si aquel hombre sería capaz de cometer un asesinato; aunque no le caía nada bien, era difícil de creer.

– Ya tengo la orden de arresto, jefe – dijo Travis.

– Ve por McCoy con Tom – dijo Bradley, antes de volverse hacia Lucy –. ¿Aún está en tu casa? – esbozó una desagradable sonrisita –. ¿En la habitación de invitados?

Lucy tenía un nudo enorme en el estómago; iban a arrestar a Blue, iban a llevarlo a comisaría y a acusarlo de haber matado a su hermanastro. A lo mejor ni siquiera se tomaban la molestia, quizá pensaban pegarle un tiro sin más y alegar que se había resistido al arresto.

– Deje que yo vaya con ellos – dijo a Bradley, mientras se estrujaba el cerebro intentando buscar una salida –. Puedo convencerlo de que venga sin montar un escándalo.

– Sí, pero también puedes avisarle de que vamos para que se escape. Ya no trabajas para mí, ¿verdad?

El jefe de policía hizo un gesto afirmativo a Travis, y éste fue hacia la puerta con Tom Harper pisándole los talones.

– No, quiero que te sientes en mi despacho – continuó diciendo Bradley –, y quiero que te quedes aquí hasta que me digan que McCoy está entre rejas.

– No puede retenerme aquí – dijo Lucy con voz tensa, más preocupada por Blue que por sí misma.

– Claro que puedo – dijo Bradley –. Podemos hacer esto de dos formas: te sientas tranquilamente sin decir ni pío o hago que te arresten. ¿Qué prefieres?

Lucy empezó a andar por el pasillo hacia la puerta principal.

– Arrésteme.

– Como quieras – dijo Bradley, y gritó por el pasillo –: Annabella, dile a Frank Redfield que venga a arrestar a Lucy Tait.

Lucy la vio pasando frenética las hojas de su libro de códigos, intentando encontrar uno apropiado para la situación. Finalmente, la mujer se rindió y descolgó el teléfono.

Pero Frank ya estaba allí; se puso delante de Lucy, para bloquearle el paso e impedir que saliera del edificio.

– Venga, Lucy, ¿de qué te sirve buscarte problemas?

– ¿De qué se me acusa? – dijo ella.

– Intento de obstrucción a la justicia – dijo Bradley.

– ¡Eso es ridículo! – se volvió hacia el jefe de policía, y dijo desafiante –: No puede arrestarme bajo esos cargos, y usted lo sabe.

Con firmeza, Lucy rodeó a Frank, que miró a Bradley esperando instrucciones. Sin embargo, el jefe no dijo ni una palabra. Lucy abrió la puerta y bajó las escaleras de la comisaría bajo el cálido sol matutino.

La fanfarronada no le había salido bien a Bradley.

Lucy corrió hacia su coche y encendió el motor incluso antes de cerrar la puerta. Salió del aparcamiento a toda velocidad y se dirigió hacia su casa rogando no llegar demasiado tarde.

Catorce

Blue salió al porche cuando vio llegar el coche patrulla.

Lucy aún no había vuelto y, al reconocer a Travis Southeby al volante, supo que era una mala señal. Pero al menos Tom Harper estaba con él; estaba claro que el último se había leído el manual de los derechos civiles, pero que el primero se había saltado un par de capítulos.

Supo de inmediato que habían ido a arrestarlo.

Cuando los dos agentes salieron del coche, las diferencias entre ellos resultaron casi cómicas. Tom se puso bien los pantalones y saludó con la cabeza a Blue antes de cerrar la puerta del coche tras él; por su parte, Travis sacó su arma, abrió la puerta del coche y se parapetó tras ella mientras le apuntaba.

– Blue McCoy, quedas arrestado – gritó con voz estridente.

Tom miró a Travis y después se volvió hacia Blue con expresión de disculpa.

– Tenemos que llevarte a comisaría – dijo—. Se te va a acusar de manera oficial.

– Yo no maté a Gerry – dijo Blue con calma—. Si lo hubiera hecho, me habría largado hace mucho.

– Deja las manos donde pueda verlas – dijo Travis con brusquedad.

Blue miró a Travis y a su arma.

– Estás demasiado lejos para apuntar bien con esa cosa, así que será mejor que la guardes antes de que le hagas daño a alguien sin querer – se volvió hacia Tom—. Os estáis equivocando y, mientras, el verdadero asesino de Gerry anda suelto por ahí.

Tom parecía lamentarlo de verdad mientras le ponía las esposas, y lo registró rápidamente mientras le leía sus derechos.

Travis se acercó, manteniendo la mano cerca de su pistola enfundada, y dijo:

– Tenemos pruebas suficientes para encerrarte; tenemos un móvil, los celos, y...

– Eso es una gilipollez.

– ¿Ah, sí? Pues yo creo que no, y el jefe Bradley comparte mi opinión. Tenemos a un testigo que te sitúa en la escena del crimen con la víctima...

– Lo que tenéis es a un mentiroso que probablemente ha conseguido una fortuna por inventarse cuatro cuentos – espetó Blue.

– Hay cientos de testigos más que te vieron amenazar a la víctima en la fiesta. ¿Crees que todos están mintiendo por dinero? – era obvio que Travis estaba disfrutando de la situación.

Tom abrió la puerta del coche y Blue empezó a entrar. No era nada fácil, con las manos esposadas a su espalda.

–Y, además... –dijo Travis, mostrando su carta ganadora con deleite–, tenemos tu historial militar, que dice que eres un experto en artes marciales, y tenemos a nuestro propio experto en cuestiones militares. Lo van a llamar a declarar, para que corrobore que tienes la habilidad y el conocimiento necesarios para romper un cuello como se lo rompieron a Gerry.

Blue se tensó. ¿De qué demonios estaba hablando?

Travis sonrió al ver la expresión de su cara.

–Pues sí, es la mismísima Lucy Tait. Y como os habéis estado acostando juntos estos últimos días, su testimonio será mucho más valioso para la acusación. Imagínate lo que pensará el jurado cuando vea que tu propia amante testifica contra ti.

–Lucy nunca haría algo así –dijo Blue, consiguiendo controlar a duras penas la furia que empezaba a recorrerlo.

–Tendrá que hacerlo si la citan a declarar –dijo Travis–. Y no dudes que lo harán. Sólo tendrá que repetir lo que ha dicho en comisaría.

Blue entró en el coche.

–Intenta tomarle el pelo a otro, Southeby –dijo con calma–. Sé que Lucy no ha estado en la comisaría esta mañana...

–Pues estás muy equivocado –dijo Travis. Tras cerrar la puerta de Blue, se sentó al volante y se volvió a mirarlo–. Ha venido a entregarte, nos ha dado la información que nos faltaba para poder venir a por ti.

Blue se echó a reír y le dijo a Travis de forma muy explícita lo que podía hacer con sus palabras.

Travis se volvió hacia Tom, que había entrado también en el coche y se estaba abrochando el cinturón de seguridad, y dijo:

–McCoy cree que estoy mintiendo, que me lo estoy inventando todo. ¿Por qué no le dices tú lo que ha pasado? Lucy Tait ha venido a comisaría, le ha dicho al jefe que McCoy tenía el entrenamiento en artes marciales necesario para partirle el cuello a un hombre, y cinco minutos después yo tenía en la mano la orden de arresto. ¿Es o no es verdad?

Tom miró a Blue con un brillo compasivo en los ojos.

–No sé lo que ha pasado exactamente, no lo oí todo, pero Lucy ha estado en comisaría esta mañana. El jefe le ha preguntado si tenías la habilidad necesaria para romperle el cuello a un hombre, y justo después hemos conseguido tu orden de arresto.

Una parte de Blue murió en aquel momento. Así, sin más. Fue una muerte súbita, fulminante y trágica.

Miró por la ventanilla mientras el coche patrulla arrancaba; el verano estaba en su apogeo, y los árboles y los prados eran un estallido de vida y color. Las flores silvestres crecían por todas partes, y una suave brisa mecía las hojas de los árboles. En el exterior todo estaba lleno de vida, pero Blue se sentía muerto por dentro. Muerto, marchito, seco y roto.

La noche anterior, después de hacer el amor por segunda o tercera vez, Lucy le había preguntado si sabía romper un cuello como se lo habían roto a Gerry. Sus piernas estaban entrelazadas, y él estaba acariciando su espalda, desde los hombros hasta los muslos. Su piel era tan suave, que él no podía dejar de tocarla.

Acababan de hablar sobre la importancia que tenía la sinceridad, y le había confesado que ella era la primera mujer sin un motivo ulterior para estar con él.

Pero, al parecer, Lucy había tenido una razón de peso para acostarse con él: había utilizado el sexo y la intimidad que se había creado entre ellos para sacarle la información necesaria para mandarlo a la cárcel.

Había estado a punto de enamorarse de ella. Maldición, había sido un completo idiota.

Blue permaneció en silencio cuando Travis Southeby y Tom Harper entraron con él en comisaría, cuando le tomaron las huellas y lo ficharon, cuando le dijeron que su fianza se fijaría aquella misma tarde, cuando lo metieron en una celda y cerraron la puerta.

Sólo habló cuando Travis volvió y dijo que Lucy Tait estaba fuera, y que quería entrar a hablar con él.

–No quiero verla –dijo, y se sorprendió de que alguien muerto por dentro siguiera siendo capaz de hablar.

Lucy se quedó mirando a Travis Southeby con la boca abierta.

–Pero...

–Ha dicho que no quiere verte –repitió Travis, y sonrió–. La verdad es que no me extraña, teniendo en cuenta que tú has proporcionado la prueba que faltaba para poder encerrarlo. No se puso demasiado contento cuando se lo dije.

–Que le dijiste ¿qué?

–Nada más que la verdad –dijo Travis con petulancia–. Viniste a decirle al jefe que McCoy puede romperle fácilmente el cuello a un hombre. No todo el mundo puede hacerlo, ¿sabes? La información que nos diste ha sido vital en su acusación.

–¡Eres un cerdo!

Lucy se preguntó si Blue había creído que ella sería capaz de traicionarlo así. Había pensado que él confiaba en ella, pero al parecer se había equivocado.

–Cuidado con esa boca, señorita –dijo Travis.

Lucy respiró hondo. No iba a solucionar nada dándole un puñetazo a Travis, así que intentó calmarse.

– Perdona – volvió a respirar hondo; cuando había llegado a su casa ya era demasiado tarde, y no había rastro de Blue ni del coche patrulla de Travis. Había dado media vuelta y había regresado a la comisaría –. Por favor, déjame entrar a verlo de todas formas.

– Eso es imposible.

En aquel momento la puerta de entrada se abrió y, al girarse, Lucy vio entrar a Jenny Lee Beaumont. Llevaba un traje rosa con una blusa blanca con volantes, que acentuaban aún más sus generosos pechos. Estaba peinada con un elegante moño, y llevaba zapatos de tacón alto.

Travis fue hacia ella de inmediato.

– Señorita Beaumont, ¿qué puedo hacer por usted?

Jenny se quitó las gafas de sol; tenía los ojos ojerosos y un poco hinchados, y era obvio que estaba sufriendo mucho por la muerte de Gerry.

– He recibido una llamada de Blue McCoy – dijo con su dulce acento sureño –. He venido a verlo.

– Por favor, sígame – dijo Travis.

Jenny se volvió hacia Annabella, que seguía sentada en su mesa.

– Mi abogada llegará de un momento a otro. Por favor, ¿podría decirle dónde estamos para que se una a nosotros?

Lucy vio cómo conducían a Jenny Lee Beaumont por el pasillo, hacia las celdas. Blue había llamado a Jenny Lee, y la abogada de ella había ido a ayudarlo. Él confiaba en Jenny, no en ella...

Sin embargo, Jenny no sabía que algunos agentes de policía de Hatboro Creek estaban involucrados en el asesinato de Gerry, y tampoco sabía que R. W. Fisher podía haberle pagado mucho dinero a Matt Parker para que mintiera.

Jenny Lee no estaba enamorada de Blue... y ella sí.

Y, de algún modo, iba a encontrar al asesino de Gerry y demostraría la inocencia de Blue; de algún modo, iba a demostrarle que no lo había traicionado.

O moriría en el intento.

– Se fija una fianza de quinientos mil dólares.

Un murmullo recorrió la sala. Medio millón de dólares. A Lucy se le hizo un nudo en el estómago; ¿de dónde iba a sacar él aquella cantidad de dinero?

– ¿Puede pagar la fianza el acusado?

Lucy vio cómo Blue se volvía a mirar a su abogada, y ésta a su vez se volvió hacia Jenny Lee, que negó con la cabeza.

– En este momento no, Su Señoría – dijo la abogada. Se levantó y añadió –: Su Señoría, mi cliente es un teniente de la Armada de Estados Unidos. Como un abogado de la Armada llegará la semana que viene, ¿podría sugerir que mi cliente se quede en custodia en Hatboro Creek hasta entonces?

El juez negó con la cabeza.

– No tienen las instalaciones adecuadas – dijo –; el acusado será transferido de inmediato a la cárcel de Northgate.

Varios guardias armados se acercaron a Blue, y él se levantó y dejó que se lo llevaran. Tenía que saber que Lucy estaba allí, en el fondo de la sala, pero no levantó la cabeza..., ni siquiera miró hacia ella.

Blue odiaba la cárcel de Northgate. No soportaba estar encerrado, que le hubieran quitado su ropa y lo hubieran obligado a ponerse unos vaqueros azules, una camiseta blanca y unas zapatillas de deporte.

Estaba solo en el patio, y vio por el rabillo del ojo que se le acercaba un grupo de presos. Estaba claro que eran los que controlaban las cosas allí, los que estaban al mando entre los reclusos. Lo rodearon con actitud amenazadora, pero él no les hizo caso.

Sin embargo, cuando uno de ellos se puso justo delante de él, Blue levantó la cabeza.

– ¿Eres Popeye, el marinero? – dijo el hombre, sonriendo ante su propia ocurrencia.

– No. Soy Blue McCoy, el SEAL de la Armada.

Al menos uno de los hombres que lo rodeaban sabía lo que significaba aquello, y un murmullo empezó a extenderse entre los presos. Blue no podía oír las palabras, pero sabía lo que estaban diciendo. Los SEAL eran uno de los cuerpos más duros del ejército.

El grupo se dispersó como por arte de magia; nadie quería empezar una pelea con un hombre que los haría picadillo.

Blue se sintió casi decepcionado: le hubiera ido muy bien una buena pelea para deshacerse de aquel dolor que lo estaba destrozando al saber que Lucy lo había utilizado y traicionado. Era una actriz increíblemente buena, porque él no había sospechado absolutamente nada. Sus besos habían sido tan sinceros... ¿Cómo había podido hacerlo?, ¿cómo lo había mirado con tanta emoción sin sentir absolutamente nada?

Quería salir de aquella cárcel, quería alejarse lo más posible de Carolina del Sur y de Lucy Tait. Maldición, no quería volver a verla.

Quería zarpar y adentrarse en el océano, perder la tierra de vista, y ser simplemente uno con el mar y el cielo. Quería borrar la cara de Lucy de su memoria.

Pero aquello era imposible.

Quería dejar de pensar en ella, pero lo seguía a todas partes, llenándole la cabeza y atormentándolo con su presencia.

¿Por qué lo había hecho?, ¿cómo había sido capaz? No tenía sentido. ¿Es que creía que él había matado a Gerry? Aún peor, ¿estaría involucrada en la conspiración contra él?

No tenía ningún sentido.

Blue cerró los ojos, y allí estaba ella, en su mente, con los brazos cruzados y la boca tensa, mirándolo con impaciencia.

– ¿Por qué? – preguntó él en voz alta.

Algunos presos lo miraron con curiosidad, pero se apresuraron a alejarse más de él.

Blue necesitaba saber por qué lo había hecho..., pero Lucy no estaba allí para decírselo, claro.

Lucy estaba sentada en el asiento delantero del coche de Sarah, ante las puertas de la mansión de R. W. Fisher. Le había pedido prestado el reluciente Honda negro a su amiga, porque sabía que su propio Ford destartado llamaría la atención en aquel barrio tan lujoso. También había tomado prestada una grabadora del despacho del marido de Sarah, y había encontrado unos viejos prismáticos en su propio desván.

La noche se le estaba haciendo interminable; eran sólo las tres de la madrugada, y parecía que llevaba allí sentada una eternidad en vez de ocho horas. Había seguido a Fisher desde su oficina hasta su casa a eso de las siete y, desde entonces, el hombre no había salido.

Los prismáticos no le servían de mucho; en la casa no se veía ninguna luz encendida y, a aquella distancia, era sólo un bulto enorme y oscuro.

La grabadora parecía igual de inútil, pero Lucy al menos se entretuvo cinco minutos grabándose mientras cantaba, y escuchaba la cinta. Sin embargo, como la mayoría de las canciones que se le ocurrían hablaban de desengaños amorosos y relaciones frustradas, pronto decidió parar.

Consiguió permanecer despierta gracias a unos chicles de cafeína que había comprado en una gasolinera. No se atrevía a beberse el café que había llevado, por miedo a tener que dejar por unos minutos la vigilancia en busca de un lavabo.

Hacía humedad y mucho calor, pero no encendió el coche para poder poner el aire acondicionado; no quería que algún vecino oyera el motor y llamara a la policía..., la misma policía que estaba involucrada en una trama criminal junto a R. W. Fisher.

Así que permaneció allí sentada, sudando y deseando que Blue no hubiera dudado de ella con tanta rapidez. Se preguntó si Northgate sería tan horrible como se

decía, dónde estaría Blue en aquel momento, si estaría durmiendo o despierto. Rogó que estuviera bien.

A las seis menos tres de la mañana, la puerta de la mansión se abrió. Lucy se enderezó, pero enseguida se hundió en su asiento para esconderse; Fisher apareció con un enorme todoterreno de grandes neumáticos, y Lucy habría apostado todo lo que tenía a que una de aquellas ruedas estaba casi nueva... y que aquél era el vehículo que había dejado las huellas que Blue había descubierto en el bosque.

Fisher tomó la carretera y Lucy esperó a que se alejara un poco antes de arrancar. A los pocos minutos, Fisher entró en el aparcamiento de la escuela y detuvo el coche.

Lucy pasó sin disminuir la velocidad, pero tras avanzar varios cientos de metros más, paró el coche a un lado de la carretera. Agarró la grabadora, por si acaso, y tras salir a toda prisa del coche retrocedió a través del bosque.

Fisher estaba junto a su todoterreno, anudando bien los cordones de sus zapatillas de deporte con un pie sobre uno de los parachoques. Llevaba pantalones cortos y una camiseta, y parecía estar en muy buena forma para tener casi setenta años.

Tras hacer unos cuantos estiramientos, se puso bien los auriculares y empezó a correr por el borde del patio del colegio. Lucy lo siguió, avanzando paralela a él por la densa vegetación.

Tras sólo unos minutos, Lucy estaba casi sin aliento; era increíble que aquel tipo estuviera en mejor forma que ella, aunque él no estaba corriendo con vaqueros y botas, saltando por encima de rocas y raíces y golpeándose la cara con las ramas. Se dio cuenta de que lo estaba perdiendo y se obligó a correr más rápido.

Fisher llegó al final del patio, y enfiló por un camino que se adentraba en el bosque; redujo la marcha un poco, aunque no demasiado. Era una suerte que llevara los auriculares, porque no la oía a pesar de que ella estaba haciendo tanto ruido como una manada de elefantes. Lucy recordó cómo Blue había corrido de forma totalmente silenciosa entre la vegetación, sin cansarse, y cuando una rama la golpeó de lleno en la frente, deseó que él estuviera allí con ella. Pero no era así, y si quería seguir el ritmo de Fisher, iba a tener que hacerlo sola.

«Tienes que desearlo con todas tus fuerzas». Las palabras del entrenador de Blue en los SEAL relampaguearon en su mente. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Quería que aquella pesadilla tuviera un final feliz, encontrar las pruebas que sacaran a Blue de la cárcel, que saliera de aquel sitio horrible y fuera directo a sus brazos. Y, ya que estaba pensando en finales felices, quería que él la besara y le dijera que la quería. Quería casarse con él, y que vivieran felices para siempre.

Dios, qué idiota era, las cosas no iban a ir así. Aunque no la mataran, aunque consiguiera sacarlo de la cárcel, él preferiría tener su final feliz con la perfecta, rosada y delicada Jenny Lee Beaumont.

Lucy soltó una palabrota cuando tropezó con una raíz, se cayó y se le desgarró la rodilla de los vaqueros; ignorando el dolor, la herida y la sangre, se levantó y siguió corriendo. R. W. Fisher se le estaba escapando.

Claro que, si Fisher había salido sólo a correr, ella se iba a sentir bastante tonta. Rogó que el hombre fuera a encontrarse con alguien, que pasara algo para...

Lucy se paró en seco y se agachó entre la maleza.

Fisher se había detenido y estaba en medio del camino, recobrando el aliento contra una enorme piedra. Se había quitado los auriculares, y Lucy dio gracias al cielo porque no parecía haberla oído ni visto.

Lentamente, con mucho cuidado, intentando no hacer ni el más mínimo ruido, Lucy fue avanzando.

Con cada latido de su corazón, elevaba una plegaria. «Por favor..., por favor, por favor, que se reúna con alguien. Por favor, por favor, por favor...».

Entonces lo oyó. Una moto se acercaba por el camino, y aprovechó el ruido del vehículo para acercarse aún más mientras sacaba la grabadora. Vio que no una, sino dos motos se paraban cerca de Fisher, y esperó conteniendo el aliento a que los dos hombres se quitaran los cascos.

Travis Southeby y... ¿Frank Redfield? Si el amable y afable Frank estaba implicado, era posible que Tom Harper también lo estuviera.

– ¿Qué vamos a hacer con McCoy? – preguntó Fisher.

Desde su escondite entre la maleza, Lucy los podía oír claramente; se apresuró a encender la grabadora mientras Fisher añadía:

– Dios, ¿no pregunté lo mismo la semana pasada? Me parece que tuvimos la misma conversación.

– Esta vez es otro McCoy – dijo Travis –. Pero no creo que sea ningún problema, señor Fisher. Blue McCoy está en la cárcel de Northgate, y no va a salir de allí. Es imposible que consiga el dinero de la fianza.

– He oído que va a venir un abogado de la Armada – dijo Fisher –. Cuando me enteré, estuve a punto de llamar a Nueva York y...

– Snake no quiere volver a involucrarse – dijo Travis –. Ya cumplió con su trabajo, y...

– ¿Rompiéndole el cuello a Gerry? – lo interrumpió Fisher –. Tendría que haber hecho que pareciera un accidente, pero... ¿romperle el cuello? Eso fue una idiotez.

– Fue fácil cargarle el muerto a Blue – dijo Travis –. Él se llevará todas las culpas.

– ¿Y qué pasa con el abogado de la Armada?

– No es un problema – intervino Frank –. McCoy está en Northgate, ¿no? Va a montarse una pelea al mediodía, y McCoy no va a sobrevivir. Se lo garantizo.

Lucy dejó de respirar. A Blue McCoy no le iba a pasar nada en aquella cárcel mientras ella estuviera viva.

Fisher asintió y, de repente, pareció muy viejo y cansado.

– Muy bien.

– Lo que me interesa es saber cómo piensa rellenar el hueco que dejó Gerry – dijo Travis –. ¿Cómo vamos a introducir todo ese dinero y mandarlo de vuelta a Nueva York a tiempo?

– A través de Matt Parker – dijo Fisher –. Nos ha ayudado hasta ahora, seguro que querrá seguir haciéndolo. Lo arreglaré para que el banco le de un préstamo..., nada que llame la atención y nos señale, claro, pero suficiente para que Matt compre un negocio que nos convenga; a lo mejor podría conseguir la constructora de McCoy, era la plataforma perfecta para blanquear el dinero de la mafia.

– Lástima que Gerry se arrugara – dijo Travis.

La mafia, blanquear dinero... Dios, así que de eso se trataba. Alguien llamado «Snake», probablemente un mafioso, le había roto el cuello a Gerry porque no había querido involucrarse.

– Vamos a ser muy ricos, caballeros – dijo Frank, mientras volvía a ponerse el casco –; el año que viene por estas fechas, el dinero nos saldrá por las orejas.

Largo rato después de que las motos y Fisher se hubieran marchado, Lucy seguía aún escondida en la maleza. Ella no sabía dónde estaría al año siguiente por aquellas fechas, pero estaba segura de una cosa: R. W. Fisher, Frank Redfield, Travis Southeby y el resto de personas implicadas en el asesinato de Gerry estarían entre rejas.

Aunque tuviera que meterlos allí ella misma.

Quince

Lucy volvió al coche de Sarah, corriendo incluso más rápido que al seguir a Fisher.

Eran casi las siete menos cuarto de la mañana, y tenía que estar en Northgate a las diez y media, la hora de las visitas, para avisar a Blue de que estaba en peligro. Tardaría casi una hora en llegar, pero podía llegar a tiempo... Aunque no sabía si, una vez allí, Blue querría verla.

Subió al coche, empapada de sudor y cubierta de magulladuras y de polvo. Arrancó con rapidez y fue directa a su casa.

Tenía que llamar a alguien, contarle lo que había oído, lo que había grabado. No podía acudir a la policía, eso estaba claro; se planteó llamar a la policía estatal, pero existía la posibilidad de que ellos también estuvieran metidos en la trama. Cuando descartó también a los federales, se preguntó si se estaba volviendo un poco paranoica.

Paró de un frenazo delante de su casa, subió corriendo los escalones del porche, abrió la puerta de la cocina y entró a toda prisa.

Tenía que pensar, tenía que ocurrírsele algo.

Descolgó el teléfono, pero lo volvió a colgar. Entonces, con una súbita inspiración, descolgó y dio al botón de rellamada; cerró los ojos, rogando que Blue hubiera sido la última persona en utilizar el teléfono... y que su última llamada hubiera sido a la base del equipo diez de los SEAL en California, y no a una pizzería.

– Turno de noche – dijo una voz profunda al otro lado de la línea.

Claro, había tres horas de diferencia; allí eran las cinco de la mañana.

– ¿Con quién hablo? – preguntó ella.

Hubo una ligera pausa.

– ¿Quién es? – dijo el hombre con cautela.

Lucy respiró hondo y se lanzó al vacío.

– Me llamo Lucy Tait, soy amiga de Blue McCoy – dijo –. Tiene un problema bastante gordo, y tengo que hablar con Joe Cat cuanto antes.

Tras una ligera pausa, su interlocutor preguntó:

– ¿Desde dónde llama, señora?

– Desde Hatboro Creek, en Carolina del Sur.

– ¿Puede especificar un poco más sobre el «problema» que tiene el teniente McCoy?

– ¿Me podría decir quién es usted? No puedo decir nada más hasta que sepa con quién estoy hablando.

– Soy Daryl Becker – dijo el hombre tras otro breve silencio –; Blue me llama Harvard.

Lucy reconoció el nombre.

– Estuviste en el entrenamiento básico de demolición submarina con Blue y Joe Cat – dijo.

– ¿Cómo sabe usted eso? – preguntó él con suspicacia.

– Blue me lo contó.

– ¿Estamos hablando del mismo Blue McCoy? – dijo Harvard –, ¿del que no ha pronunciado más de tres frases en toda su vida?

– Conmigo habla bastante – dijo Lucy –. Por favor, tienes que ayudarme, tengo que hablar con Joe Cat.

– Aquí son las cinco de la mañana – dijo Harvard –. Llegamos anoche después de pasar varias semanas fuera, y Joe está con su mujer.

– Verónica – dijo Lucy.

Harvard lanzó una carcajada.

– Si Blue te ha hablado de ella, es que ha estado hablando por los codos. Debes de ser muy especial.

– No, sólo una amiga.

– Yo también soy su amigo – dijo Harvard –. Así que dime lo que está pasando.

Lucy se lo contó todo: la trama de blanqueo de dinero, la muerte de Gerry, la acusación contra Blue y el inminente intento de asesinato en la cárcel de Northgate. Cuando acabó, Harvard permaneció en silencio unos segundos.

– Vaya – dijo él al fin –, cuando el colega se mete en problemas, lo hace a lo grande, ¿verdad?

– Necesito ayuda – dijo Lucy –. No puedo hacer esto sola, pero no sé a quién llamar, ni en quién confiar.

– Escucha, Lucy Tait – dijo Harvard –, esto también me viene muy grande a mí. Dame tu número de teléfono, y arriesgaré el pescuezo despertando a Joe; él sabrá qué hacer, y le diré que te llame cuanto antes.

– Gracias – dijo Lucy, y le dio su teléfono.

Tras colgar, fue a la nevera y se sirvió un vaso de zumo de naranja mientras intentaba no mirar el reloj. Se dio cuenta de que debía de tener un aspecto deplorable; estaba cubierta de sudor y de polvo, tenía el pelo completamente enmarañado y le seguía sangrando la rodilla.

Tres minutos y cuarenta segundos después de que colgara, el teléfono empezó a sonar.

– ¿Diga?

– ¿Lucy? Soy Joe Catalanotto, del pelotón Alfa.

Lucy cerró los ojos.

– Gracias a Dios.

– Lucy, Harvard me ha contado lo que está pasando; ya he llamado al almirante y me ha concedido un permiso por emergencia. Voy para allá, pero tardaré demasiado – la voz de Joe Cat era profunda y firme, y transmitía la seguridad de un oficial de los SEAL –. Ronnie se va a poner en contacto con Kevin Laughton, un agente de la FInCOM, la Comisión Federal de Inteligencia, en quien confío. El enviará a alguien a Hatboro Creek, alguien de confianza, para que le des la grabación.

Lucy se preguntó quién era Ronnie, y se dio cuenta de que Joe se refería a Verónica, su mujer.

– Lo que quiero es que vayas a contarle a Blue lo del intento de asesinato de esta tarde – siguió diciendo Joe –. Haz todo lo que sea necesario para sacarlo de esa cárcel, Lucy.

Ella respiró hondo.

– ¿Quieres que excave un túnel?

Joe se echó a reír.

– Sí, si es necesario. Haz lo que sea para que tanto Blue como tú salgáis de ésta con vida.

Antes de colgar, Joe le dio el número de teléfono de su casa, el de la base del equipo diez de los SEAL, y el de Kevin Laughton... por si acaso.

Lucy colgó el teléfono. Él le había dicho que hiciera todo lo que fuera necesario. Absolutamente todo.

Llamó a Sarah, aunque sabía que iba a despertar a su amiga.

– ¿Diga? – contestó Sarah, con voz somnolienta.

– Soy yo – dijo Lucy –. ¿Cuánto dinero tienes ahorrado?

Lucy no perdió el tiempo; buscó los documentos de su casa, de su negocio y del Ford, reunió la libreta de su cuenta de ahorros, y sacó su chequera del tocador de su habitación. Buscó en las Páginas Amarillas de Charleston, e hizo llamada tras llamada hasta que encontró el tipo de empresa que necesitaba; le explicó al hombre con el que habló cómo llegar a Hatboro Creek, y le hizo prometer que llegaría como muy tarde a las nueve en punto, que era la hora a la que abría el banco.

Hizo una copia de la grabación con el contestador del teléfono; sabía que la calidad sería muy mala, pero no le importó mientras las palabras fueran audibles y se pudieran identificar las voces. Escondió una de las cintas en un cajón de la cocina, para tener una copia de seguridad.

A las nueve menos tres minutos, subió al coche de Sarah y se dirigió a la ciudad. Vio a su amiga esperándola delante del banco y, tras aparcar, fue hacia ella.

–No puedo creer que me hayas convencido para que haga esto –dijo Sarah con preocupación–; son los treinta mil dólares con los que Richard pensaba modernizar su consultorio.

–Te los devolveré –dijo Lucy, rogando no equivocarse–. No sabes lo mucho que te lo agradezco, con tu dinero ya tengo más de lo que necesitaba.

–No sabía que tenías tanto –dijo Sarah.

–Casi todo está en el negocio de software. Mira, antes de que se me olvide... He escondido una cinta grabada en mi cocina, en uno de los cajones. Si me pasara algo...

–Oh, Dios, no digas eso.

–Es importante que lo sepas –protestó Lucy–. En la libreta que hay al lado del teléfono de la cocina hay apuntado el número de un agente federal, se llama Kevin Laughton. Asegúrate de que reciba la cinta.

–La cinta de uno de los cajones de la cocina. ¿Por qué la has escondido ahí?

–La iba a esconder en la tostadora, pero entonces pensé que sería un desastre si entraba alguien en casa y le apetecía hacerse una tostada.

Lucy vio que se acercaba a ellas un hombre corpulento, con un peluquín bastante obvio. Debía ser Benjamin Robinson, el hombre que había encontrado mediante las Páginas Amarillas.

–¿Alguna de ustedes es la señorita Tait? –dijo el hombre, mirando a Sarah y a Lucy.

Lucy alargó la mano.

–Encantada de conocerlo, señor Robinson; soy Lucy Tait. ¿Qué le parece si entramos en el banco y hablamos de negocios?

Un hombrecillo muy flaco se paró cerca de Blue en el patio de la cárcel, durante el periodo de ejercicio matinal. Tras encender un cigarrillo con manos temblorosas, levantó la vista al cielo y dijo:

–Te van a liquidar.

Blue tardó un segundo en darse cuenta de que el hombre le estaba hablando a él. Bajó la mirada, y contempló fijamente sus incómodas zapatillas mientras asimilaba aquellas palabras. Lo iban a liquidar..., lo iban a matar.

–¿Cuándo?

–En la comida –contestó el hombre.

¿Tan pronto? Blue sintió la familiar descarga de adrenalina mientras su cuerpo se preparaba para una pelea.

– ¿Cuántos?

– Demasiados. Aunque te defiendas, te pillarán. Si no apareces al mediodía, lo harán en la cena.

– ¿Cuántos? – volvió a preguntar Blue; nunca había «demasiados». Sólo tenía que saberlo antes para poder hacer planes, para pensar en una estrategia contra el ataque.

– Treinta, y todos son tipos muy duros.

Treinta. No era imposible, pero la cosa no pintaba demasiado bien.

– No vas a poder con ellos.

Treinta. Sí, iba a ser difícil; era posible que el hombre tuviera razón.

– Entonces ¿por qué has venido a avisarme?

– Porque si yo estuviera a punto de morir, me gustaría saberlo – dijo el hombre, sin mirar a Blue en ningún momento –. Escribe un testamento, haz las paces con Dios o llama por teléfono a tu chica para decirle que la quieres – empezó a alejarse –. Ata los cabos sueltos.

Blue deseaba llamar con todas sus fuerzas, pero aún no le permitían acceder al teléfono; le faltaba una semana para conseguir aquel privilegio, aunque según aquel preso, no iba a vivir tanto tiempo.

Blue entró en el edificio principal, fue a la biblioteca y le dijo al corpulento recluso que hacía de bibliotecario:

– Quiero papel y un bolígrafo, por favor.

El hombre dejó ambas cosas sobre el mostrador, y Blue vio en sus ojos el reflejo de su muerte inminente.

– Gracias – le dijo.

El hombre no contestó, como si Blue ya estuviera muerto. El bolígrafo estaba encadenado al mostrador, para que nadie pudiera robarlo y utilizarlo como arma. Blue lo levantó, y permaneció allí de pie, sin saber por dónde empezar. Aquello iba a ser más difícil de escribir de lo que había pensado.

El principio de la carta no le presentó ningún problema, pero después de poner Querida Lucy, la cosa se hizo mucho más difícil. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de pensar hasta que fuera perfecto, no tenía tiempo. Sabía lo que quería decir, así que lo único que tenía que hacer era plasmarlo en el papel.

Blue empezó a escribir, intentando que la letra le saliera legible.

He tenido mucho tiempo para pensar en las últimas veinticuatro horas, y cada vez que intento entender cuál es tu lugar en el rompecabezas del asesinato de Gerry, las piezas no encajan. No puedo imaginarte yendo a comisaría para darles una información que los ayudara a condenarme, simplemente no puedo.

He estado pensando en Travis Southeby, en cómo se me enfrentó en el Grill, en lo bien que se lo pasó al decirme que me habías traicionado. Al principio lo acusé de estar tomándome el pelo, y ahora creo que es verdad que me engañó. Creí a Tom Harper cuando me dijo que habías estado en comisaría, pero he pensado que es posible que él también estuviera mintiendo, o que tú hubieras ido por alguna razón completamente diferente.

Supongo que lo importante es que no quiero creerlos, no pienso hacerlo. Pero tengo miedo de que sea demasiado tarde, y de que ellos hayan ganado.

Me destroza saber que no quise verte cuando pude hacerlo. No sé si volveré a tener la oportunidad, porque alguien de aquí me quiere muerto..., probablemente para que no pueda demostrar mi inocencia, y que el caso del asesinato de Gerry quede cerrado.

A lo mejor soy un tonto, a lo mejor estás compinchada con los asesinos, pero no quiero creer algo así. No voy a creerlo, porque si voy a morir, prefiero morir amándote.

Blue respiró hondo, y siguió escribiendo con decisión.

No le he dicho estas palabras a nadie en toda mi vida, ni las he escrito, pero me he enamorado de ti, Yanqui.

Pensé que deberías saberlo.

Empezó a firmar como «Carter», pero lo tachó y escribió «Blue». Tras doblar la carta, le devolvió el bolígrafo al bibliotecario, que siguió sin decir nada; cuando le pidió un sobre y un sello, el hombre señaló una pequeña habitación al fondo del pasillo, donde se dejaba y se recogía el correo.

Mientras Blue estaba allí, entraron unos guardias; cuando dijeron unos números en voz alta, él tardó un segundo en darse cuenta de que eran una cifra identificada va..., la suya. Lo estaban buscando a él.

–Tienes que ir a ver al alcaide –dijeron justo cuando dejó la carta en el casillero de salida.

Blue se preguntó si se habrían enterado de la amenaza de muerte; ¿iban a aislarlo hasta que pasara el peligro? El despacho del alcaide estaba cerca de la puerta principal de la cárcel, y tardaron bastante en llegar, así que Blue tuvo tiempo de sobra para especular.

Sin embargo, cuando llegaron y entró, las palabras del alcaide lo dejaron de piedra.

–Han pagado tu fianza –le dijo el hombre–. Firma el papeleo, cámbiate de ropa, y puedes irte.

Habían pagado su fianza, medio millón de dólares... ¿Quién habría podido conseguir aquella cifra? Y justo a tiempo.

Según el reloj del alcaide, eran las once y diez. Veinte minutos más tarde, los presos se pondrían en fila para ir a comer... y treinta hombres estarían buscándolo, dispuestos a matarlo. Pero él no estaría allí, no iba a tener que luchar contra treinta matones.

Blue sintió que un alivio enorme lo invadía. No iba a morir ese día... Al menos, no al mediodía.

—¿Quién ha pagado la fianza? —preguntó.

—¿Acaso importa?

—No —dijo Blue.

Se apresuró a ir a cambiarse de ropa, y al ponerse el cinturón se dio cuenta de que no habían encontrado la navaja oculta. Quizás su suerte estaba empezando a cambiar.

Los guardias lo condujeron por un pasillo hasta una puerta cerrada, y después fueron por otro pasillo más hasta llegar a otra puerta. Blue vio a alguien de pie al otro lado de la gruesa alambrada de seguridad, y al acercarse más se dio cuenta de quién estaba esperándolo.

Lucy. Dios, era Lucy. Ya no tenía ninguna duda de que su suerte estaba cambiando. Ella lo miró con expresión reservada, como si no estuviera segura de si sería bien recibida, pero le aguantó la mirada mientras el guardia abría la última barrera que los separaba.

Blue salió a la zona de espera de las visitas, por fin libre.

—¿Tú has pagado mi fianza? —preguntó. No era lo que quería decirle, pero era mejor que quedarse allí parado mirándola.

Ella asintió.

—¿De dónde has sacado medio millón de dólares?

Lucy se humedeció con nerviosismo los labios y se encogió de hombros, esbozando una sonrisa que era sólo una sombra de su alegre gesto habitual.

—¿Te acuerdas de mi empresa de software? —dijo—. Pues la cosa ha ido muy bien últimamente.

—Pero es imposible que tuvieras tanto efectivo...

—No, está casi todo en el capital circulante. He usado la empresa y algunas cosas más como aval, y he pedido algo de dinero prestado, y... —Lucy volvió a encogerse de hombros—. Yo no tuve nada que ver con tu arresto, Blue —dijo rápidamente, en voz baja—. Fui a la comisaría a buscar la pistola que me había dejado en la taquilla, y Bradley me hizo una pregunta, y yo contesté lo mejor que pude y, de repente, Travis Southeby tenía una orden de arresto. Yo no... nunca... —sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no apartó la mirada de él, mientras le pedía en silencio que la creyera.

—La ley exige que te acompañe hasta la puerta principal —dijo el guardia a Blue.

Él ignoró al hombre y dio un paso hacia Lucy.

—Ya lo sé —dijo.

Ella se restregó los ojos con las manos.

– ¿De verdad?

– Sí – dijo él.

Quería abrazarla, pero sentía un extraño nerviosismo; estaba enamorado de aquella mujer, y de alguna manera, aquello lo cambiaba todo. Tenía miedo a tocarla, a delatarse. Aunque acababa de escribir lo que sentía en una carta, no era capaz de decirlo aún en voz alta.

– Tardé un poco, pero al final me di cuenta de que tú no harías algo así. Lucy, lo siento...

– Venga, chicos – dijo el guardia con impaciencia –. Dejad las lagrimitas para cuando estéis fuera.

Lucy se volvió hacia el hombre con la cabeza en alto, echando chispas por los ojos.

– Acabo de pagar medio millón de dólares para que este hombre salga de aquí, así que vamos a irnos cuando estemos listos, ni un minuto antes. Muchas gracias.

Blue sonrió por primera vez en lo que parecían siglos.

– Creo que ya estamos listos – dijo a Lucy.

El guardia los acompañó hasta la puerta y, por fin, salieron a la calle, a la libertad.

– ¿Lo has pasado muy mal? – preguntó Lucy en voz queda.

– Ya se ha acabado – dijo Blue.

Sus ojos se encontraron un segundo, pero Lucy bajó la mirada, y Blue supo con dolorosa certeza que ella se apartaría si intentaba abrazarla.

Cuando la había visto esperándolo, al darse cuenta de que era ella la que había pagado la fianza, había creído que era una prueba de que lo amaba; ¿qué mujer arriesgaría todo lo que tenía por un hombre al que no amaba?

Pero entonces se había acordado de su amigo Edgar; Lucy había sido sólo amiga de aquel hombre, pero había sacrificado mucho por estar con él en sus últimos meses de vida.

Estaba claro que su lealtad hacia sus amigos era inquebrantable, pero él ya no quería seguir siendo sólo su amigo. Que Dios lo ayudara, pero quería mucho más. Sin embargo, era posible que al haber desconfiado de ella hubiera destruido cualquier frágil sentimiento que Lucy estuviera empezando a sentir por él.

Tenía que abrazarla, tenía que intentar que lo entendiera; sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, Lucy empezó a caminar hacia el aparcamiento.

– La mujer de Matt Parker me dijo que R. W. Fisher le había pagado mucho dinero a su marido para que mintiera – dijo ella.

– ¿R. W. Fisher?

– Sí. También me dijo que algunos agentes de policía estaban involucrados.

Blue ya sabía aquello, había tenido la corazonada de que era así desde el primer día.

–Así que seguí a Fisher y vi cómo se encontraba en secreto con Travis Southeby y Frank Redfield –siguió diciendo Lucy–. Tengo su conversación grabada. Están metidos en una especie de trama de blanqueo de dinero organizada por alguna mafia de Nueva York; supongo que los mañosos les dan el dinero y ellos inflan las cifras de los beneficios de sus negocios, pagan los impuestos más altos, y devuelven el resto. Gerry estaba involucrado de alguna forma; imagino que siguió el juego durante algún tiempo, utilizando su constructora para poner un montón del dinero sucio de la mafia en circulación. Probablemente empezó a sentirse culpable y quiso dejarlo, pero lo mataron cuando se convirtió en un estorbo. La mafia envió a un tipo llamado «Snake» para que se ocupara del trabajo.

–Vaya, has estado ocupada –comentó Blue, atónito.

–Aún hay más –dijo ella. El polvo del aparcamiento le cubrió las botas, y se volvió hacia Blue mientras se limpiaba el cuero gastado en los pantalones–. El pelotón Alfa ha vuelto de sus ejercicios de entrenamiento y he hablado con Joe Cat. Está de camino. Mientras tanto, Verónica se ha puesto en contacto con alguien llamado Kevin Laughton, de la FInCOM, que va a mandar a algunos agentes.

Blue se echó a reír.

–¿Has hecho todo eso, y además has conseguido el dinero para mi fianza?

Lucy asintió y reemprendió la marcha. Su coche estaba al final de una fila.

–Lo único que tenemos que hacer es escondernos en algún sitio seguro hasta que lleguen los agentes de la FInCOM.

Blue se paró de repente y la agarró del brazo.

–Hay alguien escondido detrás de tu coche –le dijo en voz baja.

Lucy intentó alcanzar su pistola, pero no fue lo bastante rápida. Travis Southeby se levantó, apuntando con su arma a Blue.

–No te muevas, o le pego un tiro –le dijo a ella.

–Deja que lo haga –dijo Blue, sin apartar la mirada de Travis–; y después dispárale justo entre los ojos. Sé que puedes hacerlo, tú misma me dijiste que tienes buena puntería.

–Lo mataré –dijo Travis con voz un poco chillona. Le temblaban ligeramente las manos, y su cara regordeta estaba muy tensa–. Levanta las manos poco a poco.

Lucy obedeció y susurró a Blue:

–No puedo arriesgarme.

Sin dejar de apuntar a Blue, Travis se acercó a ellos y le quitó a Lucy la pistola que llevaba debajo de la chaqueta, en la funda sobaquera.

–Cuando el alcaide me llamó para decirme que habían pagado la fianza a Blue McCoy, no podía crérmelo. Medio millón de dólares –miró a Lucy, mientras se

secaba el sudor de la frente con la mano — . ¿Qué hacías trabajando de policía si tenías tanto dinero?

— ¿Y qué demonios haces tú trabajando de policía si tienes tan poca integridad?
— preguntó Lucy con voz, tensa.

Travis le dio unas llaves y dijo:

— Ése es mi coche, el que está al lado del tuyo. Entra.

Blue le quitó las llaves a Lucy.

— Yo conduciré, no hace falta que ella también venga — dijo.

— Me temo que hace mucha falta — dijo Travis, con cuidado de no acercarse en ningún momento demasiado a Blue; sabía que el SEAL atacaría a la primera oportunidad, sin importarle el arma. Le apuntó a la cabeza y dijo—: Entra en el coche, o acabo con vosotros aquí mismo.

Lucy sentía que el corazón le martilleaba con fuerza en el pecho; sabía que Blue no quería entrar en el coche, que prefería permanecer en el aparcamiento, donde tenía más capacidad de maniobra. Era obvio que estaba esperando el momento de poder atacar.

Blue tenía los pulgares en el cinturón, con una de sus manos sobre la hebilla; él le lanzó una mirada fugaz, y dijo con voz suave:

— Haz lo que dice, entra en el coche — le alargó las llaves en la palma de la otra mano, y añadió — : Por favor.

Fuera lo que fuese lo que planeaba, no quería hacerlo hasta que ella estuviera al menos un poco apartada de la escena. Pero Travis tenía una pistola y él no, y Blue era el que tenía más probabilidades de resultar herido.

Lucy agarró las llaves y dejó que sus dedos acariciaran la calidez de la mano de Blue, consciente de que aquélla podía ser la última vez que lo tocara.

De repente, todas sus dudas acerca de su relación, su miedo de que Blue eligiera a Jenny Lee si se le presentaba la oportunidad de elegir..., todo aquello dejó de importar. Lo único que contaba era lo que sentía por él.

Blue volvió a mirarla fugazmente, enviándole un mensaje silencioso con los ojos. Sin embargo, lo que ella quería decirle, lo que necesitaba que él oyera, no podía expresarse con una simple mirada.

— Te quiero — susurró.

Él volvió a mirarla, y sus ojos revelaron su sorpresa; sin añadir nada más, Lucy se volvió y entró en el coche de Travis.

Blue se forzó a apartar la mirada de Lucy y a fijarla en el hombre que le apuntaba con una pistola. Ella lo quería, Lucy lo quería. Era su amiga, pero además estaba enamorada de él.

Blue sabía que, si conseguía sobrevivir a los próximos minutos, podría tener su final feliz, su «felicis para siempre». Lucy lo quería, igual que él a ella.

Aquello era lo que Joe Cat y Verónica habían encontrado, aquélla era la razón de que Cat hubiera estado a punto de enloquecer cuando unos terroristas habían secuestrado un barco en el que iba Verónica.

Blue miró fijamente la pistola de Travis, rogando que el hombre no dejara de apuntarlo a él; si volvía el arma hacia Lucy no podría actuar, no sería capaz de arriesgarse.

Además, acababa de sacar la navaja de la hebilla del cinturón...

– Entra ya, vamos a dar un paseo – dijo Travis.

Blue no movió ni un músculo.

– No creo que sea buena idea – dijo –. Vas a tener que dispararme, y cuando te quedes sin balas, voy a romperte el cuello igual que se lo rompieron a Gerry. No te preocupes, no duele. Supongo que lo último que oirás será el hueso al romperse. Seguramente es un ruido bastante fuerte, pero sólo será un segundo.

A Travis le caía el sudor de forma visible, y las manos le temblaban cada vez más.

– Te he dicho que entres en el coche.

Lucy podía ver a Blue desde dentro del vehículo; tenía las manos aún a plena vista de Travis, con los pulgares en el cinturón y...

Su cinturón. Blue estaba intentando sacar la navaja. Lucy vio por el retrovisor que él ponía las manos a ambos lados, y supo que tenía el arma escondida en la mano. Aun así, era una pistola contra una simple navaja. Tenía que hacer algo para intentar ayudarlo, y tenía que hacerlo de inmediato.

Blue avanzó hacia el coche, esperando el momento oportuno. Había conseguido poner a Travis aún más nervioso, sólo necesitaba alguna distracción para...

De repente, Lucy encendió el motor del coche, y Travis apartó la vista de Blue, sobresaltado. Fue sólo un segundo, pero Blue no dudó y lanzó la navaja con una puntería infalible. Travis cayó con un grito, y la pistola rebotó en el suelo de cemento mientras se agarraba la pierna herida. Blue atrapó el arma y colocó el cañón bajo la barbilla de Travis mientras Lucy recuperaba su pistola del bolsillo del hombre, que tenía la navaja hundida en el muslo hasta la empuñadura.

– Vais a morir – gruñó Travis.

– Yo de ti no sacaré esa navaja – dijo Blue –; al menos hasta llegar al hospital. Apunté a una arteria principal, y si la sacas morirás desangrado en un par de minutos.

Travis palideció aún más.

– Blue, entra en el coche – dijo Lucy con voz urgente –; el todoterreno de Fisher acaba de entrar en el garaje.

En aquel momento sonó un disparo, y el parabrisas trasero del coche de Lucy se hizo añicos.

– Al menos tienen una puntería pésima – dijo Blue, al abrir la puerta trasera del coche de Travis y entrar detrás de Lucy.

Las ruedas del coche chirriaron cuando Lucy salió a toda velocidad del aparcamiento, y cuando Blue pasó al asiento del copiloto, ella le lanzó una mirada y le dijo:

– Me sorprende que no hayas matado a Travis.

– Ni hablar, quiero verlo en el banquillo de los acusados por el asesinato de Gerry – Blue se giró para poder ver el todoterreno que los perseguía.

Era un vehículo enorme, con unos neumáticos muy grandes; Fisher conducía, pero había alguien a su lado con un arma.

– ¿Qué pasa si se desangra hasta morir? – preguntó Lucy.

– No va a desangrarse, lo de la arteria fue sólo una mentira para que no se moviera.

Sonó otro disparo, pero no dio al coche; aunque Lucy apretó el acelerador a fondo, el todoterreno no tenía problemas para seguirlos.

Blue se volvió y recorrió el interior del coche con la mirada; era un vehículo extranjero con un motor potente, y tenía todos los extras imaginables hasta había un teléfono entre los dos asientos delanteros.

Iban hacia el norte por Philips Road; Lucy tomaba las curvas a gran velocidad, y Blue intentó visualizar dónde estaban exactamente. Aquella carretera se cruzaba con la nacional diecisiete, a poca distancia de la cárcel de Northgate. Y al oeste por la nacional, entre Philips Road y el desvío hacia Hatboro Creek, estaba la cadena local de televisión donde trabajaba Jenny Lee. Bingo. Formulando un plan a toda velocidad, Blue descolgó el teléfono.

Se volvió hacia el todoterreno justo cuando le dieron al parabrisas trasero. El tirador había puesto una mira telescópica en el rifle.

– Acelera – dijo a Lucy –. Y mantén la cabeza agachada.

– No puedo hacer las dos cosas a la vez – protestó ella con voz tensa.

– Tienes que hacerlo – contestó él.

– ¿No deberías dispararles?

– No, una pistola no tiene el mismo alcance que un rifle, desperdiciaría las balas.

– ¡Blue, no puedo ir más rápido por esta carretera! – dijo ella. Su voz revelaba el pánico que sentía.

Él colgó el teléfono, sacó la pistola de Travis y apoyó los brazos en el respaldo del asiento.

– Frena – dijo a Lucy.

Ella lo miró, atónita.

– ¿Qué...?

– ¡Frena!

Ella obedeció; el coche fue disminuyendo la velocidad y el todoterreno se acercó a ellos.

– ¡Sigue conduciendo! – gritó Blue, mientras disparaba una y otra vez, hasta vaciar el cargador de la pistola. El parabrisas delantero del todoterreno se rompió y, al ver la salpicadura de sangre en la parte trasera, supo que le había dado a alguien.

Si era el conductor, no lo había matado. El todoterreno se apartó a un lado de la carretera, y se detuvo.

– No te pares – dijo a Lucy –. Sigue tan rápido como puedas.

– Se han parado – protestó ella.

– Puede que vuelvan a arrancar – dijo él.

Durante varios tensos minutos, Lucy condujo tan rápido como se atrevía mientras Blue mantenía la vista fija en la carretera tras ellos para comprobar que no los estuvieran siguiendo. Estaban subiendo por una suave colina, y a su espalda se veían tramos del camino que iban dejando atrás. Blue vislumbró el todoterreno bastante más atrás, avanzando hacia ellos.

Cuando se lo dijo a Lucy, ésta soltó una sarta de imprecaciones bastante imaginativa. Lanzó una mirada al velocímetro y aceleró, pero no apartó la vista de la carretera para nada más.

– Vamos a entrar en la nacional diecisiete. ¿Hacia dónde voy?

– En dirección oeste.

Blue volvió a descolgar el teléfono, y marcó un número que obviamente se sabía de memoria.

– ¿A quién llamas? – preguntó Lucy.

– A Jenny Lee.

Lucy se quedó petrificada. Jenny Lee. Blue iba a llamar a Jenny Lee. No debería sorprenderse, pero aquello la había tomado completamente desprevenida. Se sintió como una tonta, además de herida. Dios, era sorprendente lo mucho que aquello le dolió. Había sabido que las cosas serían así y se había preparado para soportarlo... o al menos, eso había creído.

De alguna manera, consiguió seguir conduciendo. Le había dicho a Blue que lo quería, y él ni siquiera tenía la decencia de esperar a que estuvieran fuera de peligro para llamar a Jenny. Aquello era lo que dolía más de todo.

– Quiero hablar con Jenny Lee Beaumont, por favor – le dijo Blue al recepcionista, y esperó a que Jenny Lee se pusiera al habla.

Cuando entraron en la carretera estatal, Lucy pudo acelerar aún más la marcha; centró su atención en el ruido de las ruedas sobre el asfalto, para no escuchar a Blue hablando con la otra mujer, pero era muy difícil no oír lo que él decía.

—¿Te acuerdas cuando viniste a la cárcel y te dije que estuvieras lista para cuando te avisara? —iba diciendo él—. Estoy de camino —tras una ligera pausa, añadió—: Diez minutos —otra pausa—. Perfecto.

Blue colgó, y se volvió hacia Lucy.

—¿Sabes dónde está el desvío de la televisión?

Lucy asintió sin decir nada, y él la miró con atención.

—¿Estás bien?

Lucy volvió a asentir.

—Sí, perfectamente bien.

Lucy lo miró un segundo y, al ver que la contemplaba con preocupación y extrañeza, supo que él no tenía ni idea de lo que le pasaba; con voz tensa, añadió:

—Al menos, todo lo bien que puedo estar con unos matones persiguiéndonos en un coche mucho más rápido que el nuestro.

Blue se volvió a mirar hacia atrás.

—Le he dado a uno —dijo.

—Pensaba que eras un tirador infalible —comentó ella con sequedad.

Él se giró hacia ella de nuevo y, al sentir su intensa mirada en la cara, Lucy mantuvo la mandíbula en alto, la boca apretada y los ojos fijos en la carretera.

—Lo soy —dijo Blue al fin—, pero la pistola de Travis es un asco. No tuve tiempo para saber hacia dónde se desviaba y poder compensar.

Blue volvió a mirar hacia atrás y pasaron varios kilómetros más en silencio.

—Esto está a punto de terminar —dijo Blue al cabo de un rato.

Lucy asintió. Ya casi habían llegado, aunque no tenía ni idea de lo que él quería hacer cuando estuviera allí. A lo mejor había planeado escapar con Jenny Lee en el helicóptero de la televisión, al fin y al cabo era un SEAL, y podía pilotar un cacharro de aquellos sin ningún problema. O quizás iba a parapetarse en la oficina de Jenny, y mantener a raya a Fisher y al otro hombre hasta que llegaran las autoridades.

De pronto, Lucy pensó que quizás Blue no se había referido al peligro que corrían, sino a su relación con ella. Porque era cierto, estaba a punto de terminarse. Si Blue pensaba estar con Jenny en adelante, su amistad con él no podía continuar como hasta entonces.

De repente, Blue soltó una maldición, y Lucy levantó la mirada. El todoterreno estaba otra vez en el retrovisor, y les estaba ganando terreno segundo a segundo.

No iban a conseguirlo. Cuando volvió a mirar, Lucy pudo ver el brillo del cañón del rifle bajo la luz del sol.

—¡Agáchate! —gritó Blue.

Lucy obedeció al instante. Se oyó un disparo, y Blue lanzó una palabrota.

Oh, Dios, lo habían herido, el parabrisas estaba salpicado con su sangre. Cuando Blue se inclinó a limpiar un poco el vidrio para que ella tuviera suficiente visibilidad, Lucy se dio cuenta de que era el brazo. Le habían dado en el brazo, y estaba sangrando.

– Blue... Ay, Dios, Blue...

Sonó otro disparo y el parabrisas se resquebrajó; Blue lo rompió de varias patadas para que ella viera por dónde iban.

– Tu brazo – jadeó Lucy, mientras la fuerza del aire en la cara la dejaba sin aliento.

– Estoy bien – dijo él, con voz suave y calmada.

Desgarró una tira de tela de su camisa y se la ató alrededor del brazo para intentar parar la hemorragia.

– No es nada, de verdad. Mira, Yanqui, ahí está el desvío... No frenes, tómallo a toda velocidad.

Lucy giró con brusquedad hacia la derecha, y derraparon en la curva; las ruedas perdieron la tracción por un segundo, pero ella recuperó en seguida el control. Iba a ciento treinta kilómetros por hora, por una carretera con un límite de velocidad de veinticinco.

Cuando llegaron al primer badén, estuvieron a punto de salir despedidos por los aires.

El todoterreno estaba justo detrás, y dio un salto que por poco lo lanzó encima de ellos, pero consiguieron entrar en el aparcamiento y fueron a toda velocidad hacia el edificio principal.

En la puerta había un grupo bastante grande de gente, que parecía ser un equipo de la televisión; Lucy distinguió al menos dos cámaras y un montón de técnicos. ¿Qué demonios...?

– No frenes hasta que estemos allí – dijo Blue—. Entonces agáchate y no te muevas, ¿está claro?

Sí, estaba muy claro. Lucy acababa de darse cuenta de lo que él quería hacer.

Vio a Jenny Lee Beaumont, vestida de rosa como de costumbre, de pie delante de los demás con un micrófono en la mano, retransmitiendo en directo desde las puertas de la cadena de televisión.

Estaba claro que, si R. W. Fisher y Frank Redfield pensaban matarlos, iban a tener que hacerlo en vivo y en directo.

Era tan perfecto, que Lucy se echó a reír. Estaba claro que Blue había planeado aquello con Jenny Lee, consciente de que tarde o temprano, los asesinos de Gerry irían a por él. Pero nadie en su sano juicio cometería un crimen delante de más de doscientos mil espectadores.

Lucy frenó bruscamente, y el coche paró con un patinazo. Al parecer, no se agachó con la suficiente rapidez, porque Blue la obligó a hacerlo y la cubrió con su

cuerpo. Ella oyó los gritos, el ruido de las ruedas del todoterreno contra el asfalto cuando Fisher giró en redondo para intentar salir del aparcamiento, el sonido de los helicópteros de la FlnCOM persiguiendo al vehículo... y entonces oyó la suave respiración de Blue y los frenéticos latidos de su propio corazón.

Cuando él se apartó un poco para no apoyar todo su peso en ella, Lucy volvió la cabeza y se encontró de lleno con sus ojos.

– ¿Estás bien? – preguntó Blue en voz baja.

– Sí, ¿y tú?

– También. Lo del brazo es sólo una herida superficial, no hay de qué preocuparse.

Sus piernas estaban entrelazadas y, de pronto, Lucy sintió que aquello era demasiado íntimo, que no estaba bien... o quizás lo que pasaba era que estaba demasiado bien.

Levantó la cabeza, y vio que Jenny Lee los miraba por la ventanilla.

– Vaya, perdón, haremos la entrevista después – dijo la mujer –. Disculpa por la interrupción, Carter.

Lucy se incorporó bruscamente y se golpeó la cabeza contra el volante. Blue la ayudó a sentarse en el asiento del conductor, y ella le aseguró mientras se frotaba la cabeza:

– Estoy bien, de verdad, puedes irte.

– ¿Que puedo irme? – dijo él, sorprendido –. ¿Adonde?

Lucy se obligó a esbozar una sonrisa.

– Con Jenny – le dijo –. Está bien, no pasa nada – entonces se detuvo en seco. ¿Qué estaba diciendo? –. No, no está bien. De hecho, todo esto apesta y eres un cretino, y no sé qué pudo ser lo que me atrajo de ti...

– Lucy, ¿qué demonios...?

– Venga, vete – lo interrumpió ella, mirándolo con indignación –; Vete y pasa el resto de tu vida con Jenny Lee. Espero que te gusten los volantitos y las flores de color rosa, porque tu casa va a estar llena.

Blue no tenía ni idea de de qué le estaba hablando.

– ¿Por qué iba a querer pasar el resto de mi vida con Jenny?

– Porque eres un inmaduro y crees que estás enamorado de ella.

Blue se echó a reír.

– Lucy, ¿te has dado en la cabeza más fuerte de lo que pensaba?

– No.

De repente, él se dio cuenta de que Lucy no estaba bromeando. Tenía los ojos llenos de lágrimas y parecía muy enfadada. Estaba claro que hablaba en serio, y Blue

dejó de reír de golpe, preguntándose de dónde habría sacado aquella idea tan absurda. Se pasó los dedos por el pelo y dijo lentamente y con calma:

—No estoy enamorado de Jenny Lee.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo —dijo ella, acalorada—; sólo crees que lo estás.

—Claro que no, yo...

—Sí, claro que lo crees —insistió ella—. Pero ¿sabes qué va a pasar si te casas con ella? Que después de seis meses, vas a estar llorando de aburrimiento.

—Lucy, no estoy...

—Y eso si no te asfixias antes debajo de todas esas florecitas de color rosa, claro.

—¿Por qué querría casarme con Jenny Beaumont, estando enamorado de ti? —preguntó Blue, pronunciando las palabras con tanta claridad como pudo.

Lucy se quedó sin habla. Tras unos interminables segundos de un silencio absoluto, dijo por fin:

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente, Yanqui —dijo él en voz baja—. No me hagas repetírtelo.

—Pero yo quiero que lo repitas —dijo ella, y su cara se iluminó con una gran sonrisa.

Aunque Lucy tenía los ojos llenos de lágrimas, su sonrisa era radiante, rebosante de felicidad. Cuando ella le sonreía así, él no podía negarle nada.

—Te quiero —dijo Blue. Le acarició la mejilla y se perdió en sus ojos oscuros. Se dio cuenta de que era más fácil decirlo de lo que había pensado, así que lo intentó con algo aún más difícil—. Creo que deberías casarte conmigo, Lucy.

Lucy sintió que su sonrisa se desvanecía. ¿Casarse?, ¿casarse con Blue? Ella nunca había soñado... Bueno, la verdad era que sí que había soñado con algo así, pero había creído que eran ilusiones imposibles.

—¿Necesitas que también te repita eso? —dijo Blue en tono de broma, para intentar aligerar un poco la tensión del momento.

Lucy sacudió la cabeza.

—No —tenía la garganta seca, y tuvo que tragar saliva—. No hace falta, te he oído.

El no pudo ocultar la incertidumbre que sentía, y preguntó, ansioso:

—¿Qué te parece la idea?

Lucy se dio cuenta de que él realmente no sabía lo que ella iba a contestar. Se aclaró la garganta ligeramente.

—¿Quieres que me mude a California? —preguntó, intentando conseguir algo de tiempo para pensar. ¿Se daba cuenta él de lo que le estaba pidiendo, o estaba

dejándose arrastrar por la emoción del momento? ¿Cómo podía estar segura de que él realmente quería aquello?

–Sí, allí está la base del pelotón Alfa –dijo él–. Tengo un apartamento a las afueras de Coronado, aunque es bastante pequeño... Podríamos comprar algo más grande.

Lucy no contestó, incapaz de articular palabra. Parecía que él ya había estado pensando antes en el asunto, y se comportaba de forma lúcida y con mucha seguridad.

Blue pensó que su silencio se debía a que no estaba segura de qué contestar.

–Ya sé que estar casada con un SEAL no siempre es divertido –dijo con voz queda–; estaría bastante tiempo fuera, y demasiado a menudo. Pero te juro que te seré siempre fiel, Lucy. Quizás las mujeres de otros soldados tengan motivos para preocuparse por el comportamiento de sus maridos, pero tú nunca tendrías que hacerlo. Y cuando esté en casa, me esforzaré al máximo para compensarte por el tiempo que esté fuera...

–¿Estás seguro? –lo interrumpió ella, incapaz de aguantar más tiempo sin preguntárselo.

–Siempre es duro cuando hay que irse a una misión, pero Joe Cat y Verónica consiguen que funcione, y...

–No, lo que quiero decir es si estás seguro de querer casarte conmigo.

Blue se echó a reír, sorprendido.

–Supongo que no me has oído la primera vez... ni la segunda. Te quiero.

Él acunó su barbilla en una mano, se inclinó hacia delante y la besó; la boca de Blue era cálida y suave, y sus labios tan dulces como Lucy recordaba.

–No fue un flechazo –dijo Blue con su aterciopelado acento sureño, antes de volver a besarla–; fue algo más lento, aunque no sabría decirte cuándo lo supe con seguridad. Sólo sé que poco a poco me he ido dando cuenta de que te quiero a mi lado, Lucy. Me he dado cuenta de que te amo con locura. Quiero que lleves mi anillo y mi nombre, que des a luz a mis hijos, que seas mi amiga y mi amante por el resto de nuestras vidas. Así que por favor, cástate conmigo.

Lucy tenía el corazón en la garganta, así que abrió la boca, se la ofreció a Blue y dijo:

–Sí.

Blue sonrió y la besó.

Blue se sentó junto a Lucy en el balancín del porche.

–Acabo de hablar con Joe Cat –dijo–. Lo pillé antes de que su avión saliera de Kansas City. Ahora que ya no hay peligro, va a volver a casa con Verónica.

Lucy se reclinó contra él, mientras contemplaba la luz del crepúsculo. Blue se había duchado, y ella inhaló el aroma dulce y limpio de su piel y frotó la mejilla contra la suavidad de su cara recién afeitada.

—Uno de los agentes de la FInCOM pasó por aquí mientras tú te duchabas — dijo—. Travis ha firmado una confesión completa; al parecer, tanto él como Fisher y Frank Redfield estaban allí la noche del crimen.

Blue asintió sin hacer ningún comentario, y esperó a que ella continuara.

—Según Travis —siguió diciendo Lucy—, Gerry estaba metido en una trama de blanqueo de dinero. Unos mañosos de Nueva York convencieron a R. W. Fisher de que Hatboro Creek era una ciudad ideal para blanquear el dinero negro procedente del tráfico de drogas, y Fisher metió en sus trapicheos a Gerry, a los hermanos Southeby y a Frank Redfield. Todo iba bien, hasta que Gerry empezó a ir a la iglesia con Jenny Lee; entonces empezó a remorderle la conciencia, y les dijo a Fisher y al resto que ya no quería seguir.

Lucy se detuvo para recobrar el aliento y, al cabo de unos segundos, continuó:

—Lo amenazaron y él se asustó, sin saber qué hacer. Cuando tú apareciste, Fisher tuvo miedo de que Gerry te pidiera ayuda, así que le dijo que si hablaba contigo llamarían a un matón de Nueva York, Snake, para que te matara. Y Snake acabó matando a Gerry.

Blue maldijo en voz baja.

—Travis confirmó que Gerry no estaba borracho aquella noche —añadió Lucy—. Estaba completamente sobrio. Todo fue puro teatro, para intentar que te fueras de la ciudad.

—Estaba intentando protegerme —dijo Blue.

—Sí, ya lo sé.

Permanecieron sentados en silencio un rato, escuchando el canto de los grillos mientras el día daba paso a la noche.

—Le he hablado a Joe Cat de ti —dijo Blue al fin.

Lucy se volvió hacia él y lo miró.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le has dicho?

—Que me he enamorado de mi amiga. Él pareció entenderlo.

Blue se inclinó y le dio un beso lento, profundo y pausado que prometía una eternidad compartida, y una felicidad dulce y completa que duraría para siempre.

—Estoy deseando conocerlo —dijo Lucy.

Se colocó con la cabeza en el regazo de Blue, para poder mirarlo a la cara. El impulsó el columpio, y empezaron a mecerse suavemente.

—Cuéntame más cosas de él —le pidió ella—. Explícame más cosas sobre tus compañeros del pelotón Alfa, y de California...

Blue la miró con una sonrisa y empezó a hablar.

Sonreír al mirar a Lucy era fácil, y también lo era decirle que la amaba. Pedirle que se casara con él había sido coser y cantar, y besarla y hacerle el amor era tan natural como respirar. Pero allí sentado en el porche, meciéndose lentamente mientras la noche llegaba y los envolvía, Blue supo que hablar con Lucy..., su amiga, su amante, su futura esposa..., era lo más fácil de todo.

Epílogo

Lucy estaba de pie en una habitación trasera de la capilla de la base naval, mientras Sarah le ajustaba el velo.

–Me siento como una tonta –protestó Lucy–. ¿Qué es esta cosa que me cuelga delante de la cara?, ¿se supone que tiene que esconderme? ¿Es que estoy tan horrible? Además, ¿por qué tengo que llevarla?

–Porque es la tradición –dijo Sarah con calma; llevaba a la espalda a Nora, su hijita de tres meses, que sonreía feliz–. Estás guapísima, y lo sabes.

–No es muy tradicional que digamos que a la novia la entreguen su mejor amiga y su ahijada –comentó Lucy.

Sarah se la quedó mirando, y al final empezó a quitarle las horquillas y el velo.

–Tienes razón –dijo.

–Desearía poder llevar mis vaqueros –dijo Lucy con nostalgia.

–Ni hablar –se apresuró a decir Sarah–; ha sido un buen intento, pero el velo va a ser mi única concesión. No voy a dejar que vayas al altar en vaqueros.

–Es que me siento tan... No sé, no me siento yo misma –dijo Lucy.

El vestido era escotado y dejaba sus hombros al descubierto; tenía mangas pequeñas, cuerpo entallado y una falda larga con cola.

–Estás increíble –dijo Sarah.

Nora gorjeó alegremente y se llevó a la boca el pelo de su madre.

La música empezó a sonar y Lucy dejó que Sarah la precediera hacia la capilla. Y entonces dejó de sentirse cohibida, porque vio a Blue de pie delante del altar; a su lado estaban los otros seis miembros del pelotón Alfa, y el efecto de aquellos siete hombres con el uniforme blanco de gala era casi cegador.

Lucy recorrió con la mirada aquellas caras que se habían vuelto tan familiares para ella: la sonrisa de Joe Cat era sincera y cálida, pero él no podía dejar de mirar embobado hacia el otro lado de la capilla, donde estaba Ronnie, su mujer. Lucy había pensado al conocerla que la mujer era una reina de hielo... hasta que había entrado en el bar Outback y la había visto bailando de forma totalmente desinhibida con su marido.

Daryl Becker, conocido como Harvard, tenía un gran sentido del humor, y su cabeza afeitada brillaba casi tanto como el diamante que llevaba en la oreja izquierda.

Cowboy, Wesley y Bob la miraron con una sonrisa de oreja a oreja. Cowboy le guiñó el ojo; era el más joven, y le encantaba fomentar su reputación de impulsivo.

Lucky O'Donlon también sonreía... y a su lado estaba, de pie, el mismísimo Frisco. No había siete hombres, sino ocho; Alan Francisco estaba junto al resto del pelotón Alfa. Blue la había llevado a conocerlo al centro de rehabilitación varios meses atrás, y Francisco iba en silla de ruedas. Hacía años que había sufrido las

heridas, y los médicos afirmaban que no podría volver a andar, pero ese día estaba de pie. Llevaba un bastón, pero estaba de pie. Lucy no vio ni rastro de su silla de ruedas, y se preguntó si él habría ido andando hasta el altar.

Y Lucky, el mejor amigo de Frisco, parecía más feliz que nunca. Ambos hombres eran muy parecidos en altura y corpulencia, y aunque Lucky era rubio y Frisco más moreno, se parecían tanto que habrían podido pasar por hermanos.

Sin embargo, Frisco no podía ocultar las líneas de dolor que rodeaban sus ojos; era obvio que le dolía estar allí de pie.

– Muchas gracias por venir, Alan – dijo, con voz rota de emoción.

Frisco asintió.

– No me lo habría perdido por nada del mundo.

Sin más, llegaron frente al altar. Sarah la besó en la mejilla, y Lucy se quedó cara a cara con Blue.

Blue McCoy.

Estaba increíblemente guapo con su uniforme blanco; Lucy sólo lo había visto vestido con tanta formalidad en el funeral de Gerry, y en la fiesta en el club de campo. Esa tarde, como aquella otra, ella llevaba un vestido que la hacía sentirse un poco rara, como si estuviera disfrazada de otra persona.

Blue también estaba diferente; su reluciente pelo rubio estaba perfectamente peinado, las hileras y más hileras de medallas en su pecho eran abrumadoras, y llevaba el uniforme impoluto.

Cuando él la miró muy serio a los ojos, Lucy se preguntó de repente quién era aquel desconocido, aquel marino con el que estaba a punto de casarse. Por un segundo se quedó paralizada, pero entonces miró hacia abajo y vio los zapatos de Blue. No llevaba los zapatos del uniforme, como sus compañeros, sino que se había puesto sus viejas y familiares sandalias de cuero.

Él llevaba sus sandalias y ella, su ropa interior de algodón. Era más refinada que de costumbre, pero aun así era de algodón. Había insistido en ello. Ambos se habían peinado de otra manera, y llevaban ropa diferente a la habitual, pero en su interior sabían exactamente lo que se llevaban, con quién iban a pasar el resto de sus vidas.

Lucy sonrió.

Blue también sonrió, y entonces besó a la novia.

Fin